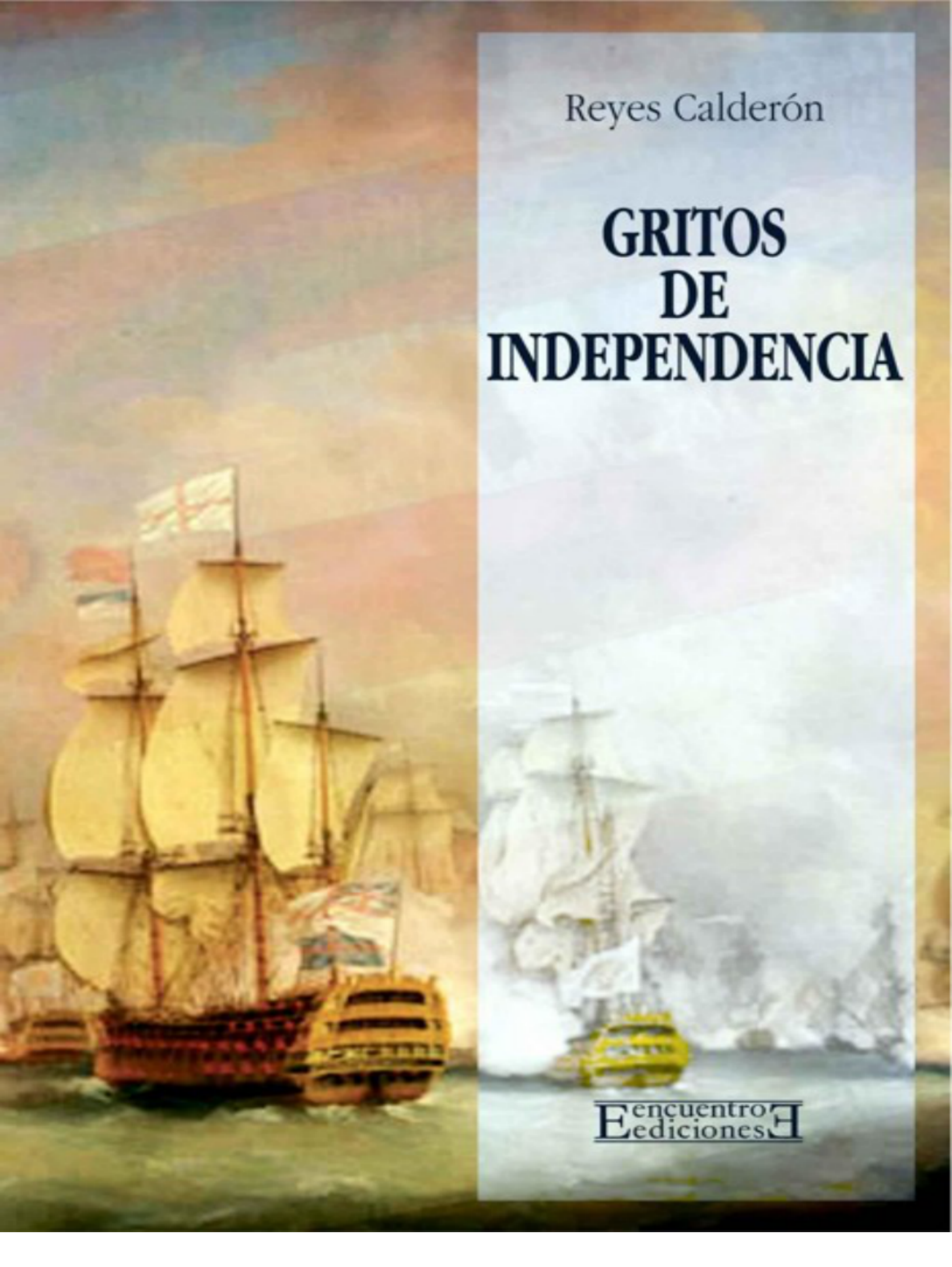

Reyes Calderón
GRITOS DE INDEPENDENCIA
encuentro ediciones

Creación Literaria 53

Reyes Calderón

Gritos de independencia



Ediciones Encuentro ISBN: 978-84-9920-522-9 *Edic ión digital*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a: Redacción de Ediciones Encuentro
Cedaceros, 3-2º - 28014 Madrid - Tel. 91 532 26 07 www.ediciones-encuentro.es

Presentación

En el año del Señor de 1776, tres mentes regían los destinos del mundo llamado civilizado: George III, al frente del Imperio británico; Carlos III, llevando las riendas de los dominios españoles; Luis XVI, encabezando la potencia francesa. Los dos últimos —Borbones de nacimiento y convicción— enlazaban sus destinos por medio de un pacto de familia, cuyo principal objetivo era rebañar todo el poder posible a su común enemigo: el rey de Inglaterra. Las piezas en juego habían cambiado en los últimos tiempos: ahora la caza interesante estaba en América, una tierra vasta y rica, y tan lejana como para requerir estrategias especiales.

Durante todo el siglo, los tres contendientes habían luchado, avanzando o retrocediendo posesiones según los casos, para culminar las distintas guerras con un amigable equilibrio inestable. En la última contienda, Inglaterra había ganado por jaque a Francia, perdiendo ésta la mayor parte de sus piezas americanas, en especial Canadá. Con España la sangre no había llegado al río, aunque era una vergüenza que la bandera británica ondeara en Gibraltar. El ánimo de los Borbones era depresivo, pero no trágico: esperaban agazapados una nueva oportunidad para la venganza.

Por ello, recibieron con suma alegría los rumores que llegaban de América del Norte: el 4 de julio de 1776, los representantes de las trece colonias de habla y dominio ingleses, hartos de la presión fiscal y el acoso judicial británicos, habían rubricado su Declaración de Independencia y roto voluntariamente sus lazos con Inglaterra.

Sin armas ni ejército, careciendo de casi todo, vestidos con el simple honor, los rebeldes poco tenían que hacer ante las pertrechadas casacas rojas británicas. Inglaterra apostó por dar unos azotes a sus desobedientes y díscolos hijos bastardos y obligarlos a retornar al redil. Pero no contaba con los Borbones…

Conociendo, sin duda, los entresijos del poder europeo, los rebeldes americanos decidieron explotar en propio beneficio las enemistades entre Borbones e ingleses, solicitando ayuda a España y a Francia, ofreciendo tierras de América como pago por su apoyo.

Para asegurarse la obtención de los favores borbó nicos, enviaron tres agentes a Europa: el científico Benjamín Franklin, que encabezaba la delegación con sede en París; el joven terrateniente Arthur Lee, a

quien fue encomendada la causa española; y el abogado Silas Deane, encargado de los negocios confidenciales con los franceses.

Ni España ni Francia entraron en guerra contra Inglaterra hasta el año 1779. Sin embargo, cuando la tinta de la Declaración de Independencia se hallaba aún fresca, aceptaron secretamente el órdago americano y apoyaron financieramente a los colonos enviándoles todo tipo de ayuda, comenzando con un desembolso en metálico de un millón de libras tornesas por país. Y eso sólo fue el principio.

Francia comisionó para esa oculta misión a un hombre de corte, el excéntrico músico Caron de Beaumarchais. España, insistiendo en la clandestinidad de su cometido, encomendó la tarea a un comerciante bilbaíno, de nombre Diego María de Gardoqui, amigo personal y comercial de muchos de los rebeldes. Sin embargo, es de todos sabido que los espías británicos se cuentan entre los más competentes del orbe.
Entre espiados y espías, saqueos e incendios provocados, las negociaciones entre Borbones y americanos avanzaban en Europa. Sin embargo, el general Washing - ton, al mando de las tropas americanas, tenía prisa. Necesitaba sin tardanza pólvora, armas, quinina, mantas… No esperó a que los políticos actuaran. Envió a pedir ayuda a la colonia española de Nueva Orleans. Por supuesto, éstos accedieron, aunque pagando un alto precio.

Esta novela narra esos hechos secretos, ofreciendo al lector una historia verídica que desgraciadamente tanto los españoles como los americanos hemos desconocido… hasta ahora.

Prefacio: A cabeza descubierta

El viento rolaba al noroeste y la noche pintaba ya el alba cuando el capitán Wickes —el experimentado marino americano al mando de la corbeta «Reprisal», un ágil, aunque añoso, bergantín de tres palos— escuchó el estruendoso crujido de las tablas de cubierta. Se hallaba en popa junto al agotado carpintero de la nave, supervisando cómo éste recomponía una de las cañas del timón dañada por la última tormenta.

Desde su partida, treinta días antes, de la bahía de Delaware, New Jersey, la nave había soportado estoicamente cuatro tempestades. La última, con vientos de fuerza siete, la había emprendido con gavia y velamen, trinquete y mesana, y hasta el casco había sido zarandeado con tal saña que Wickes dudaba que fuera capaz de llegar a su destino: Nantes, en la costa francesa.

Le sorprendieron los ruidos. Era muy temprano y hacía demasiado frío para que alguien osara violar los secretos del mar sin razón aparente.

—Mister Hume —susurró al grumete que le acompañaba, un mozalbete que no superaba los doce años, pero que ya llevaba tres travesías oceánicas a sus espaldas—, cazad el timón y mantened silencio.

—Mister Trip —ordenó, también con voz queda, el Capitán a su carpintero—, detened el trabajo un momento.

Trató de agudizar su oído, cerrando los párpados, pero no percibió ningún otro rumor. Abriendo mucho los ojos, intentó diseccionar la estola de un alba aún naciente, pero tampoco obtuvo resultado. Justo cuando su ánimo se sosegaba y sus labios se aprestaban a ordenar la continuación de la ocupación detenida, observó la sombra de un hombre. El negro perfil, tras trepar por la escotilla, abandonaba las tripas del «Reprisal» poniendo rumbo a proa.

Siguió con la vista al intruso hasta que éste recaló junto al castillo de proa, no sin dificultad, pues hubo de sujetarse fuertemente al obenque de estribor para evitar la caída. Luego la figura quedó inmóvil, con la mirada fija en el tinte azul marino, mechado de tiras de luz turquesa, del agua.

Reconoció de inmediato a su pasajero más notable —Benjamín Franklin— y, temiendo lo peor, dio rápida orden de colocar la nave a la capa: aproando el barco, lo poco que pudiera hacerse, sería más sencillo.

Avanzó por babor a la espalda del visitante de cubierta, intentando no

ser percibido. Por si era necesaria su presencia, mister Hume, el joven grumete, le siguió, aunque su Capitán no se dio cuenta.
Sorteando la botavara del trinquete, que había cimbreado jugando con una ráfaga de viento, Wickes se colocó justo detrás del hombre con el fin de frenarle cuando decidiese arrojarse al mar. Éste, que no se había percatado de la compañía, con una calma envidiable en un presunto suicida, se despojó de su tocado. Elevó la empolvada y almidonada peluca blanca de tres rulos y amplia coleta, estilo inglés, sosteniéndola en los dedos de su mano derecha. Luego levantando el brazo izó la peluca como envidando a la insignia del buque y, sin más preámbulo, la arrojó al océano.
Benjamín Franklin era un gran político y un científico reconocido en toda Europa, pero carecía de conocimientos náuticos. Lanzó su peluca a barlovento, y la susodicha, animada por el fuerte viento, a modo de bumerán, no tardó en volver.
El capitán Wickes había envidiado cariñosamente la cara peluca de Franklin en la travesía. El gesto le reafirmó en la idea del suicidio: nadie en su sano juicio se desprendería de melena de tamaña calidad. Y así, sin pensarlo dos veces, se lanzó en plancha sobre el hombre con la idea de sujetarle las piernas, tratando de evitar que, siguiendo a la peluca, se arrojase al océano.
Mas no contaba con el vuelo de retorno de la peluca. El adorno —un amasijo de pelos de diversa procedencia ensartados en una redecilla a modo de casquete y endurecidos con almidón y talco— le golpeó con fuerza en la cara. El impulso desequilibró al sorprendido Capitán. Aunque trató de agarrarse al foque, que comenzaba a colocarse en el medio de la nave tras el paulatino aproamiento del barco, no pudo evitar caer de golpe sobre Franklin, cuyo cuerpo quedó totalmente cubierto por el del Capitán.
La tela del foque, ya muy deteriorada por vientos y tempestades, tampoco resistió y terminó por rasgarse de abajo arriba.
—Querido Capitán —replicó con voz queda el doctor Franklin, tratando de zafarse de los casi 90 kilos que le aprisionaban—, no creo haber hecho nada que merezca este trato. Mas estoy dispuesto a oír vuestra versión.
—¡Mi versión, señor! ¡Será posible! —respondió el Capitán levantándose de un salto, con los ojos encendidos a partes iguales por el susto y el enfado—. ¡Pardiez, casi conseguís que me suicide con vos!
—Capitán Wickes, por ventura que quien os haya informado que tengo intención de suicidarme yerra. ¿Quién ha sido el osado?
—Vos mismo, señor. ¿Quién con cordura arrojaría tan bella y costosa peluca al agua, si no pretendiera seguir su estela?
—¡La peluca! ¡Oh, mi querido amigo! ¡Ahora entiendo vuestra reacción! ¡Creedme que agradezco de corazón el aplastamiento al que

habéis sometido mis doloridas vértebras! Sin embargo, habéis interpretado mal mi gesto. Ni tenía, ni tengo intención de acabar con mi vida. Rozo ya los setenta años, mala edad para un suicidio certero, y además me ha sido encomendada una importante misión.

Y bajando el tono de voz, casi en susurros y pegando la boca en la oreja del capitán Wickes, le confió algunas frases. Habló tan quedo que el grumete que se hallaba presente sólo pudo oír alguna palabra suelta. Luego, volviendo a erguir la espalda y recuperando el timbre normal continuó con las explicaciones.

—Ciertamente he intentado arrojar este adorno al océano, pero sólo me proponía… Quería —sollozó entre lágrimas contenidas— romper con el pasado. Si las trece colonias británicas de América se han de convertir en los Estados Unidos de América, nación independiente de Gran Bretaña, deben romper no sólo con su bandera y sus leyes; también con el ritual y los finos lazos costumbristas que les atan a la metrópoli: frente a la corrupción inglesa, América debe fomentar la virtud; en oposición al lujo que tanto marca la vida londinense, América ensalzará la frugalidad; la familia, no la noble prostitución que impera en la Corte, la educación…

»Esta peluca —gimió rescatando la mojada mata de pelo muerto de las oscilantes tablas de cubierta— es el símbolo de un mundo que nosotros no imitaremos. Llegaré a Francia como embajador de la nación americana pidiendo ayuda para mi nueva patria sin símbolos ajenos. Cruzaré tierras españolas para solicitar a Carlos III que se ponga de parte de la libertad, no del lujo o las maneras inglesas, que entienden libertad como sometimiento a la moda.

—En ese caso —se excusó Wickes ya en pie— recomiendo que lancéis el pasado a sotavento. Y os deseo el mayor éxito en esa operación.

El «Reprisal» atracó en el puerto de Nantes ayudado por el práctico, luciendo un amplio remiendo rojo en su foque. El cuaderno de bitácora no llegó a detallar la causa del parche en el velamen.

Franklin bajó de la corbeta con su despejadísima frente cubierta por un sencillo gorro de ante, *m ade in Philadelphia,* mostrando su canoso y escaso pelo atado con un simple lazo.

Esperaban en el muelle no menos de 100 franceses y francesas que habían sido avisados de su llegada por los partidarios de la libertad, un grupo que bien pronto entonaría el himno revolucionario francés. La multitud, que agitaba pañuelos blancos mientras vitoreaba al rústico hombre americano, al ver descender al anciano y respetado doctor Franklin sin peluca, guardó un breve silencio. Luego, tanto damas como caballeros, hicieron lo propio: las gaviotas debieron retirarse para dejar volar a la bandada de pelucas empolvadas.

Las crónicas sobre la «nueva especie de ave voladora» llamada peluca corrieron como la pólvora. Como entre el gentío se hallaban varios

comerciantes ingleses y dos informantes españoles, esos relatos no tardaron en llegar a oídos de ambas naciones.

Mister Hume, el joven grumete, recibió en tierra una grata sorpresa: un amable anciano de acento inglés le agarró, suave pero arteramente, cruzando el brazo por su espalda, y le murmuró algo en su oído. El mozo contestó también en susurros. Recibió dos monedas. Mas nunca supuso que podía hacer daño a América contando al viejo comerciante la historia de la peluca, el presunto suicidio de mister Franklin y las palabras que el viento había transportado de las confidencias secretas: armas, España y comerciante de Bilbao.

Una pinaza que transportaba besugo y bacalao y que, casualmente, recaló en Bilbao, llevó las nuevas tras los Pirineos, llegando a la Corte de Carlos III tres días después. Un fluyut de bandera holandesa descargó en Londres la tarde siguiente 40 toneladas de hierro de primerísima calidad; también llevaba, y fue entregada de inmediato, una carta urgente escrita por el vacilante puño de un anciano residente en el puerto de Nantes. París conoció la noticia de inmediato, aunque su graciosa Majestad no dispuso de tiempo libre hasta el sábado.

Libro Primero: Todo guiso se cuece en París

Puerto de Nantes, 7 de enero

La oronda figura de Benjamín Franklin enderezó sus fatigados hombros mientras respiraba profundamente con el fin de compensar la fatiga generada por el descenso, con paso vacilante, por la pasarela del bergantín «Reprisal». Al observar la multitud congregada en el puerto de Nantes, sus cortos y artríticos dedos mesáronse instintivamente la coleta y trataron, infructuosamente, de planchar la casaca. Tras años de uso ininterrumpido, echaba de menos su costosa peluca.

Cuando se dio cuenta de que el esfuerzo era inútil, contempló el gentío desde su situación en el nacimiento de la pasarela del navío. Sus pies pisaban ya tierra firme y, no obstante, su cuerpo seguía balanceándose; tantas jornadas al arrullo del mar dejan siempre transidos los sentidos, más en los cansados huesos de un hombre que roza las setenta primaveras.

El rostro del americano transpiraba un natural donaire oscurecido por un tinte de tristeza. Quizás fuera a causa de sus ojos, incrustados en unos abultados pómulos; tal vez, debido al óvalo del rostro, pronunciadamente alargado tanto por la escasez de pelo como por la doble papada; acaso fuera el conjunto lo que le confería aquel gesto característico. Mas, fuera cual fuera el motivo, todo el que contemplaba al americano Franklin sentía hacía él una rara mezcla de compasión y admiración.

Aquella tarde no menoscabó la estadística. El americano conquistó el corazón de damas y caballeros por igual. Ellos admiraron al político que, enfermo y fatigado, se zafaba del enemigo y culminaba la faena con un requiebro. Ellas constataron el sonrojo del hombre que, errante por los reinos de Europa, buscaba la felicidad de su pueblo mucho más que la suya: era de todos conocido que el hijo de Franklin, que militaba en filas inglesas, había sido encarcelado por los americanos como traidor. Ambos, damas y caballeros, vislumbraron la beatífica placidez, la armoniosa beldad que confiere tener una meta y seguirla, pese a requerir el apoyo de un bastón, contra viento y marea.

El lenguaje corporal de Benjamín Franklin mostraba a un hombre acabado que suplicaba culminar sus días a cobijo, leyendo libros y

escribiendo ensayos, buscando explicaciones para el cielo y la tierra, para el amor y la tiranía. Sin embargo, cuando tomó la palabra, sus frases sonaron juveniles, tan vivaces y lozanas que el mundo olvidó por un momento su edad, su fatiga y el apagado color de su rostro cetrino.

—Queridos amigos y hermanos de este gran reino de Francia. Si deseara mostraros aquí mis agradecimientos, si planeara hablaros de los méritos de mi amada patria, habríais de proveeros de alimento y abrigo para varios días, tan largo sería mi discurso. Por eso, sólo quiero deciros tres palabras. La primera va dirigida a todos los habitantes de este suelo que hoy piso, y no es otra que *gracias* o, como vosotros decís, «¡Merci!». La segunda es *segu id*. Seguid, amigos, apoyando a los que luchamos por conquistar una libertad que nos ha sido usurpada. América cuenta con cada uno de vosotros. La tercera es *marchaos*, o todos despuntaremos aquí la tarde. Sabed que desde este mismo instante, cada uno de vuestros corazones se halla unido al mío por un pacto indeleble.

Tras varios minutos de vítores y aplausos, poco a poco, la gente fue volviendo a sus domicilios u ocupaciones. Casi todos ellos consiguieron recuperar las costosas pelucas que habían hecho volar ante Franklin, y por seguro tengo que portarían los adornos aquella misma tarde: al fin y al cabo, eran franceses.

Silas Deane y Arthur Lee, los otros dos miembros de la delegación americana, estaban admirados del apoyo del gentío a un anciano revolucionario procedente de tan lejanas tierras. Contemplaban encantados el recibimiento del que Franklin era objeto, aunque desde distinta perspectiva. Deane, confinado en su pequeña estatura y menguada complexión, disfrutaba sólo con el oído, pues no alcanzaba a ver nada. Por contra, la interminable silueta de Lee gozaba de inmejorables vistas, aun a costa de que sus larguiruchas piernas soportaran los empellones de muchos zapatos.

Cuando la caterva fue retirándose, consiguieron alcanzar la posición del recién llegado. Los tres se saludaron efusivamente, aunque, viendo a Franklin tan emocionado, sus coterráneos respetaron su extenso silencio. Tenían junto al puerto un carruaje provisto de tiro fresco que había de conducirles directamente a París.

Franklin permaneció callado el primer trayecto del viaje. Por un lado, se sentía pletórico. Aquel recibimiento confería no pocas esperanzas para la causa americana. No es que él careciera de orgullo o fuera inmune a halagos y alabanzas, pero sabía que aquella gente no

aclamaba a mister Franklin, sino al hombre americano que él encarnaba. Sin embargo, en su interior, una leve voz le indicaba que la efusividad es patrimonio de las multitudes, pero enjuto es el compromiso de los individuos cuando su interés se ve comprometido. Por ello, pese a aquel folclórico y entusiasta recibimiento, tenía el convencimiento de que su misión en Europa sería extremadamente difícil.

La ciudad sesteaba mientras tímidos rayos de sol asomaban su naricilla tras las grisáceas nubes. El viento se entregaba a sus depravados excesos con tal ardor que los árboles menudos doblaban a su paso como si el mismo Eolo adiestrara sus feudos.

Finalmente, la autoridad de un rayo de amenazadores ademanes consiguió que aquellos abusos cesaran y el viento mudara su pasión en susurros. Comenzó a llover. Las toses del impetuoso Lee y los suspiros del curioso Deane aprovecharon la ocasión para rebanar el silencio, devolviendo al lloroso Franklin a la cruda realidad.

—Queridos compatriotas. Disculpad mi circunspección. He sido muy descortés con vuestras mercedes. Estoy seguro de que estaréis impacientes por oír las nuevas de América.

—Ciertamente, monsieur —inició la conversación Arthur Lee con su viveza característica, mientras trataba de calzar su metro noventa en aquel pequeño carruaje cubierto. Tenía la espalda exageradamente doblada, con el fin de no chocar con el techo, por lo que su cabeza invadía la posición de Franklin. Sus enormes napias, judías en su forma, casi pinchaban el estómago del hombre. Dándose cuenta de la incomodidad que aquello causaba en el cansado viajero, trató de arrellanarse en el asiento abriendo sus largas y flacas piernas, todo ello sin demasiado éxito. Viendo la imposibilidad de la misión, continuó con sus preguntas.

—Decidnos, mister Franklin, ¿cómo va la contienda?, ¿cómo el ánimo de la población?, ¿traéis noticias particulares de nuestras familias?

—Por partes, mister Lee, por partes. Tened en cuenta que soy un anciano. De la contienda, ¿qué queréis que os diga? Que está desequilibrada. Ellos son muchos, adoctrinados y bien armados. Nosotros somos pocos, no disponemos de pertrechos y carecemos de formación militar. El general George Washington, y también vuestro hermano el general Richard Henry Lee —dijo informando a Arthur de algo que ya sabía— han hecho algunos progresos. Mas, en mi opinión, es más debido a causas naturales que militares.

—¿Cómo decís? ¿Por causas naturales?
—No me hagáis mucho caso. Es una manía de científico loco. Siempre he pensado que las guerras tienen un cierto parecido con las mareas; aunque siempre vence el mar, a veces baja la marea y la playa se ilusiona con obtener la victoria en la contienda. Más o menos, ésa es hoy la situación. No obstante, cuando acabe el invierno, Inglaterra enviará a toda su milicia contra nosotros. ¿Qué vamos a hacer entonces? No disponemos de cañones, ni de pólvora. Tenemos marina, pero no tenemos barcos.

—¿Tenemos marina? —preguntó extrañado Lee. —Sí. Ciertamente. El Congreso aprobó hace casi dos años la constitución de un cuerpo de marines a su servicio. Dos batallones exactamente. Muy pomposos, por cierto: cada uno con un coronel, dos lugartenientes, dos mayores y otros oficiales como es usual en todos los regimientos. Pero ¿y los barcos? ¿Qué harán los marines sin barcos? ¿Tirarán piedras a las fragatas desde el puerto? Por eso, señores, es vital la operación que nosotros tres vamos a desarrollar en Europa. Si el pacto borbónico nos apoyara y Francia y España entraran en la contienda, su marina sería nuestra marina; su pólvora, la nuestra.
—¿Y nuestra causa la suya? —cuestionó Deane haciendo retornar a Franklin a la dura realidad. En oposición a Arthur Lee, el pequeño cuerpo de Deane se hallaba apoyado en el asiento con la espalda perfectamente recta y las piernas cruzadas, con cuidado de no arrugar los encajes en los que terminaba el pantalón anudado a la rodilla. Al hablar no se movió ni un ápice. Sin embargo, tras su ironía, extrajo de su bolsillo una cajita de rapé, en oro labrado, y lo ofreció a sus compañeros. Ambos rehusaron. Franklin pensó en su peluca y frunció el ceño: el rapé también debería haber sido lanzado al mar, naturalmente por sotavento.
—Tenéis razón, querido Silas. Se nota que lleváis tiempo en París y vuestros pies pisan tierra firme. Gracias por evitar que mi corazón se desborde.
—Es normal —replicó Lee con ánimo conciliador—. Acabáis de desembarcar de un largo y fatigoso viaje. Estáis cansado, y al mismo tiempo deseoso de servir a nuestra patria.
—Sí. Estoy cansado. Pero no hay tiempo que perder. Se dice que Su Majestad británica está preparando un empréstito. Si lo consigue estamos perdidos, porque eso significa una contienda en desigualdad. Tenemos que anticiparnos, pero con precaución.
—¿Pensáis, señor, que hay espías? —preguntó Lee.
—¿Espías? ¡Oh, libraos de la mendacidad de esos secuaces del diablo! ¡Tan abundantes como las arenas del mar! Pero no aludía a ese tipo de tropos. Yo me refiero a otras precauciones, de naturaleza similar a las

que mencionaba mister Deane.
»Hubo un tiempo, que ha pasado para siempre, en que fuimos tratados como esclavos siendo hijos. Hubo una época en que, siendo menores de edad, permitimos que nuestro padre nos juzgara como siervos siendo vástagos. Hubo un tiempo, hubo una época de oscuridad. Pero lo que los ingleses tuvieron por esclavo va hoy a conquistar la libertad.
»Y no sólo para nosotros, sino para todo hombre de buena voluntad. En adelante América será libre porque sus hijos serán bautizados con libertad de pensamiento, de palabra y de obra. Será libre porque sus ciudadanos sólo serán juzgados por sus hermanos los hombres, sus iguales, que serán testigos y jueces.
»Gran Bretaña nos ha retorcido, pero no nos ha doblegado. Ha lanzado sus fulminantes rayos, pero no nos han alcanzado. Y es notorio que, en cada embestida, hemos renovado nueva savia; en cada afrenta, nuestro ánimo. Ese testarudo corazón es lo que han aclamado los franceses. Siempre es bonito ver cómo David lucha contra Goliat. Mas no se equivoquen vuestras mercedes.
»Con amenazadoras sonrisas, amigos, seremos recibidos en estas Cortes. Con suaves ademanes tratarán de doblegar nuestro fogoso ánimo. Querrán comprarnos y vendernos con ganancia, porque, en efecto, nuestra causa no es suya. Empero ninguna de sus estratagemas tendrá éxito si unimos nuestro esfuerzo al pertinaz corazón de nuestra patria.
»Anegad, amigos queridos, abrumad vuestra alma de libertad; sumergidla hasta quedar plenos y luego abrid las fuentes de vuestro corazón con tal donaire que los demás sean atraídos hacia ella y nuestra misión pueda ser coronada. América habrá de sufrir crisol para desprenderse de sus impurezas, pero, al final, nos enorgulleceremos de poseer una gran patria.
»Mas os apercibo: aquí en Europa hemos de movernos con el sigilo de un felino que huele presa; con la suavidad del blando susurro del viento. Sonreiremos aunque estemos abatidos. Ocultaremos nuestros sentimientos en las más dulces miradas; envolveremos las piedras en doradas sedas. No habrán de comprendernos al principio, pero, aun así, lo intentaremos a tiempo y a destiempo. Para ello nada más eficiente que decir lo que quieren oír.
—¿Y qué es, sir?
—Que poseemos un mismo enemigo: Inglaterra. Y que lo que los británicos quitaron a los Borbones franceses y españoles en América en la última guerra les será devuelto.
»Resulta funesto, ya lo sé, no poder hablar de libertad, no argumentar con la justicia o con la igualdad. Resulta infausto, sí, mas aquí en Europa sólo poseen barruntos de lo que es la verdadera libertad,

porque siempre han vivido sometidos. No entienden ese lenguaje. Hemos de ir despacio, pausadamente, como enseñando a leer a un infante torpe en un nuevo idioma.
—Que Francia está interesada en doblegar a Inglaterra —sentenció Deane— muéstralo el hecho de que, a mi llegada, yo haya sido invitado por el secretario francés de Asuntos Exteriores, conde de Vergennes. Y que, casi sin rogarlo, dos millones de libras hayan pasado a fondo perdido de su balance a nuestra cuenta, con el fin de comprar armas.
—Un millón, Deane. El otro es español.
—De acuerdo, de esa cantidad, un millón procede de España. En todo caso, ¿qué más da? ¡Todos son Borbones!
—Sí. Lo son —replicó Franklin—. Pero España tiene mucho que perder si nos apoya. Y nosotros mucho que ganar, pues suya es la llave del Missi s - sippi. Además, cada día menudean más noticias sobre las desavenencias prácticas entre los monarcas español y francés, aunque se encuentren unidos por un pacto de familia. Por ese motivo el Congreso ha decidido dividirnos. Especializarnos, como se dice ahora en «The Royal Society» de Londres. ¡División del trabajo, señores! Arthur: vos iréis a la Corte de Madrid. Traigo sus credenciales. Deane: vuestra merced seguirá en París, acordando con el hombre de confianza del Gobierno francés, Caron de Beau marchais, que ha solicitado expresamente vuestros servicios como intermediario con el Congreso. Al parecer os aprecia grandemente.
—¿Beaumarchais, el músico? —cuestionó Lee.
—El mismo —respondió Deane.
—¡Pero si está exilado en Londres!
—¡Buena tapadera! ¿No lo creéis así, mister Lee? —respondió Deane.
—Sí, sí, en efecto —recondujo Franklin—. Yo, por mi parte, me ocuparé de la diplomacia general tanto con el Gobierno francés como con otras naciones.
—Decidme, mister Franklin —preguntó Deane—. ¿Para qué es necesario acudir a la Corte de Madrid? España se limita a imitar las acciones francesas. Francia ofrece un millón, España hace lo propio a las dos semanas. Al fin y al cabo, es el mencionado Caron de Beaumarchais quien compra y envía los pertrechos de ambos. Arthur puede ahorrarse el viaje a la capital de España.
—Así fue, ciertamente, en el pasado; mas, al parecer, no lo será en el futuro. Beaumarchais ha sido castigado por su propia osadía. Ha gastado dinero de España sin su consentimiento, y luego les ha pasado la factura. Carlos III, rey de España, se ha negado a pagar el exceso. En adelante, Su Majestad no empleará a ese tal Beaumarchais.
—¿Y los franceses? —preguntó Deane, a quien se le había demudado el rostro—. ¿Tampoco usarán los servicios de Beaumarchais?

—¡Ah, creo que sí! ¡Podéis respirar aliviado! ¡Vuestras muchas gestiones siguen en marcha! Por cierto, ¿continúa Beaumarchais en Londres?
—Así lo creo, sí. Está empeñado en contactar con todos los comerciantes ingleses que simpatizan con la causa americana. Intenta convencerles de que ganarán mucho apoyando a los rebeldes. El doctor Eduard Bancroft le ha proporcionado una lista más o menos detallada. Sus contactos sociales y mercantiles allí son amplios.
—Muy bien, estaremos a la escucha. ¡Mister Lee! ¡Estáis muy callado! ¿No os complace conocer Madrid? Si es cierto lo que he oído sobre España, quedaréis prendado de sus mujeres, su comida y sus corridas de toros.
—Sí, sí, por supuesto. Mas no hablo español. Estoy comenzando a chapurrear en francés… ¿Cómo voy a negociar un tratado?
—No os inquietéis. Traigo vuestras credenciales en francés e inglés, y allí seguro que os proporcionan un intérprete. Además, primero haremos partícipe al Embajador español en París de vuestra partida. Él se encargará de todo. Sé que es mucho pedir, pero me gustaría que no perdierais tiempo y que salierais tan pronto como haya tenido tiempo de instruiros con relación a las órdenes del Congreso y el Embajador sea informado. Pensacola será la moneda de cambio inicial.
—Está bien. Estoy a vuestra disposición.
—Yo tengo el mismo sentimiento —confirmó Deane. —Espléndido, amigos. ¡Disponte, América, engalánate! ¡Serás libre sin falsía! Con una libertad anchurosa y profunda, blanca y hermosa, fresca y vivaz.

Londres, 9 de enero

El fluyut de bandera holandesa tardó varias horas en descargar su género: hierro en lingotes. No obstante, la carta urgente que le fue dada a su Capitán en el puerto de Nantes casi voló a palacio. Allí fue cuidadosamente depositada sobre la mesita del antedespacho privado de Su Majestad británica, el monarca George III de la casa de Hannover. Sobre el mueble —una pieza de caoba de pata única terminada en garras de león con bola por presa— reposaba también un memorial procedente de las colonias.

Junto a la magnífica pieza, y como ella tan llena de hojas doradas e incrustaciones de marfil como para suscitar la envidia del mismísimo Luis XIV, una silla a juego. Dormitaba en ella, con las piernas y los brazos desparramados, un entumecido anciano, el pintor de la Corte, mister Ramsay, quien, como todos los jueves de los últimos ocho años, acudía a cobrar la pintura que había hecho por encargo del Rey: un retrato en óleo del Soberano, adornado con capa de armiño y adamascada casaca dorada. Aún no había tenido éxito, porque el

bolsillo de Su Majestad estaba muy desmejorado, de modo que sus facturas criaban polvo, sin acumular intereses. Pero él no desistía: la paciencia todo lo alcanza.

Rondaba la noche cuando el tercer lacayo a las órdenes del Secretario del Mayordomo Mayor se dirigió a recoger el correo de la tarde. Al ver al anciano procedió a despertarle con el habitual carraspeo. Perturbado por las toses del lacayo, el anciano se desperezó y tras unos segundos de vacilación espetó al mozalbete:

—Mozo —dijo con la voz pastosa—, ¿Su Majestad sigue reunido? ¿Tiene gran ocupación?
El criado, que eructaba a pavo sólo desde hacía seis meses, pero que conocía, desde la primera propina, la importancia de su humilde cargo, respondió lacónicamente mientras recogía el correo:
—Su Graciosa Majestad tiene secretarios y ministros que os informarán de esos pormenores y sabrán dar razón a vuestras inquietudes. Yo no soy más que un humilde lacayo. Ahora, que si su señoría quiere la opinión de este insignificante servidor, le diré que tengo buenas vibraciones. —En aquel momento, el joven acercó su mano extendida al añoso pintor. Por supuesto, no pensaba ayudarle a levantarse.
«¡Sinvergüenza!», pensó el anciano mientras estiraba su casaca arrugada y recomponía su peluca. «¡Las libras que lleváis tú y los de tu ralea en el bolsillo! ¡Ésas son tus vibraciones! ¡Espero que te parta un rayo!», fue su pensamiento mientras llenaba de monedas la mano tendida.
Quizás transcurrieran cinco minutos, puede que diez, desde luego no más de quince, cuando el paciente pintor, que continuaba aguardando audiencia en la antesala junto a la mesa rococó terminada en garras de león, ahora vacía, oyó esperanzado la estridente risa del Soberano, coreada por sus acompañantes con vítores y menudas y palaciegas palmadas. Luego todo se llenó de los malos presagios del silencio. Finalmente, se escucharon unos golpes, que Ramsey interpretó como puñetazos en la mesa.
Y eso eran, en efecto. Después de que el Secretario Mayor testimoniara que las tropas británicas al mando del general Gage habían conseguido expulsar a las milicias coloniales de los alrededores de Boston —lo que provocó el alborozo general—, el lector, con voz temblorosa, pasó a dar lectura a los datos contenidos en el apéndice: de los 2.400 soldados británicos que habían participado en la batalla, 1.054 estaban muertos, malheridos o inútiles para próximas contiendas.
Entonces la brisa fresca pero suave que había percibido Ramsey fue condensándose, enfureciéndose, encabritándose, y no cejó hasta que el

huracán estalló con gritos y golpes.
—¡Aplastad a esos bastardos! —bramó George III mientras se le hinchaban hasta casi reventar las yugulares, y su cara, de subido tinte natural, adquiría un tono rojizo—. ¡Hacedles puré! ¡Quiero!… ¡Ordeno que todo americano rebelde sea cebado como un pavo, eso sí, sustituyendo higos y uvas por pólvora! ¡Y exijo que al asarlos adviertan al cocinero que no se olvide de prender la mecha! ¡Quiero que esos desagradecidos vomiten sangre, que se arrodillen a los pies de Inglaterra y supliquen volver al redil! ¡Y lo quiero ahora mismo!
»¿Qué diantre ha pasado allí? ¿Cómo es posible que un puñado de americanos andrajosos y sin disciplina, hijos de rameras y borrachos, hayan diezmado a las tropas inglesas? ¡Qué digo diezmado! ¡Nos las han seccionado a la altura del ombligo, o más abajo! ¿Qué mosca ha picado al general Gage? ¡Estoy rodeado de incompetentes!
»¡Ordeno —dijo furibundo— que sea relevado ese estúpido militar y le sustituya el general Howe, que no parece marica precisamente! ¡Que reconquiste mis plantaciones de América o lo haré yo mismo! ¡Largaos de aquí, panda de afeminados sifilíticos! ¡Fuera de mi vista!…
Cuando el Gabinete, con la empolvada y almidonada peluca blanca de lord North, el Primer Ministro, a la cabeza, salía de la estancia, soñando con los días en que el sistema mixto de gobierno funcionara en Inglaterra y pudiesen dejar de aguantar los caprichos y gritos de los reyes, George III continuó, imperiosamente, su arenga interrumpida de forma prematura. Todos se detuvieron en seco:
—¡Y quiero que a ese doctor Franklin se le encole una peluca inglesa en su dura cabeza americana cuando sea colgado de una soga en la plaza del Regimiento de Boston!
Tras sonreír maliciosamente durante su nueva inclinación ante el Rey, lord North se apresuró a salir. Pero las palabras del Monarca, esta vez en tono más sosegado, casi calmado, volvieron a detenerle y nuevamente dobló su rodilla ante el Soberano por si tenía que responder. George III no permitía que nadie le hablara salvo en posición inclinada y con la rodilla hincada en tierra.
—¡Quiero vigilancia constante de los rebeldes, especialmente de los generales Washington y Lee! ¡Y quiero a nuestros enemigos europeos controlados! ¡Quiero saber cuándo mea el rey de Francia y cuándo eructa el de España! ¡Quiero saber qué piensa el secretario Floridablanca, o quien demonios tenga el poder en España! ¡Deseo conocer qué come, qué especula, con quién duerme el ministro Vergennes en París! ¡Y no os olvidéis de vigilar La Habana, y de husmear en lo que se cuece en Nueva Orleans! Sin los apoyos y ejércitos de las Cortes borbónicas de Francia y España los colonos americanos están acabados. ¡Tenemos que asegurarnos de que no entran en este enredo!

Y chillando de nuevo, con sus dos enormes ojos azules fuera de las órbitas, concluyó:
—¡Utilizad a los jesuitas! ¡Buscad mozas de anchas caderas y buen castillo de proa y ponedlas en acción! Carlos III lleva ya 16 años de viudo: si la fama borbónica es veraz estaremos bien informados. Y, si no, a por sus ministros.
»¿Dónde se localiza Bilbao, lord North? Porque ése era el nombre que sugiere nuestro espía, ¿no es así?
—Ciertamente, Majestad. Bilbao se encuentra en la costa norte de España. En el País Vasco. Se trata de una villa pequeña, alrededor de 8.000 habitantes, dotada de una ría navegable que otorga seguridad y cobijo a na víos y cargas. Habitada mayormente por mercaderes y marineros, por su puerto sale la mayor parte de la lana castellana y del hierro extraído de sus ferrerías. Allí se dirige también la casi totalidad de nuestra exportación de bacalao.
—Bueno, pues quiero espías competentes en ese puerto, por si es cierto que algo huele allí a podrido. Supongo que, existiendo negocio, habrá comerciantes ingleses asentados.
—Sí, Majestad, una amplia colonia. Algunos de ellos envían desde hace años informes a la Corona de todo lo que acontece en el norte de España.
—Perfecto. Pues que sirvan a su patria. ¡Les doy permiso para sobornar, comprar, vender, pisar o lo que haga falta! ¡Quiero saber de inmediato cuál es la esencia de esa operación! ¡Y deseo esa información ya!
George III giró sobre sus talones dando la espalda a su gabinete. Lord North y sus colegas entendieron que el Rey daba por concluida la reunión y procedieron a abandonar la estancia despidiéndose con el consabido saludo. Empero, en ese momento el Rey se volvió, deteniéndoles en seco:
—Lord North, ¿decís que tenemos varios comerciantes infiltrados en España?
—Así es, señor.
—Es de suponer que los americanos hayan hecho lo propio; al fin y al cabo, son de ascendencia inglesa. El recién llegado mister Franklin es un reconocido científico y un respetado estadista, pero tiene más de mil años. No creo que los colonos hayan dejado el trabajo exclusivamente en sus manos. El nido ha de estar poblado con otros polluelos.
—Como siempre, lleváis razón, Majestad.
—¿Sabemos de cierto quiénes son?
—Creemos saberlo, Majestad.
—¿Por qué entonces no he sido informado?
—Vuestra real Persona recibió un informe sobre el particular hace

unas semanas.
—¿Seguro? ¡No lo recuerdo!
—Indudablemente, Majestad. Yo mismo os lo en tregué.
—Bien, pues refrescad mi memoria porque no caigo en la cuenta.
Lord North, incómodo y nervioso, trató de resumir en pocas palabras el extenso dossier que George III había leído en su presencia, donde se detallaba hasta la talla del calzón corto que usaban los americanos. Pese a su juventud, el Monarca tenía cada día más olvidos; conductas extrañas y trazas estrafalarias. Era normal que los reyes fueran caprichosos, orgullosos y cambiantes en sus decisiones sobre cosas banales; que en ocasiones se mostraran extravagantes o salidos de tono, pero no era connatural a la nobleza vestirse estrafalariamente, ni pasear en pleno invierno medio desnudo por el jardín en busca del ave del paraíso. No, señor, eso no era normal.
—Lord North. ¡Estáis ido! ¡Proceded!
—Perdonad, sir. Estaba haciendo esfuerzos por resumir los historiales y no ocupar más tiempo del necesario a Su Graciosa Majestad.
—Os lo agradezco, milord.
—Bien. Veamos. El primero de los agentes que hemos identificado responde al nombre de Silas Deane. Es hijo de un humilde tabernero de Groton, en la colonia de Connecticut. Con mucho esfuerzo propio y familiar logró estudiar leyes. Y, tras dos matrimonios con sendas viudas hacendadas, consiguió introducirse en sociedad. Fue nombrado Delegado. Y ahora el Congreso Continental le ha enviado a la Corte francesa para obtener auxilios. Según nuestras noticias, tiene algún contacto aquí en Londres, pero aún no sabemos de quién se trata.
—¿Su punto débil?
—El bolsillo, Majestad, y el orgullo. Dicen de él que es tremendamente ambicioso y que nada le detiene. También se cuenta que odia todo cuanto no puede conseguir. Como no es noble, pelea contra las monarquías. Si lo fuese, combatiría con ardor a los pobres.
—Entonces, milord, ¿es sobornable?
—Entiendo que sí, Majestad, aunque no saldrá barato.
—Bien. Tendremos eso en cartera. ¿Y el otro espécimen de polluelo?
—¡Ah, ése viene de otra casta, Majestad!
—¿Pero es nativo también?
—Sí, Majestad. Gracias a Dios ninguno de ellos ha nacido en Inglaterra. Sería terrible observar que el áspid duerme en tu mismo colchón. Éste se llama Arthur Lee. A diferencia del primero, es vástago de una familia acaudalada. Hacendado y culto —leyes y medicina— y político por vocación. Fanático y soberbio. Nos informan de que le van a mandar a España para conseguir el apoyo de Madrid.
—Difícil tipología. Mas, a buen seguro, tendrá un punto débil. ¿La entrepierna quizás?

—Entiendo que no, Majestad, aunque es soltero.
—Todos tenemos un punto débil, incluso los reyes; es cuestión de ahondar más. Hágalo, lord North, debemos conocer al enemigo.
»Sin embargo, ahora estoy fatigado. Dejemos ya esto. Den entrada al pintor Ramsey y enviad recado a mi augusta madre: deseo conversar con ella.
El primer deseo del mandatario inglés no pudo ser satisfecho. Tras escuchar los gritos, el añoso pintor había puesto pies en polvorosa, sujetando en la carrera su empolvada, almidonada y pulcra peluca inglesa. La rapidez de su huida, admirable en un anciano, había apagado todas las llamas de las pequeñas velas con que la reina Charlotte había hecho decorar el abeto de Navidad.
El tercer lacayo del Secretario del Mayordomo Mayor se acordó de los difuntos de mister Ramsey. ¡Tendría que encender nuevamente las pequeñas antorchas, capricho de la Soberana! Era la tercera vez en la tarde, pues el adorno de Navidad, último grito en Europa, había sido situado en la esfera de influencia de la corriente del gabinete real.
—¡Debo subir mis honorarios! —se dijo el mozalbete mientras trasegaba las monedas que se hallaban guarecidas en la faltriquera de su librea.

Madrid, 10 de enero

Madrid conoció la noticia de que una nueva ave surcaba los cielos tres días después del evento, a la hora en que la luz solar comenzaba su lenta pero magnífica retirada. El cielo, plagado de mechones en ese tono fucsia con que se engalanan las frías pero serenas noches de invierno, iba tiznándose a migajas de un color negro en tono gitano. Toda la Corte, que comenzaba a plegarse a la fuerza, pudo contemplar el magnífico espectáculo: la castiza y mágica noche cortejaba a la dulce y ardiente luna, haciéndola asomarse al balcón de acero macizo que flanqueaba la estancia donde se cobijaba. La ronda fue privada; sólo un suspiro de brisa pudieron escuchar los madrileños.

El Soberano español era tan parco en placeres mundanos que la Corte llevaba su vida como si viviera en un permanente viernes de cuaresma, levantándose y acostándose al modo de las gallinas; comiendo poco y riendo menos. Se aseveraba que Carlos III era austero por convicción. Mas voces expertas señalaban a fray Joaquín Eleta, confesor real, como culpable. Los informados madrileños decían de él que era un fraile tan remilgado y encorsetado que, si estuviera ayudando a san Pedro, el cielo estaría vacío, a excepción de Nuestro Señor y su Santísima Madre, por supuesto.

Su Majestad solía cenar en privado y se retiraba a sus aposentos a eso

de las diez. Esa noche, sin embargo, tanto Almerico Pini, su ayuda de cámara, como el duque de Losada, su sumier de corp, terminarían sus funciones con algo de retraso. El Rey se hallaba reunido con sus secretarios.

Carlos III vestía su «uniforme de invierno»: casaca de paño de Segovia color castaño, chupa de ante galoneada en oro y calzón negro. El pañuelo de batista, anudado al cuello sobre la camisa de chorreras, iba perdiendo el lazo, pausada pero continuamente, sin que el magno hombre hiciera nada para remediarlo. Su pierna derecha se hallaba guarnecida por una media de lana de color beige, coronada por una zapatilla de seda bordada con el escudo real. La izquierda, elevada sobre una banquetilla mullida con un paño de lana, aparecía desnuda.

El Soberano español —el mayor Monarca del mundo en kilómetros cuadrados bajo su cetro— padecía un ataque de gota y, pese a haber sido puntualmente atendido por su médico de cámara, don Josepf Masdevall, seguía sintiendo serios quebrantos.

El físico, un hombre nervioso de carácter pero muy seguro y totalmente contundente en sus actuaciones médicas, era considerado como una eminencia por todos, empezando por el Rey, que cumplía fielmente sus consejos.

Masdevall no seguía ya los criterios de la escuela clásica y se había abstenido de recetar la consabida sangría: remedio universal para eliminar la materia morbosa. Lejos de ello, había ordenado modificaciones en la dieta y una nueva medicina llamada «colchicum», también conocida como «azafrán de la pradera».

Ante la cara de descontento del Monarca —quien, si bien no se alimentaba en exceso, era un hombre enfermizamente metódico en las comidas— Masdevall había sentenciado: «Siento informaros que vuestra dolencia es debida a graves disturbios dietéticos. Debo recomendar dieta: deberá privarse del vino de Canarias y evitar mezclar la bebida con Borgoña, lo justo para desinfectar el agua. Poquísima carne y nada de caza. El 'colchicum' hará el resto».

El rey Borbón no añoraba la sangría, pues en otras ocasiones había sufrido el ataque y la saña de sanguijuelas e incisiones. Había ofrecido como sacrificio a Dios Nuestro Señor evitar el vino. Pero toleraba muy mal el «azafrán de la pradera». Ciertamente le había quitado gran parte de la inflamación de la articulación y, de hecho, su dedo gordo empezaba a retornar a la normalidad. Sin embargo, le habían quedado un mareo y unas náuseas tales que creía en cada momento estar en

una de sus grandes fragatas en una réplica de Lepanto. ¿Y qué decir de la diarrea? ¡Se había visto obligado a mudar la ropa interior tres veces en una semana, cuando era su costumbre hacerlo dos veces al mes!

Por si estos vaivenes fueran pocos, el cirujano mayor, siguiendo el parecer de un tal Irañeta y Jáuregui, había prescrito música a todas horas, pues, decía, era de gran utilidad para los enfermos. A Carlos le gustaba la música, pero ni permanentemente, ni cuando estaba mareado.

A las 11 p.m., Carlos III sentía ya un hambre feroz; le lloraban las tripas de soledad. Y eso por no decir de sus hígados, que emitían extraños ruidos lastimeros. Pero Su Majestad prefería esa sensación en el estómago al intenso y mantenido dolor de la pierna inflamada. Y, aunque las noticias de la América inglesa le habían alegrado, finalmente había despachado a la orquestilla: cuando se hallaba rodeado con sus ministros necesitaba concentración.

Todos sus consejeros, incluyendo al Secretario de Estado saliente, Gerónimo Grimaldi, y el entrante, el buen ilustrado Floridablanca, se hallaban sentados formando un corro alrededor de la pierna gotosa de Su Majestad. Éste no seguía las rígidas costumbres inglesas y evitaba el protocolo siempre que podía. Además, cuando sus ministros estaban en pie y él sentado, se le despertaba un punzante dolor de cuello.

La conversación giraba, no podía ser de otra manera, en torno a la revuelta de las colonias británicas de América y al partido que España podía sacar de aquella curiosa coyuntura. La llegada de Benjamín Franklin, a cabeza descubierta, a las costas francesas —noticia que había motivado la reunión vespertina del consejo de Su Majestad— se mezclaba con comentarios sobre los otros dos sujetos que los americanos habían enviado a Europa de avanzadilla.

Pero todo el mundo conocía que el dúo Lee & Deane carecía de crédito en la sociedad francesa y menos en la española. Hacía falta un hombre de peso y de talla. Benjamín Franklin era un anciano y estaba cansado, pero poseía una bien ganada reputación en Europa, no sólo como impresor y periodista —su primer trabajo—, sino como inventor —media Corte inglesa esperaba con ansia ver culminados sus trabajos sobre unas gafas milagrosas, que, por su doble foco, permitirían ver tanto de cerca como de lejos—. Y lo más importante: era un político respetado tanto en Gran Bretaña como en España y Francia.

Cuando el Congreso americano le había pedido el esfuerzo de volver a Europa, Franklin había aceptado por patriotismo, sabiendo que sin él

las gestiones para conseguir que las Cortes Borbónicas se pusiesen del lado de América fracasarían. «Chispas» había apodado Floridablanca al americano de cabeza descubierta, aludiendo al invento que más fama había dado a Franklin en Europa: el pararrayos. Y con ese nombre de guerra se había quedado.

A Carlos III le había hecho gracia el apodo y se había reído a gusto cuando su hermano, quien como él conocía todos los tacos habidos y por haber en la lengua de Sheakespeare, le había hecho notar su proximidad con *chippy* —fulana en América—. Por eso sonreía en ese momento, aunque su Secretario de Guerra lo interpretó mal y pensó que, con el gesto, Su Majestad le daba su aquiescencia. Se sintió por ello justificado para terminar su arenga:

—¡Ataquemos Portugal, Majestad! ¡Conquistaremos esa tierra en poco tiempo y con escasos esfuerzos! Si Inglaterra no les ayuda, los portugueses nada pueden hacer. Ahora bien, ¿se puede permitir Gran Bretaña socorrer a Portugal a riesgo de entrar en guerra con España y, por supuesto, con Francia, ya que entre ambas Cortes rige el pacto de mutua ayuda?

»Estimo que no —había sentenciado—. ¡Volveremos a completar la península! Si Gran Bretaña ataca a España, entonces la guerra se anticiparía, pero Londres tendría divididas sus fuerzas, luchando contra españoles y franceses, además de con sus colonos, mientras que nosotros tendríamos duplicadas las milicias y las armas gracias a la ayuda francesa.

El Secretario del Despacho de Guerra, conde de Ricla, que había ido coloreando sus mejillas conforme se oía a sí mismo, quebró en pocos minutos su compostura y, poniéndose en pie, con el puño en alto y sus chorreras al viento, pese a estar en la presencia del Rey, chilló:

—¡Portugal será nuestra, Majestad! ¡Una campaña corta… y mucha gloria! ¡Y la guinda, Gibraltar! —Luego tomó asiento y se secó el sudor de la frente con un pañuelo de encaje perfumado, por lo que la habitación se plagó de aroma a jazmines.

La avanzada edad del dimisionario secretario del Rey, el anciano Gerónimo Grimaldi, no había aminorado lo más mínimo su ardor bélico, y por ello asentía con la cabeza. Más tarde o más temprano entrarían en guerra con Inglaterra, porque la herida anterior, la guerra de los Siete Años —contienda donde España y sobre todo Francia habían recibido golpes hasta en el calzón de muselina— había cerrado en falso y supuraba constantemente.

Desde aquellas fatídicas fechas, la armada española había engordado notablemente y los astilleros continuaban produciendo sin descanso. Con ese factor estratégico solucionado, todo sería fácil. ¿Por qué no ganar tiempo y aprovechar que Inglaterra debía mantener abierto el frente americano? El plan que había presentado Ricla era sencillo y positivo.

Frente a estos ardores de Grimaldi y Ricla, el Secretario de Hacienda permanecía cabizbajo, moviendo la cabeza a derecha e izquierda. «No, no. No es el momento», decía para sus adentros. Prudente, sin embargo, no levantó los ojos, ni abrió la boca. Pero Su Majestad Carlos III había oído a su financiero. Es más, había hablado previamente con él sobre la situación del patrimonio y las arcas del Estado.

—Gerónimo —preguntó suavemente el Rey a su antiguo número uno—, ¿qué probabilidades tienen los rebeldes americanos de hacer algún daño a Inglaterra?

Mientras esperaba una declaración, levantóse de su asiento, acercándose a la ventana más próxima con ayuda de un bastón de caoba con puño de plata. Escuchó la respuesta sin apartar los ojos de la magnífica vista que ofrecía el aposento real: una ribereña al servicio de las Altezas que correteaba, medio bailando, en el porche de palacio. Especialmente dotada, se hallaba envuelta en un jubón de satén rosa con amplio escote que no tapaba, ni levemente, el punto de Marsella con que estaba orlado. La negrura de la noche, tamizada por la luz de las velas que reflejaba el brillo de la tela, el exiguo fulgor del verde de la pradera y la fuente barroca no hacían sino ayudar a la escena.

—Remotas, Majestad —contestó Grimaldi—. Son pocos y tienen escasos medios. No obstante, como bien conoce Su Graciosa Majestad, los Gobiernos Borbónicos les estamos ayudando de manera solapada desde la Corte francesa. Los americanos están muy motivados, y no sólo políticamente, pues también resulta importante la faceta financiera. Los grandes capitanes americanos, la mayoría de sus ideólogos también, son terratenientes que ganarían muchos reales obteniendo la independencia.

—¡Es increíble —dijo el Rey elevando notablemente la voz— la agilidad de… los ciervos! —Dándose cuenta de su efusión y recordando la castidad que siempre ensalzaba fray Joaquín, posó el pie descalzo en el frío suelo recibiendo una descarga de considerables proporciones. Sabía, desde la muerte de su amada reina María Amalia,

que la castidad era dura tarea.

—Gerónimo —continuó con un rictus en la cara provocado por el agudo dolor—, ¿podríamos ayudar a los americanos a la manera de Francia?

El interpelado, que se había sobresaltado con el grito y la pregunta, respondió incómodo:
—Majestad, me permito recordaros que ya lo estamos haciendo. Vuestra Gracia aprobó nuestra participación en la aventura francesa, y monsieur Caron de Beaumarchais ha recibido un millón de libras torneras de nuestras arcas; la misma cantidad que le ha otorgado la Corte francesa.
—¡Eso ya lo sé, Marqués! —dijo con impaciencia el Rey, volviéndose bruscamente: el intenso tormento provocado por la articulación había retornado—. Lo que pregunto, señor —continuó fijando mucho la última palabra—, es si podemos ayudarles al estilo francés*, pero sin fran -c e-ses.*
—Disculpadme, Majestad. No os comprendo.
—¿Por qué no tener una tapadera propia? ¿No disponemos de comerciantes españoles que sepan realizar con eficiencia esta tarea, sin tener que aguantar la mala reputación del famoso Beaumarchais?
»¿Saben que el buen Caron de Beaumarchais está es cribiendo una obra en la que ridiculiza a mi sobrino Luis XVI, y, por ende, a todas las monarquías? ¡Él, que ha vivido del cuento y a la sombra de la nobleza toda su vida! ¡Y para más desfachatez ha querido ensayar con la Reina!
Todos los secretarios menearon la cabeza de arriba abajo, indicando asentimiento. Prácticamente toda Europa había comentado el hecho. Pero los presentes habían captado la idea: él deseaba contarlo y así sería, por lo que ninguno osó interrumpir al Soberano. Era un hombre jovial, ilustrado y moderno. Pero era quien mandaba y todos lo acataban. Carlos III, por supuesto, siguió contando lo que ya era sabido.
—Por cierto, Conde —dijo espetando al de Ricla—, ¿vos creéis que es cierto que Beaumarchais ha envenenado a su mujer y a su socio? Dicen que una cantidad nada despreciable de un polvo blanco apareció en el lienzo de aseo de su mujer, la segunda, porque la primera no le duró ni un año. La familia de su socio, que también murió prematuramente, dice que también apareció ese polvo en una caja de rapé del pobre finado. ¡Mi sobrino Luis ha hecho bien en desterrarle a Londres!
Sin esperar contestación, el Rey volvió a sentarse, pero mantuvo el bastón como apoyo, y concluyó la conversación:
—Caballeros —sentenció en tono solemne, mientras los secretarios se

ponían en pie respetuosamente para esperar el fallo—, no es momento de entrar en guerra. Nuestras arcas están vacías, nuestras posesiones americanas lejos y en este momento desprotegidas. Portugal es un apetitoso bocado, y ciertamente las guindas son Menorca y Gibraltar, pero hemos de ayunar un poco. —Haciendo una pausa, instintivamente se llevó la mano a la pierna y luego continuó:
—Después de la cuaresma vendrá la pascua. Entonces nos saciaremos. Mi sobrino nieto Luis, rey de Francia, tiene sus propios problemas. Dejemos que los resuelvan a su modo. Nosotros lo haremos al nuestro. Ordeno que en adelante se ayude a las colonias americanas desde nuestras fronteras… veladamente, por supuesto, y por medio de comerciantes españoles.
»El marqués del Puerto me ha recomendado con mucho elogio la Casa Gardoqui e hijos, que tiene domicilio aquí en Madrid, con asentamiento permanente en Bilbao. Al parecer, alguno de los Gardoqui, especialmente uno de nombre Diego María, habla correctamente inglés y puede ser útil como traductor.
El Rey guardó silencio unos instantes. Recordó, pero no rememoró en voz alta. El marqués del Puerto le había asegurado que los Gardoqui tenían ya tratos secretos con los americanos, por lo que los envíos se rían mejor guardados. Sin embargo, decidió guardarse esa información y pidió la suficiente cautela al Marqués. Sospechaba que había alguna fuga en su gabinete, pero desconocía dónde, de momento.
—Gerónimo —continuó Su Majestad girándose a su derecha, lugar que ocupaba el marqués de Grimaldi, que vio cómo las labradas ilusiones de volver a su tierra se desmoronaban de un plumazo—, sé que deseáis retiraros a vuestra casa del norte, pero convengo que sirváis a vuestro Rey y a vuestro pueblo un poco más. El conde de Aranda, nuestro Embajador en París, ha sido visitado por ese tal Silas Deane. No creo que tarde mucho en ser agasajado por «Chispas». —A esta ocurrencia todos rieron, aunque forzadamente—. Se dice que desean enviar a un hombre a España. No podemos permitirlo bajo ninguna circunstancia, porque nuestra mejor baza es la neutralidad.
»Grimaldi, encargaos, sirviéndoos de esos bilbaínos, de la logística de la ayuda y hacédselo saber a los americanos, pero que el Embajador inglés en Madrid y Cádiz no les vea, ni les oiga, ni huela siquiera a americano. Conde de Ricla, quiero informes de nuestras fortificaciones en América, y de cualquier movimiento, por más leve que sea, de la marina británica. —¡Gálvez!
El Secretario de Indias, ágil como un gato, sorprendiéndose por la apelación a su persona, dio un bote y se colocó en posición de firme
—¡Ojo con Nueva Orleans! —continuó el Rey, apuntándole con su afilado dedo índice—. Y redoble la vigilancia en La Habana. ¿Tenemos agentes infiltrados en las trece colonias británicas?

—Sí, Majestad, algunos. Además, me permito recordar a Vuestra Gracia que en Nueva Orleans también está mi sobrino, el Teniente Coronel Bernardo de Gálvez.

—¡Ah! Bien. Pero calibrad la exactitud de la información antes de pasármela.

»Buenas noches nos dé Dios, caballeros. Roguémosle que vele por nosotros para que nosotros, a su vez, podamos hacer lo propio con nuestra adorada patria.

—Así sea —respondió el séquito con la cabeza inclinada.

Versalles, 10 de enero

Carlos III de España era tío abuelo de Luis XVI, recién estrenado soberano de Francia, tras el fallecimiento de su abuelo Luis XV a causa de la viruela.

Carlos y Luis no llevaban el mismo apellido, pero ambos eran Borbones, unidos por reiterados pactos de familia contra Inglaterra. Mas ahí acababa todo el parecido. Nada en su carácter les asemejaba. Frente a la magnanimidad de Carlos, Luis, con apenas 23 años, era caprichoso y egoísta. A veces tímido e inseguro, sin solución de continuidad en otras se mostraba colérico y maleducado con sus súbditos, cosa que jamás hubiera hecho Carlos, que guardaba más las cortesías con los pobres y plebeyos que con los ricos y poderosos.

Los dos excelsos parientes se observaban mutuamente, manteniéndose bien informados de los dimes y diretes de la Corte contraria. Aunque rara vez se imitaban. Frente a la austeridad impuesta por Carlos a la Corte española —lo cierto es que las cuentas de la Casa Real no permitían señalar más que buenas intenciones—, en París todo era despilfarro, exceso y emulación. Luis XVI siguió las andanzas de su antecesor en el trono y comenzó su reinado encargándose un traje para cada día del año.

Del físico, casi mejor ni hablar. Carlos era tan feo que cuando se cruzaba de atardecida en los pasillos de palacio con algún sirviente, tras un chillido contenido, y de espaldas al Soberano, los criados se santiguaban. Se rumoreaba que, cuando quedó viudo, Su Majestad envió a una princesa europea una petición de relaciones que incluía un medallón con su retrato. Al parecer, el acuerdo matrimonial fue truncado en el mismo instante que la princesa observó la estampa. Lo que ella desconocía era que, en esa precisa pinturilla, Su Majestad parecía un cromo, tan retocado estaba. Y si se le veía de cuerpo entero, aún era peor. Un tronco extremadamente grande, descolorido y algo galindo se completaba con una minúscula cabeza, agitanada

por las muchas horas en el campo y por lo hirsuto de su pelo.

Por contra, Luis, soberano de Francia, era gallardo, apuesto, alegre… y totalmente libertino para lo que se acostumbraba en la depravada Corte parisina a esas edades. La antípoda de Carlos, que, pese a que la carne le tiraba como a cualquiera, no conocía, que se supiese, mujer desde que quedara viudo.

Sólo la afición por la caza les unía. En este deporte Carlos superaba con creces en experiencia y valentía a su nieto segundo, con 108 lobos en su haber en el último año. Las demás piezas, algo amañadas, tenían menor valor y escaso riesgo, aunque su carne fuera muy sabrosa.

Luis XVI tomó el episodio de la peluca a chanza, pese a que todos sus ministros, secretarios y cancilleres intentaron hacerle comprender la importancia del gesto. Como buen francés odiaba hasta el aire que respiraban los ingleses. Por eso se alegraba de que los americanos estropearan la cena a George III, pero llevaba sólo tres años como rey de Francia y deseaba disfrutar un poco de su reinado antes de verse nuevamente involucrado en molestas y tediosas guerras.

—¿Saben qué es lo peor de las guerras?

—No, Majestad —contestaron al unísono ministros y consejeros.
—¿Creen que son los barcos que perdemos? ¿El comercio que se nos arrebata? ¿Quizás la sangre derramada, pegajosa y tan pastosa que todo lo ensucia? Pues no, estáis equivocados. ¡Vuestras mercedes son lo peor de la guerra! ¡Todos empeñados en aconsejarme a la vez! ¡Majestad, esto, Majestad, aquello!
»El Parlamento, el Capellán real, la Reina, los Secretarios, el Canciller, todos afanados tratando de inspirar mis reflexiones. ¿Y quién se ocupa de mi persona? ¿Quién se afana en distraer mi mente de tantos quehaceres? ¡Voy a tenerme que buscar una favorita, como las que tuvo mi abuelo, dedicada *ad integrum* a la persona y deseos del Soberano que tanta carga soporta! Sólo consagrada a mi satisfacción y sin aconsejarme para nada. ¡Mejor: me buscaré una meretriz muda!
»Decidme, Vergennes —prosiguió el Rey—, ¿qué pretenden en resumen esos rebeldes americanos? ¿No pensarán que van a machacar a las casacas rojas inglesas? ¿O sí? Bueno, hablad. ¡Vos sois mi Secretario de Asuntos Exteriores, debéis saberlo!
El rollizo conde de Vergennes no estaba seguro de que Su Majestad deseara contestación, así que dejó que la ufanía del Monarca consumiese los instantes. El Rey se hallaba delante de un espejo de más de dos metros que colgaba del techo. Sus pies se elevaban sobre el suelo cuestión de medio metro, debido a que se alzaba sobre un

taburete. El sastre tomaba medidas para nuevas casacas, chalecos, una capa, calzones de pata larga —nueva moda— y batines.
El sastre estaba acostumbrado a presenciar conversaciones de estado sin que oír hablar de guerras o revoluciones, acuerdos de paz o pagos de espías le distrajese lo más mínimo. No fue ésa la razón, sino un brusco giro del Soberano, lo que ocasionó el percance: el alfiler —fabricado, en serie, según los últimos avances de la ciencia que había descrito el famoso escocés Smith— pinchó el muslo izquierdo de Su Magna, Graciosa y Serenísima Majestad. Al menos tres gotas del elixir del mismísimo soberano de Francia, rojo y templado como el del resto de los mortales, fueron derramadas.
—¡Estúpido! ¡Perro! ¡Has herido a tu Soberano!
De rodillas, a los pies del taburete forrado de raso color cereza, el sastre trataba de articular palabras de disculpa.
—Perdonad mi torpeza e indignidad, Majestad. ¡Todo ha sido culpa mía!
—¡Por supuesto que lo ha sido! —gritó iracundo Luis XVI—. ¡Y te aseguro, idiota, que lo vas a recordar el resto de tus días!
Y, sin más preámbulo, la zapatilla de Su Majestad Cristianísima, título otorgado nada menos que por Su Santidad el Papa desde Roma, se estrelló sobre la cara del pobre costurero, partiéndole el tabique nasal, amoratándole casi de inmediato el resto de la faz y dejándole tirado en el suelo, a modo de alfombra humana. El criado no emitió sonido alguno, aunque no pudo evitar que su pulso se acelerara y su respiración apareciese jadeante.
Se incorporó, aunque sin desdoblar las rodillas. Recogió los alfileres, tijeras, tizas e hilos y se alejó arrastrándose, sin hacer reverencia, pero presentando sus disculpas al Soberano por haberle obligado a ensuciarse las suelas de cuero de su zapatilla bordada en hilo de seda traído de la remota China.
—¿Dónde vas, rufián? ¡Y para mayor quebranto vas dejando tu asquerosa sangre en mis mármoles! ¡Ven y acaba tu trabajo! ¡Por él comes, no te olvides!
»Vergennes —dijo mientras, contoneándose, miraba su estampa en el espejo—, ¿quién es ese americano que tanta algarabía ha formado?
—El doctor Franklin, Majestad. Benjamín Franklin.
—Lo sé. Pero, ¿quién es? Su nombre me resulta familiar, y sin embargo…
—No me extraña, señor; ha alcanzado fama notable.
—¿Noble?
—No, Majestad. Hijo de un humilde colono americano, dedicado a la fabricación doméstica de velas y jabón.
—¿Sabio?
—Sin duda, Majestad. Físico, escritor, estadista, miembro de la Royal

Society londinense. Es el inventor del pararrayos, de una batería de no sé qué función, y otras curiosidades varias.
—¡Oh! ¡Me gustaría conocerle y que me mostrara alguno de sus inventos!
—Pero, señor, ¡Vuestra Graciosa Majestad ya dispone de uno de sus inventos!
—¿Ah, sí? ¿Cuál?
—El ejemplar de armónica de caja de madera que utilizan Sus Altezas Reales Sophie y Victoire ha salido de sus manos.
—¡Ah!
Durante unos breves momentos, la mirada de Luis XVI se perdió en el infinito. Vergennes, sin inmutarse, pese a que le dolían las rollizas piernas de permanecer tanto tiempo en pie, esperó las siguientes preguntas.
—Decidme, Vergennes, ¿ha pedido ese americano Franklin ser recibido en palacio?
—Aún es temprano, Majestad; acaba de desembarcar.
—Bien, en todo caso, si pide audiencia, concedédsela: quiero contemplar a ese espécimen de cerca. —Y con una cara pícara, más propia de un niño juguetón que de un soberano, se despojó de su peluca empolvada recitando—: ¡Te arrojo a las profundas aguas del océano por mi patria! ¡Guardadme el tocado, señor de los mares, hasta que los ingleses claudiquen o yo sea pasto para tus súbditos los peces!
»¿Creéis, Vergennes, que vendrá a verme sin tocado?... ¡Acabo de tener una idea maravillosa! ¡Digna de un Soberano! ¡La Reina estará encantada! ¡Si el americano viene a mi presencia con la cabeza despejada, quizás yo pueda recibirle vestido de rey Neptuno! ¡Acaso podamos decir a Beaumarchais que desde Londres nos envíe una comedia que conmemore el insólito evento! ¡Sastre, toma las medidas! Quiero un traje de Neptuno, con cola de escamas. ¡Vergennes, ordenad construir un decorado! ¡Que el rebelde venga hasta mí en una barquilla! ¡Mientras, yo le esperaré sentado en una caracola! ¡Ah, y deseo que la ambientación sea exuberante: delfines, tiburones, pulpos, y muchas, muchísimas olas! La Reina vestirá traje de sirena, pero con más ropa de lo habitual —bromeó.
El conde de Vergennes, Secretario de Asuntos Exteriores, era un hombre extremadamente prudente. No hubiese intervenido si la cosa no fuera seria y la sarta de tonterías que el Rey vomitaba no denotara que estaba de buen humor, pese al pinchazo del alfiler.
—Señor, cuando el doctor Franklin venga a presentar sus respetos a Vuestra Graciosa Majestad, traerá algunas peticiones. Quizás fuera prudente reflexionar sobre el problema antes de que el representante americano pida una audiencia.
—¿Pedir? ¿Más? ¿Es que acaso no ha sido suficiente con los dos

millones de libras con que les hemos socorrido las Cortes Borbónicas?
—Majestad, enfrentarse contra Inglaterra...
—¿Pero es que piensan ganar y separarse de Gran Bretaña? ¡No lo creo! En cuanto los ingleses bajen un poco sus impuestos y les dejen realizar algún comercio en beneficio propio, los colonos americanos se replegarán.
—Majestad, los informes que llegan a palacio insisten en que el ánimo americano es inquebrantable y...
—¡Callad, Vergennes! ¡Yo también he leído esos memoriales! ¿Es que acaso deseáis llevar la contraria a vuestro juez y señor? ¿No sabéis que los comerciantes londinenses con sede en América siguen suplicando a George III que arregle la situación cuanto antes?
—¡Por supuesto, Vuestra Graciosa Majestad tiene razón! Pero si América cuenta con el respaldo de España y Francia, Inglaterra lo tendrá mucho más difícil. Desde que firmamos la última paz con los ingleses aquí en París hace ya casi 14 años, hemos dedicado dinero y esfuerzos para epatar a Gran Bretaña en su poderío naval. Aún no llegamos a igualarles, pero hemos aumentado nuestros navíos hábiles en un 60%. España también ha hecho los deberes. Y, además, la orilla izquierda del Mississippi es española, y los ingleses no podrán flanquearlo si España entra en guerra.
—¿Tenemos noticias frescas del estado de la cuestión?
—No, Majestad. De momento conocemos que las tropas se han retirado a sus respectivos cuarteles de invierno. El general Washington, tras ganar la última escaramuza, se halla patéticamente aislado por la nieve, a la espera de la réplica británica, cuyo carácter punitivo sin duda habrá de ser terrible.
—¿Y qué dicen los últimos informes de Beau marchais desde Londres?
—Señalan, Majestad, que los americanos precisan de mucha ayuda, más pertrechos, más dinero. De hecho, señor, Beaumarchais se ha endeudado con los banqueros en mucho más que los dos millones de libras que le habían sido asignados por las Cortes Borbónicas. Debe una cantidad superior a los…
—¡Señora! —musitó el Rey bajándose del taburete en el que todavía se hallaba—. ¡Pasad! ¡Quiero contaros una cosa graciosísima que os placerá! ¡Estáis desposada con el futuro Rey del Mar! ¡Pronto me veréis vestido de Neptuno! Yo por mi parte espero con impaciencia que llegue el día en que vos habéis de emerger del océano parisino vestida de sirena real...
«¡Maldición!», pensó Vergennes, «la Reina ha fastidiado la conversación. En fin, lo dejaremos para mejor ocasión».

Libro Segundo: Operación Bilboa

Campamento de Invierno. Tropas del General Washington. Valley Forge. Pennsylvania. 7 de en ero de 1777

Los caballeros hacendados estilan reposar sentados en cómodos sillones de poltrona, forrados en adamascado y terciopelo, fumando largos cigarros —preferiblemente habaneros— y leyendo interesantes tratados sobre política mundial. Los grandes hombres suelen calentar sus nobles y amplias posaderas a la llama de grandes fuegos de leña que crepitan en marmóreas chimeneas.

Los señores ricos y acaudalados acostumbran a sentarse ante mesas adornadas con manteles de hilo alemán, repletas de abundancias, rodeados de bellas y elegantes mujeres que nunca lloran en público. Los hombres poderosos duermen en mullidos colchones de pluma y lana, orlados por doseles de seda y cabeceros repujados en madera de caoba.

George Washington gustaba reposar en un viejo y gastado sillón de cuero. Rara vez fumaba. Su corta educación académica no le había inspirado nunca amor por la lectura. Si era el caso, algún libro sobre agricultura o una breve historia de Inglaterra, la patria de sus abuelos y, hasta hacía poco, la suya. Su pequeño estómago le impedía comer copiosamente; quizás por eso rara vez se fijaba en lo que tenía delante a la hora del almuerzo.

Aunque le gustaban los colchones mullidos, desde muy joven disfrutaba durmiendo al raso, en especial en algún poblado indio, tras vagar errabundo por el bosque o la orilla del Rappahannok. Sin embargo, George Washington era un caballero, digno y con pundonor, generoso y espléndido, y además muy rico —quizás fuera la suya la primera fortuna del Condado de Westmoreland, futuro estado de Virginia.

Gracias a la espectacular subida del precio del tabaco, las plantaciones que a la muerte de su padre le habían correspondido como lote de heredad, más las que, tras el fallecimiento de su hermanastro y tutor Lawrence, había heredado, le habían permitido evadirse de las preocupaciones cotidianas que ocasiona el dinero cuando está contado y tasado. El hueco de su cerebro que estas tierras de promisión habían liberado lo había dedicado a pensar en el amor y en el honor.

Si algún defecto podía aplicarse con corrección a este espigado americano de aspecto bondadoso y nariz apepinada era la tozudez. Solía meditar mucho sus decisiones; nunca obraba a la ligera, pero, una vez llegado a una conclusión, jamás daba su brazo a torcer. Cuando vio a Martha por primera vez, pensó literalmente que no había otra en el mundo capaz de satisfacer su corazón. Cuando ella se casó, George sintió que se le derretía el alma, pero su corazón no cejó. O ella o ninguna otra. No hubo de esperar mucho. Martha Dandridge vio morir a su marido, el Coronel Curtis, quedando sola con dos hijos pequeños. Sola, pero no pobre, muy al contrario. George no perdió el tiempo y la bella y rica Martha pronto se convirtió en la señora Washington.

En ella pensaba en esos momentos. No sólo porque la amaba muy de veras, sino porque así olvidaba que, siendo rico y poderoso, estaba aterido de frío, famélico, cansado y, sobre todo, terriblemente preocupado.

Desde que el 3 de julio pasado el Congreso Continental —primera y única autoridad de la recién nacida nación americana— le pusiese al frente del ejército americano, las cosas habían resultado difíciles. Washing ton, a pesar de que en el pasado había participado con uniforme inglés en algunas batallas contra indios y franceses alcanzando el grado de coronel, carecía de experiencia militar como para haber sido nombrado máximo responsable de las tropas americanas.

Había sido escogido —él era consciente de ello—, en primer lugar, porque todas las grandes colonias del Sur le respetaban, y eso hacía que las tropas de aquellas zonas le siguiesen. Pero había otro motivo más importante relacionado con sus tierras: su nombramiento alejaba las sospechas de las clases acomodadas. Si George Washington, que tenía mucho que perder, capitaneaba el ejército, la revuelta iba en serio.

¡La revuelta!... Los americanos, envalentonados con las primeras escaramuzas exitosas, se alistaron en tropel. Por un año. Mozalbetes con acné, ancianos con bastón, no pocas mujeres disfrazadas y algún que otro hombre con experiencia formaron las primeras milicias de Washington. La alta moral, atada a un birrete con la inscripción «libertad o muerte», se esfumó pronto. Recibieron de lo lindo. Los americanos, sin uniformes, sin jefes, pues o no los distinguían o no los escuchaban, y con escasas armas, se enfrentaban a ejércitos bien nutridos, en formación, con impecables casacas rojas, precedidos por el redoble de tambores y el estruendoso golpeteo de docenas de

cañones y orlados por el orgullo propio de todo lo inglés.

Los colonos, seres de cortas miras, ignorantes, indisciplinados, tampoco eran nada humildes: de entre la amorfa masa emergían pequeños jefecillos locales, más altivos que un gallo, a quienes seguían fielmente sus paisanos, por aquello del orgullo colonial. En su petulancia, en vez de prepararse, los hombres discutían hasta la saciedad acerca del puesto que, por derecho, les correspondía en una imaginaria batalla.

Las disputas continuaron hasta que la contienda llegó y los americanos cosecharon sus primeras muertes. Fue entonces, impregnados de olor a sangre, atenazados por el dolor y manchados sus calzones con diarreas miedicas, cuando empezaron a escuchar a los pocos que no habían huido ante el limpio, aprestado y colorido uniforme inglés.

Fue entonces cuando giraron sus cabezas para mirar el dulce rostro de George Washington, una faz capaz de aprovechar los errores británicos… Pues los cometían.

Tras haberlas expulsado de Boston, con tanta saña que creyeron que Washington iría de rodillas el resto de sus días, el nuevo general al mando de las tropas inglesas en Norteamérica, sir William Howe, no persiguió a las tropas rebeldes. Como buen inglés, era muy señorito y sólo guerreaba con pulcritud, negándose a combatir entre desórdenes meteorológicos y soldados hambrientos. Se limitó a establecer puestos de vigilancia y a esperar que acabase el invierno para rematar la presa.

Pero Washington, que no era un señorito, no descansó. La noche de Navidad, en medio de una tormenta de lluvia y aguanieve, cruzó con sus tropas las gélidas aguas del río Delaware y atacó, por sorpresa, a las tropas británicas. De mil doscientos hombres cogieron novecientos prisioneros, la mitad beodos y la otra mitad dormidos. Hubo que amputar más de cuarenta dedos helados, siendo necesario quemar todo el mobiliario para entrar en calor, pero mereció la pena. Tras esa batalla, el general americano atacó Princeton poniendo en fuga, con pocas armas y mucha fama, a tres regimientos de casacas rojas. Luego se acabaron las provisiones y la pólvora y hubo de detenerse.

No habían sido más que pequeñas batallas, mínimas victorias. Sin embargo, tenían una gran importancia: de cían al mundo que Inglaterra no era invencible y que, por tanto, América tenía una posibilidad; al menos, una. Si el mundo estimaba que así era, ayudaría a los insurgentes.

Claro que hubiera sido mejor una gran batalla y una sonora derrota de las casacas rojas, pero el pobre ejército americano no podía enfrentar así la guerra; no disponía de material, ni de hombres suficientes. Mas si los ingleses cometían un error, los americanos lo aprovecharían. Pero debían estar preparados…

Sin embargo, allí estaba el gran General en Jefe, acampado sobre nieve helada, sin mantas, sin quinina, sin harina y sin munición, esperando la respuesta de Howe y rezando para que cometiera errores que sus tropas pudieran aprovechar, si es que aún estaban con él tras el crudo invierno.

Pese a padecer hambre y frío, sus hombres aún le seguían. Pero Washington sabía que aquella renta duraría poco. La mayor parte de los soldados no dudaría ni un minuto en desertar si perdía la confianza en sus jefes. Era preciso convencerles de que tenían todos los ases; de que, sin género de duda, la bandera que por primera vez miraban como suya —trece rayas alternas en blanco y rojo carmesí, coronadas por trece estrellas— saldría victoriosa. Debía convencerles de que en realidad podían ganar.

¡Ganar! Washington sabía bien que en aquella partida únicamente contaba con dos ases en la manga: el hambre inglesa y el deseo de venganza de los Borbones.

El primer comodín no tenía vuelta de hoja. La obtención de alimentos frescos, que sólo se hallaban en granjas dispersas, se había puesto muy difícil para las tropas británicas que se atrincheraban en fuertes protegidos. Los colonos, por supuesto, no les suministraban esos bienes voluntariamente. Y, aunque Inglaterra pagaba buenas libras a sus soldados por cada res que aportaban —robada o no era lo mismo —, alimentarse era una dura tarea para las casacas rojas. Inglaterra enviaba sin cesar barcos con provisiones desde Cork, en la costa irlandesa, pero ni siquiera un diez por ciento de los alimentos llegaba en condiciones de ser consumido.

Treinta y una libras de harina de avena por mes consumía un soldado inglés, además de guisantes, carne de res y cerdo, papas, zanahorias, pasas, pastinacas y, por supuesto, «porter», la cerveza de la tropa. Los soldados americanos consumían eso o más… si lo había. Ésa era la diferencia. Las tropas americanas combatirían con hambre; no así, las inglesas, cuyos generales no salían a batallar sin los hombres perfectamente pertrechados y convenientemente alimentados.

Pero si eso empeoraba la situación inglesa, sin embargo, no mejoraba

la americana, que necesitaba tanto armas como alimentos, pólvora como harina y ron, no tanto para una fiesta, sino como desinfección y anestésico. El ratón sólo tenía una salida distinta a la boca del gato: los Borbones.

Washington con su segundo de abordo, el general Richard Henry Lee, discutía sobre el mejor modo de lograr lo necesario.

—General Washington, no lograremos resistir sin provisiones y sin pólvora.
—Mi querido Richard, ¡si sólo necesitáramos alimentos y pólvora podríamos competir! Los británicos han de hacer tan grandes esfuerzos como nosotros para obtener comida, y la pólvora les llega más lentamente gracias a que nuestras naves corsarias atacan con fortuna sus convoyes. El problema es que nosotros estamos en inferioridad de condiciones en todo lo demás.
»Ellos poseen fondos y autoridad. Nosotros tenemos trece estados, cada uno con sus competencias. Yo he sido nombrado por el Congreso y no por los estados, de modo que carezco de cualquier autoridad para hacer levas entre la población. Sólo puedo esperar que los ciudadanos que lo deseen, y quieran ponerse bajo mi mando, se alisten voluntariamente. Además, como los nuevos estados no tienen capacidad para fijar impuestos que sufraguen la guerra, yo no dispongo de presupuesto. Y, por si esto fuera poco, necesito sin tardanza ingenieros que construyan puentes y carreteras. La mayor parte de los que hay son leales a Inglaterra. Con el pequeño número de ingenieros nacidos en las colonias y afines a nuestra causa no tenemos ni para empezar.
»Y ¿qué decir de nuestra experiencia militar? Sólo que brilla por su ausencia. Nosotros, querido amigo, de lo que entendemos es de cosechas y tabaco. ¿Y de nuestros mapas? ¿Qué podemos señalar? ¡O no tenemos o son tan incompletos que confunden más que ayudan!
—Y la tropa, señor. ¿Ha visto vuestra señoría qué grado de suciedad acumula, qué vestimentas porta? Los británicos nos llaman *la banda de los desgreñados*. Y desgraciadamente no pronuncian sentencias mentirosas.
—Mi querido Lee, nuestros hombres son granjeros y pastores, campesinos que en tiempo de paz empleaban el agua únicamente para beber y el jabón para que sus mujeres lavaran la ropa por Navidad. ¿Cómo voy a pedirles que estén aseados en tiempo de guerra, si carezco hasta de telas para la confección de uniformes? ¡Ni siquiera dispongo de mantas para que no se mueran de puro frío! ¡Algunos de los hombres bajo mi mando van prácticamente desnudos y no puedo ofrecerles ni una camisa vieja y sucia! Sin embargo, siguen con nosotros, gracias a Dios.

—Sí, gracias a Dios. A Él pediremos también que no nos azoten más epidemias. Ya han caído 423 soldados por la viruela. Y los pobres cirujanos están exhaustos. No dan abasto.
—Creedme, querido general Lee, que, cuando consigo conciliar el sueño, descanso pensando en telas; dinero con que pagar a la tropa, porque no creo que nos fíen durante mucho tiempo; quinina y oficiales ingenieros bien uniformados. Y, cuando me despierto, veo a mi amada tropa, hombres que, a pesar de todo, siguen con nosotros. ¿No os parece que Dios se ha puesto de nuestro lado?
—Si vuestra merced lo dice, General. Perdonadme que yo no sea tan ferviente ni tan optimista. Entiendo que en todo caso Dios querrá que busquemos cómo proveernos de mosquetes, bayonetas, balas, pólvora…
—Y no os olvidéis de los arcos. Como bien ha calculado nuestro querido Franklin —¡espero que Dios le dé acierto en su misión en Francia y en España!—, un hombre puede disparar cuatro flechas en el tiempo que dispara una bala.
—Sí, también arcos. Pero, general Washington, ¿dónde, cómo, obtenemos todo eso?
—Mi querido amigo, pienso y repienso una y otra vez, y vuelvo en cada ocasión al mismo lugar y a la misma nación.
—¿Nueva Orleans?
—Exactamente, Nueva Orleans. Como capital de la provincia española de La Luisiana, no pertenece a los británicos. Y los españoles han sido siempre enemigos de los ingleses. Está situada en la estratégica boca del delta del Mississippi y sus habitantes son tan cosmopolitas como tolerantes.
—Sí, mi General, pero ahora no se hallan en guerra contra Inglaterra. ¿Cree vuestra merced que nos apo yarán?
—Mis informantes me dicen que los españoles no ven con malos ojos nuestro levantamiento. Su Gobernador, don Luis de Unzaga, mantiene buena amistad con muchos americanos leales, aunque ya sabe que en La Luisiana reina un completo caos étnico.
—Desconocía ese extremo.
—Sí. El territorio, como la falsa moneda, ha pasado de mano en mano, de nación en nación. Descubierta por Hernando de Soto, fue desde 1541 territorio español. Luego un listillo francés, que se hacía llamar Cavelier de la Salle, la reclamó para Francia el año 1682 y los españoles cedieron, aunque sabían que aquello era un robo a mano armada. Finalmente en 1763, tras la Paz de París, pasó nuevamente a manos españolas, pero su puerto es frecuentado tanto por franceses como por ingleses, españoles y contrabandistas de patria indefinida.
»En todo caso, aunque estar en manos españolas y ser de talante abierto otorga a La Luisiana un especial atractivo, es más bien la

situación de su puerto de Nueva Orleans lo que creo que la convierte en una perita en dulce. La Habana es otra, sin duda, pero transportar desde allí hasta nosotros mercancías resulta mucho más problemático, teniendo en cuenta que los ingleses patrullan sin cesar.
—Cierto, General. Decidme: ¿habéis pensado ya en la mejor forma de contactar con el Gobernador español? Los correos no son nada seguros estos días por esos andurriales.
—Sí. He reflexionado mucho sobre ese extremo. Y finalmente he optado por enviar al capitán Gibson.
—¿A Gibson? ¿Un hombre de tan desarrapada traza ante un Gobernador español? ¡Suelen tener fama de finolis!
—Sí, Richard. Un hombre de tan desarrapada traza como educada personalidad de soldado. A él y a su inseparable patrulla, a la que todos conocen como «los corderos». No creo que encontrarse frente a un soldado con escasa pinta de tal influya en el Gobernador Unzaga; sin embargo, creo que está preparado para salvar todos los peligros que entraña el viaje y completar la misión. En todo caso, le enviaremos primero a visitar a un comerciante americano de nombre Pollock, que habita en esa plaza. Según me cuentan, es extremadamente cursi —lo que compensará las trazas de Gibson— y conoce personalmente a Unzaga.
—¡Ah! Magnífico entonces.
Unas tosecillas provenientes de la entrada de la tienda de mando interrumpieron la digresión:
—¿Da su permiso, General?
—Sí. Adelante. ¿Qué ocurre?
—Un informe, señor. Ha llegado un cargamento.
—¿De nuevos heridos?
—No, mi General. Creo que de mantas. Y parecen de gran calidad.
—¿Mantas? ¡Bendito sea Dios que oye nuestras súplicas! Soldado, entregadme esa comunicación.
Tras unos segundos de denso silencio y ansia contenida, el general Lee preguntó expectante.
—¿Y bien, general Washington?
—El correo lleva razón, y las noticias son verdaderamente excelentes. Acaba de llegar un cargamento compuesto por fusiles y mantas. Proviene de un barco propiedad del corsario Derby, salido hace dos meses del puerto español de Bilboa. Al parecer arribó en La Habana hace algunas semanas. Lo enviaba la Casa Gardoqui & Son.
—¿Y de quién es propiedad esa casa? ¿De algún americano?
—Lo desconozco. Pero no es la primera vez que nos envía mantas y quinina. Querido Richard, vamos a dar fervorosas gracias a Dios por sus continuas mercedes y por este envío tan necesario. Y voy a agradecer su osadía al tal Gardoqui, a quien no tengo el gusto de

conocer, bautizando la operación de Gibson y sus «corderos» con el nombre del puerto español.
—«Operación Bilboa»[1].
—En efecto, «operación Bilboa».
—Suena bien. ¿Me permitís un juicio, general Washing - ton? — preguntó Lee, tras meditar unos segundos.
—Por supuesto, Richard.
— ¡Suena a éxito!
Gibson y sus «corderos» partieron a la mañana siguiente con destino Nueva Orleans. El Capitán guardó en su camisa, junto al corazón, un billete para el Gobernador español de la zona, Luis de Unzaga, firmado por el mandatario americano. En él se le rogaba que concediese ayuda, en forma de pólvora, mantas, harina o quinina, a las heladas tropas acampadas en Pennsylvania. Los españoles habían odiado siempre a los ingleses, quienes, dicho sea de paso, les habían zurrado con reiteración y alevosía por tierra y especialmente por mar. Había llegado el momento de la venganza. Por si este sentimiento no fuera suficientemente motivador, el billete incluía la promesa del Congreso americano de compensar la ayuda española, cuando ganaran la guerra naturalmente, con tierras que España había perdido en sus refriegas con Inglaterra. ¡Y siempre estaba Gibraltar!
—Necesitamos ardientemente provisiones y sobre todo armamento — se dijo Washington en la soledad de la noche. Elevó una oración a Dios para que las gestiones de sus compatriotas tuvieran éxito y los resultados fueran pronto visibles. Luego, sin ganas, se puso a leer un texto de estrategia militar escrito, no podía ser de otra manera, por un inglés.
A la segunda página lo dejó. Hincó su rodilla derecha en tierra, juntó las manos y rezó fervorosamente por su patria, sus hombres y su vida. Por este orden.

[1] El puerto español de Bilbao era conocido en las colonias americanas como «Bilboa».

Nueva Orlean s, 7 de en ero de 1777

El telón había caído hacía varias horas; sin embargo, había bastante luz. Un brillo extraño, que penetraba el mar por mil poros, cubría la rizada superficie, confiriéndole un aspecto casi mágico. El cielo aparecía sembrado de estrellas que cortejaban a una luna en cuarto menguante.

Los trece ocupantes de la destartalada barcaza, que no dudaron en violar los secretos de aquella noche, avanzaron por entre los riscos marinos dejando la estela de sus remos. Los elementos, disgustados, se vengaron de los cansados hombres elevando el gas de todas sus

linternas. Sólo el viento se había compinchado con aquellos osados, enmascarando con su ulular el sonido de los remos.

La pobre embarcación hacía agua por tres sitios, tratando de fundirse con el salado líquido como único sistema posible de jubilación. Pero sus ocupantes achicaban para impedir que terminara formando parte de la cordillera marina.

A lo lejos adivinaron, por fin, la silueta del puerto de Nueva Orleans, donde, aun no aguardando descanso, pensaban lograr alivio para las necesidades de su patria.

Por un instante, la luna fue besada por una nube solitaria. La barcaza aprovechó el tiempo de los oscuros arrullos para acelerar su paso. El viento nuevamente se aprestó en ayuda de los cansados remeros, que ya gustaron el característico olor de la civilización.

Con decisión, pero con sigilo, un hombre se lanzó al agua por babor. Siguió la estela de la nave nadando. De cuando en cuando, quizás tratando de auxiliarla, empujaba la barcaza, aunque otro era el motivo de su descenso. No era un buen augurio que llegaran a Nueva Orleans precisamente trece americanos rebeldes. No hizo falta hablar de ello. El más joven se apeó nada más divisar la costa. Ninguno se hubiera definido como supersticioso. Pero siempre era mejor prevenir.

—Ya se ve tierra, capitán Gibson —susurró el soldado que oteaba el horizonte—. ¿Qué haremos con la barcaza?
—Cabo, en cuanto arribemos, escondedla bajo aquel puente medio derruido que se ve a babor y poned nasas y redes encima. Esperemos que aguante, porque con tantas vías de agua, puede que cuando volvamos a buscarla esté totalmente hundida. A tenor de este mapa, la casa amiga está al Norte. Al parecer debemos reconocerla por su suntuosidad —la más cursi de la bahía— y también, evidentemente, porque ondean en un mástil las insignias[2] españolas. Sin embargo, previamente hemos de localizar a un comerciante leal de nombre Pollock cuya casa es contigua a la del español. ¿Listos?
—Sí, Capitán.
—De acuerdo entonces; pero sobre todo, caballeros, recuerden: procuren comportarse como fantasmas. Me ofenderé si escucho el más leve crujido.
El grupo tocó tierra en silencio y, también sin ruido, tomó dirección Norte ocultando el bote bajo el puente, aunque no hubiera sido necesario: se hundió sin remedio en 20 minutos. Los hombres, creyendo estar libres de miradas indiscretas, avanzaron con la alegría de haber culminado la primera etapa de un viaje incierto. Sin

embargo, no estaban solos. Al pairo se hallaban dos jóvenes pescadores furtivos, ingleses para más señas.
—¿Has oído ese ruido, Andrew? —dijo un mozalbete pecoso a su hermano y compañero de fugas nocturnas, mientras martirizaba a un pececillo para insertarlo en el anzuelo.
—Sí —contestó éste, saliendo de su garganta uno de esos gallos que tan nervioso le ponían—. Ha sonado como si alguien se lanzara al agua. Pero ahora no hay nadie faenando. De todas formas, no va con nosotros. Nadie detectará nuestra excursión.
—Escucha… ¿No oyes sonido de remos?
—¡Por supuesto! Son remos. ¿Quién andará por la mar a estas horas? Paul, ¿crees que será una banda de indios cherokees dispuestos para cortarnos la cabellera, violar a las mujeres y beberse el güisqui de padre?
—¡No seas estúpido! Eso no son más que leyendas que cuentan los franceses. Además, nosotros somos ingleses, y los indios son nuestros amigos y aliados. No, no creo que sean indios, pero pueden ser rebeldes americanos que tratan de invadirnos y destruir Ingla terra.
—¿Y me llamas a mí estúpido? ¡Tú, el único habitante de Nueva Orleans que no parece haberse enterado de que los americanos han declarado la guerra a la madre patria! Éste es suelo español, no inglés. Los americanos no luchan contra España, sino contra nuestra madre inglesa. ¿Cómo van a venir a invadir España? A lo mejor son comerciantes, ¡o a lo peor son piratas!
—Quizás simplemente se hayan equivocado de camino… y crean que éste es otro sitio. Esas cosas pasan. De todos modos, escondámonos y salgamos de dudas. Recoge alguna piedra más y ten a mano tu tirachinas por si tenemos que salir corriendo.
—Silencio, que se acercan… ¡Agacha la cabeza!
Casi sin respirar, cuerpo a tierra y con la cabeza entre los brazos, Andrew y Paul aguardaron a que pasaran aquellos individuos. Nada más hacerlo, el nervioso Andrew retomó su argumento.
—No creo que sean piratas, Paul.
—Pues tampoco son comerciantes porque, aunque es un lanchón, no portan fardos ni paquetes. Van vestidos como soldados y llevan armas.
—Yo no he visto armas, pero les he olido. La verdad es que apestaban como puercos. ¡Creo que son cerdos americanos! ¡Vayamos a casa y avisemos a padre!
—¿Avisar a padre? ¿Estás loco? ¡Si se entera que nos hemos vuelto a escapar nos arranca la piel a tiras!
—Pero, ¿y si no le avisamos y le matan los americanos? Al fin y al cabo, padre es oficial inglés. Yo creo que nos dará una recompensa más que unos palos.
—Bueno, tú eres el mayor. Ya sabes que te llevarás siempre la peor

parte, porque a mí me protege madre. Si dices que vayamos, hagámoslo cuanto antes.

[2] La bandera española de tres bandas, roja, arriba y abajo, y amarilla de doble ancho en el centro, fue introducida por Carlos III en 1785, como insignia de los buques de guerra. No sería hasta el Real Decreto de 13 de octubre de 1843, firmado por Isabel II, cuando ese símbolo pasó a identificar el emblema de la monarquía española, determinándose que todas las banderas fuesen iguales en forma, dimensiones y colores. Posteriormente, la bandera sufrirá amplias modificaciones en función de los distintos avatares políticos.

Mientras Andrew y Paul volaban hacia su casa y Gibson y sus «corderos» localizaban la suntuosa mansión de Luis de Unzaga, Gobernador español de La Luisiana, éste dormía a pierna suelta, junto a su mujer, que a duras penas conseguía hilvanar un hilo de sueño oyendo aquel estruendo.

Los ronquidos de Unzaga eran tan densos y profundos que su esposa Isabel había aceptado las ojeras como parte de su patrimonio de casada. Conciliaba fácilmente el sueño y respetaba estrictamente la precaución de anticipar su retiro al de su marido, pero aun así dormía poco y mal.

Lo curioso era que lo que impedía a la señora de Unzaga descansar no eran los ronquidos, sino los silencios. Había momentos, en lo más profundo de la noche, en los que el gruñido abandonaba su sonora y monótona melodía y la habitación se plagaba de vacío. Como si el aire se hubiera perdido en algún recóndito sendero del cuerpo y no encontrara salida, la respiración de su marido se detenía. Entonces se encendía una señal de alarma en el subconsciente de Isabel y, angustiada, se despertaba.

A veces eran cortos silencios, y enseguida un profundo resuello terminaba con la ansiedad; en otras pasaba más de un minuto entre inspiración y espiración. Isabel ponía entonces manos a la obra: chillaba, zarandeaba, pegaba y hasta pellizcaba el fornido cuerpo de su marido, para conseguir que el ahogo cediese. Normalmente él no se despertaba, simplemente recuperaba un ronquido ordenado hasta un nuevo flirteo con el silencio.

La señora de Unzaga había intentado infructuosamente convencer a su esposo que debían dormir en habitaciones separadas, como toda la gente decente, pero él se había negado. Pensó que cuando llevaran más tiempo casados cambiaría de opinión. Pasados ya siete otoños, no sólo seguía en sus trece, sino que compartían la misma cama, y hasta la misma almohada, manteniendo él la primitiva costumbre de enlazar sus calientes y enormes pies con los de ella. Si no fuera por el dulce invento de la siesta, que Isabel practicaba en el diván de la biblioteca

de la planta baja, habría muerto hacía tiempo.

Un ruido sordo, seguido de un silencio, despertó a la dama. Mecánicamente se incorporó y procedió con el ritual, pero, justo cuando se aprestaba a zarandear a su marido, se percató de que, por una vez, el culpable de su temprano despertar no era el rechoncho hombre que yacía a su vera. Agudizó el oído. Estaban llamando a la puerta.

—Algo grave —se dijo, mordiéndose nerviosamente la comisura de los labios—. Aún es noche cerrada.
Con el fin de despertar con celeridad al durmiente, volcó sobre su cabeza los restos que contenía la jarra de agua depositada en la cómoda de caoba. El pobre se dio un susto colosal y trató de echar mano al sable de la mesilla, regalo de Su Majestad, el rey de España, que colocaba a su vera cada noche, pero su mujer se lo impidió, ordenándole silencio. Desobedeciendo a su esposa, Unzaga aulló:
—¡Isabel de Saint-Maxent! ¡Te he dicho en mil ocasiones que me dejes roncar en paz! ¡No voy a morir de un ronquido, sino del corazón! ¡Cuando me entierren dirán que he fallecido por un susto de mi amada esposa!
—Calla, Luis; no te habría despertado si no fuera por asuntos de relieve. Alguien llama a la puerta de nuestra casa y aún no ha cantado el gallo. He mirado por la ventana y hay caballos y soldados maltrechos: ha debido de acontecer alguna desgracia. —Como si la visión de un fugaz peligro hubiera cruzado su mente, Isabel llevó ambos brazos a su vientre y se estremeció. Esperaba su primer hijo.
—Tranquila, Isabel —dijo Unzaga asiendo firmemente el sable—, la guardia está presta. No será nada. En todo caso, sube al desván y enciérrate.
Don Luis bajó las escaleras envuelto en su batín de seda color burdeos, con cuello de terciopelo verde esmeralda. Empuñaba su preciado acero. En el hall le esperaban ya varios criados armados con palos y «mamá Rice», la anciana cocinera, portando una enorme sartén.
—Tenga cuidado, «mamá Rice», no vaya a dar a alguien de la casa. —La aludida, reconociendo su escasa vista, bajó levemente el arma reglamentaria y se colocó tras la puerta de entrada.
—Gervasio —ordenó Unzaga—, pregunte, por favor, quién osa molestar a una familia cristiana a estas horas.
El buen Gervasio, dominando su miedo, cumplió fielmente su cometido, pero no consiguió sujetar su voz, que sonó miedosa y fantasmal.
—¿Quién va?
Tras la labrada puerta de roble macizo, un estruendo potente y varonil susurró tratando de dominar su fuerza:

—Mister Oliver Pollock desea entrevistarse urgentemente con don Luis de Unzaga. Me acompañan el capitán Gibson y otros caballeros.
Al oír el nombre de su amigo Oliver, Unzaga mandó inmediatamente abrir la puerta. Cuando su orden se hubo cumplido, se halló ante media docena de hombres sucios, desarrapados y calados hasta los huesos precedidos por un sonriente Oliver Pollock, pulcramente vestido con un conjunto de casaca ceñida y pantalón abarcado a la altura de la rodilla, a juego en tono gris perla, y chaleco dorado moaré del que asomaban encajes escrupulosamente encañonados. Cobijando su metro ochenta y su blanca peluca de la lluvia caliente mañanera, un criado negro sujetaba, de puntillas y a duras penas, un paraguas.
—Disculpad, señor Gobernador, que ose despertaros en plena noche, pero es importante que hablemos.
—Por supuesto, por supuesto. Pasad a la biblioteca; ya conocéis el camino. «Mamá Rice» —dijo volviéndose hacia la vieja y huesuda mujer que seguía tras la puerta con su arma en alto, preparada para asestar un sartenazo a un soldado con cara siniestra—, ¿pero qué hacéis con esa sartén? ¡Id a buscar a doña Isabel que está escondida en el desván! Gervasio, acompañe a estos hombres a las cocinas; que se aseen y tomen algún alimento. Proporcióneles ropa seca… y limpia.
El capitán Gibson siguió a Pollock hasta la biblioteca del gobernador español de La Luisiana. Luis de Unzaga llegó enseguida y cerró la puerta tras de sí sin abrir la boca. Sirvió unas copas de jerez, abrió la caja de los cigarros y les ofreció asiento. El caballero que acompañaba a Oliver Pollock, que se presentó nuevamente en un español deplorable, declinó el ofrecimiento alegando que mancharía la silla, pero Unzaga, malhumorado, le obligó a sentarse.
—¡Por Dios! ¿Me despertáis en plena noche, dándome un susto de padre y muy señor mío, y luego os preocupáis por mis tapicerías? Sandeces, colocad *you r bottom* en posición de reposo y decidme qué pasa. Responded, presto. ¿Han invadido los ingleses Nueva Orleans?
—No, no, don Luis. No os sulfuréis. No se trata de eso. El capitán Gibson aquí presente y sus maltrechos «corderos» —así llaman las tropas a sus aguerridos soldados— acaban de cruzar el Mississippi. Han atracado sigilosamente en el puerto y venido a mi casa para presentarme una carta del general Lee. En ella se me confirma que, por fin, lo que tan insistentemente se rumoreaba era cierto.
E introduciendo sus índices en los correspondientes bolsillos de su chaleco dorado moaré, Pollock sonrió satisfecho.
—¿Rumores? —recriminó Unzaga con enfado—. ¡Por favor, mister Oliver, que aún no me he despertado! ¡Saltaos el primer acto y contadme el final de la obra! ¿Pasa algo con los hijos de la Gran Bretaña?
—Nada, de momento, pero pasará pronto. Según estas noticias —

indicó mientras desdoblaba una carta manchada de barro—, el 4 de julio del año de Nuestro Señor de 1776, es decir, hace menos de cinco meses, se ha firmado la Declaración de Inde pen dencia de las colonias americanas.
—¿Qué dice? ¿La Declaración de Independencia? ¡Así que las hablillas rezaban verdad!
—Sí, monsieur. Escuchad las razones que se arguyen:

«La historia del actual rey de La Gran Bretaña es una historia de repetidos agravios y usurpaciones, encaminados todos directamente hacia el establecimiento de una tiranía absoluta sobre estos estados… En cada etapa de estas opresiones hemos pedido justicia en los términos más humildes… Tampoco hemos dejado de dirigirnos a nuestros hermanos británicos. Los hemos prevenido de tiempo en tiempo de las tentativas de su poder legislativo para englobarnos en una jurisdicción injustificable… Ellos han sido sordos a la voz de la justicia y de la consanguinidad. Debemos, pues, convenir en la necesidad que establece nuestra separación y considerarlos, como consideramos a las demás colectividades humanas: enemigos en la guerra; en la paz, amigos».

»Meridiana claridad americana envuelta en suave guante inglés. ¡Magnífico! ¿No os parece, amigo mío?
—¡Dios mío! —exclamó Unzaga levantándose y derramando el dulce jerez—. ¿Han enseñado ese papel a los ingleses? ¿Quiénes lo han firmado? ¿Quiénes lo apoyan?
—*Everybody. The good people*… *Sorry*… Todo mundo de bueno —terció Gibson.
—Tiene razón nuestro Capitán. Adams, Washington, Gerry, Carroll, Jefferson, Morris, Wilson, Franklin… *Ev e r y b o d y*. Y eso no es todo. Fijaos cómo acaba el documento: «*En apoyo de esta Declaración, con absoluta c o n fia n za e n la pro te c c ió n d e la Divin a Pro vid e n c ia , empeñamos nuestra vida, nuestra hacienda y nuestro sagrado hon or*».
—¡Santa María! ¡Virgen del Carmen!
—Amén —contestó Gibson, que, aunque era anglicano y escasamente entendía el español, había captado que el Gobernador elevaba su ánimo a Dios.
Mirándole sin mirar, Unzaga comenzó alternativamente a sonreír y a fruncir el ceño. Hacía mucho tiempo que deseaba echarle el guante a ciertos individuos, todos ellos hijos legítimos del reino de La Gran Bretaña e Irlanda. Los colonos americanos le brindaban una oportunidad de oro. Sin embargo, Madrid estaba muy lejos, y las guerras requerían agilidad; las contiendas costaban mucha plata y las arcas españolas estaban llenas de telarañas.
—Bueno —dijo pensando en voz alta—, los cofres ingleses no están

menos vacíos. ¡Ha llegado el momento!
Gibson y Pollock que escuchaban respetuosamente, sin osar intervenir, sabiendo que no hablaba con ellos, se pusieron en pie. Pollock alzó su copa y propuso un brindis:
—Por los Estados independientes de América y por su amigo el caro y fiel rey de España. ¡Que Dios bendiga la libertad!
En pie, los tres brindaron.
Doña Isabel, que escuchaba detrás de la puerta, aprovechó el momento para entrar portando pastas y chocolate. Aunque trataron a la dama con la debida cortesía, todos, incluyendo a su marido, ignoraron cordialmente su presencia, por lo que ella, a regañadientes, optó por retirarse. Eso sí, sólo en apariencia; tácticamente se sentó en el quicio de la puerta en posición de vigilancia, con la labor en la mano: un jersecito de algodón azul, porque, según «mamá Rice», el bebé había de ser niño.
—Mister Oliver —cuestionó Unzaga que había vuelto a recuperar su compostura—, ¿cuál es exactamente el motivo de vuestra visita a hora tan intempestiva? ¿Ofrecerme las nuevas? ¿Hay, quizás, alguna otra cuestión que deseéis discutir conmigo?
—Por supuesto, don Luis. La urgencia no es comunicaros estas gratas novedades, sino haceros una petición. Como le narraba, el capitán Gibson sirve a las órdenes del general Lee en el frente de Virginia. Todos sus hombres son unos patriotas, pero el honor no gana necesariamente las batallas. En Fort Pitt precisan desesperadamente pólvora, munición y alimentos. El capitán Gibson; su segundo, el teniente Linn; y otros once hombres han llegado hasta mi casa en la oscuridad, sorteando a los ingleses, para pedir de su Gobierno esos enseres.
»He ocultado cuidadosamente al resto de la compañía en mi casa, para que nadie dé la alarma, pero han de partir de nuevo inmediatamente. En otro caso, Lee y Washington perderán sus bazas. Y ya sabéis lo importante que es la primera imagen. La primera batalla puede ser tan importante como la última.
Unzaga se puso en pie de un salto e hizo sonar la campanilla. Acudió presto Gervasio, que tenía a gala no haber necesitado en sus treinta años de servicio una segunda llamada. Ese día rompería su costumbre: antes de entrar en la biblioteca, hubo de esperar a que doña Isabel recogiera su labor, se levantara y dejara libre la puerta. Cuando consiguió que la señora se retirara, el Gobernador había llamado tres veces.
—Gervasio —ordenó con poca amabilidad Unzaga—, llamad a mi secretario y enviad un correo a don Bernardo de Gálvez, rogándole que venga presto.
»Don Bernardo —explicó cuando el criado abandonó la estancia— es

el Teniente Coronel del Regimiento y mi sucesor.
—¿Vuestro sucesor? —preguntó con extrañeza Pollock.
—Sí. He sido nombrado Capitán General de Vene zuela. El Coronel Gálvez me sustituirá cuando arregle su boda con mi cuñada, doña Felicitas de Saint-Maxent. Creo que vos no habéis tenido ocasión de conocerle, pero habéis de saber que ama a esta tierra al menos tanto como yo. Y volviendo a nuestro asunto… Os facilitaré de inmediato el excedente de pólvora, fusiles y municiones con que contemos. Y escribiré a Su Majestad el Rey explicándole la situación.
—Vuestra merced ser *very* guapo —exultó Gibson—. Dios premiar. América *w ill n ot forg et…*
—Capitán —interrumpió Unzaga—, os doy permiso para que os expreséis en vuestra lengua, en otro caso voy a pensar que sois algo *rarito*.
»Ahora escuchadme. Prestad atención porque lo que voy a decir es muy, muy importante: *Spain and England are not in war.* España no está en guerra contra Inglaterra y, por tanto, yo no voy a apoyar a un grupo de insurrectos que tratan de enfrentarse al poder establecido, nada menos que al poder inglés establecido. No, señor mío —afirmó tras una larga pausa—. No voy a hacerlo.
»Ahora bien —dijo fijando los ojos en Gibson, que no salía de su asombro—, no sería decente, ni educado, ni cristiano que el gobernador de La Luisiana no correspondiera como buen vecino.
»Que quede bien claro que me declaro neutral en este conflicto, pero… si un amigo me pide unos saquitos de pólvora, unas municiones por aquí, unos suministros por allí, y, sobre todo, transporte por territorio español, ¿quién soy yo para preguntarle en qué va a emplear esas cosas? Sería una descortesía hacer esa pregunta. Si yo os pidiera una gallina, ¿vuestras mercedes me preguntarían para qué la quiero? ¿Verdad que no? ¡Pardiez, cualquier inglés entendería que tal cuestión no se formulara!
»Por cierto, mister Pollock —expuso Unzaga satisfecho, acariciando el terciopelo verde de su batín y deteniéndose a dar una gran chupada a su cigarro—, ¿no deseáis pedirme también algo de quinina?

Mientras en casa de don Luis todos celebraban, aunque con cierto nerviosismo, las nuevas, Paul y Andrew trataban de calmar los gritos de su padre y los lloros de cocodrilo de su madre, aunque con escaso éxito.

—Caballeros, os habéis comportado nuevamente como dos rufianes. ¡Peor! Habéis actuado como si hubierais nacido españoles de la peor calaña. ¿Es que no podéis respetar nada de lo que yo o vuestra madre os enseñamos? ¿Es que no comprendéis que estamos en tierra extranjera y hostil? ¡Serán vuestras personas castigadas por ello, y sin

tardanza! Pan y agua durante tres semanas, y copia del Shakespeare dos horas diarias, mientras pienso el castigo más procedente.

—Pero, señor… —replicó Paul.

—Silencio, desvergonzado, ni una palabra. A sus aposentos, y no los abandonen hasta nuevo aviso…

—Pero, madre —insistió Andrew, que lloraba copiosamente—. ¡Eran soldados, o indios, o americanos, o todo junto! ¡Matarán a padre, violarán a las mujeres y a nosotros nos comerán los hígados fritos con ajo picado! ¿Y qué decir del güisqui? ¡Hemos de preparar la batalla!

—¡Silencio, señor Andrew! ¿Cómo os atrevéis a engordar el hecho faltando tan burdamente a la verdad? ¡Indios! ¡Pero qué osadía! ¡Inmediatamente a vuestra habitación! ¡Ambos!

Cuando los niños hubieron ascendido las escaleras y entrado en sus aposentos, la mujer, que además de madre era mucho más lista que su marido, tomó la palabra con una calma y una suavidad dignas de un ángel. Sabía que ese comportamiento tenía efectos devastadores en el ánimo de su marido.

—Cariño, ¿no crees que si su historia fuera falsa habrían entrado en casa sin despertarnos? Tengo por cierto que ninguno de nosotros se hubiera enterado de su aventura, pues soy consciente de que no es la primera vez. Ambos sabían que se exponían a una reprimenda solemne, como la que con toda justicia les has infringido, si nos avisaban. Sin embargo, nos han despertado.

»Por otro lado, y como estoy segura habrá considerado tu notable inteligencia: ¿no te resulta un relato tan extraño que vale la pena investigarlo? Si algo de cierto hubiese, el Gobernador premiaría tu previsión y astucia como tú te mereces.

—Sí. Es posible que tengas razón. Ya estaba yo analizando esa posibilidad cuando has decidido intervenir en mis pensamientos.

Y sin más preámbulo, con la seguridad que da la inteligencia y la suspicacia, el gran estratega llamó a su segundo sonando la campanilla de plata. Éste, junto al criadillo español que le servía, y hacía lo propio por unos reales con Bernardo de Gálvez, puso rumbo a puerto con la intención de investigar tan extraña historia.

Un trozo de tela sucia y rasgada y el pico de la barcaza que aún se divisaba en aquellas aguas de poca profundidad fueron suficientes

para dar verosimilitud a la historia. Mientras volvían a casa, el criadillo de origen español desapareció. Nadie mencionó nada al señor de la casa. Sus ausencias resultaban normales en el muchacho. El Capitán envió al galope un correo a casa del Gobernador inglés de la colonia vecina: La Florida. Llegó con las nuevas en menos de una hora.

Bernardo de Gálvez no roncaba y además dormía solo, aunque no por mucho tiempo. La fecha de su boda se acercaba. La guapa mestiza Felicitas pronto sería su mujer. El español tenía un sueño muy ligero, aunque no percibió al criadillo, que era casi un felino, hasta que notó su asqueroso aliento. Sin embargo, oyó al correo de Unzaga desde muchos metros antes de que desmontara en la puerta de su domicilio. Estaba esperando. Le abrió él mismo, completamente vestido. Escuchó en silencio la misiva, mientras acababa de anudarse el lazo. En poco más de veinte minutos cruzó el umbral de la hacienda del gobernador Unzaga.

—¡Ah! don Bernardo, ya estáis aquí. ¡Qué expedito! Pasad, os presentaré a estas personas. Mister Oliver Pollock, un fiel y celoso americano, en quien podrá poner su confianza. Capitán Gibson, a las órdenes del general Lee en Fort Pitt.

»Señores, el Teniente Coronel Bernardo de Gálvez, Capitán de granaderos en el Regimiento de Infantería de Sevilla. Ha sido nombrado por Su Majestad, el rey Carlos, jefe del batallón destacado en nuestra ciudad.

Los dos americanos contemplaron estupefactos al recién llegado. ¡Parecía un infante! Salvo su escaso pelo, su aspecto juvenil, su figura esbelta y atlética, su traje, cortado siguiendo las últimas tendencias de la moda francesa, confundieron su ánimo y un solo *es un honor* salió de sus bocas.

«Un mozo cuya única valía es ser sobrino del ministro español José de Gálvez», pensó Pollock. «¡Pobre Luisiana y pobre América que han de quedar en manos tan pipiolas!». Gibson, por su parte, enormemente cansado tras su azaroso viaje, sólo tuvo tiempo de hacer un leve cálculo sobre los minutos que duraría el polluelo español en Fort Pitt.

—También es un honor para mí —oyeron ambos, en una voz barbada que no casaba bien con aquel porte tan juvenil—. Había tenido noticia de vuestra llegada, Capitán. Concretamente hace media hora. No es fácil pasar desapercibido en Nueva Orleans, ni siquiera de la mano de mister Pollock. Si mis cálculos son acertados, en poco más de dos

horas tendremos aquí al gobernador inglés de East Florida pidiendo explicaciones.

Todas las bocas se abrieron plenas de un estupor fruto tanto de la sorpresa ante aquella voz y aquellos ojos tan vivos, como de aquella funesta noticia. El primero en hablar fue Unzaga.

—¿Qué me decís, Gálvez? ¿Se ha conocido ya la llegada de estos caballeros? ¡Eso es terrible! ¿Quién os lo ha notificado? ¿Cómo sabéis que viene el gobernador inglés Chester?

—No puedo revelar la fuente exacta, mi querido gobernador Unzaga. Sólo os diré que mister Lloyd, el capital inglés al mando del «Atlanta», tiene criados de ascendencia hispana, curiosamente emparentados con los míos… Inicialmente corrió el rumor de que los recién llegados eran comerciantes, pero alguien vio sus vestimentas y concluyó que ningún comerciante iría tan… poco aseado. Disculpad, capitán Gibson, mi comentario. He servido durante doce años en los ejércitos de España y sé que ése es parte del coste que ha de pagar un caballero soldado; no se entristezca.

»Lloyd ha encontrado la barcaza y ha enviado a buscar al gobernador Chester. Seguro se personará en esta casa para presentar una protesta, aunque, a decir verdad, tened por seguro que lo que desea es enterarse de las intenciones españolas para con los americanos rebeldes.

—¡Vaya inteligencia! —susurró Pollock—. ¡Eso es lo que desea saber todo el mundo! ¡Yo el primero! —¿Decíais algo, mister Pollock?
—¡No, no! Sólo me lamentaba de las fatídicas no

ticias.
—Pero, entonces, si Chester conoce la llegada de
estos hombres… ¡No podremos enviar la pólvora, ni las
demás armas! Mister Pollock —declinó Unzaga, mirando al americano con gesto de disculpa—, habéis de
comprender que no os puedo conceder lo que me
pedís. Estaría embarcando a España en una guerra que
no desea. No estamos preparados. ¡Habéis de entenderlo! ¡Vos también, querido capitán Gibson! Éste había perdido el hilo cuando Unzaga empezó a
acelerar sus palabras, sin duda fruto del nerviosismo
ante la noticia de la fuga de información. Cuando se vio
interpelado, sin embargo, asintió con la cabeza y dirigió
su mirada a Pollock, quien le resumió los eventos en su
idioma. Entonces, lanzó un grito de estupor en inglés,

culpándose a sí mismo por su torpeza.
—Disculpad, Gobernador —interrumpió Gálvez—.
Desde que conocí la noticia vengo ideando un plan
que, de resultar, es posible que solucione todos nuestros problemas de un plumazo.
—¿Un plan? ¡Soy todo oídos!
—Veréis, señor, quizás podamos aprovecharnos de
nuestra neutralidad. Tenéis frente a vos —dijo señalando al militar, cuya cara de estupefacción crecía por
momentos— a un rebelde. Nuevamente perdonad mis
palabras, capitán Gibson, pero la cruda realidad es que
sois un díscolo americano que ha entrado ilegalmente
en territorio español.
»¿Qué ha de hacerse en estos casos? ¿Qué obligan los
cánones? Claramente, señores, estarán conmigo en que
los españoles hemos de tomar medidas para defendernos. Yo aconsejo, Gobernador, que detengáis a este díscolo e ingobernable hijo de La Gran Bretaña. Apresadle,
encerradle bajo siete cerrojos. Luego, cuando se persone el gobernador Chester en esta casa, informadle de
que habéis detenido a un capitán rebelde. Él os lo agradecerá dejando a vuestra merced en paz para seguir
con sus acciones.
—¡Pero entonces —replicó Pollock— la causa americana pierde todas sus bazas! ¡Señor, sois un…! —¿Ibais a decir traidor? Bueno, si no me dejáis concluir
lo pareceré. Gobernador, encarcele vuestra merced a
Gibson metiendo ruido. Que todos se enteren. Que corra
el rumor por todo el delta del río. Mientras, enviad al resto
de los hombres con los suministros por el Mississippi. El
gobernador inglés estará muy ocupado confirmando las
noticias de la detención de un americano rebelde en territorio español como para pensar en otras cosas. —Os presento mis disculpas, teniente coronel
Gálvez. Había juzgado mal vuestras palabras —señaló
Pollock, a quien Gálvez había ganado por la mano—.
Tenéis razón. Yo me ocuparé de los suministros. Fletaré
un barco y se lo encomendaré a su segundo, el mayor
Linn. ¿Estáis de acuerdo, capitán Gibson?
Gibson no había entendido bien sobre qué versaba
la conversación y Pollock hubo de explicárselo de
nuevo en su idioma. Aceptó su prisión sin rechistar,
aunque su ánimo quedó por los suelos. Su cara hizo
partícipe de ello a todos los presentes.

Gálvez se apresuró a ofrecerle su apoyo: —Lo importante, mi querido Capitán, es que las
batallas se ganen, no si estamos en ellas. Vos sois un
gran soldado y un patriota, seréis más útil para la causa
americana estando entre rejas.
Salvo Unzaga que permaneció en la biblioteca con el
fin de escribir una misiva ordenando el apresamiento
de una nave rebelde y de su capitán, los demás miembros de la
reunión abandonaron la sala para cumplir sus
respectivos cometidos.
Pasaron sigilosamente delante de doña Isabel de
Saint-Maxent que dormía profundamente en una silla
situada en la puerta de la biblioteca. En su falda de tafetán verdoso
reposaba la labor. Como la hoja tenía su
apertura hacia la habitación no precisaron importunarla. Se llevaría
un gran disgusto al despertar, pues la
mayoría de los puntos del jersecito azul se habían escapado de la
prisión de su aguja de tejer.
Al salir de la mansión de los Unzaga, pudieron
observar también a otra mujer, una anciana y enjuta
criada de pelo crespo, dormida en el hall con una sartén en la mano.
En ninguno de ambos insólitos casos,
persona alguna hizo el menor comentario.
Antes de ser formalmente apresado, el capitán
Gibson se despidió del mayor Linn y de la mitad de sus
hombres que partían río arriba en el barco fletado por
Mr. Pollock conteniendo 9.000 libras de pólvora, bajo la
protección de los destacamentos españoles. —Buena suerte, Mayor.
Que Dios os proteja. Mi alma
va con vos.
El Mayor Linn firmó antes de embarcarse dos recibos, que habrían de
pagarse a ciertos agentes españoles. El primero por importe de 280
dólares, correspondía al pago de artículos cargados en la barcaza
rebelde.
El segundo, de 634 libras y 7 reales, no especificaba
más que suministros para la campaña. El resto de los
enseres corrió de cuenta de Pollock.
Cuando pasó un tiempo prudencial y los rumores de
su domicilio se acallaron, Luis de Unzaga cerró con llave
la puerta de su gabinete. Tomó pluma y tintero y escribió sendas
cartas a don José de Gálvez, Secretario de
Indias, y al capitán general de La Habana, su inmediato
superior. En ellas relataba los efectos de una epidemia
de gripe: dos niños de corta edad y una mujer anciana

habían fallecido. Empleó muchas líneas en dar explicaciones sobre el hecho, dejando entre renglón y renglón un considerable espacio. Las firmó y pasó el secante. Cuando hubo terminado abrió el cajón secreto de su buró y tomó un frasco cuidadosamente tapado.

Contenía una mezcla de sulfato ferroso y agua. Mojando la pluma en aquella mezcla, intercaló entre las líneas un nuevo escrito contando con pelos y señales la historia del capitán Gibson y sus «corderos» y el envío de mister Pollock. En esa secreta misiva pedía al Secretario de Indias instrucciones precisas y enviadas por conducto urgente. Al capitán general de Cuba, en La Habana, Unzaga rogaba prudencia, extremar la vigilancia de las tropas inglesas y pólvora para su fuerte. La suya se «había estropeado».

Cuando terminó imprimió con tinta negra una letra F en la esquina derecha de la carta. Quería indicar que la tinta invisible debía ser leída al fuego, es decir, colocando el papel sobre la llama de una vela. Después envolvió las cartas en dos nuevos pergaminos. Las letras escritas con ese material eran muy delicadas. Si el agua u otros líquidos alcanzaban el sulfato ferroso resultaría imposible leer el mensaje.

Bernardo de Gálvez también escribió a su tío José, el Secretario de Indias de Su Majestad Carlos III. Pero Bernardo era un soldado y conocía los riesgos de sistemas tan delicados como la tinta invisible. Así que tomó «El Quijote» de don Miguel de Cervantes.

Pacientemente comenzó a leer las desventuras del ingenioso hidalgo empezando por el volumen primero. Cuando encontraba la palabra que buscaba, anotaba la página, la línea y la situación de la palabra respecto a la más localizada a la izquierda. Al concluir, tenía una larga columna de cifras.

Entonces tomó los pergaminos: copias fingidas del libro diario de cuentas de una empresa denominada «García & Thomson». Fue transcribiendo aquella columna de números al libro de contabilidad.

Cualquier comerciante avezado hubiera notado el fallo. Debe y haber no cuadraban en ningún caso, incluso algunas cifras resultaban ridículas. Pero quienes interceptaban la correspondencia no eran comerciantes.

Cuando su tío recibiera el mensaje, tomaría su ejemplar de la obra de Cervantes, idéntico al suyo, y podría leer el siguiente mensaje: «Americanos llévanse pólvora, armas,

ropa… Volverán. Detenido Capitán. Maniobra evasión. ¿Continuamos? Instrucciones. Consejo. La Habana».

Nueva York, 21 de en ero de 1777

Peter Chester, gobernador inglés de East Florida, tras visitar el domicilio del gobernador Unzaga, había emprendido viaje desde su residencia en Pensacola hasta Nueva York, sede provisional del mando del general Howe.

Previamente había necesitado ser atendido por el médico personal del español. Al entrar en el hogar de don Luis, con el enfado y altivez que exigía el momento, sin mediar palabra, una señora medio mulata de pelo rizado, que estaba escondida tras la puerta, le había endilgado un considerable sartenazo, a resultas del cual perdió el conocimiento. Cuando despertó manaba abundante sangre por una brecha abierta en medio de la cabeza. El hábil médico español había limpiado la herida con ron, afeitado la zona y cosido un costurón de importante tamaño.

Aunque Unzaga había insistido en que pasara unas horas acostado en su domicilio, Chester no había aceptado. Deseaba informar cuanto antes de la detención de Gibson y algunos de sus hombres en tierras de Nueva Orleans. Los americanos, como los piojos, se multiplicaban sin cesar, pasando de una cabeza a otra sin que nadie se apercibiera hasta hallarse plenamente infestado. Hoy, Nueva Orleans. Mañana, La Habana. Pasado mañana, París, o quizás la misma Londres.

Lo cierto es que Chester podía haberse evitado el viaje comunicando las nuevas por escrito. Además hubiera sido fácil porque, al ser vox pópuli que Gibson había dado con sus huesos en una cárcel española, no habría sido necesario codificar el mensaje. Sin embargo, había decidido ir personalmente porque había cosas que era mejor hacer en persona. Así no quedaban cabos sueltos.

Aunque habían pasado ya algunos días, la herida de la cabeza seguía molestándole. Con el dolor, también persistían el enfado y la ira. Empero, en ese momento trataba de disimularlos para no ofender al general William Howe, cuyo ascenso al mando supremo de la flota inglesa en Norteamérica celebraban. Mas, cuando el criado negro retiró los restos del primer plato, no pudo contenerse por más tiempo y sacó la conversación.

—Sir William, ¿habéis tenido ya la desgracia de conocer al sustituto del gobernador español de La Luisiana, un tal Bernardo de Gálvez?

—En efecto, le he presentado mis respetos en alguna ocasión. Un

jovenzuelo muy ambicioso.
—Sí, e imprudente. Esta semana he debido comparecer en tres ocasiones en Nueva Orleans para mostrar sendas protestas ante el Gobierno de España por permitir a los rebeldes americanos atravesar impunemente el Mississippi y calar en puertos españoles. ¿Sabéis qué me ha contestado el tal Gálvez? ¡Que no conoce a ningún rebelde! ¡Así, como suena! ¡Vaya novato!
»'Querido General —me ha dicho el descarado bastardo español—, por las aguas al oeste del río Mississippi, es decir, en territorio español, sólo navegan barcos de honorables comerciantes británicos nacidos en tierras americanas. No puedo insultarles parando sus embarcaciones. Con ello les estaría llamando rebeldes, traidores o insurrectos. El propio Gobierno de su amada patria Gran Bretaña, con motivo, llamaría mi atención. La navegación, como sabéis, está abierta desde el Tratado de París.
—Tenéis razón, querido gobernador Chester, pero él también la tiene en parte. Nosotros no hemos admitido la independencia de estas colonias y, por tanto, los rebeldes siguen siendo ingleses. Malos hijos, pero ingleses de todos modos. España no tiene ningún derecho a capturar barcos ingleses, aunque estén tripulados por hijos díscolos de La Gran Bretaña e Irlanda, sobre todo Irlanda. Y respecto a lo de novato, no os dejéis engañar por su aspecto juvenil, ha guerreado mucho y bien.
—Teóricamente tiene vuestra gracia razón, pero sólo teóricamente. Estos mal nacidos están ayudando abiertamente a los rebeldes empleando esa arma. Cuando son avisados de que llega un barco rebelde, los españoles mandan una goleta y lo apresan acusado de contrabando. Luego endosan en el castillo de popa una bandera con la insignia de su Rey y le escoltan hasta la cabeza del río. Cuando llegan a zonas donde las tropas de Washing - ton o Lee pueden hacerse cargo de las mercan cías, quitan el signo español y sueltan la embarcación. Eso es lo que han hecho con el cargamento del que os hablo.
—Y de paso lo hinchan con pólvora, bayonetas o mantas. ¿No?
—Afirmativo, General. El otro día apresamos uno de esos barcos. Llevaba trapo blanco con el aspa de Borgoña, pero, a pesar de los símbolos españoles, todos hablaban inglés. Su cargamento: cañones, telas y pólvora. Pues a los diez minutos estaba Gálvez en Pensacola presentando una queja ante nuestro Gobierno. ¡Sólo pido a Dios que se declare pronto la guerra para echar mano a ese estúpido! ¡Se enterará entonces de qué pasta está hecho un inglés! Supongo que vos también desearéis atarle una soga al cuello a ese tal George Washington, ¿no es así?
Ante el nombre de su enemigo, Howe se encendió, pero exteriormente su rabia no fue perceptible.

—Sí, amigo mío. Pero soy hombre paciente. Prefiero derrotarle plenamente, en una gran batalla. Que siga ganando escaramuzas, si puede. Yo le humillaré hasta que bese la tierra inglesa. De momento, con lograr alimentar, vestir y calentar a esos 16.700 hombres tiene suficiente.
—¿Tantos efectivos han conseguido reunir? ¿Todos americanos?
—Casi todos han nacido en estas plantaciones inglesas… Me gusta llamarlas así, porque es lo que son: nuestras plantaciones. ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! Les hemos educado como si estuvieran en el mismísimo Londres. Les hemos amamantado en los pechos de la madre inglesa, han sido cuidados con esmero y tesón y se les ha subido el pavo. Bueno, dejémoslo. Os decía que la mayoría de los soldados de Washington son americanos o descendientes de emigrantes. Sin embargo, me consta que están llegando voluntarios franceses y algunos mercenarios de varias nacionalidades.
»¡Ah, el faisán! ¡Huele bien! ¿Queréis trincharlo personalmente? ¡Podéis pensar en Gálvez mientras lo hacéis!
—Os lo agradezco, pero tengo poca habilidad con el cuchillo.
—Yo me ocupo. Lo cierto es que me molesta enormemente que me deshagan la pechuga. Os decía que los franceses me preocupan poco. La mayor parte son lechoncitos de buena familia, nobles de poca monta que vienen aquí a lograr algo de gloria. Pero en el fondo son unos cobardes. Arriban en un barco y zarpan en el siguiente porque alguien les ha hecho un rasguño en el trasero o les ha obligado a dormir en el duro suelo. ¡Hombres con corazón de compota! Inglaterra nada tiene que temer de ellos. Un mosquito no mata un camello, aunque en ocasiones pueda fastidiarle la velada. Por cierto, esta pieza parece de manteca.
—¿Y es cierto lo que se cuenta de los esclavos?
—¿Qué habéis oído?
—Que si se alistan por un año, Washington les concede la libertad…
—Disculpad un momento, mister Chester —replicó Howe con expresión sombría, dirigiéndose a los negros de librea que servían la cena— ¡Apple, Orange, a la cocina!
Cuando los esclavos se hubieron retirado, la conversación retornó.
—No es prudente que oigan cosas que les calienten la cabeza. No son más que esclavos, pero algunas palabras se les pueden indigestar.
—Por cierto, sir William, ¡curiosos apodos tienen vuestros esclavos! ¿Por qué les habéis puesto nombre de frutas?
—No es más que una forma de colocarles en su sitio. Si se les otorga un nombre de persona, pueden creerse lo que no son. Los adquirí en una subasta en La Habana y…
—¿Compráis esclavos a los españoles?
—Sí, son de más calidad.

—Pero, ¿no vienen todos del mismo sitio? ¿Cómo van a gozar de más calidad?
—Nuevamente estáis en lo cierto, querido Chester, pero sólo parcialmente. Todos los negros bozales son cazados o comprados por los portugueses en África. Ellos se los venden por igual a españoles e ingleses. En ese sentido la calidad de la mercancía es la misma. Sin embargo, resta el transporte.
—¡Ah! ¿Son por ventura mejores las fragatas españolas? ¡No tienen esa fama! —rió Chester estruendosamente. Howe coreó la chanza.
—No bromeéis, Gobernador. Marinos, barcos y capitanes ingleses han sido, son y serán siempre muy superiores a los «invencibles» españoles. Pero la cuestión no es ésa, sino la avidez de dinero. Los negreros ingleses con tal de sacar una libra más son capaces de hacer cualquier cosa. La concesionaria del monopolio británico ha conseguido que le permitan contar la mercancía por toneladas españolas, el equivalente a 100 pies cúbicos ingleses.
—¿Cómo? Se acerca uno al mercado y dice: «¡Mercader, dame una tonelada de esclavos!» ¿Pero qué medida es ésa?
—Bueno, es un hecho relativamente razonable. En los barcos lo que hay son metros cúbicos para llevar mercancías. Y éste es un tipo de mercancía. Lo que ocurre es que españoles e ingleses fijaron un estándar de 3 esclavos adultos por pie. Tres muleques, jóvenes para que me entendáis, equivalían a dos piezas adultas, lo mismo mujeres. Es decir, en dos metros cúbicos podían transportarse seis esclavos adultos; el mismo espacio podía contener a nueve jóvenes o a nueve mujeres.
»Pero pronto los negreros ingleses se olvidaron del estándar y aplicaron la carga textualmente: lo que cupiese en lo contratado. Muchos mueren durante el viaje a causa del hacinamiento, ahogados, o por viruela y otras enfermedades, pero, al parecer, aun así sigue saliendo rentable.
»Ya conocéis que la mercancía se paga sólo si los esclavos resisten 15 días vivos; si fenecen, el negrero no cobra. Unos días antes que la travesía finalice, los portugueses tiran al mar a los muertos y alimentan a los vivos. Es una especie de operación de maquillaje. Con ese cuidado, algunos duran algo más de 15 días y luego se mueren. Pero ya les has pagado, y no se puede reclamar.
»Los católicos Borbones, sin embargo, siguen respetando el espíritu de la ley e impiden el hacinamiento y otras barbaridades de ese tipo. Así que los esclavos llegan a América con mayor calidad. Si se tiene algo de ojo para escoger, la mercancía dura más y sale más rentable.
—¿Y de precio?
—Parecido, hay mucha competencia ya. Estos últimos los adquirí a Arístegui y Aguirre a 225 pesos la pieza. Conozco a su factor en La

Habana, un tal Enrile, desde hace años.
—¡Ah! Pues no es caro… Perdónadme que os haya desviado. Me ibais a explicar la razón del curioso nombre de vuestros esclavos.
—¡Ah, sí! Pues éstos, como os decía, acababan de llegar. Pese a la dureza de la travesía, aún tenían una chispa de odio y rebelión en sus ojos. Les tuve diez días sin comer ni casi beber, colgados de las manos en la entrada de la plantación. Naturalmente claudicaron. Ahora son sumisos y obedientes y saben que, si trabajan y no piensan, les alimento bien. Para recordarles esto les he llamado con nombre de comida: de frutas concretamente.
—He visto que habéis marcado sus rostros. Pensaba que esa costumbre se había abolido. Da pena estro pearlos así.
—Sí, tiene vuestra merced razón nuevamente. Sobre todo en el caso de las mujeres. Ponerles un hierro candente en la cara afea mucho la apariencia.
Chester fijó los ojos en el faisán, sin saber dónde mirar.
—¡Ah, por su expresión veo me habéis interpretado mal! No creáis que soy de esos que se van encamando con negras y mulatas. ¡Dios me libre! ¡Mezclar sangre inglesa con africana! Pero el hecho es que siempre resulta más agradable que te sirva una persona sin feas y arrugadas marcas. Sin embargo…
—Entonces ¿es cierto?
—Sí, me temo. Los esclavos están huyendo de nuestras plantaciones de tabaco para unirse a Washington. Como os decía, se rumorea que el General rebelde ha prometido la libertad a todos los que se alisten durante un año completo.
—Bueno, para otorgarles la libertad tendrán que ganar la guerra. Porque si no la ganan las propiedades pertenecen a sus dueños, y no hemos de olvidar que los negros son una mercancía que cotiza como el tabaco o el maíz. ¡Me río yo de cómo van a ser recibidos cuando sean retornados a sus legítimos propietarios! ¡Nos vamos a hartar de linchamientos! Aunque, pensándolo bien, no lo creo. Al fin y al cabo, los esclavos tienen un valor, como vos bien decís. ¿Por qué matar lo que se puede vender?
—Veo, mi querido Chester, que también ha hojeado vuestra merced el libro de Adam Smith.
—¿De quién? No creo conocer a ningún mister Smith. ¿Vive aquí en América?
—No, no, querido Gobernador. Es un filósofo escocés que ha escrito un libro de economía intitulado «La riqueza de las naciones». Dice algunas cosas sensatas y muchas barbaridades. Ahora que, en lo que respecta a los esclavos, entiendo que se equivoca. Como os acabo de relatar, los esclavos suben mucho su precio colocados aquí en América. Pero llegan con disentería, malaria o escorbuto. En tres o

cinco años están para el arrastre y sale más rentable comprar otros que emplear fondos en curarles.

»Pues el bueno de Smith dice que hay que abolir la esclavitud: es más barato contratar hombres libres; por un salario, ya sabéis. No hay que darles de comer, ni pagar por un viaje arriesgado; y, si se mueren, es su problema.

—Bueno, eso será en Inglaterra, porque aquí no hay hombres que se puedan contratar. Sin población autóctona, si no traemos esclavos, no podemos cosechar.

—¡Exactamente! Ésa es la cuestión. Muy bien visto. Y si a mayores se van tras de Washington se nos van a pudrir el índigo, el tabaco, el arroz y todo lo que plantemos. Por eso hemos retomado la antigua y macabra costumbre y hemos empezado a marcarles otra vez. Así les hacemos más difícil la huida. Además estoy pensando pagar a Washington con la misma moneda…

—¿Prometeremos también nosotros la libertad a los negros? Se dice que algunos mandatarios compatriotas nuestros lanzan estas consignas a los esclavos del sur.

—¡No digáis barbaridades, Chester! ¡Se empieza así y se acaba casando a un hijo con una negra y teniendo nietos mulatos! ¡Por Dios, hasta ahí podíamos llegar! No, me estoy refiriendo a los indios.

—¡Hombre! ¡Qué maravillosa palabra! ¡La misma que me ha traído hasta aquí!… Amén de celebrar vuestro nombramiento, por supuesto. ¡Contadme, soy todo oídos!

—De momento poco hay que contar. Los cherokees están ya de nuestra parte, supongo que sabéis que odian a los colonos. Los pueblos choctaw, chickasaw y creeks también lo estaban, hasta que Washington extendió su red. El muy osado ha ido a verles. Y esto es lo mejor: ¿sabéis qué les ha dicho?

—No, General.

—¡Les ha leído la Declaración de Independencia! ¡Imbécil! ¡A unos seres ignorantes e incultos vestidos con taparrabos y trozos de animales colocados en la cabeza, les ha hablado de derechos, de libertad, de propiedades! ¿Y queréis oír lo más curioso? ¡Pues que le han creído! Los creeks se han comprometido a no intervenir y los indios choctaw se han dejado comprar con collares de cuentas y güisqui.

—Pero esos pueblos son tan volubles como las mujeres frívolas… Es cuestión de precio. Quizás en eso pueda yo ayudar.

—¿Tenéis una reserva de indios cherokees de sobra en Florida? —preguntó Howe con ironía.

—No, General —respondió dolido Chester—, pero tengo al individuo adecuado.

—¿Sí? ¿Quién es esa persona?

—Hamilton, General. Henry Hamilton, lugarteniente de Detroit.
—¿Ese del que se cuentan tantas atrocidades y crueldades? ¡Creo que hasta en el Parlamento de nuestra amada Inglaterra se han escuchado las protestas!
—El mismo, General. Reconozco que es un salvaje. Incluso creo que padece algún tipo de enfermedad mental, porque emprende acciones que exceden de cualquier comportamiento civilizado. Pero vuestra merced lo ha dicho antes: estamos en guerra.
—¡Orange! ¡Trae el postre y el café! He pedido que nos hagan dulce de leche. ¿Es de su agrado?
—¡Por supuesto! —respondió Chester, que odiaba los dulces—. ¡Magnífica idea!
—Decidme, Gobernador, ¿qué proponéis?
—Sólo os pido que me deis carta blanca, y que me apoyéis ante el Parlamento si tal es el caso. Esta conversación no ha tenido lugar. Nunca hemos hablado de contratar a los indios para que maten americanos, pero no podemos dedicarnos a frenar a las tribus de salvajes en sus cacerías de cabelleras cuando tenemos que reconquistar nuestras tierras. ¿No es así, General?
—¡Maldito negro! ¡Has derramado el café! ¡Ve a buscar agua, y tráeme una casaca limpia! ¿A tal espécimen ofrecerías la libertad, señor Washington? —habló Howe al aire mientras miraba al techo.
—¿Es así, General? —insistió Chester, que deseaba dejar las cosas perfectamente aclaradas.
—Que así sea. Sólo os daré una advertencia. Ninguna cabellera española debe ser arrancada, o nos meteréis en una guerra abierta.
—Con hombres como Bernardo de Gálvez estamos en guerra de facto.
—No, Gobernador. Ninguna cabellera española. ¿Me dais vuestra palabra?
—De acuerdo, que así sea —cedió Chester.
—¿Cuántos indios creéis que pueden reclutarse?
—No lo sé con exactitud. Supongo que dependerá del presupuesto. No son baratos esos bastardos. Y además aprenden enseguida. Donde antes pedían un collar, ahora piden una casaca.
—Es cierto, adoran las casacas. ¿Será por la furia del color rojo?
—Supongo que también la botonadura dorada llamará su atención. El caso es que depende del presupuesto. ¿Cuántos indios calculáis que necesitaríais?
—Mirad, Chester. Mi plan es muy sencillo. Ha sido ya aprobado en Londres por Su Majestad y por lord Germain, el Secretario para Asuntos americanos. El general Burgoyne desembarcará en Canadá y bajará desde el Oeste con sus destacamentos hacia el asentamiento americano. Yo me dirigiré también hacia esos emplazamientos desde aquí, desde el Norte. Quiero que los indios ataquen a los rebeldes

desde el Sur.
—¡Morderán el polvo, General! ¡Conseguiré el mayor número posible de tomahawk!
—Gracias, así lo espero. Y ahora demos cuenta de este dulce de leche.

Fort Watauga, 3 de febrero de 1777

A Harry Hamilton le agradaba enormemente el apodo con que le habían bautizado los indios creeks: «Simon Girty, indio de ojos azules». Los cherokees preferían llamarle Hair-Buyer*, c om prador de c abelleras*. Interiormente tampoco le disgustaba, pero no contestaba a ese nombre para que sus compatriotas ingleses no reprocharan sus méritos.

No hubiera tenido inconveniente en acompañar a los cherokees en sus incursiones, al fin y al cabo estaban en guerra, y la guerra validaba cualquier método que concluyera en una victoria. Pero no le era dado emplear el tomahawk ni tampoco el hacha de guerra, así que se conformaba con comprar cabelleras rebeldes y participar en las fiestas indias de victoria.

Respecto a su primer consuelo, le enorgullecía tener una amplísima colección de cabelleras masculinas, un nutrido saco de moños femeninos y un par de docenas de origen infantil, de ambos sexos. Pagaba religiosamente a los indios por ellas y, aunque negaría hacerlo ante un inglés, alardeaba de ello ante los aliados indios. Efectuaba el pago en ron, güisqui, collares de cuentas, alimentos y casacas de botones dorados, la mercancía más apreciada.

Los creeks, chickasaws, choctaws o cherokees se lo agradecían con fiestas en su honor. En ellas, Hamilton se despojaba de todas sus inglesas vestiduras y sus puritanas costumbres. Se colocaba un penacho de plumas y un taparrabos, se teñía su blanca faz con colores de guerra y saltaba y cantaba alardeando de sus magníficos trofeos entre los indios. Entre los efluvios del güisqui y el ron, aquella figura simbolizaba la de un dios guerrero, orlado por el oro de sus lacios cabellos ingleses.

Aunque Hamilton agradecía aquellas juergas, terminaron por cansarle. Saltos y más saltos dejaron de ser interesantes en cuanto tuvo ocasión de ver ilustradas en vivo las historias que contaban los indios. Fue una noche de luna llena. Esta vez los cherokees no le trajeron cabelleras comunes, sino unas muy especiales. La primera venía pegada al juvenil cuerpo de un muchacho de alrededor de 12 años. Había matado con su mosquete a un destacado miembro de la tribu y debía

pagarle en atención al valor del hombre asesinado. La segunda pieza, que vestía falda modesta y estaba mortalmente asustada, era su madre, una mujer cercana a los cuarenta años, alta y espigada, de rubia y larga melena y bellísimos ojos verdes.

Le vendieron sus cabelleras antes de quitárselas, pero aceptaron sólo la mitad de lo acordado por la del muchacho, ya que ellos sabían que no podrían dársela en buen estado de conservación. Al principio sintió náuseas, pero pronto se dio cuenta que no era por remordimientos o por miedo, sino por puro placer. Disfrutó aquella noche viendo quemar lentamente al muchacho y, aunque su madre murió del susto al ver a su hijo y no pudo ser objeto de demasiadas atrocidades, tuvo el placer de cortarle él mismo la cabellera y teñirse la cara con rojo sangre, esta vez del color exacto.

Creyó que iba a tener remordimientos, pero no fue así. Es más, se resarció con aquella damisela de todos los insultos que su madre le había conferido desde que él recordaba.

No fue un hijo esperado, ni siquiera un hijo conformado. Fue un ser cuyo aborto no pudo ser efectivo por desgraciada impericia de una mujer que se decía partera. Su madre sangró durante semanas, luchando en los abismos de la muerte con el conjunto de demonios que ansiaban hincar el diente a su última presa y el horror de la mujer que, en el resto de su vida, se vio acosada por un pánico irracional a la oscuridad y al color noche.

Nació antes de la fecha estimada, bajo de peso, pero sin ninguna otra secuela. Su madre pensó que moriría pronto, pero no fue así. Ése fue su pecado: no dejarse matar, y luego no morirse. Pero lo pagó con creces: cada palabra de su madre era un reproche, cada gesto mostraba desagrado, cada lágrima era derramada por la desgracia de tenerle por hijo. Su padre, un borrachín sin oficio ni beneficio, le quería en secreto; tan en secreto, que nunca se dignó sonreírle. Su única venganza había sido vestirse invariablemente de negro y asustar a su amada progenitora por la noche, ocultándose bajo su jergón y susurrando a su oído recuerdos de muerte y condenación.

Llegada la edad, ingresó en el ejército inglés. Ésa era su casa, una familia con unas reglas de guerra y un solo código de conducta: vencer. Ahora gobernaba el territorio de Detroit para Su Majestad George III. Ejercía fielmente su labor, aunque sabía que William Pitt y algún otro afeminado político se quejaban ante el Parlamento de sus brutales hazañas.

«Sin embargo, me admiran —se dijo—. Y se quedan con lo conquistado. Las quejas no son más que un mensaje para el consumo de puritanas almas católicas. Si no es así, ¿a qué viene esta visita de Chester? Me han dado güisqui, armas, collares de cuentas y hasta 100 casacas rojas».

Hamilton recordó la conversación.
—Estaríamos encantados de que los indios nos ayudaran contra los colonos, incluso con sus hazañas habituales. Aunque, claramente, nosotros no vamos a poner el hacha en su mano. Pero, en fin, son gentes sin ci vilizar.
—Pero, ¿y el Parlamento?
—Olvidaos del Parlamento… por ahora. Dejo en vuestras manos el método y la motivación. Sé que sois un hombre respetado entre cherokees y creeks. Les comprendéis, incluso ellos os admiran. ¡Aprovechad esas amistades en favor de su patria, Gobernador!
—¡Que así sea! —se dijo volviendo a la realidad.
Se chupó los dedos, manchados con los restos de sangre con que se había pintado, esta vez de conejo. Tenía un sabor dulzón. Algo se le encendió nuevamente en su interior y decidió unirse a los indios y a sus danzas… Buscaría alguna prisionera blanca barata. Últimamente había mucha oferta.
Peter Chester olvidó mencionar a Hamilton la restricción que Howe había impuesto. Él mismo pagaría por la cabellera de Gálvez si alguien pudiera quitársela. Sin embargo, cometía un gravísimo error.

Nueva York, 14 de m arzo

Aquel almuerzo dejó una huella indeleble en el corazón de los dos esclavos. Aquel nombre resonaba, desde entonces, como melodía divina en sus oídos. Sobre pujaban su valor de tal manera que les resultaba difícil apaciguar el tumulto de ilusiones que se despertaba en su alma.

Desde aquel invernal día, el panorama yermo y cobrizo, sin más meta que fenecer debido a causas naturales, metamorfoseó hasta hacer benigno el cautiverio, suave el clima, sustancioso y sabroso el escaso y seco pan negro. Al son del nombre de George Washington el tono de su carácter abandonó el gris para trocarse en verde, el color de la esperanza.

Se comunicaron con una sola mirada la íntima convicción de que el camino hacia la libertad pasaba por encontrar a aquel hombre que portaba nombre tan excelso. Guardaron, no obstante, todo aquello en lo recóndito del corazón.

La inhumanidad, cual nave corsaria que nunca alcanza el puerto, había conseguido abordar hasta las mismas almas esclavas. Quienes compartían contigo dolor y zozobra serían los primeros en alertar de cualquier intento de fuga.

Un aposento único para los esclavos, compartido en parte con los animales domésticos, impedía mantener nada en secreto. La frialdad de las noches hacía que los cuerpos, ateridos de frío, se entrelazaran buscando el calor hasta tal punto que resultaba difícil moverse sin despertar a dos o a tres personas.

Durante semanas, Apple y Orange, siempre acompañados por otros esclavos o por los amos, no tuvieron ocasión de desaguar en el otro los miedos contenidos y las rosadas ilusiones. Fue una vaca que intentó parir sin conseguirlo la que hizo surgir la ocasión. Avisaron a Apple porque había corrido el rumor de que era un Chaman. Él exigió que le dejaran solo, pero en el último momento instó a Orange a que le ayudara. Mientras su experto brazo se introducía hasta el codo en el útero de la vaca tratando de girar el ternero empeñado en salir con las patas por delante, el tumulto de barruntos contenidos se desbordó invadiendo la estancia.

—¿Cuándo, Apple? ¿Cómo lo haremos? —acució Orange. Les había sido vedado, bajo pena de veinte azotes, emplear sus nombres reales: Untaken y Karume. Tras tres tandas de latigazos, decidieron emplear sus apodos fruteros.— Ya comienza el deshielo, pero no sabemos dónde está el hombre de bello nombre. ¿Crees que nos cogerán?

—Escucha con atención, Orange. La yegua del amo parirá pronto. Calculo que al llenarse la luna. Cuando vea acercarse el momento la prepararé con una hierbas y contendré su ardor para que expulse de noche. Me llamarán, y yo te haré seguirme, como hoy. Como está en las caballerizas, no nos podrán observar. Apro ve - charemos el momento para escapar. No lo notarán hasta la mañana. Tú, que andas en las cocinas, guarda todo lo que puedas. Yo he distraído un cuchillo patatero y una navaja con el filo partido, dos hachones de vela y una calabaza vaciada y vieja. Servirá para contener la leche de Tobacco.

—¡La leche de Tobacco! ¡Él no puede venir, estará más seguro aquí, y nosotros también!
—Vendrá con nosotros.
—¡Pero es una locura! ¡Dos esclavos con un infante que no saben dónde van!
—Hermano, el destino de ese niño y el mío se han fraguado juntos. Mi compromiso es inmutable. Vendrá con nosotros.

—¡Se pondrá a llorar y estropeará la fuga!
—No lo hará. Ya sabes lo que le gusta la melaza.
Orange sonrió. Desde el mismo instante en que el pequeño huérfano probó la melaza, que británicos y americanos empleaban para fabricar ron y que, por ello, abundaba en todo fuerte leal o rebelde, Tobacco se había sentido encantado con el nuevo alimento. Era una gran idea guardar una pequeña dosis de aquel manjar dulce con el ánimo de frenar cualquier llanto de última hora del pequeño que pudiera alertar de la huida.
—¿Y qué comerá? Porque una calabaza de leche no da para nada. ¡Y ya sabes cómo traga el mocoso!
—No te inquietes. Lo tengo todo arreglado. He ido acostumbrando su paladar y su estómago a la comida de hombre. Mastico el alimento hasta convertirlo en puré y así, insalivado y desmenuzado, lo unto en el dedo para culminar la tarea introduciéndolo en su boca. Chupa con tal fuerza que un día se quedará con parte de mi dedo.
—Si nos cogen, nos colgarán de un árbol.
—No nos cogerán.
—Pero tendremos muy poco tiempo para huir.
—Suficiente. Además ese día el dulce vaivén del sueño les poseerá hasta el mediodía. Recuerda que cuando llegue el momento has de abstenerte de beber agua de la cocina. Tampoco del cubo del granero. Sólo has de beber de tu calabaza. ¿Entiendes, Orange?
—Entiendo, Apple —contestó mientras vio cómo el aire tremolaba ante sus ojos. La angustia, junto con el hambre y el sueño acumulados, le estaban produciendo un considerable mareo.
—Orange, has de domar tu espíritu. O es tan fogoso como un toro en celo, o es tan melindroso como el de una mujer. Estropearás el plan si alguien te nota nervioso sin causa. El color de tu temperamento ha de ser el esperado en un esclavo sometido. El rojo ardiente no es buen color, tampoco el violáceo del miedo.
—Lo intentaré, hermano. Rogaré a los dioses que nublen los colores de mis pensamientos.
No fue así. Más de uno hizo mención de la agitación de Orange. Apple aseveró que se trataba de la dentadura. Y así quedó la cosa. Pero al primero cada día le resultaba más difícil conciliar el sueño.
Apple y Orange eran negros bozales. Sin previo aviso, habían sido cazados como búfalos, a lazo, en las orillas del río Senegal mientras ejercían de muleros en el oasis. Ganado, tierra y libertad quedaron allí atados, mientras ellos, junto a otros compatriotas, eran encadenados en jaulas, con argolla, virote y bozal, como si los hombres blancos trataran con animales salvajes.
Aún con la sorpresa en el rostro y el chillido en la garganta fueron subidos en una vieja barcaza en la que habían surcado los abruptos

meandros del río, hasta que éste desaguó en el mar. Allí, en el salado escenario, les esperaba un apestoso, y a raíz de su llegada apestado, bergantín portugués.
Presto levaron amarras, alcanzando sin contratiempos las orillas de Cuba. Cuando ya se divisaba tierra fueron cambiados por tabaco y embarcados de nuevo, esta vez en una goleta de divisa española, que les condujo a La Habana, donde fueron subastados en el mayor mercado de esclavos de la zona, al grito de «¡Esclavos españoles, los mejor tratados, los más sanos, los más limpios!».
Y todo ello había acontecido en tiempo récord: no llegaba a un mes y medio.
Desde aquel fatídico día, grabado a fuego en la mente de ambos esclavos, una sola vez habían contemplado un espacio abierto. Acostumbrados como estaban a vagar en la gran estepa, aquel enclaustramiento resultaba terrible.
El solo pensamiento de poder correr sin miedo a escuchar el disparo de un mosquete, subir a un árbol por el puro placer de observar la tierra desde lo alto o bañarse sin ropas estrafalarias en un río caudaloso ya hacía que Orange sintiera escalofríos de placer. El simple proyecto de lograr una vida en libertad era en sí un nirvana.
Sin embargo, al escuchar el ultimátum de su amigo, Orange sintió tanto miedo que su vello, de por sí crespo, se erizó hasta tornarse liso. Un pavor tan tupido que casi podía cortarse se apoderó de su ánimo, luchando contra aquella esperanza llamada Washington.
«¡Oh, cómo encandila la esperanza de recuperar mi perdida libertad! ¡Washington, qué maravillosa colección de letras! Mas, ¡qué miedo!».
Al caer el sol, terminadas todas y cada una de las ocupaciones diarias, y comido hasta el último rastro del plato de rancho, los esclavos recibieron permiso para irse a descansar. La agitada respiración de Apple denotaba que tampoco estaba dormido. Desvelados, ambos compartían la ilusión de una esperanza y el miedo por una huida incierta. Tobacco roncaba en sol mayor, con ligeros toques acompasados de bemol.
Orange tardó un tiempo considerable, pero finalmente fue invadiéndole un anestésico sopor y la negrura artificial del sueño le poseyó. Y entonces, como cada noche desde su llegada, recordó de nuevo la escena. Aquel sollado asqueroso donde les habían encerrado, tan apretados que no podían siquiera sentarse, tornóse real nuevamente.
La pestilencia se inició enseguida. Luego decreció, o quizás se acostumbraron. Lo cierto es que la bilis es mucho menos olorosa que el vómito del alimento, y sin comer ni beber apenas, heces y orines dejan pronto de brotar. Sin embargo, en pocos días el hedor lo invadió todo de nuevo. Los cadáveres se descomponían con rapidez en aquel

ambiente tan húmedo y cerrado.
Apple, siempre tan entero, siempre tan digno, como corresponde a un Chaman que ha de ser la voz de la conciencia de un pueblo, rompió a llorar nada más atravesar la escotilla, antes aún de que el barco hubiera largado amarras. Gemía con desesperada angustia, pese a que no pronunciaba frase alguna. Orange trató de consolarle, insistiendo en que, al fin y al cabo, estaban vivos. Pero su amigo no le oía. Lloraba y se condolía alternativamente, con leves pausas, en las que las fuerzas le fallaban, pero en escasos minutos volvía nuevamente a la carga.
Llevaba tres días embebido en aquella particular huelga. Ya sólo se oían su lamento y sus hipos. Los demás, con buen criterio, habían decidido no desperdiciar las fuerzas.
Y entonces ocurrió.
Un mamoncillo de edad indefinida, puede que no alcanzara los dos meses, buen conocedor del oficio, se asía fuertemente a los caídos pechos de su madre. En uno mamaba mientras empleaba sus pequeños pero fuertes dedos en sujetarse al otro. La sabiduría natural le mostraba que necesitaba más apoyo que el que su madre le ofrecía. De pronto a la mujer se le aflojaron definitivamente los brazos y el niño quedó sujeto únicamente de los pechos maternos. Resbalándose poco a poco, finalmente cayó. No se molestó en llorar, de nada hubiera servido, aunque debió sentir el golpe sobre el pie de Apple.
La criatura, que continuaba hambrienta, tomó el pulgar del Chaman como sustituto de la teta, apresurándose a chupar con creciente desesperación: de allí nada salía.
Al primer movimiento de succión, el llanto de Karume, futuro Apple, cesó de inmediato. Taxati va mente, de sopetón, como si la deidad a la que apelaba le hubiera concedido todo lo que tanto había demandado a base de lágrimas y gemidos.
Se agachó sorteando a los que le rodeaban y tomó al niño en sus brazos. Tenía buen aspecto, pese al cautiverio y las insalubres condiciones. Era alto y bien formado. Pese al color, era raro ejemplar, pues, por los rasgos con que contaba y de tan lustroso que estaba, bien hubiera podido pasar por blanco. Karume sonrió, no así la criatura que buscaba desesperado entre los pechos de Apple algún alimento.
—¿Qué te ocurría, Karume? —se apresuró a cuestionar Untaken.—¿Qué te ocurre ahora, que tan raudo ha cesado tu llanto? ¡Estamos vivos y somos fuertes! ¡Sobreviviremos! Y el deseo de volver a ver nuestra casa y nuestra tierra nos hará aún más fuertes ¡Volveremos! Deja ya de plañir. Y, por favor, suelta al niño, no seas cruel extendiendo su dolor. Sabes que no puede vivir.
—¡Vivirá!
El esclavo volvió a agacharse. Esta vez tuvo que emplearse a fondo,

patadas y empujones incluidos, pero finalmente encontró a la madre. La levantó con el brazo izquierdo, mientras sostenía al niño con el derecho.
La mujer se hallaba presa del desmayo, o quizás muerta; era imposible saberlo con la escasa luz de aquel agujero. Pero Karume no estaba dispuesto a cejar en su empeño. Sujetando a la madre por la cintura estiró el brazo desde atrás hasta conseguir apretar su pecho izquierdo. La leche seguía brotando. La esclava no se inmutó.
Tras varios intentos fallidos, consiguió conectar al hijo con la madre. El niño tardó en coger el pezón, tal era su ansia que no acertaba, pero finalmente logró atrapar la fuente y mamó hasta quedar dormido.
Karume no se desprendió del cuerpo de la mu jer, aunque pesaba lo suyo. Quizás la leche aguantara algo más.
—Debes soltar al niño. Y a la madre, que ya estará muerta. Si te aferras a él, morirás tú también. ¿No de seas volver a casa? ¡Lo conseguiremos! Ambos somos fuertes y estamos sanos. Mas él no podrá —replicó señalando con la mirada al pequeño.
—Ruego a los espíritus que te permitan volver a ver a tu familia. De corazón lo espero.
—¿Y tú?
—Yo no volveré.
—¿Por qué? ¡Lo haremos juntos!
—No. Lo supe en cuanto entré en este gran pez.
—¡No importa lo lejos que nos lleven! ¡Siempre habrá otro pez que nos traiga de vuelta!
—No, tú no entiendes. Fui predestinado. Ñuhk me lo pronosticó tras consultar las vísceras de aquel antílope que cacé.
—¿Qué te predijo? —preguntó Untaken, sintiendo un escalofrío.

—« *Cu an do su bas al pez salado em pren derás el c am in o de la m u erte* —afirmó—, *pero cuando lo abordes tu espíritu dará vida m ientras m ueres. Él crecerá, tú m orirás, pero todo tu espíritu vivirá en él*».

»Cuando fuimos obligados a subir a este barco, supe que había emprendido el camino sin retorno.
— ¿Por eso llorabas?
—No. Nada temo pasar a la tierra que se halla en la otra parte. Mi llanto se debía a la sordera de los espíritus, que se habían olvidado de darme un heredero. Sabes que, como Chaman, no debo conocer hembra so pena de perder mis dones. Pero la profecía debía cumplirse. Este niño es la respuesta del dios del trueno. La vida que tomará mi vida y la hará fructificar.
—Pero, Karume, ¡el niño morirá! ¡No hay leche! ¡Mira su madre, es ya cadáver!
Karume tocó a la mujer. Estaba rígida.

—Está muerta. Pero él vivirá. La divinidad, si es preciso, hará que llueva leche. ¡Él es mi heredero!
En aquel momento un aluvión de palabras que les resultaron incomprensibles, unidas a un amenazante látigo de tres cuerdas que entendieron con una sola y fugaz mirada, entró por la escotilla. Les hicieron salir a trompicones. Y ya en cubierta los negreros fueron dividiendo a los esclavos en grupos. La distinción no fue realizada por sexo; tampoco, por edad, sino por salud. Los aparentemente sanos, eran colocados a babor; los débiles, a estribor.
—¡Les dije que no se podía sobrecargar el buque! ¡Se lo avisé por activa y por pasiva! Pero no —protestó el Capitán—. Tenían que meter mercancía hasta en la sentina. Y ahora miren. ¡Sí, miren la línea de flotación! ¡En cuanto ha habido tormenta y el barco ha cargado agua, miren! ¡De nada sirve achicar! ¡No es el agua! ¡Es el exceso de carga!
La paciencia del negrero corpulento que ejercía el liderazgo, y al que el Capitán dirigía sus gritos, comenzó a agotarse. No soportaba bien los chillidos si se dirigían a su persona. Antes de que el Capitán terminara la frase, sin mediar palabra, enfiló a estribor. Recorrió el tramo que le separaba de los esclavos débiles con decisión, dando amplias zancadas. Tomó del brazo a una mujer de lamentable aspecto y volvió con ella hasta la posición del Capitán, que seguía protestando. Izó a la mujer con sus enormes y musculosos brazos hasta colocarla sobre un barril de agua con ron que se hallaba en cubierta. Luego fijó sus fieros ojos verde oliva en el Capitán. Cuando estuvo seguro de haber captado su atención, agarró con fuerza a la esclava y la arrojó al mar.
La verborrea del Capitán cesó de inmediato. Los tiburones no tardaron ni dos minutos en oler la comida, y menos en dar cuenta del festín, quedándose dando rondas alrededor del barco por si la suerte nuevamente les sonreía.
—Tú, tú y tú. Tú también. Id sacando los cadáveres. Tú y tú, los izáis. Tú, negro —dijo refiriéndose a Untaken—, los lanzas al mar.
Los esclavos no necesitaron una segunda orden, pese a desconocer el idioma del negrero. Ante la cercanía del peligro no hay Babel que valga. Lanzaron dieciocho cadáveres al océano, pero los escualos seguían allí, cerca del barco, dibujando círculos cada vez más pequeños, en un intento de atrapar los siguientes cadáveres antes que los demás.
—¿Suficiente francofondo hábil? —cuestionó el negrero
—¡Por Dios! ¡Sois un salvaje sanguinario! ¡Sois un…!
—¿Es suficiente, o no? ¡Haced vuestro trabajo, mirad la flotación!
El Capitán sabía que el bergantín padecía todavía sobrecarga, pero su conciencia no deseaba cargar con más muertes. Una cosa era que los negros muriesen en el viaje y otra bien distinta matarles. No obstante,

no le hizo falta tomar la decisión, porque el negrero lo leyó en sus ojos.
Giró sus talones y se volvió hacia estribor. Los esclavos allí hacinados, al ver acercarse a aquella acartonada alma, comenzaron a correr la eslora con grandes zancadas. El hombre se echó a reír:
—¡Eso es! ¡Corred! ¡Quien gana come, quien pierde es comido! ¡Apuesto por aquella gorda de allá, la del vestido azul!
Los marineros tardaron unos segundos en reaccionar ante la dantesca escena, pero enseguida secundaron la apuesta. Como era previsible, los más débiles fueron quedando por el camino. En cuanto su cuerpo caía a tierra eran arrojados por la borda. Los gritos aterradores duraban escasos segundos, el tiempo que precisaba un tiburón hambriento para zamparse una pieza.
Para satisfacción del bolsillo del negrero, la mujer de vestido azul llegó la primera a babor. Jadeaba, agotada, tras haber puesto pies en polvorosa sin haber probado bocado en días. Tal era su cansancio, que no pudo mantenerse en pie y dobló las rodillas. El negrero se acercó sonriendo y se agachó para levantar su cabeza sujetándola por los rizados cabellos. En los ojos de la mujer se dibujó el pánico.
—¡Muy bien, gorda! ¡Me has hecho ganar una fortuna! ¡Te dejaremos vivir!
Ella, que no entendió lo que decía, en una desesperada maniobra de defensa comenzó a echarse hacia atrás, topándose con las piernas de Apple, quien sujetaba fuertemente al bebé en sus brazos. El negrero reparó en el pequeño.
—¡Eh, tú! ¡Dame a ese niño! ¡Sin madre no vivirá!
Karume se irguió. Y lo hizo de tal modo que pareció crecer varios centímetros. Cuando el negrero se acercaba con la sucia manaza extendida decidido a llevarse al siguiente alimento de los tiburones, el esclavo pronunció una corta frase. Lo hizo sereno, despacio, recalcando cada sílaba, subrayando cada letra, mimando cada sonido. La voz retumbó en cubierta como si fuera una melodía que emergiera de un espíritu extraterreno, hasta el punto que el negrero se detuvo en seco y su mano extendida, que ya tocaba al infante, titubeó.
Toda la tripulación esperaba ansiosa el resultado de tan extraño lance. Los negros, sin excepción, contenían la respiración. Sólo el pequeño se atrevió a llorar, y lo hizo con tal fuerza, que su chillido rompió el silencio como si de un trueno se tratara.
El sol, que seguía asolando a los vivos con su demoledora fuerza, detuvo intrigado su rielar en la mar en calma. Los tiburones, ajenos a la escena, seguían con su particular carrera en círculos, ávidos de sangre. El mamoncillo, cansado de que su nuevo dueño no le hiciese ningún caso, detuvo un momento su quejido y, tomando aliento, lanzó al horizonte un nuevo rugido.

Con el grito, el negrero se despabiló, como despertándose de un sueño largo y denso.
—¡Eh, tú, gorda! ¡Ve a babor y ordeña la cabra pequeña, que es de mi pacotilla! ¡Hazlo rápido, que ese niño me va a romper los sesos con tales gritos! ¡Nos darán por él buenas libras! ¡Y vosotros, grumetes, dad un cazo de agua con ron a estos afortunados y adentro de nuevo!
Y entonces todos los negros volvieron a respirar, e incluso alguno elevó una plegaria mirando al cielo. Karume no se inmutó, no así Untaken, a quien se le había encogido el alma de puro miedo.
—¡Karume! ¡Estás loco! ¡Casi haces que sirvamos de alimento para esos salvajes peces! ¡Te lo dije, ese niño nos acarreará la muerte!
—No, Untaken. Será nuestro pasaporte para la vida.
—¿Qué le has dicho? ¡No he entendido tus palabras! ¿Qué idioma era?
—Era el lenguaje de los dioses. Pero él lo ha en tendido.
—¿Qué le has dicho?
—Que no se puede hollar la luna que riela en el mar, ni pasar la azada por los rayos de sol. Son sagrados, al igual que la vida de un niño puro como éste. —¿Y dices que te ha entendido?
—Sí. El dios del trueno le ha hecho ver el castigo que reserva a quien viola la ley de la vida.
—¡Ah! ¿Y esa mujer que ha lanzado al mar sin inmutarse? ¿Y los débiles que ha arrojado a las fauces de esos infames peces hambrientos? ¿Es que tu dios del trueno no les vengará?
—El dios castigará a ese mal nacido, y lo hará pronto. Antes de que este pez deje la sal. Su frente ya tiene la marca. Pero quien toca a un niño aún sin mácula merece un castigo instantáneo. Y él lo ha comprendido.
El resto del viaje fue tranquilo, todo lo pacífico que puede ser un viaje en un sollado apestoso. Pero al niño no le faltó la leche fresca cada día, ni un paño de lana con que empaparla. Su nuevo padre y protector no consintió que nadie le suplantara, ni siquiera por unos breves momentos, en su nuevo papel.

La negrura del sueño se hizo más profunda y la respiración de Untaken se acompasó, pero ni siquiera entonces alcanzó la paz. Todas las incógnitas de una fuga hacia lo desconocido se apilaban en su mente. Debían huir en dirección a algún sitio al Sur, distante muchas leguas, con la posibilidad de que les pillasen los ingleses que se acuartelaban por el camino, los indios que cortaban cabelleras a diestro y siniestro, o el general Howe. Y debían hacerlo sin pertrecho alguno, sin brújula ni guía, en tierra totalmente desconocida y con el rostro marcado por el oprobio.

Desde que fueron pescados en los sollados de la goleta donde habían sido transportados a América, comprados y agregados a la hacienda

del general Howe, ni Untaken ni Karume, desde entonces Orange y Apple, habían abandonado nunca sus fundos. Su único contacto, su único conocimiento de América se reducía a aquel fuerte y a unos acres con palangre y altas torres. Sin embargo, pensar en África encendía su ánimo. ¡Oh, cómo embelesa la libertad! ¡Cómo deslumbraba el pensamiento de una tierra virgen sin vallas ni fronteras, sin cañones ni torres, donde poder moverse sin estorbo!

Karume, médico y padre espiritual de su tribu, que había permanecido soltero como era la costumbre, ahora tenía que velar por su ahijado. Untaken había dejado en el Senegal mujer y dos hijas.

Se le inundaron los ojos cuando intentó recordarlas. Su mente le ofrecía con todo lujo de detalles la escena: el verdor del palmeral, el frescor del agua del río, las flores blancas de granados estambres que plagaban el baobab y que su mujer recolectaba para tisana. Las dunas lejanas, el brillo de un cielo sin nubes, la paz, pese al jolgorio del día de mercado… La estampa retornaba completa, hermoseada por el deseo de volver, paradisíaca en sus sueños.

Sin embargo, su mente se negaba a revelar los rostros de su mujer y su hija más pequeña. Aparecían allí coloreadas en un negro completo, tan denso que era imposible encontrarles formas. Eso le causaba un dolor tan fiero como el hecho de saber que su cobardía tenía la culpa de que aquellas figuras fueran, poco a poco, borrando sus contornos.

Ellas no habían sido capturadas, así lo creía, porque se hallaban en las ramas altas de un baobab cuando comenzó la caza. El árbol, centenario, medía lo menos 20 metros y ni una docena de personas con los brazos estirados y entrelazados podrían haberlo rodeado. Las enormes hojas con forma de palma y la abundancia de flores habían ocultado todo signo de vida.

Ni siquiera pudo despedirse de ellas. Tampoco fue capaz de chillar. Sólo sintió dolor y fatiga y hambre, y un sudor tan espeso que creyó que era sangre.

Habían oído rumores. Se decía que los portugueses organizaban cacerías desde Saint Louis, su base en la costa atlántica, pero nunca lo creyeron, o más bien no quisieron creerlo. Seguro que era falso. Mas aunque algo de verdad hubiera en aquellos reiterados malos presagios, los habitantes de Tidjikja nunca pensaron que los blancos se adentrarían tan al Este, y mucho menos que remontarían el Senegal, un río con un cauce peleón.

Pero lo hicieron, y además aprovechando que había mercado. Y la población fue cazada a mansalva; hombres, mujeres y niños fueron tomados como esclavos, o asesinados si eran inútiles.

Y nadie protestó. Untaken, tan fuerte, tan musculoso, tan envidiado y reconocido por toda la tribu, tampoco.

«¡Pero ahora escaparé! ¡Y serviré a ese Washington durante un año, y luego iré a casa, y abrazaré a las niñas, y mi mujer concebirá un varón, y yo le cazaré un león para que su cabellera le proteja!».

Finalmente, el sueño le venció pausadamente y el idílico paisaje retornó. Esta vez las caras que se negaban a volver a su mente despuntaron el alba con una sonrisa, aunque ése era su único rasgo visible.

Orange ya roncaba, Apple no. Pasó la noche encomendándose al espíritu de sus antepasados. Ellos le decían que el peligro era excesivo. Sin apenas conocimientos del idioma, sólo términos referidos a la vida cotidiana y a los alimentos; con la cara marcada por la insignia del general Howe en un territorio donde se enarbolaba la bandera inglesa; y sin conocimiento del terreno, ni de dónde encontrar la divisa americana, esa fuga era una completa locura.

Sin embargo, si seguían más tiempo sometidos, terminarían por subyugar su alma, y entonces estarían muertos en vida. Y también su heredero, a quien el General había bautizado como Tobacco. Confiaba, eso sí, en la fuerza salvífica de los dioses, pero tenía miedo.

Tobacco se volvió girándose hacia la izquierda. Sus rechonchas manitas perdieron su anterior apoyo y sobresaltado despertó profiriendo un pequeño grito. Apple se incorporó instintivamente; colocó de nuevo al pequeño, que introdujo su pulgar en la boca y volvió a dormirse.

—Cierra los ojos, niño —le dijo en voz queda, casi inaudible—. Crecerás viendo un cielo azul sin nubes. Duerme, confía en los dioses. Ellos transformarán el mal en bien, el cautiverio en libertad.

La luna llenóse dos semanas después, las mismas que tardó la yegua del General en parir, no sin ciertas dificultades. A eso de las tres de la madrugada, cuando hasta la noche dormía en brazos de su amada luna, ahuecada después de sus recientes nupcias, dos esclavos negros portando un saco cosido en vieja tela de sayal y un pequeño aspirante a esclavo de provecho que chupaba melaza partieron rumbo al Sur en busca del hombre del «dulce nombre».

Hasta la tarde siguiente nadie dio la voz de alarma. Y cuando la dieron, ninguna persona se ocupó de organizar una patrulla para perseguirles. Su marcha había coincidido con el comienzo de una nueva ofensiva. Howe estaba muy ocupado. Washington también.

Libro Tercero: Misión, conquistar al Borbón español

De París a Burgos, 14 de febrero

Arthur Lee siguió al pie de la letra las instrucciones del Congreso y, tras informar al Embajador español, el ruidoso conde de Aranda, pasó a despedirse de sus compañeros de fatigas y partió a toda prisa hacia Madrid. Silas Deane no estaba en su domicilio. Pero sí mister Franklin, que no dudó en adoptar una posición casi teatral.

—Vuestras alforjas, querido Arthur, no portan alguna suerte de avituallamiento, llevan el sudor de nuestros hermanos, la sangre de los hijos de América que claman por su libertad perdida. No lo olvidéis, mister Lee, los Estados se hallan en vuestras manos.

—Lo recordaré siempre, señor. Rogad a Dios por el éxito de la misión.
Y sin más partió. Y lo hizo vestido de peregrino, tocado con mil conchas, con el fin de mezclarse mejor con aquellos grupos de viajeros que, penitentes, caminaban hacia Santiago de Compostela. Como no era católico, para impedir que le pillaran en un renuncio, informaba a quien le preguntaba que no era más que «un trotamundos en busca de aventuras», frase que se había aprendido en español.
A las pocas jornadas se percató de que la indumentaria propia del peregrino no era un capricho, sino una costumbre limada por la utilidad. El amplio sombrero de alas anchas, tapaba tanto del sol como de la lluvia, y en parte del frío del viento. El bordón permitía fijar los pies en aquellos caminos de piedra, algunos tan difíciles. Portaba también una calabaza y un zurrón de cuero negro. Se trataba de una esportilla pequeña, porque, según le habían dicho otros peregrinos, el viaje era ascético, y en esos fervores viene bien el estómago vacío y el cuerpo mortificado.
Lee solía comer abundantemente en los mesones que emergían como setas alrededor de las paradas habituales y de los hospitales de peregrinos. Le habían timado alguna vez, pero no muchas, porque los Borbones habían puesto alguaciles por todo el camino que conducía a Santiago de Compostela con el fin de proteger a los devotos viandantes de estafadores, ladrones y, por supuesto, de los vagos y menesterosos que pretendían vivir toda la vida de la sopa boba que ofrecían los monasterios.
La calabaza de un peregrino normalmente contiene agua clara. No así la del americano, que iba bien repleta de vino mezclado con canela,

clavo y azúcar. Carecía del hábito de caminar y aquella prueba, sin la calabaza bien surtida, le hubiera resultado insoportable.
Día sí, día no, Lee alquilaba una caballeriza. Avanzaba más aprisa, sin perder su condición de peregrino, tapadera que se le antojaba casi perfecta.
Había tomado la senda alternativa porque, aun pudiendo viajar en compañía, pasaría más desapercibido. El camino llamado francés, que atravesaba Navarra cruzando por Roncesvalles hasta culminar el millón de pasos que separaban a esta localidad del destino en la catedral de Santiago de Compostela, estaba muy transitado, incluso solía haber entre los peregrinos un nutrido grupo de ingleses. Tomó por ello la caravana en Behovia, siguiendo por Hernani hasta Cegama. Luego por los altiplanos alaveses hasta alcanzar Salvatierra. En esa plaza, Lee hubo de detenerse varios días, a la espera de que sus enormes ampollas cicatrizasen. Cosa que no hicieron del todo, y tardó casi el doble que los demás en llegar a Miranda de Ebro, pese a que había tomado una montura. Allí nuevamente sus pies le obligaron a un descanso forzoso, por lo que comenzó la siguiente etapa en soledad.
Caminaba por lo que creía el borde de un campo labrantío, hacia el desfiladero de Pancorbo. Era difícil asegurar el paso porque una no despreciable cantidad de nieve recién caída tapizaba el suelo. El panorama resultaba magnífico. Lo contemplaba estupefacto, buscando formas en las nubes, cuando fue interceptado por un correo: un mozalbete cejijunto con cara de pocos amigos, calzado con zuecos y arrebujado en una zamarra de pastor, que hacía señas con los dedos y abriendo mucho los ojos y la boca. Le habían avisado que el yanqui no hablaba en cristiano.
El mozo señaló la falda del páramo contiguo, conminando casi a trompicones al extranjero a subir al altozano donde se podía contemplar un pequeño asentamiento alrededor de un castillo medieval. El americano movió con gran ahínco la cabeza de izquierda a derecha para indicar al correo, sin lugar a dudas, que se negaba. Éste, entre voces que sonaron a tacos macerados en iras, insistió de nuevo, sin conseguir su propósito. El americano seguía en sus trece. El mancebo, cansado de la pérdida de tiempo, ni corto ni perezoso, tomó la directa, levantando con ánimo amenazador el garrote que llevaba en la mano derecha. Entonces se acordó que le habían dado una misiva para entregar al yanqui.
Bajó el bastón, buscó la carta en su zurrón y, atusando al extranjero la casaca a modo de disculpa, le entregó la misiva. Esperó un tiempo prudencial para que el yanqui tuviese ocasión de enterarse de su contenido y luego volvió a conminarle: debía dirigirse a Poza de la Sal. Como el aguerrido doncel era analfabeto, no pudo calcular el

tiempo necesario para esos menesteres literarios. Además hacía un frío digno de Siberia. Así que el pobre Arthur Lee no tuvo ocasión de leer más que un párrafo. Pero captó el mensaje, fundamentalmente porque el tal Gardoqui, que era quien suscribía el contenido, empleaba el inglés.

—Ok, animal —señaló afirmando con grandes gestos de su cabeza—. Yo comprender.

—¿Sí? ¿Tú comprender? Pues arreando, que hoy hay faena.

El americano siguió al mozo a regañadientes hacia aquel elevado emplazamiento. Las vistas eran grandiosas. Aunque el aire era cruelmente frío —como el que soportan nuestros soldados, pensó Lee —, había salido tímidamente el sol y el manto de nieve parecía capaz de reflejar el cielo; así era de puro. Los ocres tejados asemejaban tartas de cumpleaños adornadas con nata montada, con el humo de las chimeneas a modo de vela de celebración. El gran astro de bronce, que iba ya de retiro, lanzaba sus rayos desde la espalda de la torre de la iglesia, que aparecía ante los ojos atentos de Lee totalmente dorada. Al fondo, las altas montañas mostraban sus regios picos como llamando la atención al peregrino sobre la pequeñez humana.

En todo momento el mozo fue detrás de Lee, como si éste fuera una oveja descarriada que, ignorante, intentara huir de su pastor. Cada vez que el americano se giraba, el pastor le azuzaba con la garrota, así que Lee decidió seguir con la frente bien alta y paso ligero hasta coronar la zona habitada.

Alcanzaron primero la muralla que rodeaba el complejo.

Atravesándola, accedieron a la villa por la puerta llamada del Conjurado, que les condujo directamente a la plaza mayor. Al ver las primeras viviendas, el mozo hizo algún comentario rápido. Lee, que temía el garrotazo, guardando la máxima dignidad posible en aquellas circunstancias, no se dio la vuelta pero se mantuvo erguido. Al cruzar completamente la plaza del pueblo, el americano preguntó sin volverse:

—¿Here?

Nadie contestó.

—¿Stop?

Obtuvo la callada por respuesta. Y entonces, en un alarde supremo de valentía, pensando en Washington, en su hermano, el general Richard Lee, y en su amada patria, tomó aliento y se giró. Para sorpresa del americano, halló que la plaza estaba desierta. El pastor se había esfumado.

Lee paseó su mirada por soportales y viviendas, techados y suelos. Todo allí respiraba quietud. Ni llantos de niños, ni comadreo de mujeres. Ni siquiera se oían animales. Si no fuera por el humo de las chime neas y braseros habría tomado la ciudad como muerta.

Tragó saliva. Había oído contar cosas terribles sobre la Inquisición. Y el de la garrota bien podría haber sido uno de sus sirvientes. ¿A dónde debía dirigirse? No iba a ningún sitio definido. Pensó que lo mejor sería dar la vuelta, y seguir hacia Madrid. Entonces recordó la misiva que le había sido entregada, pero cuya lectura no había concluido. Quitó la nieve caída del borde de la fuente que, por supuesto, estaba helada. Se sentó en la piedra gris. Desdobló el documento y leyó.
La carta del tal Gardoqui estaba escrita con meridiana claridad. Totalmente distinta a las inglesas, no dejaba margen para la duda:

«Sir:

Mi persona y Casa comercial son muy conocidas de las colonias, no sólo por razón de nuestra larga correspondencia, sostenida por un espacio de tiempo cercano a los 30 o 40 años, sino también por el sincero afecto con el que me he esforzado en servirlas.

Acabo de llegar a Madrid para gestionar asuntos míos y he tenido la ocasión de tratar con el ministro de Estado, quien me ha honrado participándome en los principales negocios de Europa, entre los que he oído la noticia de que V.M. viene de París con dirección a España. El designio de su venida es indudablemente tratar sobre asuntos de las colonias…

Pero habiendo entendido que en una ciudad tan pequeña como Madrid será absolutamente imposible guardar el incógnito, ya con propio ya con ajeno nombre, y que vuestra persona será espiado desde luego aquí por alguien que tiene verdadero interés en ello, y que, por consiguiente, no podréis tratar con ministros, sin perjudicar en el más alto grado a las colonias en sus propios negocios y colocar además a esta Corte en discordias sin éxito alguno, juzgo que podríamos idear un sistema alternativo…

El marqués de Grimaldi tiene el propósito de marchar pronto a Vizcaya, y yo intento hacer lo mismo con dirección a mi casa de Bilbao; todo lo cual lo dispondremos de manera que nos reunamos uno y otro en Vitoria, donde nos detendremos con algún pretexto hasta nuestra mutua llegada… Este Ministro ha tenido la entera dirección de los negocios hasta el año actual y está naturalmente impuesto por completo en las intenciones de Su Majestad. Su palabra será la del Rey. Buscaremos reunirnos en alguna casa de campo que pueda escogerse para este fin y evitar así los inconvenientes que se seguirían irremisiblemente de ir V.M. a Madrid.

Con lo que acabo de decirle, he creído que doy a V.M. una nueva

muestra de mi adhesión a las colonias, y debo añadir con toda lealtad que las principales personas de aquí son de la misma opinión, aunque el presente estado de los negocios les obliga a no hacer manifestación de ello. En fin, señor, espero que aprobaréis el plan propuesto, que es el más seguro y natural, y os ruego que me deis una contestación por la misma mano que os entregará la presente. No obstante, quedaréis en plena y completa libertad para continuar hasta Madrid, si así lo estimareis conveniente, una vez haber hablado sobre esta materia con el referido marqués de Grimaldi.

Posdata. Después de pensar cuál sería el lugar más adecuado para nuestro encuentro, hemos decidido que sea Burgos en vez de Vitoria. Allí espero encontraros.

«I have the honor to subscribe myself & co. James Gardoqui[3]».

—¿Qué puedo contestar? Lo cierto es que tiene razón, será más prudente reunirse en un sitio neutral. ¿Se hallará este pueblo muy distante de la tal ciudad de Burgos? ¿Será un emplazamiento comercial? Aquí no se ve ni atisbo de mercado o mercaderes. Tendré que enterarme.

Abrió su cartera, cogió un billete y escribió aceptando el ofrecimiento: «*I have the honor of yours of the 17th, agreeable to your request will wait for you at this place*». Ahora debía encontrar a aquel animal de la cachava para que se cursase su respuesta. Luego, localizar un sitio donde pasar la noche, que ya iba de atardecida.

Comenzó a vagar por las calles empedradas de aquel pueblo casi fantasmal buscando alguien que pudiera darle razón de cualquier cosa: el nombre de la villa, dónde estaba el cejijunto de la garrota o lo que fuera. Pero no halló ni un alma. Ni hospedería, ni posta. Sólo un acueducto pequeño, y un moderno edificio de dos plantas cuadradas con un cartel que rezaba *Re a le s Sa lin a s* salieron a su paso. Lee, evidentemente, no consiguió traducirlo. En todo caso, tras llamar infructuosamente a la puerta, concluyó con certeza americana que estaba cerrado.

Esperó unos minutos. Salvo el sol, que, cansado, continuó la peregrinación a su lecho, nada se movió. No ladraban perros, no lloraban niños, ni repicaban campanas. Finalmente Lee decidió ponerse en marcha. Sin saber hacia dónde dirigirse, tomó al azar la vía que le salía por la derecha. Ésta desembocó en otra, curiosamente coronada por una especie de puente colgante que unía ambos extremos de la calle adornado con una simpática balconada en el

centro. Aquella segunda vía desaguó en una rúa aún más estrecha y sin salida. Ya se aprestaba a desandar el camino cuando descolló un chillido, un lamento estridente, destemplado, como salido de la boca de una aparición fantasmal. Todo el vello del enorme cuerpo de mister Arthur Lee se erizó de golpe, empero no pudo correr: quedó como encolado en el suelo, esperando la puntilla. Entonces, la puerta de aquella especie de corral con palenque en que terminaba la calle, se abrió entre fuertes chirridos, dando paso a un ser que hubiera deshecho de un plumazo la teoría del buen Lamarck.

[3] Conservamos muchas de las cartas, notas y documentos comerciales que Diego María de Gardoqui redacta en inglés. Todos ellos son rubricados con el nombre de *Ja m e s Ga rd o qu i.*

— *Buenas tardes nos dé Dios*[4] —espetó la figura a modo de saludo de cortesía castellana.

—¡Oh, Dios mío! ¡Una bruja de la Inquisición!

Lee se encontró frente a frente con alguna suerte de viviente, cuya cabeza —envuelta en un pañuelo negro que le llegaba hasta los ojos y se anudaba en la barbilla— era una mezcla a partes iguales de tordo, buey y carnero. Sobre los labios, amenazante, un espeso bigote en punta, que hacía la competencia a unos enormes y desparramados ojos saltones. La nariz galinda, parienta de una rama de olivo.

Se trataba de una hembra, pues llevaba falda remangada en una especie de refajo. Las piernas, que terminaban en dos magníficas piezas de abarcas que rondarían el número 44, se hallaban medio cubiertas por unas medias de lana gris. El trozo de piel que dejaban ver mostraba tal mata de pelo que cualquier oso hubiera tomado al viviente como uno de su especie.

—*¡Buenos días nos dé Dios!* —repitió el espectro, sacudiéndose las huesudas manos, que salían de una camisa remangada y que agarraban un cucharón de palo.

Lee pudo observar cómo, tras aquellas sacudidas, la nieve quedaba salpicada de pequeñas manchas rojas. Ni corta ni perezosa, la cosa continuó la operación limpieza chupándose los dedos. Finalmente, cogiendo un poco de nieve del suelo, se frotó con ella las manos. Eso fue lo último que vio Lee antes de dar órdenes expresas a sus largas y flacas piernas para que salieran en dirección contraria, como alma que lleva el diablo.

Sin dejar de mirar atrás, por si la aparición le seguía, el americano salvó la media legua que había andado a paso cansino empleando media hora larga en poco más de 4 minutos. A pesar de ser cuesta abajo, era una buena media incluso para un atleta, aunque bien se sabe que el hombre ante el peligro se crece.

No le detuvo la nieve, ni la atardecida, ni la falta de orientación, sino un paisano que halló ya en la estepa. Se trataba de un individuo de

mediana edad, de ojos espabilados y constitución robusta. La cara parecía de persona, aunque Lee ya no se fiaba ni de su madre. Llevaba aquél en la mano el ronzal de un burro provisto de aguaderas. Por el jadeante paso y el aperreado aspecto del animal, Lee supuso que estaban llenas.

—*¡Que sus escapa el americano!* —chilló el hombre que sujetaba la caballería a sus paisanos, quienes no siendo indolentes ni holgazanes, flojos ni badanas, marchaban a considerable distancia del cabeza de carrera. Mientras hablaba, hizo detenerse al burro.

—*¡Pá ra lo , Eva risto !* —replicaron ellos—. *¡Por la gloria de tu madre, detén al americano que vamos a echar los bofes! ¡Por amor de Dios, atájale aunque sea a garrotazos, que hem os dejado a las m ujeres c on el c uto abierto!*

—*¡Pero qu é babu llos sois! ¡Qu é falta de m an eras! ¿Qué le habéis hecho para que corra de esa m anera? ¿Es que ha visto a «la Tomasa»?*

—*¿Qu e si la ha visto? ¡No sólo la ha visto, sin o qu e la ha pilla d o m ezc la n d o pa ra m orc illa !*

—*¡San to Dios! ¡San ta Gertru d is d el Valle! Ya sé por qué corre. Bueno, basta de careo, que ya le paro yo que para algo he vivido en Am éric a.*

»¡Sir! ¡Stop you now, please! My name Evaristo. E-varis-to…

»¡No asustar, sólo haber una como ésa que vos ver! Es 'la Tomasa', ¿saber? ¡No alarmar! Ya examinar la *San ta In qu isic ión* —explicó mientras se santiguaba y besaba luego su pulgar—. Decir no ser cosa de demonio. Sólo mala suerte. Si vuestra merced ver padre, *alias 'e l c a rn e ro '* —dijo en español y mirando a la concurrencia, que acató unánimemente con varias inclinaciones reiteradas de cabeza— y madre, *'la Engracia',* comprender. Así que tranquilo, sir.

»*Volvam os todos, que parece que el yanqui ya lo ha entendido, en otro caso se nos va a estropear el picadillo. Y además se me van a arrecir los pies con este frío.*

—¡No, no y no! ¡Vos no lo entendéis! —replicó Lee todavía con el susto en el cuerpo—. ¡Es que «la Tomasa» esa de la que habláis ha asesinado a alguien! Tenía las manos con sangre, tanta que chorreaba y la nieve quedaba teñida de rojo. Hacedme caso; sé de lo que hablo, puesto que yo soy médico. Y, además, ¡no os lo vais a creer! ¡Es vampiro! ¡Lo prometo por mi patria y por mi madre que me oye desde el mismísimo cielo! ¡Iba chupándose los dedos ensangrentados! Y por si esto fuera poco, le dio un lametón a una cuchara de palo que llevaba, también llena de sangre, que... ¡Qué bestia! ¿Lleváis trabuco? ¿Quizás espada?

—¿Asesinar? —inquirió Evaristo. Por si no había comprendido bien el término, acompañó la pregunta con el gesto: empleó el pulgar a modo de cuchillo haciendo un marcado gesto de rebanarse el gaznate y caer al frío suelo—. ¿Asesinar «la Tomasa»?

—¡Efectivamente! —respondió Lee, satisfecho de que aquel hombre le hubiera comprendido—. Esa… señora ha asesinado a alguien.
Evaristo protestó con paciencia, no sin antes traducir a sus paisanos, que rieron abiertamente, los razonamientos del extranjero.
—¡No sir, no! ¡«La Tomasa» no matar nadie! Un poco contrahecha ser, de acuerdo. Que de noche todo mundo cerrar puerta con llave, también yo admitir. Pero ella no ser animal de bellota. Fea pero pacífica. Vos tener enorme nariz, ella… Ella sólo mal hecha. Así que, *¡ea!* Ir conmigo, no ser nada de eso que vos pensar. Ocurrir que hoy sacrificar cerdo de San Martín.
Evidentemente Lee no sabía de qué iba el asunto, aunque al oír «pig» quedó gratamente reconfortado. Lo de su apéndice nasal lo tenía asumido desde el colegio.
—¿Matan un cerdo?
—Escuchar, sir, todo año pueblo regalar cura cerdo. Por Epifanía, sí, un *m arrano* recién destetado. Cura ser hombre bueno… *y piadoso. Caritativo como no encontrará otro en esta comarca, ¿no es así?*
Los paisanos acataron, pese a no llegar a comprender exactamente a quién juzgaba Evaristo.
Las frases que éste pronunciaba, mezcla de palabras inglesas que conocía y expresiones castellanas que era incapaz de traducir, creaban en Arthur Lee renovada expectación. Se hallaba más tranquilo, pues había captado nítidamente que la sangre que tanto le había impresionado no era humana, sino animal. Sin embargo, aquella gente y aquellas costumbres tan peculiares suscitaban en él una curiosidad creciente, una intriga casi antropológica. Por ese motivo, siguió con su particular fisgoneo cultural:
—*¿Ma ra n o ?* ¿Qué es *marano?*
—*¿Marrano?* Pues cerdo, *cuto, cochino, gorrín, c han c ho…* ¿No oír nunca nombres?
—No. Jamás.
—Bueno, pues decir sólo cerdo. Aquí llamar *m arranos* porque durante años vivir aquí mucho musulmán. Ellos también nombre *m arranos.*
—Perdonadme, pero no os he comprendido. Aquí llaman *maranos,* ¿a los cerdos o a los musulmanes?
—*¡Mire que es cafre vuestra merced, oiga!* —espetó, logrando la aprobación sentida de toda la concurrencia, que, pasada la expectación inicial, deseaba volver cuanto antes a la faena, y al calor de la leña—. ¡Pues a los dos! Ser lo mismo.
—¿Ambos lo mismo? ¿Se comían a los musulmanes?
—*¡Virg en d el Carm en ! ¡Pero si sois m ás zopen c o qu e «la To m a s a », c o n p e r d ó n !* ¿Cómo nosotros comer musulmanes, si ellos ser casi personas? ¡Nosotros quemar algunos en la hoguera —eso, yo admitir— pero después no comerlos! ¡No sir, no! ¿Y vuestras

mercedes, comer extranjeros?
Lee se quedó de una pieza. Tardó unos segundos en procesar la información y la pregunta de modo que, cuando se aprestó a contestar, Evaristo ya había em pleado la sabiduría del refranero —«quien calla otorga»— y dado por supuesto que los americanos del Norte tenían costumbres que hacían juego con su bárbara lengua. Lee se dio cuenta enseguida de que Evaristo había interpretado mal su silencio pasando a ofrecer toda suerte de explicaciones. Las palabras se escapaban raudas de sus labios, tanto que Evaristo no consiguió entenderle, de modo que siguió con sus explicaciones sobre los marranos y sus parientes musulmanes.
—Mirar. Ser cosa de su religión. El Mahoma —su jefe, ¿saber?— tener mala idea. No dejar súbditos comer cerdo. Nada. Ni chuletas, ni picadillo, ni jamón. *¡Ni u n a triste m orc illa, c on lo san a qu e es!*
»Nosotros cuando ellos venir, no saber. Pero castellano gente hospitalaria. Cuando matanza (cerdos, sólo cerdos —recalcó moviendo mucho el ronzal del burro—) nosotros llevar a moros, como ser costumbre aquí, algún trozo. *Un a torta de c hic harron es, un a oreja, u n poc o d e sa n g rec illa , u n a m orc illa … ¿Verd a d ?* —la contestación entre el auditorio, cada vez más mermado, pues la gente se iba escabullendo en busca del calor del fuego, fue unánime—. Moros, amables sí, pero no contentos, contestar con grandes gestos: «¡Hu a mahrán! ¡Hu a mahrán!». Si decir deprisa sonar a marrán. Mi muerto padre, *que en paz descanse, Dios le tenga en su gloria,* explicar mí que eso querer decir comida prohibida. Cada vez ver cerdos, ellos empezar: «mahrán, mahrán». Así infieles quedar con nombre como cerdos.
—¡Ah! ¡Curioso! —contestó Lee. Parecía no sentir el frío glaciar porque siguió preguntando, para disgusto de los paisanos. Evaristo, por su parte, le conminó con el ronzal para que hablara mientras emprendían el camino de regreso—. ¿Y viven ahora aquí muchos musulmanes?
—¿Musulmanes aquí? —protestó Evaristo al borde de la desesperación. Siempre había creído que, pese a ser bárbaros contumaces, vecinos de los indios, los americanos eran gente lista. El espécimen que tenía delante demostraba, sin lugar a dudas, que había estado totalmente equivocado—. ¡No, musulmanes morir o marchar! Ahora aquí sólo marranos de cuatro patas. Nosotros regalar uno al cura cada año. Atar al cuello una cinta con una campana pequeña. Para no confundir, porque animales andar libres por calles. Cada uno alimentar sus marranos, y todos dar lo que poder al del cura (el que llevar cinta con campana pequeña): castañas, un poco de lechuga, pan duro, maíz, patatas… ¿Saber?, bichos comer de todo. Por *san Martín ,* nosotros matar. Y cura tener para comer todo el año. Pero esta vez...

—*¿Sa n Ma rtín ?* ¿Quién es *san Martín ?* ¿Un mu sulmán?

«¡Cristo de las tres cruces!», se lamentó nuevamente Evaristo para sus adentros. «¡Yo que pensé que los yanquis eran mejores que los ingleses! ¡Qué cabeza más dura la de este americano narizotas, san Martín un musulmán!…». «¡Hum, ya me huelo lo que pasa!», razonó con acierto. «Éste será uno de esos de religión resbalada, de los que se apearon de la nave de la Iglesia, vamos. ¡Habré de tener paciencia!».

—No, no, sir. San Martín ser cristiano, *cristian o santo para ser m ás prec iso.* Y en honor matar marrano día 11 de noviembre.

—Pero hoy es 14 de febrero, no 11 de noviembre.

—*¡Mira qu é listillo el am eric an o! ¡Su s habéis dado cuenta!* —dijo en castellano a los pocos paisanos que, no habiendo acelerado el paso, seguían expectantes aquellos lances, lanzando a Evaristo miradas de admiración: ¡un vecino de Poza de la Sal, pueblo de sesenta habitantes de la provincia de Burgos, que sabía hablar en bárbaro!

—Yo saber —continuó volviendo al inglés— que ser 14 de febrero, pero este año tener que poner garbanzos a remojo varias veces noviembre, diciembre y enero. La gripe.

—Disculpad, sir, que nuevamente os interrumpa, pero vuestras costumbres me son del todo ajenas. ¿Qué es eso de los garbanzos a remojo? ¿Qué tiene que ver con el santo cristiano y los maranos?

—¡Marranos, yanqui, marranos! ¡Con doble erre, coño! ¡Tener mucho que ver, sir! Cuando campanas tocar muerto, mujeres primero poner garbanzos en agua para ir ablandando. Luego ir iglesia y ver quién la ha… *endiñado.* —No acertó, pese a intentarlo, a explicar esa palabra. Durante un momento quedó reflexionando sobre el hecho, hasta que se dio cuenta de que era fácil—: Ir iglesia y ver quién ser muerto. Después de funeral, todo mundo comer cocido.

—¡Ah, ya lo comprendo! ¡Se trata de que lo que vuestra merced llama cocido, que intuyo es un guiso a base de garbanzos, previene contra las enfermedades contagiosas! —dijo Lee recordando sus estudios de medicina.

—*¡Pero m ira qu e sois bestia! ¡Qu é c on tagiosas n i qu é lec hes! Es así.* ¡Aquí hacer así: muerto nuevo, cocido en plato! ¿Parecer mal?

—No, por Dios —respondió Lee, conciliador—. Es que son costumbres tan distintas a las de mi patria que estoy algo despistado. Pero seguid, seguid con lo del *«marano».*

—*¡Marrano, c oño, m arrano! ¡Pues vaya si es vuestra merced duro de oído!* ¡Decir *m arrano,* con doble erre! ¿Vale?

—Sí, por supuesto. Lo siento.

—Pues como decir, sir, por *san Martín , o en su defecto el día de hoy,* matar entre todos cerdo de cura. Eso hacer mis paisanos cuando vuestra merced llegar.

—¡Ah! ¡Comprendo! ¡Sacrificios de cerdos!

—*No, majete: el cerdo lo será su padre de vuestra excelencia. Adem ás se dice m atanza. Y si no nos vam os pron to, se pasarán las m orc illas, así qu e en m arc ha. ¡Ya estoy harto del inglés!* Nosotros ir ya.
En el retorno por aquellas calzadas sembradas por los mismísimos romanos, Lee no se atrevió a abrir la boca, no quería que, por una indiscreción, su misión en España quedara expuesta. Aun así, se mantuvo alerta por si aparecía otra vez «la Tomasa». Dijeran lo que dijesen, ésa era una meiga desde el nacimiento. Sin embargo, cuando la comitiva se aproximaba al corral, Lee se detuvo en seco y, desconcertado, preguntó:
—Perdone, Eveto.
—Evaristo, sir, E-va-ris-to
—Bueno, eso, Evarto. ¿Cómo es que habláis inglés?
—*¡Mira el jodío, qué listo!* —dijo en español a la concurrencia—. Yo hablar así porque vos ser bárbaro.
—¿Perdonad?
—Yo hablar inglés porque, *a la vista está,* vos no saber, *bueno no tiene vuestra merced por lo que veo ni pajolera idea del idiom a de este país:* el español.
—Bueno, sí, eso es cierto. Pero lo que quiero decir es cómo habéis llegado a conocer mi idioma.
—¡Ah, bueno! Vos tener curiosidad, ¿no?
—Mirándolo así, es cierto, es curiosidad.
—Pues yo no contestar. Cura decir que hombres que mover chismes llenar infierno. *An d a , Hi g i n i o , m a j o* —dijo volviendo al castellano—. *Esconde un poco a «la Tomasa»que vamos a entrar.*
El americano no traspasó el umbral hasta que recibió un leve garrotazo en el muslo derecho.
Lee, que estaba con la boca abierta y los ojos a cuadros por la contestación, mudó su rostro a verde oliva en cuanto penetró en la estancia y pudo observar el espectáculo. La bicha del pañuelo negro y el grano en la nariz no estaba, pero había otra dama de la misma guisa girando con ritmo una especie de cuchara de madera muy larga que se hallaba ínsita en una cacerola. El contenido no era ya ningún secreto: se trataba de la sangre del cerdo.
En el rincón de la cacerola otra mujer, prima hermana de la primera, lloraba a moco tendido —a veces vertido sobre el puchero, que lo que no mata engorda— mientras picaba cebolla. Al fondo, otra hembra, esta vez joven en apariencia, aunque Lee sólo pudo ver su espalda —un cuerpo ágil, alto y esbelto—, lavaba lo que parecían ser los intestinos del animal. Cuando éstos estuvieron limpios, la joven se dedicó a añadir al cuenco arroz y especias, comino, clavo y canela. La llorona echó su cebolla y también manteca.
Después el gran cacharro de cobre se colgó al fuego. La mujer de la

cebolla se colocó frente a él dispuesta a continuar el proceso. Sin embargo, en poco tiempo se le empezó a hacer más cuesta arriba menear la mezcla y por señas pidió ayuda a Lee, el único hombre desocupado. Éste accedió pero con la condición de que ella se retirara, pues no quería darle la espalda.

Los demás miembros del género masculino, que se habían detenido hasta ver el desenlace, volvieron a su tarea de chamuscar el cerdo y despiezarlo cuando observaron a Lee con las manos en el tajo. Hígados, sesos y asadurillas fueron separados mientras la última sangre era recogida para la cena. Jamones, lomos, solomillos y costillares fueron lavados y adobados con una mezcla hecha de intención con ajo, pimientas y sal. A los pocos días se colocarían al oreo del humo de la chimenea.

Fue entonces cuando la puerta se abrió y «la Tomasa» cruzó el umbral. Había cambiado el pañuelo oscuro por la mantilla de las procesiones, sujeta con una enorme peineta, que hacía resaltar aún más su galinda nariz y sus ojos saltones. Resultaba obvio que la mujer se había lavado y aseado. Sin embargo, conservaba el resto de su anterior vestimenta, a excepción de las abarcas, que habían sido sustituidas por zapatos de tacón adornados con brillantes escarapelas azul turquesa. Entró mostrando una sonrisa pintada de rojo, que dejaba entrever dos enormes incisivos. La mujer observó durante unos segundos la estancia y, cuando halló su presa, emprendió la cacería sin tardanza. Lee que, de espaldas a la puerta, seguía removiendo el puchero que contenía el picadillo para confeccionar las morcillas, advirtió cómo el ruido y el trabajo cesaban de improviso. Extrañado, se volvió. Sus ojos toparon entonces con «la Tomasa», quien, cual maja de Goya, había sacado su abanico y, coqueta, lo movía sin cesar al ritmo de sus pestañas, siguiendo atentamente el lenguaje metafórico del instrumento.

El sobresalto que experimentó el americano fue, si cabe, mayor que el de su primer encuentro. En todo caso, su reacción fue tan diligente o más que la primera vez. No teniendo escapatoria directa, de un brinco, se situó pegado a la pared buscando con los ojos ansiosamente ayuda inmediata. Sin embargo, nadie se movió en su auxilio. Pasaron tres interminables minutos en los que «la Tomasa» echó un discurso versando sus virtudes para el matrimonio. Lee, que no comprendía nada, pensó que la meiga aquella se había vestido para el sacrificio, y dedicó el tiempo a ponerse a bien con Dios.

Entonces, sólo entonces, intervino Evaristo. Pro nunció una frase. Una nada más, pero fue suficiente para que «la Tomasa» saliera corriendo de la estancia, con la mantilla al viento, envuelta en lágrimas. Su prima hermana y dos mujeres más salieron tras ella con el fin de darle consuelo. El resto volvió al trabajo.

La estancia se preñó de un incómodo y denso silencio. Uno de los hombres comenzó a escupir al suelo, mientras fijaba la mirada en el americano. Luego siguieron otros. Cuando todos se dedicaban a ensalivar el suelo, Lee se arrancó a imitarlos, pero curiosamente cuando él lanzó un tímido y suave escupitajo, todos cesaron su actividad. Entonces fueron las mujeres las que empezaron a lanzarle pullas verbales que, no por estar dichas en voz queda, eran menos hirientes. Cuando Lee, que miraba a un lado y a otro para saber qué hacer, resolvió hacer algo, es decir, moverse, Evaristo decidió entrar en escena y romper el bullicioso silencio que ya se hacía incómodo.
—Dos meses viejo —habló Evaristo en inglés— nosotros capar al marrano, ya saber, para que cerdo engordar más.
—Disculpad, Eveto, ¿qué le habéis dicho a esa mujer?
—*¡Ydale! ¡Marano, Eveto! ¡Joder, está vuestra m erc ed m ás sordo que m i difunto padre, que, dic ho sea de paso, está muerto y enterrado! ¡Evaristo!*
—Perdonad, E-va-ris-to, ¿qué le habéis dicho?
—*Pu e s,* ¿qué querer que decir? Que vuestra merced esposado y tener cuatro chicos; *churumbeles, vamos.*
—¡Pero si eso es falaz! ¡Soy soltero, pretendo seguir siéndolo y espero no tener nunca la dicha de ser padre: odio a esos pequeños llorones!
—Vos ver, yanqui. Arrechucho con «la Tomasa», o mentir. No preocupar, mentira piadosa no ser pecado gordo.
—¡Dios mío! ¡Qué difíciles son las mujeres!
—Bueno, pues yo contar que capar *m arranos* dos meses viejos.
—¿Hay cambios hormonales que aconsejen esa edad? —preguntó Lee, a quien le había afectado nuevamente un ramalazo de su antigua profesión.
Evaristo a punto estuvo de perder definitivamente la paciencia con aquel yanqui tan ignorante, pero se contuvo recordando los consejos de su madre: «A la gente, o se la trata con educación o se la mata. No hay medias tintas».
—*¡Qué cambio hormonal ni qué niño muerto! ¡Que si te demoras, el bicho tiene tanta fuerza que no hay quien le cape! ¿Está claro? ¡Mira que había uno tordo y n os ha toc a d o en lotería !*
Ante el aluvión de palabras en castellano y del tono amenazante, Lee pidió disculpas algo acongojado:
—Perdonad, sir, es que…
—*¡Y ahora me llama sir! ¿No pretenderá comprarme, verdad? ¡Mire que soy honrao a m ata caballo! Aunque…* todo depender del precio.
Lee quedó petrificado, reflejando su cara claramente la confusión que le invadía. No había comprendido la primera parte del discurso, pero discernió perfectamente la alusión al precio. Había ido a solicitar dinero y le pedían a él precio. Precio, ¿de qué? ¿A qué se refería aquel

paisano tan particular?
—*¡Americano, espabilad! ¡Cambiad la faz, que* ser broma! *¿Tampoco tienen en vuestra tierra humor? ¡Pues sí que carecen de todo! Bueno, dejémoslo.* Volver a los *m arranos.*
—Broma… Sí, volvamos a los marranos —apuntó Lee aliviado.
—Decir que a cambio de comida cerdos dar estiércol… *¡Pero no os paréis, que se nos van a estropear las morcillas! ¡Si se puede trabajar mientras se escucha!* ¡Seguir dando vueltas!
Y Evaristo siguió hablando y hablando, mezclando sin orden alguno castellano e inglés, mientras Lee meneaba la morcilla, mordiéndose la lengua para no volver a preguntar. En todo caso, se mantuvo alerta. Las meigas y la Santa Inquisición tienen mil y un resortes.
«¡Espero que el tal Gardoqui sea más *británico*!», se dijo.

[4] A partir de aquí, en el presente diálogo se indicará en cursiva cuando los protagonistas hablen en castellano.

Bilbao, 28 de febrero

Brígida de Orueta, señora de Diego María de Gar doqui, se mordía compulsivamente los padrastros del dedo índice mientras contemplaba su obra. Lo hizo hasta que en una de las embestidas topó con la carne y se hizo daño. Retiró por unos instantes la tentación de la boca, pero no tardó en volver a emprenderla con el pobre dedo. Estaba verdaderamente nerviosa.

En pie, en la entrada de la sala, percibiendo los detalles desde la lejanía, contempló la mesa que había preparado y adornado con el esmero propio de una recién casada que recibe por primera vez a su familia política. Nadie diría que llevaba quince años de casada y que odiaba a su suegra.

Tímida, permanentemente preocupada por la posibilidad de decir alguna inconveniencia, persistentemente rezando a la Virgen de Guadalupe para que le impidiese hacer algún desaguisado que pusiera en entredicho a su marido, Brígida vivía en una continua angustia.

Normalmente los nervios anidaban en su garganta impidiéndole hablar, una verdadera suerte porque eso reducía considerablemente la posibilidad de errar. Sin embargo, en vez de imposibilitarle comer, la lanzaban en brazos del pan de trigo con tal ardor que desde sus desposorios sus cuartos traseros habían adquirido considerables proporciones.

—¡Señal de bonanza! —le decía su madre, quien no había sabido explicarle por qué sus pechos cada vez eran más pequeños, su cara

más lánguida y su alma más triste—. ¡Da gracias a Dios! Tienes un buen marido e hijos sanos; bueno, casi todos. Dispones de amplia y confortable vivienda y no te falta comida en la mesa ni vino en la bodega. ¿Qué más pretendes?

—Amachu, sólo deseo que Diego María me quiera. —«¡Que me quiera, que me quiera!». ¡Cosas del teatro! ¡Ni que viviésemos en la capital! ¡Gracias a tu hermana Higinia has tenido suerte! La familia Gardoqui tiene una próspera Casa comercial y son respetables y respetados comerciantes en el Consulado. ¡Pecado debe ser que te quejes, hija! ¡Y además ya te apercibí de que no debías aspirar al amor, sino al respeto! ¿Te ha pegado alguna vez? ¿Te ha forzado? ¡No! ¿Verdad? ¡Estamos aviadas! Entonces, ¿qué más quieres?

Brígida sabía que su madre tenía razón. No era hermosa, aunque tampoco padecía de esa fealdad que llega a encantar por lo extraña. Ni pequeña ni grande, ni lista ni tonta. Escribía con corrección y sabía leer en voz alta con cierta gracia, eso sí, sin entender más que vagamente lo que el autor del manuscrito quería decir. Sin embargo, odiaba los números. Salvo la edad de sus hijos, cualquier otra cifra le producía un increíble dolor de cabeza. Todo lo relacionado con el comercio, especialmente el cálculo de fletes y comisiones, iniciaba en ella una jaqueca que no calmaba ni una buena taza de chocolate. ¡Hasta los ábacos le producían sarpullido! Pero lo importante en la estrategia matrimonial no era su capacidad, sino su dote.

Su hermana mayor, Higinia, se había casado con el primogénito de los Gardoqui, José Joaquín, cinco años antes que ella. Luego todo había seguido el curso natural; siempre era más fácil acordar desposorios entre familias ya emparentadas. Y ella se había convertido en la mujer de Diego María, el hombre de quien, cuando aún se peinaba con trenzas, se había enamorado. Al enterarse de la noticia, quedó sin habla. Su madre, que interpretó mal su silencio, le asestó una involuntaria puñalada que pasados tantos inviernos aún supuraba.

—Brígida, como ya sabes, entre comerciantes los matrimonios son una estrategia. El matrimonio por amor sólo crea problemas, celos y líos varios. Es mejor hacerlo racionalmente. Con tu dote y, una cuantiosa herencia a largo plazo (espero que sea muy largo, Dios mío —dijo santiguándose y besándose el dedo gordo al finalizar—), refuerzas la Casa Gardoqui. Como Higinia contribuye al mismo puchero, al final lo que logramos es unir definitivamente a las dos familias. Vuestros hijos podrán vincularse con los vástagos de otras familias de comerciantes de Bilbao de toda la vida y, al final, seremos más poderosos que el mismo puerto de Cádiz.

»No te inquietes, ya te vendrá el amor. Parece buen chico y bien plantado. Lástima que no sea más alto que un enano… Bueno, que el tamaño de la nariz compensa, ¡vaya unas napias!

—¡Madre! ¡No es para tanto! ¡Que al menos mide metro y medio! Y la nariz es grande pero respingona, y el conjunto queda agradecido.

—¿Cómo? ¿Es que has visto algo en él? ¡Hija mía! ¡No le amarías de víspera!
—¡Sí, madre, con toda el alma, desde que yo re cuerdo!
—¡Ojo, ojo, chiquita! ¡Que lo mismo que te digo yo, se lo estará diciendo Simona, tu futura suegra, a Diego María! Acabará queriéndote, seguro, porque te he educado para que fueras una buena esposa, además de la dote, pero no esperes que se enamore de ti.
—Entonces, ¿a qué tengo que aspirar?
—Pues a ganarte su respeto. No te creas lo que dicen. Eso del amor apasionado no es más que una forma de encubrir el pecado de la carne. Tú lo que tienes que hacer es ser una buena esposa y una buena madre.
—Buena madre, y… ¿de eso no tenéis que decirme algunas frases?
—Nada, hija, si lo hacen los animales, más nosotros que además somos bilbaínos de pura cepa y por los cuatro costados. No temas, la naturaleza te enseñará. Es fácil, y él no parece bestia. Será buen esposo.
Y allí acabó la esperanza de amor y apareció la estrategia de vinculación comercial. En los albores de su matrimonio pensó que si la endogamia propia del gremio hacía que Brígida pudiese hacer suyo a su amado Diego María, bienvenida fuera. Pero pronto eso no fue suficiente, sobre todo cuando encontró la carta.

La mesa de roble que Brígida contemplaba en aquel instante alcanzaba los tres metros cuando se extraía el tablero que permanecía oculto en su barriga. Sin embargo, en ese momento estaba plegada. No había querido extenderla porque el sobremantel que había confeccionado para la ocasión no medía más que dos metros setenta. La culpa, otra vez, de los malditos números: había tomado o apuntado mal las medidas.

Aunque eran hermosas, o al menos a Brígida le gustaban, no se apreciaban las dos robustas patas que sujetaban el tablero. Había colocado un ancho mantel color crema que ella misma había pespunteado con hilo de oro. Sobre él, y en finísimo algodón, ligeramente corta, la sobrecubierta, toda ella orlada por tela aplicada en forma de hojas de parra. En el medio del camino de mesa estaba bordado un reloj.

—¡Ya está! ¡Tengo la solución! ¡Me sentiré indispuesta al segundo plato y así no se notará!... Pero entonces me preguntarán por activa y por pasiva: qué he comido, si me he sentado en algún sitio frío, si me ha contagiado la niña... No. Será mejor que busque otra enmienda. Quizás cuando venga Diego María pueda tomarle aparte y contarle el desaguisado y que él dé una explicación creíble. Pero ¿y si no quiere segregarse del grupo? ¿Y si me lo impiden los demás invitados?

Finalmente Brígida dejó escapar una lágrima. Después todo fue rodado; ¡Menos mal que llevaba pañuelo moquero! La pequeña Águeda —que ya contaba con once años pero a quien todos, a resultas de su delicadeza de salud y carácter, seguían mimando como a una niña pequeña— y Adelaida, la cocinera, acudieron al oír los sollozos, más por cariño que por curiosidad. Estaban acostumbradas a los mares de lágrimas que derramaba Brígida; sin embargo, esta vez no se habían oído ruidos de cacharros rotos.

—¿Qué os pasa, madre? —preguntó Águeda sin dejar de resoplar, efecto a partes iguales del asma y del maldito tiempo de Bilbao—. ¿Por qué lloráis? ¿Se os ha roto alguna cosa más?

Sin querer ni poder controlarse, Brígida mudó los sollozos por estruendosos gemidos.

—¡No, hija! ¡Ya he roto todo lo rompible! ¡Y he estropeado la comida! ¡Con el tiempo que llevo preparándola! ¡Va a ser un fracaso!

—Pero, madre, si la mesa está preciosa y, además, vienen unos olores de la cocina que de por sí alimentan. ¿Es cordero?

—Sí, guapa, cordero. Angulas al ajillo con guindilla, sopa de pescado, cordero asado y natillas.
—¡Natillas! ¿Habéis hecho suspiros de monja?
—¡Ay, Dios mío! ¡He olvidado los suspiros! ¡Soy un desastre! Voy a decírselo a Adelaida, que aún hay tiempo.
Adelaida estaba también en la sala. Para no humillar a la señora en plena crisis de llanto se había mantenido tras la puerta, aunque la había dejado entreabierta. Al oír su nombre, entró en la habitación fingiendo acabar de salir de la cocina.
—¿Deseáis alguna cosa, doña Brígida? ¿Os ayudo con los platos? —Inmediatamente se llevó la mano a la boca. ¡Horror! Acababa de mencionar la palabra mágica, ésa que hacía que la fuente se abriera y brotaran de ella arroyos subterráneos plagados de lágrimas contenidas, tristemente maceradas en la soledad y el olvido.
—¡Platos! ¡Platos! No, Adelaida —continuó Brígida transformando

inexplicablemente los sollozos en una risa histérica—. ¡No necesito que me ayudes con los platos! ¿Es que aún no te has enterado que a media mañana se me ha resbalado la pila que portaba y he roto lo menos cinco? ¡Platos! Restan decentes trece y somos siete personas en la mesa. Si pongo dos platos a cada uno, entonces, necesitaré… a ver cómo era esto…

—Catorce platos, madre —ayudó Águeda.

—Sí, hija, gracias, catorce platos. Entonces falta uno. ¡Y todo el mundo lo notará!

—Doña Brígida, podéis poner un plato de los blancos. Lo colocáis debajo y nadie se dará cuenta.

—¿Nadie? ¡Ay, querida mía! ¿No sabes que viene mi suegra, doña Simona? Ésa sería capaz de saber si me he cambiado de refajo sin levantarme las faldas. ¡Si ya lo digo yo, es como una meiga!

—¡Madre! —protestó Águeda.

—Bueno, tanto como una meiga no, pero casi. ¡Lo notará! Ya estoy viendo la escena: «Brígida querida, ¿no te regalé yo docena y media de platos de porcelana decorada, nada menos que de Talavera? ¿No te acuerdas tú, Diego María? ¿Cómo es que tú comes en plato de loza blanca?».

—Mujer —terció Adelaida, que era campechana en extremo—, si la mesa está preciosa. Ahora, que si queréis darle realce, deberíamos sacar el ala.

—¡No! ¡No y no!

—¡Ah! Es por la sobrecubierta. Pues no la ponga, que el mantel que habéis bordado tan primorosamente es digno de una mesa real.

—¡Sí! Eso es verdad. Pero he hecho el sobremantel para el señor, por lo del reloj, ya sabe. Es una sorpresa. ¡Águeda! ¡Qué pasa, hija! ¡Te has puesto pálida! ¡Deprisa, Adelaida, que llega el sofoco! ¡Tiene que arrancar o se nos ahogará! ¡Corre, cebolla, agua caliente, café, que yo voy por el elixir!

Águeda comenzaba a adquirir un tono violáceo cuando su madre llegó con las gotas. Las echaron en el cubo de estaño que contenía agua hirviente y forzando el cuello de la niña, acercaron su cabeza, para culminar la operación tapando ambos con un paño, con el fin de que los vahos no se fueran sin antes ser respirados.

La pobre niña empezó con el concierto de hipos y angustiosos jadeos y Brígida con sus oraciones a grito pelado a la Virgen de Guadalupe. Adelaida —ella sí era una meiga por herencia, introducida nada menos que en Cangas de Morrazo, más curandera que «chuchona»— recitó para sus adentros un «conxuro», mientras iba a colar el café. Veinte minutos tardó la flema en salir y el ataque en remitir, un tiempo precioso que hubiera servido para solucionar el famoso tema del plato.

—¡Están al llegar! —chilló Adelaida, que hacía guardia en la ventana —. ¡Les veo doblando la esquina!
Brígida se incorporó del asiento donde se había desparramado tras los esfuerzos. Repasó la mesa. Salvo el plato, todo estaba perfecto. Había tenedor, cuchara y cuchillo para cada comensal, de plata naturalmente, y paños blancos a juego con el camino de mesa, atados con una cinta encarnada que harían las veces de servilletas. En la esquina de la mesa descansaba un jarrón con flores del verano en tonos malvas, que ella misma había secado manteniéndolas dos meses boca abajo, a oscuras y flanqueadas por un plato de estaño lleno de alcohol. Había compuesto las flores con unas ramas frescas de eucalipto.
—¡Brígida! ¡Querida! ¡Ya estamos aquí! ¡Venimos todos juntos! ¡Ha sido una ceremonia preciosa! Lástima del sirimiri. Madre, dadme vuestro paraguas y sentaos junto al fuego. Tío, pasad. ¿Queréis una copa de vino para entrar en calor? ¡Brígida! ¡Dónde estás!
Brígida se había introducido subrepticiamente en la alcoba que ocupaban Águeda y las dos niñas mayores. La jovencita dormía por fin, pero entre jadeos angustiosos. Había oído a su marido desde que Adelaida había abierto la puerta de su domicilio conyugal, pero esperaba ganar algunos minutos fingiendo no oír y cuidando, sin fingimiento alguno, a su pequeña Águeda.
Al parecer Adelaida informó al señor del ataque de la niña y de que en ese momento le había cogido el sueño, porque entró en la alcoba intentando no provocar crujidos en las tablas del suelo y hablando entre susurros. Se sentó en la cama junto a su mujer y la besó en la mejilla con cariño. La fuente que Brígida tenía en la conjuntiva volvió a manar, aunque moderadamente.
—Duerme —informó Brígida a su marido, sabiendo que era una redundancia porque ya se veía; se trataba más bien de romper el hielo que de instruir—. Lo ha pasado mal la pobre. ¡Tenemos que consultar a algún especialista de la capital! ¡Tiene que haber algún remedio!
—Cariño, ya sabes lo que nos ha dicho el doctor. Sufre de unos calambres de las fibras y vasos de los bronquios que hacen que sus pequeños pulmones se colapsen. El tratamiento es único: la ingestión de café fuerte y los vahos. Dijo que mejoraría con la edad. Deja que duerma y sal a recibir a tus invitados. ¡Por cierto! Una hermosa composición la que has hecho en la mesa. El reloj es soberbio. Ahora te contaré todo.
En ese momento Brígida se acordó del plato, pero cuando pensó la mejor forma de decirle que había hecho añicos la vajilla de su madre, Diego María se había levantado y tenía ya medio cuerpo fuera de la habitación.
—¡Estúpida! ¡Eres una estúpida! ¡Cómo vas a querer que te quiera, si

eres tan idiota! ¡Gorda, desgarbada, torpe, y encima no entiendes de números pese a estar casada con un comerciante!
Comenzó a golpear, con ganas y fuerza, los pies de la cama con el puño.
—¡Querida Brígida! ¡Vas a despertar a la pobre niña si sigues mullendo el colchón!
Brígida se incorporó de un respingo ante la voz, inconfundible, de doña Simona: su *adorada* suegra.
—Yo… bueno es que la pobre… En fin…
—Yo creo que podemos salir ya. Dejaremos la puerta entornada, así la oiremos si empeora. ¿No crees? Por cierto, una mesa preciosa.
Como si alguien le hubiera puesto alas, una catarata salió de su boca.
—Querida madre, he tenido un accidente y siento comunicarle…
—¿Lo de los platos? No hay problema. Si el negocio que nos va a proponer mi hijo Diego María, es decir, tu esposo, se hace efectivo, compraré platos bordeados en oro, dos docenas, para evitar los problemas.
Brígida se quedó de piedra al oír a su suegra. Por un momento vio a la mujer que tenía ante ella casi humana, con sentimientos de madre, y se lanzó en sus brazos en un fuerte abrazo. La suegra no contestó. Lo había hecho a petición de su hijo pero tampoco había que exagerar. Brígida se dio cuenta enseguida y se soltó colocándose el moño para ocupar sus manos en algo. Salieron.
—¡Brígida! ¡Madre! ¡Venid a la mesa!
—¡Tendrías que haber venido, hermana! ¡Diego María ha estado sensacional! Todo Bilbao a los pies de la Torre de Santiago ha seguido con asombrosa y puntual atención cada una de las fases de la instalación, convenientemente supervisada por el matemático don Ignacio Albiz, del moderno reloj que tu marido ha traído de Londres. ¡Es una maravilla!
—¡Ya puede, ya! ¡Que la Prebostad ha pagado por él 37.000 reales! Y mis gastos —aclaró Diego María.
—¿Qué harán con el antiguo? —preguntó Juan Ignacio.
—Creo —contestó el primero— que, una vez limpio y reparado, se colocará en la iglesia de San Nicolás.
—Verdaderamente —ahora era doña Simona quien intervenía— Bilbao está saliendo del bache. Mira que nos han puesto trabas, que nos han denegado la habilitación para el comercio libre con América, que los santanderinos nos pisan los talones apoyándose en sus amigos de la Corte... Pues nada, Bilbao creciendo y creciendo. Más de 30.000 navíos me han dicho en el Consulado, entre fragatas, bergantines, goletas, quechemarines y pataches, componen la flota. Colocamos nuestro hierro y acero y las lanas castellanas por toda Europa.
»Así que es normal: un reloj inglés, la nueva Torre y Giralda de San

Antón, traza de Juan de Iturburu, y construcción del maestro Manuel de Capelastegui, de la que todo el mundo habla. Así debe ser, la ciudad se engalana, como la plaza más importante de la península que es.

—¡No exageréis, madre! Bilbao está entre las mejores plazas comerciales de Europa, ciertamente, pero Cádiz nos supera, y además ahora los negocios se hacen en Madrid, ¡aunque no tenga puerto!

—Bueno —replicó Simona, que seguía en sus trece—, eso es de momento, pero cuando Diego María lleve a cabo *esa* empresa conseguiremos dos cosas: ser los primeros en España y que los Gardoqui sean los primeros en Vizcaya. ¡Cuéntanos, hijo, cuéntanos!

—¡De acuerdo, lo contaré! Estando en Madrid, querida familia, me llamaron de Palacio. Fui sin tardanza. Me recibió el marqués de Grimaldi. Fue directo al grano: me habló de los socorros a los insurgentes americanos. Del susto se me enterró la voz en el estómago y no pude contestar. Por un momento pensé que ha bían descubierto nuestra aventura americana y que nuestras relaciones con John Derby y otros rebeldes americanos habían salido a la palestra. Pero pronto percibí que por ese frente no se libraba la batalla.

»Señaló que los colonos estaban haciendo crujir el costillaje de Inglaterra y que España había decidido apoyarles, pero manteniendo el secreto. Como nosotros tenemos mucho trato con América, y en puertos muy a favor de los rebeldes, Salem y Beverly especialmente, han encomendado a la Casa Gardoqui e hijos, cuyos socios estamos casi todos aquí presentes, el envío de los pertrechos. —Todos, incluida Brígida, aplaudieron con ganas al unísono.

—Silencio, silencio, dejad que continúe. Ya han debido de adquirir productos por importe de un millón de libras tornesas, cuatro millones de reales de vellón —dijo, aclarando los cambios y mirando expresamente a Brígida—, a través de un cortesano francés llamado Beaumarchais, que, al parecer, ha salido rana. A partir de ahora, nosotros nos ocuparemos de todo. ¡Brindemos!

Simona de Arriquibar no se levantó. Tenía los ojos empañados. Siempre le pasaba esto cuando veía a sus hijos unidos y se acordaba de su marido. Rememoró a su ojito derecho, Francisco, que estaba en Roma estudiando lo menos para papa. Evocó a su marido José, muerto a deshora. Y luego pensó en la empresa y en el contrato de compañía que acababa de renovar con sus hijos mayores.

El anterior contrato se había cerrado con cerca de un millón cuatrocientos mil reales de saldo. Lo cierto es que no habían avanzado mucho desde que murió don José. Pero ahora Diego María le había hecho oler a beneficio.

—¡A por los cinco millones! —dijo José Joaquín, el mayor de los Gardoqui, levantando su copa.

—¡A por los cinco! —corearon todos, a excepción de doña Simona que, levantándose y entre lágrimas, susurró:
—¿Y por qué no a por los diez?
—¡Hala pues! —rieron todos.
Tras dar cuenta de los magníficos platos preparados por Adelaida y Brígida, y sin que nadie mencionara el plato blanco de loza, las mujeres se retiraron a la cocina. Los hombres se sentaron a fumar alrededor de la chimenea. Y aprovecharon para hablar de negocios.
—Al parecer la situación en América es crítica. Cuando acabe el deshielo, los ingleses contraatacarán y, si el general George Washington no consigue armas para su ejército, se lo van a merendar.
—Bueno, si no mueren antes de frío. Porque creo que las amputaciones de dedos son más frecuentes que las deserciones, y ya es decir. Están a la intemperie, entre nieves, sin alimentos y bajo cero.
—Diego María, ¿no ha mandado la Casa un cargamento de mantas para ellos?
—Sí, pero en pequeña cantidad. Lo esencial del cargamento fueron fusiles, pero otra partida de mantas de Palencia está ya en el almacén. Creo que con el medio millón que me ha dado Grimaldi podremos adquirir lo que falta. Y también tela para uniformes y tiendas. Ya he pedido cuatro cajas de botonadura dorada. Mas no creo que dé para cañones, ya sabéis a cómo va el bronce y qué difícil es de pasar desapercibido
—Diego María, pero seguro que los van a demandar. ¿Qué he de responderles? —preguntó José Joaquín—. Tú, que has hablado directamente con ellos, ¿qué opinas? ¿Seguirá España soltando reales?
—Opino que debemos esperar a firmar el contrato con el Estado y, mientras, comprar sólo hasta medio millón. Ya sabéis lo que ocurre con estas cosas: que cambia una persona y te quedas con el trasero descubierto, sin que ningún papel atestigüe que lo que dices es cierto. Que te prometieron tal o cual cosa. Una vez que el contrato esté firmado, ayudaremos a los americanos hasta donde podamos. Es decir, mientras el saldo de la cuenta sea positivo. Porque, si no, el protesto lo pagaremos nosotros, y no es de recibo.
—¿Y las mantas que compraste en Burgos? ¿Y las jarcias y velámenes?
—Recibí dinero en efectivo, y con ello hice la compra.
—Las guerras —terció José Joaquín, el más político de la familia— suelen requerir tiempo y el dinero tarda en llegar. Pero creo que es una inversión que puede dar buen fruto.
—Yo también lo creo —replicó Juan Ignacio—. Pero la cuestión es, más bien, ésta: ¿es una buena inversión para la Casa Gardoqui? Porque puede que el Estado salga beneficiado, que lo sea efectivamente América, y que la Casa Gardoqui se hunda ahogada por Grand, con tres letras impagadas. Porque él no irá por Floridablanca,

ni por Carlos III, sino por nosotros. No me mires así, Diego María. Nuestra baza es tener todo claro y trasparente e incrementar nuestra comisión en atención al riesgo que sufriremos.
—Pero, Juan Ignacio —terció Diego María—, ¿dónde está tu patriotismo? Tú has vivido como yo en Londres. Sabes que los colonos tienen razón. No se puede ser tan mercantilista.
—No, no y no. No es mercantilismo. Es realismo. Mi primera obligación es mi familia. Y no voy a dejar que se hunda por los líos de unos colonos que están al otro lado del mar y hablan lenguajes bárbaros. No, señor. Además, te diré una cosa: como no se ayuda a los americanos es dándoles limosna. Que valoren lo que se les da pagándolo.
—Pero, Juan Ignacio —esta vez fue doña Simona la que intervino, pues en cuanto oyó algo del negocio corrió a terciar, para algo era la que conservaba mayor proporción en la Casa—, ¿cómo quieres que nos paguen? La moneda que se han inventado carece de valor. ¿Qué han de hacer? ¿Robar las libras a los ingleses o los reales a los españoles para después pagarnos? Creo que no es solución.
—Eso no será problema —dijo Diego María, mirando con aire de complicidad a José Joaquín—. En la carta que envié a nuestros queridos amigos americanos pedí que nos pagaran en mercancías. El trueque en especie nos puede ser útil. Traeremos tabaco, arroz, índigo… Y además tengo una sorpresa para todos. Pensaba guardarla para el cumpleaños de la amachu, pero os la voy a decir ahora. José Joaquín me preguntaba antes por las mantas y fusiles enviados: conseguí del marqués de Grimaldi que ese barco volviera cargado de tabaco virginiano, desde La Habana directamente a Bilbao. Además, he conseguido que nuestra Casa haga los transportes correspondientes al desvío de mercancías desde La Habana a Nueva Orleans. Es más arriesgado, pero supone también otro cargamento completo para nosotros.
—¡A por los diez millones! —alzó la voz Simona.
Diego María sonrió de oreja a oreja, hinchando, si cabe un poco más, sus enormes fosas nasales.
Entonces apareció Adelaida, pidiendo de entrada disculpas por la interrupción. Acababa de llegar un correo para el señor. Diego María abrió la misiva, que estaba totalmente calada. La leyó despacio, acercándose a una bujía. Todos, en pie, aguardaban.
—El momento ha llegado. Grimaldi ha partido con dirección Burgos. Yo debo hacerlo también.
Brígida soltó un grito, agarrándose el corazón con ambas manos.
—¡Dios mío! —susurró, aunque todos la oyeron—. ¡Burgos!
—Calla, mujer, no seas histérica —riñó Simona—. Sigue, hijo, no consigo entender esta historia. ¿Es por lo de las mantas?

—No, nada de eso. Al parecer, la legación americana, instalada en París, ha enviado a España a un emisario, de nombre Lee.
—¿El general Richard Henry Lee? —interrumpió José Joaquín.
—No, su hermano pequeño, Arthur. Han enviado a España al tal Lee con la misión de entrevistarse con el Rey o alguno de sus secretarios y conseguir que firmen un tratado de amistad y comercio. Mas Su Majestad, el rey Carlos, no está dispuesto a dejar ver sus cartas. No quiere que vaya a Madrid. Bajo ningún concepto. Hay muchos barcos y tropas inglesas en América. Cualquier gesto feo de nuestra parte puede inducirnos a entrar en guerra, y entonces nuestras posesiones de ultramar están perdidas. Adiós Nueva Orleans y La Habana, los primeros bocados y nuestras mejores armas.
»Grimaldi me rogó que escribiera en inglés una arenga al tal Lee pidiéndole, más bien explicándole, que no debía acercarse a la Corte. Como ya había emprendido la marcha, y según parece debe de ser tozudo como una mula, le han detenido medio a la fuerza en algún pueblo cercano a Burgos. Allí se dirige Grimaldi, que no habla inglés. Como el americano no sabe castellano y conoce apenas tres palabras de amor en francés, yo iré de intérprete. Buena oportunidad, porque así podré negociar con ambas partes en una misma habitación.
Si llego antes que Grimaldi, quizás pueda hablar con Lee a solas. Pero entonces debo partir de inmediato. ¡Ahora que tenerme que ir con este tiempo, y con Águeda enferma…!
—¡Nada de peros, hijo! ¡Te vas y en paz! ¡A tu hija la cuido yo!... Bueno, y a tu mujer. ¡Brígida, prepara algo de alimento para el camino y llena la petaca, que está el día de caída! ¡Adelaida! ¡Adelaida! ¿Dónde te has metido?
—Perdonad, señora —se disculpó la criada, que había venido corriendo desde la cocina—, estaba preparando más café para la niña.
—Bueno. Ve a avisar al cochero. El señor tiene que salir.
—¿He de decirle algo más?
—¡Nada! Sólo que esté preparado… No, pensándolo mejor, dile que espere en la esquina de Ribera con Santa María.
Cuando la criada y la nuera hubieron salido, Simona se explicó:
—Es por si alguien está espiando. Como hay aquí tantos comerciantes ingleses, más vale disimular. Pueden hacernos mucho daño si se enteran que ayudamos a los colonos con dinero del Estado. ¡Hala, hijos, vámonos! Dejemos que Diego María prepare su viaje.

El sirimiri de la mañana, lejos de amainar, había dado paso a un aguacero considerable. Compitiendo con la lluvia en fastidiar a los bilbaínos, viento y frío arreciaban. Un carruaje esperaba paciente en la calle de Santa María esquina con Ribera. El cochero, que trataba infructuosamente de quemar el tabaco de su cachimba, refunfuñaba

entre dientes maldiciendo a don Diego María por haber tenido la peregrina idea de viajar en día de perros, y a doña Brígida por permitir a su marido hacer aquella locura. Puesto que no pudo prender el tabaco, decidió darle al chacolí. Al menos entraría en calor.

En el edificio colindante, una cortina de hilo blanco que permanecía ligeramente abierta, volvió a su posición de reposo instantes después de que el comerciante tomara el carruaje. Pasados unos minutos, una mujer llamó a la puerta de la casa de los señores de Gardoqui:

—¡Dios mío, Emilia! ¿Cómo se te ocurre salir en esta tarde tan desapacible?
—Sí, querida Adelaida, llevas razón. Parece que el diluvio universal va a tener su réplica. Por cierto, me acabo de cruzar con el señor. ¡Qué bien lo ha hecho esta mañana en la inauguración del reloj de la Torre! He visto que portaba equipaje. ¿Cómo se le ocurre viajar con este tiempo? No te quepa duda de que si se aleja de la costa encuentra nieve. Pero seguro que no va lejos, porque acaba de venir de otro viaje, ¿no?
—¡Ah, no me lo recuerdes! ¡Pobre doña Brígida! ¡Parece un paño de lágrimas! ¡La niña enferma y su marido, que llegó anteayer de la capital, vuelve a marcharse! Pero ya sabes, los negocios son los negocios.
Bajando el tono de voz y pidiendo por señas a su amiga que se acercara, Adelaida se dispuso a ofrecer confidencias en tono solemne:
—Creo que se trata de algo oficial. Hace unas horas llegó un correo de Madrid y, en cuanto el señor leyó la misiva, preparó el equipaje y se fue. Mientras limpiaba el gabinete pude ver (porque salía una esquina del cajón del buró, no creas que peco de curiosa —se disculpó—), que tenía sello real. Partió a toda prisa, y eso que acababa de llegar. Volvió anteayer, después de estar ausente dos semanas. ¿No te parece algo raro?
Adelaida volvió a alzarse, satisfecha y orgullosa. ¡Seguro que la buena de Emilia se había quedado de piedra!
«¡Ya es hora de que se dé cuenta de que las demás también trabajamos para gente importante!», se dijo a sí misma. «Ella siempre presumiendo que sirve nada menos que a un sir. Bueno ¿y qué? ¿Acaso es más importante un inglés que un vizcaíno?».
—¿Y a la niña qué le ocurre? ¿Otra vez lo de la respiración? —insistió Emilia sin que el tono de voz denotara matices de envidia.
—Sí, pobrecita. Es angustioso verla resoplar. Le hemos puesto cebolla y vahos como ha mandado el doctor. Café oscuro y el elixir. Pero este tiempo no ayuda.
—Bueno, querida, espero que se mejore. Mi señor tiene ahora un huésped británico que es doctor. Podría comentarle lo que pasa:

quizás en Londres hayan descubierto algún nuevo remedio para esos ahogos. En todo caso, rezaré por la moza el rosario. Y, dime, guapa, ¿a dónde ha ido ahora el señor? ¿Qué es tan importante para dejar a la pobrecita doña Brígida sola con su hijita enferma? Gracias a que tú estás aquí.

—No sé con certeza dónde ha ido —respondió engallada—. Gerardo, el cochero, me ha dicho que cree que van a Burgos. Y se alegra, porque por el camino nuevo, ése que han trazado venciendo la Peña de Orduña, se va divinamente. Pero el señor fue ya el mes pasado para acordar lo de la lana. Quizás no vayan allí. ¡Vete a saber!

—Bueno, mi chica —se despidió la cocinera, que tras años de servir en Bilbao no había dejado de emplear las expresiones del Baztán—, me voy a marchar que tengo las enaguas caladas. ¡Comentaré el caso de la niña al huésped de mi señor!

—¡Emilia, que te vas sin decirme a qué habías venido!

Una ráfaga impidió que Emilia oyera las palabras de Adelaida, aunque habrían sido vanas. No deseaba otra cosa que información. Su señor, un comerciante inglés para el que trabajaba desde hacía tres años, la había enviado con el único propósito de averiguar el destino del nuevo viaje de su vecino Gardoqui.

—¡Se ha quedado muda de envidia! —se dijo Adelaida—. ¡Ni siquiera se acuerda del propósito de su visita! Pues que se fastidie, porque haga lo que haga su sir nunca podrá igualarse a don Diego María, que además es vizcaíno por los cuatro costados, aunque habla con tanta propiedad el inglés como si hubiera nacido en el mismo Londres.

Mientras, Emilia, aún con las enaguas mojadas, estaba desembuchando ante su amo, a quien acompañaba otro inglés cuyo rostro era como un pastel mezcla a partes iguales de leche y zanahoria. Cuando acabó su relato, que incluyó la enfermedad pulmonar de la niña de los Gardoqui, le permitieron retirarse a sus aposentos. Y aunque se quedó escuchando tras la puerta, no entendió nada.

Si Emilia hubiera conocido la lengua inglesa habría podido poner verde de envidia a su amiga Adelaida. Allí se cocía una verdadera novela, con malos malísimos y buenos ingleses. Por supuesto, el espía era el mister con cabellos rojos y largos, fríos y blancos dedos. Por supuesto, al día siguiente el doctor visitó a la pequeña Águeda.

Ajeno a las conversaciones de las comadres, el carruaje que trasladaba a Diego María de Gardoqui seguía su tercera hora de marcha hacia Burgos. El ocupante se hallaba notablemente nervioso. No conseguía quitarse de la cabeza el angustioso jadeo de la pobrecita Águeda y la estridente voz de su mujer recriminándole su marcha. Era la primera vez, en sus ya quince años de matrimonio, que ella le había levantado

la voz.

—Besa a tu hija antes de marcharte. Puede que sea la última vez que lo hagas. —Ésas habían sido sus palabras de despedida.

Por si esto fuera poco, cuando emprendió viaje tuvo la impresión de que alguien observaba su marcha. ¡Ojos con montura inglesa, seguro! Quizás —trató de convencerse—, al percatarse de que no emprendo rumbo norte, a Bayona o Burdeos, como cabría esperar, el espía desista.

Miró por el cristal, pero el cortinaje de lluvia sólo permitía reconocer alguna que otra luz diseminada en el horizonte. En fin, se dijo, ya no hay nada que hacer. La rapidez de las gestiones ha impedido trazar planes alternativos. La suerte está echada.

Arropó las cortísimas piernas con la manta de lana de Palencia, regalo de su mujer, y estiró ostentosamente los brazos con el fin de desentumecerlos. Recogió los restos de la cena, comida más por nerviosismo que por hambre, dobló meticulosamente la servilleta de hilo y colocó todos los enseres, a excepción de la petaca de plata, en la cesta de mimbre preparada por Adelaida para la ocasión. Con particular escrúpulo recolectó —era una de sus manías— todas y cada una de las migajas de pan que habían caído a su alrededor y procedió a engullirlas.

Terminado el ceremonial, extrajo de su cartera un sobre, y de él las cartas recibidas en las últimas semanas que portaban noticias de América. Se colocó el monóculo y releyó la primera por encima.

Era una misiva de su agente en el puerto de Bristol, Inglaterra; la segunda venía de Boston. Releyó ambas y cotejó datos. La información, se dijo, es la mercancía más valiosa del mercado y también la más cara: es necesario pagar por ella varias veces para asegurar que es de ley. Mr. Lark y Mr. Chapeau ofrecían datos concluyentes, cada uno con su sesgo, como es natural.

Lark, como buen inglés, juzgaba con soberbia a los enemigos de su patria, los advenedizos americanos. Sin embargo, reconocía que la situación empezaba a tomar cariz preocupante. Al menos para su bolsillo: «*Mi fir m a com ercial ha visto caer el com ercio con las colonias en un 75%, y no soy el peor parado. Las colonias americanas han hecho voto de negarse a com prar productos ingleses. Ylo han cumplido. Mis beneficios se han reducido considerablemente, monsieur, por tercer año consecutivo. Los comerciantes de Bristol y Londres hemos mandado una*

misiva al Gobierno de S. M. instándole a negociar con las colonias, pero no hemos tenido respuesta».

La carta fechada en Boston suministraba noticias más concretas y extensas. El agente de Gardoqui, Monsieur Chapeau, no era un empresario, sino un contable. Menos pensantes y dados a la especulación por lo general, eran, sin embargo, mucho más meticulosos y asépticos, y su información más útil.

«Monsieur:

Como V.M. me encargó, he oteado los cambios en las disposiciones de los habitantes de las colonias de América Septentrional bajo la atención británica. Aunque me preparo para volver a España, como pararé en Nantes para ver a mi familia, os envío esta carta en la fragata 'Nuestra Señora del Carmen' que parte mañana de La Habana. Puesto que ésta será la última misiva, aun a riesgo de anotar nuevamente lo mismo, y para que vayáis viendo los cambios, realizo un inventario de todo lo que he podido observar aquí en estos años.

El ánimo de estas personas ha cambiado considerablemente en los últimos tiempos, debido a la imposición de ciertas legislaciones emanadas de los órganos de gobierno de Inglaterra, que los lugareños creen que les perjudican. Primero, en 1765, el que llaman 'Stamp Act', un año después la Ley de Alojamiento. Finalmente, en 1767, el impuesto que manda el Parlamento británico aplicar sobre el vidrio y el papel. Todos ellos, cada uno de ellos diría yo, ha concluido con mayor indisposición del pueblo contra la soberanía británica. En ocasiones las protestas fueron suaves; en otras, muy estruendosas, pero siempre han sido pensadas y, una vez emprendidas, mantenidas con magnanimidad y tesón.

El acta del papel timbrado, llamada aquí 'Stamp Act', es quizás el ejemplo más significativo. Ingla terra, para aliviar sus maltrechas finanzas y evitar la bancarrota que le supone mantener sus colonias y sus guerras, se ha inventado este nuevo impuesto que obliga a comprar y a adherir sellos fiscales a todos los periódicos, folletos, licencias, documentos legales, etc. Este sello ha revuelto todos los espíritus. Yo pensé inicialmente que los habitantes se habían cansado de pagar las guerras de la madre patria, que su bolsillo estaba ya un poco escaldado o del todo agotado. Pero enseguida me percaté de que no era ése el problema.

Ese año de 1765 presagiaba tormenta de orgullo más que de oro. Los ciudadanos de Nueva Inglaterra conocían las leyes que otorgaban a las

colonias el derecho a sancionar los impuestos. La metrópoli no podía imponer nada a sus feudos, como nada podía imponer a Londres si no lo aprobaban sus representantes. Eso creían ellos, que se decían unos a otros ingleses nacidos en América. Los nacidos en In glaterra no lo creían así: las colonias, como las vacas, estaban para ser ordeñadas.

Se reunieron representantes de nueve colonias y con una única voz protestaron contra esa ley. Por supuesto, fueron ignorados. Entonces decidieron vengarse de Inglaterra y meter el dedo en su peor llaga: la economía. Los comerciantes de Boston, animados por los nuevos vientos patrióticos, y también quizás por sus intereses particulares, se comprometieron por escrito a no vender productos británicos mientras el acta siguiera vigente. Enviaron cartas a los comerciantes de las demás provincias, que se unieron a esa protesta silenciosa.

Pero como el ruido llama la atención, también se trató de alertar a Inglaterra con la violencia. Los distribuidores de estos timbres fueron perseguidos y amenazados, creyendo incluso que peligraba su propia integridad. Y, eso sí, consiguieron hacerse con los sellos. Porque en otras ocasiones la tozudez de esta gente los anuló antes de verlos.

Hubo un caso patético: se rumoreó entre la población que una fragata procedente de Inglaterra, que iba a atracar en Nueva York, iba cargada de estos sellos. Los habitantes de aquellas zonas se enfadaron notablemente y en masa y con tumulto arrasaron todo lo que tenían delante. Las carrozas y otros objetos que se encontraban alrededor del fuerte fueron quemados. El Gobernador, ante el creciente tumulto, mandó suspender las tareas de descarga pensando que en pocos días los ánimos volverían a su cauce y podrían culminar la tarea. Pero no fue así. La fragata fue bloqueada y vigilada día y noche durante meses y nunca pudo ser descargada. Por el contrario, volvió a Inglaterra con toda su carga, incluido el té que transportaba.
Le decía a V. G. que había sido una cosa de orgullo y defendida con orgullo. Los ingenuos colonos, los candorosos descendientes de la Gran Bretaña nacidos en este suelo, se creían tan ingleses como los de La Isla. Y ciertamente ése fue el efecto que Inglaterra quiso producir, pero era sólo un efecto disuasorio. Fuegos artificiales.

Habían implantado aquí los ingleses un sistema de gobierno muy similar al de La Isla, aunque cambiando las denominaciones y, por supuesto, el censo. El rey de Inglaterra tenía su análogo en el Gobernador; la Cámara de Pares, en el Consejo Real; y la de los Comunes, en la Asamblea Provincial. Hasta aquí pura analogía, que respira libertad. Las asambleas tenían encomendadas, y ellas las tenían como derechos, las imposiciones de tasas e impuestos, las concesiones

de subvenciones y subsidios y, en general, la legislación, aunque, en efecto, necesitaban el placet del Gobernador y la aprobación del Consejo Real.

Y de repente Inglaterra ve que tiene poco alimento y decide alimentarse en el granero de ultramar. ¿Por qué no? ¿Acaso no era su granero? Los habitantes de estos territorios no lo creían así. Ellos eran tan ingleses como cualquiera. ¿Es que el Gobierno iba a alimentarse de las despensas de las posesiones de sus nobles escoceses, irlandeses o ingleses? ¡En el Nuevo Mundo la suma de los procedentes de estas tres etnias alcanzaba al 75% de la población!

Inglaterra les había dotado de un sistema de gobierno basado en la libertad y luego, como un dictador, lo suprimía de un plumazo imponiendo tasas desde el continente. La 'mujer americana' había aportado hombres, numerario, víveres, barcos, para sufragar los gastos de la guerra con Francia. Ahora, por fin, la contienda había concluido e Inglaterra había salido vencedora. Y, en vez de agradecérselo, venía a violar sus feudos con impuestos bastardos. Ilegítimo e injusto son las palabras más escuchadas en estas tierras.

Finalmente el Acta tuvo que suprimirse. Pero aún no se habían calmado los ánimos cuando se impone la Ley de Alojamiento: las tropas británicas, en todas las colonias, deben recibir alojamiento, abrigo, sal, bebida y lo que les haga falta. Nueva imposición, nuevo gasto, nuevo descontento general. Y, por si esto fuera poco, el año 1767 ve cómo Inglaterra carga con otro nuevo impuesto el papel y el vidrio.

Todos estos acontecimientos han hecho abrir los ojos a las colonias: si no son ingleses, pero les están sometidos, no son libres. El malestar ha aumentado y, cuando estaba a punto de desbordarse y concluir en guerra abierta, unos cuantos han decidido encauzarlo. Según he podido saber, se han reunido representantes de trece de las colonias británicas y han firmado una Declaración de Independencia. He oído que un tal Richard H. Lee presentó para la firma en el Congreso un documento donde se decía que las colonias unidas tenían derecho a ser libres e independientes. Así, como suena: tenían derecho. Muy inglés.

Desde entonces se han organizado en gran medida, en parte gracias a los esfuerzos del terrateniente George Washington, pero carecen de dinero y, sobre todo, de mercancías. Pólvora, ropa, armas, están a precios desorbitados, y aun así no se encuentran. No os digo nada de los barcos, que son más valiosos que la misma tierra.

El tal Washington, no me explico cómo, ha ganado a los ingleses un par de escaramuzas después de que los británicos le expulsaran de Boston. Eso ha animado a muchos a alistarse, ¡veremos cuánto duran estas épocas de triunfo y libertad!

Y aunque no es racional lo que digo, habida cuenta de la disparidad de fuerzas, yo creo que este país se librará pronto, muy pronto, de toda dependencia de la Corona británica. Pero aún creo algo más: también en breve será Inglaterra la que se verá sometida a este país. En muy pocos años la población de las colonias superará a la de Inglaterra. Aquí leen con satisfacción irónica los folletos que dan cuenta de las teorías inglesas sobre la población que han emergido como consecuencia del estudio de las leyes de pobres. Los ingleses tienen muchos pobres y, si éstos procrean, tendrán más, así que hay que evitar que la raza de los famélicos engendre nuevos pobres. Los ricos, por su parte, tienen un número exiguo de prole. En este país americano, por contra, crece la población de una manera prodigiosa y, como hay abundancias naturales muy notables, la mortalidad infantil es algo más baja que en el continente. Aquí se cree que esa procreación generosa es un signo de progreso. Necesitan gente para explotar las miles de riquezas aún por descubrir. No quieren ya ser poblados con excedentes de Europa. En poco tiempo, todos los colonos habrán abierto sus ojos a la vida mirando cielo americano.

Le hablaba de las abundancias. Son muy notables. Estos colonos producen trigo de todas las especies, lúpulo, caballos, bestias de todas clases, arroz, índigo, algodón, lino, cáñamo, resina, cera, tabaco, madera para construcción, brea, hierro, plomo, cuero, peletería, ballenas. Lo que ellos han regado con su sudor, lo entienden como suyo, faltaría más, ¡aquí todos han leído al filósofo inglés de moda: un tal John Locke! Mientras se creyeron ingleses comerciaron como ingleses. Cuando se han dado cuenta de que los continentales les consideran de menor categoría, han cambiado de planteamientos: ¿por qué no comerciar directamente con Europa y desarrollar sus talentos para los negocios en su propio beneficio?

En esas inquietudes está, en mi opinión, la clave de la independencia y la posibilidad para la Casa Gardoqui de negocio. No obstante, no hemos de olvidar ese orgullo.

La conformación de una sociedad por la ley, los usos mercantiles, la religión y el lenguaje han tenido aquí sello inglés. Tarde se han dado cuenta de que se puede hablar como un inglés, vestir como un inglés, rezar como un anglicano y ser considerado extranjero por los ingleses. La metrópolis les hizo nacer, ahora deben independizarse forjándose

una identidad y apoyándola en su superioridad comercial. Si no son ingleses, no creo que quieran ser franceses, ni españoles. Tienen miedo a recibir socorros extraños por si incluyen a largo plazo fuerzas atentatorias de su libertad, servidumbres que no desean pagar.

Mi opinión es que la ayuda no debe ser francesa o española, sino de hermanos comerciantes franceses o españoles. Este país en ciernes, por ejemplo, no tiene marina propia y, aunque tiene obreros que podrían construir barcos, necesitan ciertos materiales y ciertas técnicas. Lo mismo se puede decir del armamento, de la munición, de la propia milicia.

Espero que estas nuevas sean la información que V.M. necesitaba y estaba esperando. He establecido correspondencia con Holanda, y parto hacia Nantes. Si por esa vía me llega alguna noticia de interés, os la haré llegar. Os ruego que presente mis respetos a doña Brígida.

Suyo afectísimo.

Hecho en Boston, el 6 de agosto».

Gardoqui desenroscó el tapón de la petaca y lentamente se la llevó a los labios, pero sólo rozó el licor. Luego cerró el estuche, labrado en plata, y lo guardó en la cesta.

La lluvia había dado paso a la nieve. No había subido la temperatura, pero el hombre quedó más confortado al ver los campos teñidos de blanco. Por unos minutos dejó descansar su mente y recordó las risas de la pequeña Águeda. Sin embargo, arrancó pronto sus ojos de la nieve y volvió al trabajo.

Tomó el paquete y quitó las cuerdas a los números del «Correo de los Ciegos» de Madrid correspondiente a la semana anterior. Se lo enviaba puntualmente desde Pamplona la librería de Francisco Longas, a razón de 36 reales de vellón los cincuenta números.

Pasó las páginas del ejemplar del domingo con rapidez, pues sólo le interesaban los anuncios que se hallaban al final. Siguió éstos resbalando el dedo índice por la página. De arriba abajo. Pasó al del lunes, también sin suerte. Hizo lo mismo con el del martes, hasta que de pronto su dedo se detuvo y volvió hacia atrás. Acababa de encontrar lo que buscaba.

«El domingo 1 del corriente se restituyó la cartera con varios papeles de importancia que se había extraviado en la Calle de Comedias. Se agradece el favor. En la misma dirección se desea comprar una berlina

no maltratada; dos cubas de nogal con vino añejo, a razón de cuarenta reales el cántaro; y un arca grande y maciza para contener al menos veinte paños. Preguntar por Zaqueo».

Sonrió primero, luego rió con ganas, al ver su «nombre de guerra»: Zaqueo. ¡Bravo por Gerry! Luego volvió a fruncir el ceño. Se frotó las manos hasta casi sacarles chispas, se atusó los rizos con los dedos y fijó la mirada perdida en el plomizo cielo. Había dejado de nevar. Colocado ya todo el cuerpo en posición de pensar, empezó a idear su plan.

Si el agente Chapeau tenía razón, Arthur Lee no vendría a España pidiendo ayudas ni limosnas. Vendría orgullosamente a pedir que reconocieran la independencia americana y comerciaran con ellos. Recordó su conversación en Madrid con Grimaldi. Dos cosas le habían quedado claras: España no podía permitirse otra guerra en este momento, porque los fondos escaseaban, los fuertes en América no estaban asegurados y la marina no se hallaba aún a tono. Tampoco podía apoyar abiertamente a los insurrectos, porque los aires de libertad contagiarían a los colonos españoles. Si los habitantes del Imperio colonial español seguían el ejemplo americano, el país estaba perdido. Sin embargo, ¿cómo no dar una patada en el trasero al enemigo cuando lo tienes delante, agachado e indefenso?

Así opinaban los franceses, que ya estaban apuntando al *c u lotte*. Pero aunque el rey de Francia pedía a gritos a su tío abuelo, el rey de España, un frente común contra los ingleses, Carlos tenía las manos atadas y el bolsillo vacío. Ellos, pensó Gardoqui, quieren resarcirse de los palos que Inglaterra les dio en la última guerra y recuperar Canadá. España también tiene mucho que ganar, empezando por Gibraltar, pero tiene mucho que perder. Sin embargo, comerciar no era un delito, ni violaba la neutralidad. Era de todos conocido que las guerras producían cuantiosos beneficios a los comerciantes. El mismo banquero que financiaba a los ingleses prestaría a los americanos si éstos se lo pidieran (quizás a medio punto más, se dijo, como comisión por riesgo).

Chapeau tenía razón. Los rebeldes lo que necesitaban era mercancías. Gardoqui disponía de barcos con bandera española, que no podrían ser detenidos legalmente por los ingleses. La Casa Gardoqui podría sacar pingües beneficios de la coyuntura.

Pero lo que Diego María quería saber, y Chapeau no podía contarle, era si los enviados, en especial el tal Lee, conocían su identidad. Según el anuncio, el envío que se retrasaba, y que creían perdido, había

llegado. Ya estaba la mercancía pagada y asegurada, pero, en el tornaviaje, el «San Joseph» traería mercancías americanas como pago previo a lo que le pedía Gerry.

Quería una berlina buena, es decir, un cañón de bronce; pólvora por encima de los 40 barriles y, sobre todo, un arca: una embarcación de más de 20 metros de eslora. Lo intentaría. Su corazón estaba con América, a la par que su bolsillo.

Lo que Chapeau no podía decirle, porque no lo sabía, era que los Gardoqui habían sellado dos años antes de que las disputas entre Inglaterra y sus colonias se volviesen agrias, un acuerdo comercial con un comerciante de Filadelfia, de nombre Gerry, con un ojo previsor fuera de serie. Por ese contrato, verbal por supuesto, la Casa de Bilbao, a cambio de una comisión del 5%, se comprometía a conseguir armas a cambio de la venta en Europa del tabaco de Virginia y del arroz y el índigo que esa colonia produjera y fuera capaz de hacer llegar a Bilbao.

Mientras este contrato estaba en vigor, el pequeño de los Gerry había sido elegido por el Congreso Continental responsable del aprovisionamiento de los rebeldes. Ni que decir tiene que, nada más recibir el nombramiento, su cabeza voló al puerto de Bilbao.

Sin embargo, los bilbaínos se negaron a hacer un acuerdo general con el Congreso. Diego María, que por su pequeña estatura era apodado cariñosamente *Za qu e o*, había hecho prometer a los americanos que ni su nombre comercial, ni su alias serían conocidos por el Congreso. Los Gardoqui harían lo posible y hasta lo imposible para obtener armas y otras mercaderías necesarias para el Congreso, pero deseaban ante todo el anonimato.

Sólo este comerciante llamado Gerry y John Derby —amigo y proveedor de bacalao de los Gardoqui, amén de padrino de Águeda— conocerían la conexión. Se comunicarían por anuncios en los diarios, alternativamente «La Gaceta de Madrid» y «El Correo de los Ciegos». Y firmarían siempre como *Za qu e o* y *Do lo re s.*

Pero Diego María no las tenía todas consigo. Aunque confiaba plenamente en Gerry, en ambientes tan caóticos cualquier cosa podía pasar. Si Gerry hubiera informado a Arthur Lee, lo sabría ya media España, toda Francia y hasta el mismo George III.

«¡Debo llegar antes que Grimaldi y enterarme si hemos perdido la coartada! ¡Espero que los ingleses ejerzan de tales y me dejen en paz!

Si es así, los envíos de la Casa Gardoqui a La Habana llevarán cargas cada vez más interesantes».

Cinco años había vivido Gardoqui en Londres, tiempo suficiente para poder enjuiciar a ese pueblo. Su padre le había enviado a casa de un comerciante, mister Hayley, director de la Compañía de Indias, a aprender el idioma y todo lo que pudiera de los negocios, pues la firma Joseph Gardoqui tenía relaciones comerciales con Inglaterra.

—Diego María —le decía su padre—, cuando se habla de amor o de dinero hay que hacerlo en el mismo idioma que tu interlocutor. Has de conocerlo hasta tal punto que seas capaz de soñar en él. Si no lo haces así, siempre te quedará la duda de si te ha engañado. Y para los negocios eso es importante… Para el amor quizás también.

Diego María tardó dos años en soñar en inglés, pero nunca había podido amar en inglés, y eso que pasó en Londres sus primeros años de pubertad. Él era bilbaíno de toda la vida ¡que ya es decir!, pero en Inglaterra le habían hecho sentirse como un paria. Y lo más grave es que nunca le habían ofendido. Se habían limitado a despreciarle educada y fríamente. Si los rebeldes americanos se habían propuesto hacer doblar a Inglaterra, él les ayudaría, si no perdía dinero, por supuesto.

«¿Qué tienen esos ingleses para padecer esa soberbia? Al menos nosotros, los bilbaínos, tenemos…». Su piedra filosofal le hizo detenerse en seco. El último argumento calaba. Tenían algo, desde luego, que les hacía formar un pueblo: lengua propia, tierra con ancestros enterrados, pasado, religión… Pero eso mismo tenía Inglaterra, y, sin embargo, aquello no era un pueblo sino una etnia. Nacer inglés frente a ser bilbaíno. «¡Es la familia!», se dijo. «Ellos no tienen como nosotros familia. Y sin embargo…». En un instante pasó ante su mente la visión de Rosa, su amor castellano. Un dolor grande atravesó su corazón. No se casó con ella por la familia, para no desparramar el patrimonio…

Barrió de su mente esos pensamientos y trató de centrarse nuevamente en los papeles que tenía entre manos, pero fue incapaz. Cerró los ojos y, tratando de evocar el rostro de su antiguo amor, se dejó llevar. Nuevamente comenzó a nevar.

Bu rgos, 3 de m arzo

Arthur Lee había cenado patatas con sangrecilla y picadillo con mucho adobo. Lejos de lo que pensaba, ambas cosas le habían encantado.

Luego le habían instalado en una habitación pequeña, más parecida a una celda que a una alcoba. Un jergón de esparto, sin bastas, reposando sobre una cuja, le había servido de cama. Una manta muy gruesa, bastante andada, de cubridor. Sin embargo, el quebranto mental que le causó la prevista dureza del catre le duró unos instantes. Durmió como un lirón.

Por la mañana le despertó un maravilloso olor. A su lado, y en un taburete de asiento de paja, reposaba una jícara con chocolate y un plato con torta de chicharrones y pan dulce. Detrás del asiento de pino, se hallaba plantada la dueña del lugar. Para sorpresa de Lee, el ama de casa tomó un trozo de aquel tipo de bizcocho y lo metió en la taza de chocolate que le acababan de servir. El dulce quedó inmóvil como una estaca clavada en tierra.

—*¿Lo ve? Espeso, espeso, y sin gru m os, qu e ten go u n a chocolatera espléndida.*
Lee sonrió en su sorpresa. La paisana seguía allí de pie, lo mismo que el bizcocho. Lee también se levantó sin saber qué decir. ¿Debía comérselo? ¿Debía dejarlo así? ¿Debía ofrecerle el dulce? Gracias a Dios, Evaristo se personó en esos momentos de angustia para continuar su lección sobre las costumbres de las tierras de Castilla.
—¡Comer, comer!
—¿Y el bizcocho?
—¡Ah! Comer también. Poner para demostrar ser bueno. Chocolate aguado ser porquería. Indicar mujer no amable. Mercancía chocolate bajar precio, pero aún cara. *Más espeso, m ás c hoc olate y m ás estim a al qu e se lo c om e. Así qu e d éle, d éle, qu e esa pic a n o se va a m over sola* —sentenció en castellano, cuando la lengua inglesa se le atragantó.
—En ese caso, meteré la cuchara, que parece caliente y huele que alimenta. ¿Vos no desayunáis?
—¡Tres horas que yo desayunar! Con ovejas. Migas y queso.
—¡Ah! Eso de las migas no lo he probado —dijo Lee con la boca llena —. Otro día pediré ese alimento.
—Sí, otro día. Hoy partir para Burgos. Esperar alguien allí. No preocupar, «la Tomasa» no venir decir adiós. Desaparecer. Probable ella andar por bosque, a vez hacer.
—¿Me acompañaréis, Evaristo?
—No, sentir. Ir con «el Enrique». No habla inglés y, además, ser sordo, pero tener camino aprendido. Yanqui, si volver por aquí, decir con tiempo: yo hacer migas con trozos grandes de jamón de marrano gordo. *¡Id c on Dios!*
Mientras hablaba, Evaristo fue empujando a Lee hasta la puerta, colgándole el zurrón y la calabaza, tocándole con el sombrero de

amplísimas alas y con la docena de conchas con las que Lee se había adornado. Y, sin más preámbulo, lo plantó en la calle, donde ya esperaba su guía, y cerró la puerta.
Hacía buen tiempo, pese al suelo nevado. Tras constatar que la meiga no aparecía, Lee disfrutó con el largo paseo sin saber que iba a ser el último en muchos días.
Abandonaron, pues, la villa medieval por la puerta gótica, baja y oscura, de los Conjurados. Lee echó la vista atrás despidiéndose de sus hermosas calles empedradas, del castillo que se erguía majestuoso sobre los roqueros, de los soberbios escudos blasonados de los Borbones que adornaban las Reales Salinas, del pequeño acueducto romano, del río Hormino que lo cruzaba y, por supuesto, de los *maranos*. Tras bajar al páramo —Poza se hallaba a 740 metros de altitud— debían recorrer los 45 kilómetros en línea recta que les separaban de la ciudad de Burgos antes de que cayese el día.
De hecho anochecía cuando entraron en la barroca y trasnochada patria del Cid. Lo hicieron por el Norte, atravesando una puerta medieval estrecha y derrumbada parcialmente. Por lo descuidada que estaba, se notaba que no era el acceso habitual a la villa.
Atravesaron la ciudad hacia el Oeste y la abandonaron por otra puerta, también medieval, totalmente tomada por musgos y líquenes. Finalmente, el guía dio con lo que estaba buscando: un grupo de peregrinos camino de Santiago de Compostela.
Unidos a ellos, cruzaron el puente sobre el Arlanzón para toparse de frente con la puerta más bella que Lee nunca había visto, ni habría pensado ver jamás. Ni siquiera en Londres había tal beldad. Dos torreones bajos, coronados cada uno por dos torretas, con seis estatuas de paisanos ilustres sobre un arco perfecto. Todo ello en piedra.
Miró hacia arriba, topándose con la patrona de la ciudad, Santa María, quien, acompañada de un ángel custodio, protegía sus feudos.
Lee aún tenía la boca abierta por el espectáculo que el hall de Burgos ofrecía, cuando vio la catedral. Sin embargo, aunque hizo ademán, no se le permitió entrar, como al resto de los peregrinos, porque su guía le alojó —encerró, por ser precisos— sin más explicaciones en una casa cercana, la del deán de la catedral, siguiendo las órdenes que habían llegado de la capital.
Desde aquella jornada, al pobre Lee no le habían permitido abandonar su residencia temporal.
La habitación donde instalaron al visitante no se parecía nada a la de Poza de la Sal. Ésta era muy amplia, cerca de 30 metros cuadrados, y gozaba de todas las comodidades, e incluso de muchos lujos. Un enorme crucifijo negro, un cuadro con escenas de caza y un pequeño espejo colgaban de la pared central. En vez de catre, allí había una cama con colgadura a modo de dosel. Contrastando con el jergón de

Evaristo, doble colchón de rayadillo de lana, que le obligaba a subirse tomando carrerilla. Tal como caía, pasaba la noche, porque no había quien se moviera. Una colcha afelpada y un cobertor de percal muy poco andado impedían que Lee tuviese frío.

La silla de poltrona, elaborada con primor en una madera que parecía castaño, hizo las delicias del americano los dos primeros días. El bufete con atril, con sobrearmario de tres cajones, provisto de pliegos, tinta y plumas, le permitió hacer un boceto de todo lo que pensaba hacer en España y escribir cartas y más cartas a América. Saboreó a Shakespeare e incluso, recuperando su antigua profesión, asistió al parto de la mujer de un criado de la casa, porque la partera, aislada por la nieve, no había podido llegar. Había sido niña: grande y sana. No se podía decir de ella ningún piropo más, aunque la madre, feísima también, estaba encantada.

El fin de semana releyó el manuscrito de Ferguson, escribió otra vez al Congreso, ejerció «la siesta» y se hartó de morcillas y buen borgoña.

La segunda semana, aquellas cuatro paredes de piedra, incluyendo la benditera de barro pintada en azules y amarillos, la chimenea de leña y aquel olor a oveja sin esquilar comenzaron a darle náuseas.

Estaba enfadado, saturado, asqueado. El Congreso americano le encargaba una misión secreta y allí estaba el gran hombre: desde hacía días retenido en una ciudad de provincias, con la promesa de que alguien vendría a verle desde Madrid. ¡Caballero de baja suerte! ¡Lo único que había conseguido era enamorar a una meiga!

Cuando se despidió de Franklin llevaba el alma inflamada de orgullo y la talega llena de esperanza. Sin embargo, el castellano de la garrota había desmontado todo su castillo de naipes. Sólo la misiva de Gardoqui le alentaba.

Decía en ella que era conocido en las colonias. Podría ser. A él no le sonaba de nada el tal Gardoqui, pero tampoco tenía por qué. Arthur Lee nunca se había interesado por los negocios de la familia. Su padre, dueño de una gran plantación de tabaco cerca de Stratford, en Virginia, pronto se había dado cuenta de la inutilidad de su hijo pequeño para los negocios. Dejando éstos en manos de su tercer vástago, William, a él lo había enviado a la escuela de Edimburgo para estudiar medicina. Había vuelto a Virginia con la misma vocación para la asistencia a los enfermos con la que se había marchado, es decir, ninguna. Tras unos años de ejercer en su tierra natal, y dado el curso de los acontecimientos, había decidido estudiar leyes en Temple, Londres.

Allí comenzó su aprendizaje para su profesión más querida: el espionaje de guerrillas. Había escrito anónimamente panfletos; intimidado, bajo nombres supuestos, a algunos comerciantes; espiado ilustres lores, mientras se paseaba entre ellos con sus lujosos trajes y

sus dicharacheras formas, riéndose en su interior de sus burlas. Todo el mundo, menos Franklin, creía que era un superficial hijo de terrateniente.
Todos aquellos pensamientos enervaron su espíritu y decidió que ya llevaba suficiente tiempo encerrado. Saldría a otear el ambiente. No quería comprometer su misión paseándose por la ciudad —podrían haberle seguido—, pero no soportaba más su cautiverio, así que, recordando su grupo de teatro en Temple, decidió disfrazarse y así pasear de incógnito por aquellas calles repletas de nieve.
Era la hora de la siesta, un tiempo en que España entera hiberna. Desde el niño de pecho hasta el anciano, pasando por el santo y el truhán, todos, sin excepción, cierran los ojos y dedican un buen rato a consultar las cosas importantes con sus respectivas almohadas.
Se quitó la peluca y recogió sus cabellos en una coleta atada con un lazo. Con vestigios de viruta quemada tiznó su cara hasta lograr el aspecto deseado. Emba durnó con los restos de la morcilla una camisa blanca a la que, con gran dolor de corazón, había arrancado la pechera y los puños de encaje. Utilizó parte del aceite de la lámpara para manchar sus medias y se arrebujó en su manta de viaje. Luego se miró al espejo, quedando satisfecho con la imagen que éste reflejaba.
Abrió sigilosamente la puerta de su alcoba y escuchó los ronquidos acompasados de amos y criados. Sonriendo se dirigió a la salida. En la puerta de la vivienda vio varios pares de zuecos de madera ordenados en un lateral, pero no se atrevió a coger unos por si los echaban en falta. Cerró cuidadosamente la puerta tras de sí.
En ese momento no nevaba, pese a que las gélidas ráfagas de viento cortaban el rostro como mil navajas recién afiladas. No sabía dónde dirigirse, no iba a ningún sitio definido, pero pensó que sería mejor no frecuentar las calles concurridas por si se acabara el descanso súbitamente. En todo caso, notó que no había nadie por la calle. Una cortina se movió en la casa de enfrente. Presto se abrió la ventana. Lee se agachó fingiendo una joroba.
—«Bonjour, monsieur l’americaine» —dijeron desde arriba.
Se trataba del sacristán. Lee se incorporó de un salto, pero no contestó. No quería delatarse. Tendrá algo de adivino, se dijo. Esbozó un pequeño saludo con la mano y volvió a doblar su espalda. Decidió ir al lado opuesto. Pero tras dar dos pasos se encontró enterrado en la nieve hasta la cintura. Gritó del susto. Entonces otra ventana y otra se abrieron y toda la ciudad supo que el americano había decidido salir. Se comentó también que la criada del deán era muy descuidada por que las ropas del americano estaban sucias y rotas. Ella, roja de furia, protestó, a diestro y siniestro, retando a toda mujer de la provincia a lavar la ropa más blanco que ella.
El Administrador de la ciudad, que iba a verle cada día tratando de

tranquilizarle en francés, aunque él casi no entendía ese idioma, acudió en su ayuda junto con el carpintero, ambos provistos de calzado adecuado, y le devolvieron a su prisión. El primero no cesó de repetirle al oído durante la operación de salvamento:

—Vienen esta noche, es-ta no-che, pron-to, «bientôt». Estad preparado.

«¿Qué dice el buen hombre?», se preguntaba Lee a quien el frío y la vergüenza habían coloreado hasta hacer parecer una fresa silvestre su kilométrica nariz. «Por lo nervioso que está me hace pensar que será hoy. ¡Bendito sea Dios, por fin!».

—Ok —le respondió en queda voz—. Yo comprender. Today. ¡All right!

Después de una taza de caldo y un baño caliente, Arthur Lee se encontró más animado. Le ofrecieron la cena, pero decidió esperar al tal Gardoqui. Cuando las estrellas brillaban en el cielo burgalés y su estómago extrañaba el alimento despreciado, se quedó dormido pensando en la estrategia y soñando con el triunfo.

Juzgando por la carta recibida, seguro que los españoles no advertirían la sutileza: iba a proponer al Ministro español firmar un acuerdo de comercio. Sonaba mucho mejor que declarar la guerra a Inglaterra, aunque en suma significaba lo mismo. Los acuerdos comerciales se firman entre Estados soberanos: si España firmaba uno con las colonias, sin el consentimiento de Inglaterra, estaba aceptando que América era una nación, estaba aceptando su independencia. Cuando Inglaterra se enterase, declararía la guerra a España. Su colega, Silas Deane, estaba intentando obtener lo mismo en Francia. Si ambos países declaraban la guerra a Inglaterra, la soberbia británica caería… definitivamente.

Bilbao, 3 de m arzo

Brígida de Orueta se hallaba en un estado deplorable, tanto que Adelaida estuvo a punto de llamar a su suegra. Por supuesto, no lo hizo: doña Simona había sido capaz de rematarla. La señora temblaba y castañeaba los dientes aun cuando no padecía de fiebres. Agarrada a la almohada con las dos manos, en un perpetuo abrazo, se balanceaba en la mecedora de madera que había traído de su casa materna desde que aquella desdichada cena había concluido y don Diego María había partido con destino desconocido. Pero lo que Adelaida tomó como un síntoma grave es que en las 16 horas transcurridas la señora no había derramado una lágrima.

Adelaida pensó inicialmente que aquello era a resultas del plato blanco de loza y trató de convencer a su ama de que la cena había resultado magnífica, de que todos habían celebrado a costurera tan hábil como para bordar aquel soberbio reloj y a cocinera tan experta

como para hacer natillas en su punto, pese a no incluir suspiros de monja. Pero doña Brígida no se movió. Únicamente despegó los labios para mencionar con lacónica voz:

— *Buena cocinera, buena dote, poco amor*. «¡Esto es serio! ¿De qué amores habla? ¿Será el señor? ¡No! ¡Don Diego María no es de ésos! Aunque dos mollejas tiran más que dos carretas y, al fin y al cabo, es hombre. Es decir, un ser débil además de imbécil. ¿Pero es que no verá que tiene en casa una maravilla? Algo llorona, sí, pero eso es por la suegra. Cuando se muera, esta pobre vivirá. ¡Mira que tengo ganas de hacerle un conxuro completo a esa bruja de pacotilla llamada Simona!
»¡Tengo que saberlo! Si va de amores, emplearé unos argumentos; si es por la suegra, le endiño un mal de ojo hasta que le salga sarpullido. Pero, ¿cómo voy a preguntarle por esos extremos? ¡Me dirá, y con razón, que soy una comadre! Ahora que si hay infidelidad habrá pruebas. ¡Claro! ¡Ella las ha encontrado y del susto ha perdido la razón! Creo que voy a registrar la alcoba, o quizás empiece por el gabinete. ¡Tengo que saber qué ocurre!
»Mas, ¿y si ella me halla enredando en sus cosas? ¿No me pondrá en la calle? ¿No llamará al alguacil y me tacharán de ladrona? ¡Si la Simona ésa me ve, me larga, que tiene antojo por echarme el guante! ¡Bien sabe que la he calado desde el principio! Bueno, esperaré a la noche, seguro que ella no se mueve. Y le haré tomar un caldo, creo que tengo algo de polvo blanco que la adormecerá».
A eso de las 11, mientras la dueña de la casa se hallaba adormilada en la mecedora junto al rescoldo de la chimenea y los niños dormían sus mejores sueños, una bujía entró en el gabinete del señor, tras ella un brazo, tordo y engordado por mantecas y azúcares, sujeto al tronco de la buena Adelaida. No fue necesario fisgar mucho. La prueba del delito se hallaba en el primer cajón. La letra era clara, la tinta conservada en buenas condiciones no daba lugar a dudas.
Tomó la carta en sus manos y, dejando la bujía sobre la mesa, se sentó colocando la primera hoja justo bajo el haz de luz. Era, sin lugar a dudas, letra del señor. Tenía éste una tendencia casi enfermiza al orden, incluso en la escritura. Líneas perfectas; el recuadro de letra dejaba el mismo espacio a derecha e izquierda, abajo y arriba. Las aes acababan con un rabo largo, mientras que las tes eran cruzadas por unas líneas tan largas que parecían sables en busca de pecho donde clavarse. Tragó saliva y leyó:

«Se está poniendo el Sol, Rosa mía, como mi vida.

Ensangrentándose está el cielo, amada mía; es por mi corazón.
Gotas de negra noche penetran el aire, todo parece muerto en mi

alrededor.
Llueve torrencialmente, es que mis lágrimas de ben ahogar mi razón.
Te adoro, mi amada, te adoro, y, sin embargo, no puedo amarte.
Ya no pienso, he dejado de sentir. ¿Cómo continuaré esta farsa?
¿Qué escasez he de aplacar, si tengo el deseo muerto y el amor está en barbecho, si tú no estás?
¡Ah! ¡Cómo oigo alegre esas canciones, y te veo retozar en los verdes campos de colza, teñidos de amarillo ya!
¡Oh, sonidos de antaño, de cuando era pájaro y no sabía volar, y me tomaste en tus pechos, para elevarme hasta hallar el nirvana de mis sueños, tan azules como el mar!
¡Oh, mar salado, salado, preñado de sal, déjame beber en tus ojos, para aplacar esta ardiente soledad!
No me escuches, amor mío. No alcance tu oído mi cantar, que nuestro amor es imposible, tan imposible que...».

La carta, detenida, carecía de continuación. «¡Santo Dios! ¡Pobre doña Brígida! ¡Fíjate el señor, tan serio que parecía, tan hosco con ella! ¡Sinvergüenza, de tal palo, tal astilla! ¡Madre e hijo, conjuro doble he de hacer! Pero, ¿qué veo aquí? ¡Está fechada en 1762! Por tanto es de... Me llevo dos, y van cuatro... Bueno, eso es de hace mucho, igual es antes de que se casaran... ¡Claro! ¡Eso es! ¡Se la escribió a la otra, a la de Burgos! ¡Burgos!
»¡Ya sé lo que le pasa a esta buena mujer! Cree que esta historia sigue, que el señor se va a Burgos para ver a esa tal Rosa, y le ha dado un ataque de celos. Lo cierto es que no creo que don Diego María le sea infiel, pero de todas maneras da igual. Si yo hubiera leído esa carta, sabría que no me quiere».
La puerta se abrió, y el cuerpo medio adormilado de doña Brígida franqueó el gabinete. Adelaida no tuvo tiempo de ocultarse. Lentamente se incorporó y, dejando la prueba del delito sobre el buró, bañada por la luz de la bujía, se alejó saliendo de la habitación con la cabeza gacha. La señora pareció no ver a su criada. Si la vio, desde luego no le prestó atención. Se sentó en la silla, tomó pliego y pluma, pensó unos segundos y se puso a escribir.

«Mi querida Águeda:

Si a la ventana de mi corazón pudieras asomarte, no verías, niña querida, más que tristeza y dolor. Si la cancela de mis sueños traspasases, verías todo teñido de negro e impregnado en cruel olor. Es el hedor de la muerte, de la ira y la aflicción. Soy un cadáver andante que un día prendió pasión, un día allá muy lejano, cuando conoció a su amador. No llores por mí, mi niñita, muerta ya estoy. No llores por mí, amador, que si me hubieras amado, mi ventana sería

balcón. El amor no es maniobra de adaptación, ni suma cicatera, ni estrategia comercial, mi amor es tan y tan grande que sólo vive en el mar. A él vuelvo, queridos, a él retorno a la caza de mis primeros sonrojos, y mi lento despertar, de cuando soñé que me amabas, ¡oh, qué estúpida ingenuidad!».

Con prisas, con la determinación de quien ha alcanzado una decisión y comprendido el curso de acción, Brígida dejó la pluma y se levantó. Se atusó el pelo con los dedos, tanteando también las horquillas del moño. Todo estaba en su sitio. Abandonó la estancia, no sin antes colocar la silla que había empleado en su lugar exacto. A Diego María le molestaba el desorden.

Atravesó la sala y cerró tras de sí la puerta de roble que salvaguardaba su casa de miradas y manos ajenas. Lo hizo sin ruido, pues Águeda dormía, y sin mirar ni una vez atrás; no era momento de melancolías. No cogió su abrigo, habría sido un despilfarro. Era de buena lana y a las niñas les quedaría bien enseguida porque crecían por momentos.

Adelaida no había perdido ripio y, aunque estaba entre bastidores, comprendió la escena mejor que si hubiera ejercido de apuntador. En cuanto la señora atrancó la puerta, salió de su escondite y se precipitó sobre el buró.

«¡Santo Dios! ¡Lleva la mirada fija de quien va en busca de la muerte! Debo hacer algo, ¿pero qué? ¿A quién debo avisar? No puedo seguirla, porque la mocita quedaría sola y si me descuido en una de éstas pierdo a la madre y a la hija. ¡Virgen de la Paloma! ¡Échame una mano, que la señora ha perdido la razón! Mira, Madre, que no es dueña de sus actos y si no la detenemos...

Una luz leve pero certera pareció abrirse camino en los riscos de su cerebro. «¡Puedo llamar a Emilia! Como su sir no tiene familia y goza de buena salud, no pasará nada si le deja solo un rato. Eso es, voy a por Emilia, en tres minutos estaré de vuelta».

Dicho y hecho. Tomó la enorme llave, cerró con tres vueltas y voló en busca de su amiga baztanesa.
Mientras, Brígida había enfilado hacia la ría, mas a pesar de su decisión dio un pequeño rodeo. Deseaba ver por última vez la Plaza Nueva y despedirse de su amada iglesia de San Nicolás, donde tantas veces había suplicado al Señor que su marido la quisiera. Todo era quietud en el centro de la vida social de Bilbao a aquella intempestiva hora. Los soportales, vacíos, soñaban con rumores de sedas y arco iris de sombrilla. Los embaldosados suelos se preparaban para el desfile de

tantos zapatos lustrados, adornados con escarapelas brillantes.
Se entretuvo breves momentos y recondujo sus pasos. Divisó a lo lejos una bandada de gaviotas que planeaba en busca de pescado mañanero y de los restos procedentes de la limpieza de redes y nasas. Los estridentes graznidos no mermaron ni un ápice su disposición. Los oía como un ruido de fondo, cariñoso y familiar, su humus natural. Allí en el puerto se cargaban fragatas y goletas, allí desembuchaban quechemarines y chalupas. Hierros y telas, lienzos y clavazones, espadas y lujos, y bacalao salado procedente de la lejana Terranova, todo era útil, todo válido si se podía cargar y vender.
Pero Brígida había descargado allí algo mucho más valioso. Aquella lengua de mar había oído sus confidencias más ocultas, sus recónditos secretos, sus más irracionales sueños. Miedos y deseos habían tenido su tumba junto al Nervión y al Durango, allí donde la sal se une a la dulce humedad de la tierra.
Adoraba aquel sitio. Ninguno de sus hijos había vis to la luz sin antes ser presentado al señor del mar. Invariablemente cuando las contracciones se iniciaban, Brígida se encaminaba a su lugar favorito en el puerto, donde veía sin ser vista. Allí se sentaba, esperando la pleamar, posando sus ojos en el colosal horizonte, donde toda pena es consolada y toda alegría ensalzada.
Entendía por qué Jesucristo había escogido a su cuadrilla entre pescadores. Era natural que así fuera. Sólo ellos podían comprender la grandeza de Dios, pues habían conocido su pequeñez frente al mar. Ante tamaña inmensidad, nadie luce engreimientos: loco sería quien exhibiera utilidades o se aderezara de conveniencias. Ante aquel enorme prodigio, el arrogante claudica, el altanero dobla, el encopetado se desnuda de su jactancia por mor de la evidencia. Es menos que nada ante la mar.
Mas modestos e insignificantes pescadores son autorizados a recorrerla, sabiendo que es juez de buena justicia. Tímidos y sumisos, alcanzan a ver en su interna rebeldía justificación para la igualdad, la plebeyez y la monotonía.
Cualquiera que a la mar llegue, una besana ha de hacer. No sirven surcos antiguos, tampoco antiguas plantaciones; bondades y blasones son engullidos por una mar que —ciega y muda y sorda para el pasado— no entiende de futuros, sólo del hoy. Del primer surco, del primer tajo, del primer sudor, con la mirada fija en el horizonte.
—Señor mío, Jesucristo —pronunció Brígida en voz alta—, mira que no puedo seguir, que sin amor me falta el aliento, que sólo pienso en morir. ¡Oh, muerte! Soñar eternamente, en lo profundo del mar, donde no hay Simonas, ni caminos de Burgos, ni asma, ni dolor. Perdona mi gesto, Señor, sé que comprenderás si me abrazo a mi madre salada para nunca volver. Sé que no debe el cristiano quitarse

la vida, mas yo no me la quito, sino que se la doy. Le otorgo a Diego María otra vida, para que la viva por amor. Ya el negocio está servido, ahora llega el momento de vivir.
Brígida bajó hasta el puerto. Había cesado la lluvia, aunque aún la densa humedad lo impregnaba todo. Comenzaba a trepar algo de luz en la línea del horizonte, que aparecía como un gigante desperezándose.
—La vista es soberbia: el mar prepara su seno para albergarme para siempre —sonrió serena.
Desató el cabo que unía a puerto la pequeña chalupa, de nombre «Libertad», propiedad de la Casa Gar doqui. Sacó los remos que estaban engarzados en popa, bajo las tablas que hacían las veces de asientos, y los colocó en sus correspondientes fijadores. Echó un poco de agua en los orificios, para que no chirriaran, y remó mar adentro. Sin prisa pero con ritmo. De pronto la luz primigenia fue oscurecida por una nube de negros presagios y rompió a llover. Las gotas eran gruesas y continuas. Se avecinaba mal tiempo.
Arreció el viento, que se ganó el pañuelo que Brígida llevaba al cuello, sin que ella hiciera la más mínima intención de retenerlo. Cada vez ponía más ímpetu, pero en cada remada avanzaba menos.
Los rizos del mar iban creciendo tanto en extensión como en profundidad. Una ola de avanzadilla desaguó sobre la barca. «Libertad» a duras penas mantuvo el tipo.
—Ha llegado el momento.
Brígida quitó los remos y los colocó en su sitio. Allí no había acantilados y las barquichuelas, que tenían querencia de puerto, solían volver sin daños si nada se lo impedía.
Pensó en lanzarse en brazos de su amada salada, pero le atracó el miedo.
—¡Oh, Señor, qué cobarde soy! Esperaré a que vuelque. Luego será corto —como buena porteña, Brígida no sabía nadar.
Un risco del mar giró la barcaza, que cada vez tenía más marcado vaivén. Eso permitió a su ocupante percibir a lo lejos una embarcación de dos palos, no demasiado grande, que daba bordadas hacía Bilbao. Brígida comprendió presto el peligro. Si seguía ese rumbo, la goleta encallaría. La ría, que de por sí era traicionera, había movido la arena otra vez en la última tormenta.
Gritó, pero evidentemente sólo el viento recogió su aviso. Estaba demasiado lejos. Decidida, volvió a colocar los remos, lanzándose a una carrera desesperada. Lejos quedó su idea original, lejos, allá en el hondón de sus sueños. Ahora debía advertir a aquellas pobres almas, cuyas mujeres esperaban en tierra, cuyos hijos ansiaban el abrazo y el sustento. Ya habría tiempo para el suicidio.
Sacando fuerzas de la sorpresa por su propio arrojo, Brígida fue

acercándose a la goleta. Era hermosa, cerca de 200 toneladas, mayor de lo que le había supuesto en la primera mirada. La cangreja había sido desenvergada. El foque no había sido arriado, oliendo ya a puerto. Entonces lo vio.

—¡Es el «San Joseph», propiedad de los Gardoqui! Debe de venir de Boston con arroz e índigo. ¡Capitán!

Un grumete de cubierta vio a la mujer y avisó al timonel. Ella, sin embargo, no percibió ser escuchada y se puso en pie agitando los brazos.

—¡Orce a babor, Capitán! Se han formado bancos de arena a estribor.

Fue lo último que dijo antes de que «Libertad» claudicara y volcara violentamente. Brígida cayó al agua.

La mar acogió a la dama con un abrazo envolvente, llamándola a su seno con sonidos hipnotizadores. Abajo, abajo, más abajo. Cantaban las sardinas, las merluzas y hasta el último ballenato que quedaba en Vizcaya, dando la bienvenida a su nueva amiga, futuro alimento.

Tras la angustia de tragar agua salada llegaron las ansias de respirar profundo, y las sacudidas de brazos y piernas, y la enorme apertura de los ojos. Luego todo se puso negro y la angustia cesó. Los peces se acercaron conscientes de que aquella comida ya no protestaría.

Entonces fue pescada. A pincho, como las buenas merluzas. Pescada y sacudida con las agallas boca abajo. Golpes en el pecho sin remilgos, con fuerza marinera, consiguieron que el cuerpo vomitara la sal en su medio disuelta.

El negro se volvió gris en la mente de Brígida. El gris se tiñó de azul. Después volvió la negrura. Cuando finalmente despertó estaba en su alcoba, sobre una montaña de almohadas, en un ambiente impregnado por un dulzón tono jazmín. Portaba un camisón de seda cruda, con doble hilera de puntillas y lacitos de color rosa pálido que nunca había visto. Cerró nuevamente los ojos y ensayó respirar. Lo consiguió sin dificultad alguna. Abrió los párpados y se fijó en la mano derecha. Tres grandes quemaduras dominaban el panorama. «Sin duda es mi mano, soy yo. No he muerto».

Como prendida del cielo, una dulce voz susurró.

—¡Oh, querida! ¡Yo que te tuve por merengue! ¿Sabrás perdonarme?

A Brígida aquel tono le sonó a suegra, pero era evidente que se había equivocado. El contenido era impropio de aquella lengua viperina. Elevó los ojos y ante el panorama se estremeció. En efecto, era Simona que continuaba disculpándose con palabras nada confusas.

—Pero, querida, ¿cómo no avisaste a alguno de los chicos? ¿Cómo no diste primero la alarma? Has estado a punto de perder tu vida por salvar el «San Joseph» y su carga. ¡Oh, qué intuición! Ya nos ha informado Adelaida cómo presentiste el peligro y te fuiste al puerto. Ella te siguió dejando a Águeda con una amiga, criada de un inglés.

Luego fue en busca de Juan Ignacio.
—¡Águeda! ¿Se encuentra bien? —sus primeras palabras salieron fuertes, con vigor.
—¡Ah, sí, querida! No te inquietes; resultó que el vecino inglés tenía un invitado médico, un hombre pelirrojo de aspecto melindroso, pero al parecer una eminencia. Le ha recetado un...
Brígida se relajó y volvió a cerrar los ojos, aunque mantuvo el oído alerta. No tenía ganas de hablar. Cuando transcurrió un tiempo prudencial y percibió que se hallaba sola, se levantó y corrió hasta la habitación contigua que comunicaba con la alcoba. Buscó y rebuscó entre los papeles del buró pero no encontró la carta de su marido ni la nota. Se sentó y se echó a llorar. Oyó entonces junto a su pelo una voz hermosa, familiar, juvenil.
—Madre querida. He hecho la limpieza porque había muchos papeles sobre la mesa. Había dos sucios y borrosos. Los he destruido... Los he quemado para siempre.
Luego los brazos la rodearon con fuerza. Fue un abrazo hermoso, casi salado, en la inmensidad de un cariño sin orillas, sellado en una confidencia eterna.
«¡Bendito seas, Diego María, que, aun no dándome tu amor, me has ofrecido el océano de mis hijos, más valioso que la propia mar!».

Burgos, madrugada del 4 de marzo

—¡Señor Lee! ¡Mister Lee! ¡Despertad! ¡Ha llegado la visita que esperabais!
—¿Qué hora ser?
—Las cuatro de la madrugada, mister. Pero vuestra visita ha insistido en veros cuanto antes. Os espera en la biblioteca del señor deán. Iré a la cocina a preparar alguna vianda, porque el señor no ha comido nada. ¿Me habéis en-ten-di-do? En la bi-blio-te-ca. Li-bros. ¿Com pren déis? Leer —dijo tomando uno de su mesa.
—¿Library? ¿Yes? Of Course. Voy prisa yo.
—Estos americanos. ¿A dónde quieren ir a parar con esa lengua? ¡Como no cambien y aprendan español no van a ningún sitio! ¡No pretenderán que nosotros aprendamos a escupir en inglés! ¡Todavía hay clases! —afirmó el criado mientras se retiraba dejando al americano azacaneado con su lazo.
Sobre la lengua inglesa Lee no pudo opinar, puesto que no había entendido nada de nada. Pero su cabeza funcionaba cargando su memoria con el discurso ensayado. Se arregló el pañuelo del cuello, se atusó el cabello con el peine de plata y marfil regalo de su madre, se estiró la casaca, que estaba notablemente arrugada porque se había quedado dormido sobre ella, y salió rápido hacia la biblioteca. Sin embargo, volvió a los pocos segundos para cambiarse de traje.

—¡La primera impresión es importante! —manifestó—. Más vale que espere unos instantes, a que vea a un hijo de América vistiendo como un plebeyo inglés. —Cuando terminó, se contempló satisfecho y decidió bajar.
Mientras, en la biblioteca, casi en penumbra, esperaba Gardoqui acercando su trasero al aún incipiente fuego. La madera estaba verde, desprendía humo y colecciones esporádicas de chispas, pero calentaba, que era de lo que se trataba. Un humeante chocolate templaba sus manos y unas deliciosas torrijas con miel su ánimo. ¡Le encantaba la miel de abeja!
Unos golpes en la puerta antecedieron la entrada de un hombre. Diego María de Gardoqui se alejó de la chimenea y se colocó erguido en el medio de la habitación, con sus talones algo levantados, según su costumbre. La escasa luz del candil, más que iluminar al recién llegado, alargó su sombra, de modo que el vasco creyó estar ante un gigante.
«¡Dios mío!», se dijo. «¡Al menos mide dos metros! ¡Santo Dios! ¡Y su nariz le hace juego!».
Lee, por su parte, tardó en acostumbrarse a la débil luz. Pero cuando lo hizo, tuvo que ponerse a toser desaforadamente para evitar que el español se sintiera ofendido por sus risas. ¡Aquello no era un español, era medio español! ¡Ni eso, un cuarto, porque el otro tanto lo tenía en la nariz! ¡Qué fosas nasales! Podría meterse por ahí un ratón y no se enteraría! ¡Podría sembrar tabaco y fumar durante años de su propia cosecha! Tosió más y más, mientras descocadas lágrimas corrían por su mejilla.
El petardazo producido por una rama húmeda salvó al americano. Mientras Gardoqui cogía el atizador, Lee consiguió serenarse y se presentó. Ambas lustrosas narices se acercaron para cuchichear en inglés. Lee era un hombre impetuoso, soltero por convicción y algo bohemio. Le gustaba discutir y discurrir y disfrutaba enormemente con los juegos de palabras. Diego María de Gardoqui era un hombre callado, prudente por naturaleza, casado por estrategia y con un fino, casi inglés, sentido del humor. Pero ambos compartían lealtades parejas: la familia, la tierra, la patria. Los dos tenían un gran corazón y un hondo sentido de la amistad, por lo que todo fue sencillo y rápido, como si esos valores hubieran aceitado una negociación cuyos goznes, a priori, padecían herrumbre.
Tras una larga hora de conversación se retiraron a descansar, no sin antes quedar para el día siguiente. Gardoqui sugirió a Lee que redactara un memorial que resumiera sus pretensiones.
—Yo se lo traduciré previamente al marqués de Grimaldi, con el que he de reunirme en el destino convenido. Si él conoce esos términos a priori la conversación será más fluida. ¿Os parece bien, mister Lee?

—Perfectamente. Empero habréis de darme algo más de tiempo. ¿Os parece que nos reunamos a eso de las doce y media?
—Cuando vos gustéis. Yo soy hombre madrugador. Dejémoslo así entonces. Nos encontraremos aquí a esa hora. Yo partiré después para encontrarme con el marqués de Grimaldi y traerlo aquí. Mañana por la noche nos veremos los tres. Por cierto —cuestionó Diego María mientras se alejaban—, ¿habéis oído hablar de un comerciante llamado Zaqueo, o algo similar?
—Me temo que el único Zaqueo que conozco me suena a religioso, aunque no le sitúo en este momento. No he practicado mucho últimamente.
—Ya. Bueno, os dejo reposar. Que descanséis. Mañana tendremos mucha tarea.

Diego María de Gardoqui se llevaba bien con el alba. Era fácil verle en pie a las cinco de la madrugada volviendo del puerto tras la inspección de alguna carga, o la solución de alguna gestión inacabada. Pero aquel día no se levantó temprano, sino que, pese a haberse acostado, no durmió. El bilbaíno sintió aquella madrugada una angustia inopinada. No desayunó más que chocolate, rechazando el pan con nata de leche y azúcar y la sopa de ajo. Nervioso, se frotaba las manos una y otra vez.

Sabía a ciencia cierta que no debía ir; siquiera el pensamiento era ya en sí una traición. Brígida era una gran esposa y una estupenda madre, abnegada, humilde y cariñosa. Pero cada vez que venía a Burgos le quemaba el corazón. Necesitaba saber qué había sido de Rosa.

Como se conocía bien, cuando acudía a la ciudad del Cid lo hacía con el tiempo tasado; realizaba las gestiones y corriendo abandonaba las tierras del Arlanzón. Sin embargo, aquella vez se veía impelido a permanecer allí varios días. Eran las siete en punto. Nada que hacer, sólo pensar, sólo soñar. Tenía casi cinco horas por delante; hasta las doce y media.

Su mente guardaba celosamente, casi de manera indeleble, la dirección de su antigua novia, su amor de juventud. Frescas como lechugas recién arrancadas estaban cada palabra, cada gesto, cada beso. Se puso en pie, se revistió con una capa con cuello de piel, calzóse botines sobre las medias de lana y salió nervioso en busca de su amor de juventud, su sueño dorado de los últimos quince años.

Acalló su conciencia arteramente diciendo que sólo quería saber, pero a cada paso aquella dulce época era evocada; cada plaza contenía un

recuerdo que se había magnificado con la distancia.

La antigua Corte iba mejorando en aspecto y vida, pero desde luego no estaba lustrosa; a mil leguas quedaba de Bilbao. Sus comerciantes, antaño florecientes, languidecían ahora procurando salvarse de las reiteradas quiebras. Con Carlos III y sus aires de cambio, las cosas parecían mejorar, pero con tal lentitud que en Castilla se esperaba el efecto, no ya en los ochenta o noventa, sino incluso en el nuevo siglo: el diecinueve.

Gardoqui observaba con sus ojos mercantiles las calles y plazas; los comercios, al por menor, que en los bajos de las viviendas hacían su escaso negocio; los puestos ambulantes y los pobres. Pobres por docenas, pobres por doquier, pobres de solemnidad y pobres vergonzantes que mantenían como podían su orgullo tras su famélica faz.

Se detuvo unos metros antes del número 7, una casa de pisos con cierta solera. Allí en Castilla, primaba la escasa altura, y el principal era el más notorio. En Bilbao, por contra, muchos preferían ya el último piso, porque tenía mejores vistas y muchas menos humedades, aunque las escaleras siempre resultasen incómodas. Mas, ¿quién no subiría un buen trecho de escalones con tal de poder contemplar la mar desde arriba?

La oronda puerta de cuarterones en arco redondeado del portal estaba abierta de par en par. Una mujer, rodillas en tierra, medio tumbada sobre un trapo gris, de lamentable aspecto, fregaba el suelo de mármol marrón con vetas blancas. Lo hacía maldiciendo y con desgana.

Diego María cruzó el portal por el lateral para no estorbar el trabajo de la fregona, quien, lejos de agradecer la gentileza, dejó escapar una blasfemia.

Tragó saliva y ascendió los dos tramos de escalera que le separaban del domicilio de Rosa con paso vacilante. Se entretuvo atusándose el pelo y estirándose la levita. Aún dejó pasar varios minutos esperando oír algún ruido que le diese miedo y le hiciera desistir. Sabía fehacientemente que no debía estar allí.

—¿Qué le vas a decir, Diego María? ¡Hola, Rosa! Soy yo, tu novio de Bilbao, el que fue a por tabaco de mascar y nunca más volvió… ¿Qué le vas a decir? —le preguntó su conciencia.

—No voy a decirle nada. Sólo deseo verla, saber si esto que late en mi corazón lo hace al mismo compás que el suyo.

—¿Al compás? ¿Tras los años, al compás? Tú lo que tienes es ganas de ser otra vez un chaval. Pero ya no lo eres; ese tiempo de primavera pasó. Ahora es verano, espigas granadas, dorados frutos. ¿O es que son menos que las rojas amapolas o las blancas azucenas? ¿O es que acaso éstas te alimentan?

—Sí, lo sé. Brígida es mi mujer, y la quiero por ello y por los hijos que ella me ha dado, y por los momentos, y por los cariños y hasta por los arrullos. Pero, ¡ah, mi soledad! Aquí en este piso enterré mi pasión; aquí abandoné, sin remedio, a mi amor, aún no fluido.

—Bien lo has dicho, sin remedio. Entonces, ¿qué haces aquí?
—Calla, ¡ea!, que es mi vida, sólo una vez al menos.
—Tamaño egoísta estás hecho. ¿Sólo una vez? ¿Para ti? ¿Para ella? ¿Y Brígida? ¿Qué culpa tiene?
—Nada va contra ella. Es otra mercadería la que aquí se vende.
—¡Acabáramos! ¡O sea que vienes a esta casa en busca de un plan! Mira, Diego María, que eso no se vende en un principal, o puede que sí, pero en todo caso pagando. ¿Eso es lo que quieres?
—Escucha, por Dios. Que no busco meretriz. Que vengo tras el amor.
—No, escucha tú; el amor está en Bilbao. A lo sumo aquí buscas placer: quizás no el carnal, o tal vez sí, me temo. Pero, en todo caso, el que satisfaga tu ego. Te haga aparentar joven, libre, apuesto...
—Sí, hombre, ahora voy a buscar aquí los 30 centímetros de estatura que me faltan.
—Bueno, más o menos, aunque no se mida en centímetros, eso es lo que buscas.
—En tal caso...
—En tal caso, en tal otro, estás cometiendo una terrible injusticia contra Brígida y lo sabes.
Diego María fue, enfadado, separándose de la entrada al domicilio marchando hacia atrás. En esto, sin haber llamado, la puerta se abrió. Salió una mujer, aún joven pero no demasiado, envuelta en un corpulento sombrero. Se asustó al toparse con el caballero y, aunque sus buenos modos le impidieron chillar como una histérica, soltó un considerable grito.
Salió corriendo un hombre que, enfurecido espetó al bilbaíno:
—¿Qué hacéis a mi esposa?
—Lo siento, disculpad, buscaba el domicilio de los Saralústegui.
—¿Saralústegui? ¿No se llamaban así los anteriores propietarios?
—Sí, cariño —contestó la mujer del sombrero coqueto y, dirigiéndose al demandante, aclaró—: Tras la quiebra, él murió de un ataque al corazón, o algo así.
—¿Y su esposa? —preguntó Diego María, sin tratar de esconder su curiosidad.

—Bueno, la pobre quedó en la miseria, aunque creo que aún vive aquí, en una de las buhardillas.
—Discúlpadme por haberos molestado, especialmente vos, señora, si os he asustado. No ha sido ése mi ánimo, por supuesto.
Y sin más preámbulo, Diego María, cabeza gacha por la vergüenza, bajó a trompicones las escaleras que le separaban de la calle. Tenía el ánimo tan encendido que su cara parecía un ascua. Le temblaban las manos, respiraba exhalando bufidos, mientras sus ojos despedían destellos de orgullo herido. Tan raudo quiso abandonar aquella oprobiosa situación, tan diligente trató de desfacer lo fecho, que salió corriendo tropezando en su fuga con el cubo de hojalata de la mujer que se afanaba en limpiar el portal. No consiguió sino desparramar toda el agua sucia por el vestíbulo.
—¡Hijo de inglés! ¡Maldito! —chilló la fregona mientras se levantaba, con la falda escurriendo agua grisácea—. ¿Veis cómo me habéis ensuciado? ¡Lo habéis hecho aposta para mirarme el trasero! ¡Sinvergüenza, mirón!
Diego María fue perdiendo el color paulatinamente. No pudo soltar prenda, ni una mísera disculpa ante aquella mujer, lucero del alba de sus sueños, quien, levantada, le escupía insultos obscenos a escasos centímetros de su cara.
Echó mano al chaleco. Sacó del bolsillo todas las monedas que poseía. Tomó suavemente las manos de la mujer, ásperas y amoratadas por tanta agua y tan fría. Depositó en ellas los reales que llevaba. Luego le cerró los dedos, giró la muñeca y se agachó para besar aquella mano que tanto había añorado aquellos quince años.
Mientras depositaba el beso del adiós, susurró:
—Adiós, Rosa, adiós para siempre.
La mujer pareció reconocer en aquel beso, y sobre todo en aquella voz, a algún antiguo novio, pero no consiguió recordar su nombre; sólo poseía una lejana evocación de aquel pequeño hombre.
El cielo, desde el nacimiento de la mañana plomizo, comenzó a descargar agua. Las gruesas gotas provocaron la algarabía propia de quien ve peligrar sus mercancías. En pocos minutos todas las telas fueron guardadas, el pan tapado y metido en cestos, el tocino envuelto. Hasta el ciego que, escudilla en mano, pa seaba en busca de alguna limosna voluntaria o sisada, corrió con soltura para evitar mojarse.
El bilbaíno, sin embargo, se arrastraba a paso cansino. Ni siquiera cuando los relámpagos surcaron el cielo, aceleró la marcha.
—Estoy en Burgos. Nadie me ha visto. Los señores del principal no me conocen. No ha pasado nada —se repetía sin cesar.
Como si se enfrentara a un espejo, arregló con parsimonia el cuello de su capa, levantó la cabeza con dignidad y adoptó un aire señorial al

entrar en la casa donde se alojaba. Allí se cambió de ropa y preguntó por la dirección del joyero. Deseaba adquirir algún adorno para su mujer.

Un barrunto de culpabilidad, un remusgo de delito, un presentimiento de pecado planeaban sobre él reconcomiéndole por dentro. Pero eran melifluos sus miedos, tenues sus sentimientos, sólo como una blanda turbación, como un murmullo de agua. Se repetía una y otra vez que nadie le había visto. Y que Brígida nunca sabría nada. Además, ¿qué había pasado? Había ido a ver a unos antiguos amigos, había topado con un cubo y le había dado unas monedas a una mujer por el perjuicio. ¿No aparecería esa acción a todas luces como inocente?

—A fe que, si yo lo viera, lo tomaría como lo que es, un triste accidente. Llevaré una joya a Brígida para celebrar el negocio y todo acabado.

El joyero le hablaba de hermosos diseños principescos, pero Diego María no le oía. Pensaba en Rosa, en lo deteriorada que estaba, sobre todo en su carácter.

—Ni siquiera me ha reconocido. ¡Yo pensando continuamente en ella, y ella ni siquiera me recordaba!

—¿Es esto del agrado de vuestra merced?

—Disculpad, ¿qué decís?

—Le decía que este modelo es copia del que Su Majestad el Rey regaló a su difunta esposa. Me lo había encargado un comerciante de esta villa para sus esponsales, pero le pilló la quiebra de los Dariés y me quedé con la mercancía. Mirad, es un precioso brillante tallado en perilla, contorneado por otros más pequeños. Ahora que quizás se os vaya de precio. Tengo también un precioso esmalte de la Virgen de Guadalupe, enmarcado en plata, guarnecido por dos esmeraldas. Y un reloj precioso, también con piedras preciosas: rubíes exactamente.

Al oír mención de la Virgen de Guadalupe, Gardoqui se sobresaltó. El rostro de Brígida vino inmediatamente a su memoria, lloroso, rogándole a «su Virgen» —así la llamaba— que se pasara el ahogo de Águeda, o que no rompiese más platos. Una punzada y luego otra dañaron su corazón, por encima del orgullo herido.

—Me quedaré el esmalte. Preparadlo. Mañana os haré llegar el precio.

—De acuerdo, lo limpiaré bien; puliré la trasera y os lo enviaré a vuestro hospedaje.

Había dejado de llover. La algarabía y el color retornaban tan rápido como habían desaparecido. Los puestos ofrecían sus mercancías, el ciego paseaba su escudilla y los niños berreaban entre juegos y grescas infantiles. Un hombre de aspecto satisfecho atravesaba las calles burgalesas.

—Todo arreglado —se dijo—. Sí. Todo está resuelto —repitió intentando convencerse de que, en efecto, así era—. Iré a recoger el

memorial del americano, y luego partiré hacia Santo Domingo, en busca de Grimaldi.

Santo Domingo de la Calzada, 4 de marzo

El marqués de Grimaldi estaba muy cansado. Rele vado en sus tareas ministeriales por el conde de Florida - blanca tan sólo unos días antes, su escrupuloso orden y sus ardientes deseos de abandonar la política activa, y también Madrid, le habían permitido hacer el traspaso de poderes en un corto espacio de tiempo. Ansiaba desde hacía meses los aires norteños, la paz del campo verde sembrado de silenciosas ovejas churras, la brisa del mar, la merluza recién pescada y, sobre todo, la libertad que daba no saberse espiado, ni adulado, ni injuriado, ni envenenado indistintamente por amigos y enemigos.

Su casa del Norte le aguardaba amorosamente con el ansiado reposo. También la abundante pesca y la serena lectura a la luz de un buen fuego de haya. Llevaba mucho tiempo en Madrid: los motines, la Inquisición, los jesuitas y, finalmente, el permanente, aunque larvado, estado de guerra, le habían impedido ver el mar, y, sobre todo, olerlo.

A sus 71 años deseaba por encima de todo retirarse y ponerse en paz con el mundo, y también con Dios, que iba llegando la hora. Los fuegos se habían ido apagando, empezando por los jesuitas, que habían pagado su osadía con una expulsión en toda regla. La Santa Inquisición, escarmentada en cabeza ajena, se había replegado sobre sí misma hablando en voz de clausura. Los ingleses habían callado sus risas tras la Paz de París y estaban muy ocupados con sus colonias.

—Sin embargo —maldijo retocándose machaconamente la coleta, su gesto habitual para designar contrariedad—, lo que va a retrasar mi pesca y mi descanso no es Inglaterra, ni la Inquisición, sino el famoso y entrometido americano Lee. Espero que podamos echarle pronto. Gardoqui es hábil; le retendrá en Burgos. Una semana a lo sumo, y a casa. Tenía confianza en el muchacho bilbaíno. «¡Y eso que no le cabe mucha ciencia!», rió para sus adentros recordando los escasos 150 centímetros de estatura del vasco.

Empero, lo más importante era tomar la decisión correcta. Y no lo tenía muy claro. Antes de partir había vuelto a releer todos los memoriales al efecto. Las cartas estaban ya boca arriba y sobre la mesa. Pero no era fácil decidir.

Le diría al americano que debía esperar un poco. ¿Cómo había dicho Su Majestad? ¡Ah, sí: ayunar un poco! No le extrañaba tampoco que

Su Majestad de seara separarse algo de los franceses.

El rey Luis sería primo del rey de España, pero Francia no estaba gobernada por su joven mano tanto como él creía. Guines, el Embajador francés en Inglaterra, estaba acordando una unión entre Francia y Gran Bretaña para atacar España a la menor oportunidad. Los rusos, por su parte, se hallaban a la expectativa, y los portugueses importunando a unos y a otros. «¡Qué tiempos, Señor!», pensó. «¡Es más rentable vender secretos que importar tabaco!». Claro que él tenía sus propios espías, y bien pagados.

El cochero alcanzó las amplias murallas de Santo Domingo de la Calzada. Entrando por la fachada occidental por entre las arcadas que emporticaban la puerta, tomó la Calle Mayor dirigiendo el tiro a la plaza principal. Como era sábado, había mercado: alboroto, desorden, gritos, colores, risas... y dificultad para el tránsito. Tardaron quince minutos en atravesar aquellos puestos ambulantes, tiempo que Grimaldi, católico ferviente, aprovechó para elevar su ánimo a Dios sacramentado en la magnífica catedral que coronaba la plaza.

Pasada la fachada del templo, un gran arco abría una bocacalle que conducía a la casa del obispo, un viejo caserón gótico, recientemente remodelado. En la portada, donde lucían recién pintados los blasones del eclesiástico, esperaba Gardoqui, a cuerpo gentil, pese al frío.

«¡Tiene buena planta, lástima de las medidas!», pensó Grimaldi. «Y mejor labia», concluyó en cuanto recibió su saludo.

De un plumazo, con la precisión de un cirujano, le diseccionó la situación. Pros y contras diplomáticos fueron tenidos en cuenta, a la par que el coste, que para algo Gardoqui era comerciante.

—Si os parece, Marqués, para que no toméis algún frío, podemos reunirnos y almorzar en privado. Mañana por la mañana, tras el desayuno, podemos partir hacia Burgos y cenar allí con el americano. Así podré informaros con más detalle. Ahora que, si vuestra gracia está fatigado del viaje, puedo redactarle esos pormenores en unos pliegos que vuestra merced puede leer mientras reposa… Y hablando del almuerzo, ¿os gusta la morcilla dulce? Es especialidad de estas tierras, con azúcar y piñones, y dicen, aunque yo me he tomado la libertad de dudarlo, que es muy digestiva.

Grimaldi sonrió ante aquel pequeño aprendiz de hombre de Estado. «¡Llegará lejos este bilbaíno! ¡Ame ricanos y morcillas: magnífica combinación!».

—Bien, Gardoqui. Hagamos lo siguiente, dejadme reposar durante una hora. Que me envíen un poco de aloja a mis aposentos. Ordenad el almuerzo para entonces, vuestra merced y mi persona. Probaré las morcillas, aunque creo que saladas. El resto de la comida, nada de exquisiteces, que estoy harto de la Corte. Sopa, algo de carne, lechoncillo si tienen, y frutas confitadas. Si la cocinera es buena, que me haga duelos y quebrantos. Y, por favor, Gardoqui, vigile vuestra merced personalmente la sopa, ya sabe que ésa es una cuestión de fe.

Gardoqui rió estrepitosamente, mientras asentía con la cabeza.
—Como vuestra gracia mande. Presto os envío el aloja. ¿Tomaréis también hidromiel para la comida, o deseáis un vino especiado?
—Sí, en la comida vino añejo, con un poco de agua y algo de canela. Gracias.
El cochero descargó el equipaje y ayudó al anciano a bajar del carruaje y a alcanzar la casa, pues no llevaba calzado adecuado. Gardoqui, por su parte, se fue en busca de las cocinas. No tardó en encontrarlas, porque los efluvios eran verdaderamente encantadores. Halló en la estancia a una señora de mediana edad entrada en carnes que removía el contenido de un puchero. Por el estado de su nariz y el tono de sus mejillas había probado el vino largamente.
—Señora, ¿os encontráis bien? Hay en la casa un invitado especial que debe ser atendido con esmero y finura. ¿Os creéis capaz de ello?
—¿Capaz? Llevo diez años alimentando al señor Obispo. ¿Le ha visto vuestra gracia de perfil?
Gardoqui sonrió satisfecho. En efecto, el aspecto del clérigo era similar al de una embarazada a punto de parir.
—Bien, pues entonces preparad una sopa de esas que resucitan a los viajeros cansados. Y nada de echar huesos antiguos ni carnes viejas.
—De acuerdo, solsido de gallina joven con tropezones de jamón, higadillos, huevo picado y algo de pechuga. ¿Contento?
—Perfecto. Luego lechoncillo, quizás con algo de arroz. Y de postre, confitura de frutas.
—¿Nada más? ¿No queréis que haga punta de diamante con una buena dosis de merengue y cabello de ángel? ¿O tal vez unos pestiños?
Al oír la palabra pestiños a Gardoqui se le despertaron las glándulas salivales. Era uno de sus platos favoritos.
—De acuerdo, unos pestiños. Ahora que envíen al Marqués una copa de aloja y algo de tortilla de patatas.
—¿Aloja? ¡Que aquí el vino no sabe a pellejo! ¡Será posible! ¿Pero qué se han creído estos señoritos de Bilbao? ¡Esta bodega posee estupendos caldos! El señor Obispo es sibarita también con la bebida. Además, ha de saber su señoría que en Burgos la botillería es de

primera.
—Sí, un buen vino añejo para la comida, pero ahora el Marqués quiere aloja. Ponedle bastante miel, canela y jengibre, un poquito de nuez y una pizca de pimienta. Y que esté muy fría.
A la hora en punto, Gardoqui llamó a la puerta de los aposentos en los que habían alojado al enviado real. Se le dio paso desde dentro. Diego María se encontró ante el hombre, pues Grimaldi se hallaba sin peluca ni otros adornos. Con los pies elevados sobre una silla, tapado con una manta de lana de vicuña, de excelente calidad en tono natural. El pelo del Marqués era abundante, encanecido en extremo tanto por la edad como por los problemas; su rostro enjuto denotaba un cansancio existencial. Parecía un elefante en busca de su cementerio. Un lugar de asilo frente al mar.
—Adelante, adelante, querido Gardoqui. Tomad asiento cerca de mí, junto a la chimenea. Mis huesos se resienten con estos fríos. Y decidme: ¿Os habéis encontrado con el americano? ¿Qué os ha parecido el tal Lee? Hablad con sinceridad.
En aquel momento llamaron a la puerta. Un criado portando un carrito, una hermosa pieza de marquetería, traía la sopa. La cocinera le seguía con un cucharón en la mano. Sus mejillas, antes rosadas, ahora parecían salpicadas de pimentón. Cuando habló, su voz no sonó achispada, pues no era ése su estado. Padecía más bien una cogorza de respetables proporciones.
—Señorías, la sopa está lista. Todo en ella es de buena factura. La gallina, emparentada con un pato de la Corte, ha sido cocida completa. Nada de patatas. Sólo buenos puerros y cebolla. Higaditos y jamón. Y con el fin de que vuestras mercedes se alegren, he añadido unas copitas de vino, *pa* matar las penas del camino. El tostón está asándose al horno, y los postres en proceso. ¡Buen provecho!
Grimaldi y Gardoqui miraron estupefactos a la cocinera mientras hablaba y luego cuando le entró el hipo. Mas al empezar los cánticos, Gardoqui se levantó y la barrió de la habitación a empujones. Aun después de cerrada la puerta, se podían oír sus coplas desde dentro.
Los dos hombres se sentaron a la mesa. El criado, vestido de rigurosa librea y educado para tal, sirvió la sopa. Guardaron un minuto de silencio para dar gracias por los alimentos al Creador y dieron cuenta del plato. Se veían grandes trozos de pechuga y tropezones de jamón. Los higadillos menudos. El vino no se veía, pero se apreciaba con el solo olor. Aquella sopa portaba lo menos dos cuartillos de vino tinto. Sin embargo, el calorcillo que desprendía tentó a los comensales, que, lejos de dejar el plato en blanco, repitieron.
El lechón, como manda la costumbre, tras ser bien adobado en tomillo, había sido ensartado en un espetón y asado dando vueltas en la lumbre. Sin embargo, lejos de venir en su jugo, apareció regado con

una salsa a base de ajo y perejil a la que la buena cocinera había matado también las penas. Las frutas escarchadas ha bían sido conservadas en anís. Se salvaron los pestiños de milagro. Al finalizar la comida, los subidos colores de Gardoqui y Grimaldi sacaban medio cuerpo al de la cocinera, que se había ido ya a dormir la mona.
La conversación comenzó seria y serena. Estrategias, cursos de acción, alternativas, reales y libras tornesas. Terminaron, no obstante, cantando coplas de difuntos a los hijos de la Gran Bretaña.
Gardoqui dejó al Marqués ejercitando la siesta. Él, por su parte, fue a tomar el aire y a recopilar lo poco de lo que se acordaba. Como en una nube, la voz de Grimaldi le prevenía sobre las tretas del americano. —Querido Gardoqui, mirad que este yanqui nos solicita un tratado. Un inofensivo tratado de comercio internacional. ¿Qué puede ser más inocente que firmar un acuerdo para importar bacalao y exportar mantas? ¿Qué más noble que intentar mejorar nuestra balanza comercial? Mas no se engañe vuestra merced, que detrás de esa inocencia dormita una alimaña. Los tratados de comercio internacional sólo se firman entre Estados. Si Su Majestad firmara uno con los americanos, estaría reconociendo que son una nación, un pueblo independiente. Con esa firma, el Rey estaría declarando la guerra a Gran Bretaña.
—Entonces, ¿qué hemos de hacer? Se me ha requerido para que mi Casa comercie con los americanos por cuenta del Estado. ¿Quiere eso decir que voy a contribuir a declarar una nueva guerra, un nuevo conflicto donde mucha sangre será derramada, muchos barcos enterrados en el mar y muchas mujeres quedarán viudas? ¿Eso es lo que desea Su Majestad?
—No, no, por Dios. Precisamente eso es lo que tratamos de evitar. Vuestra merced es un comerciante. Vuestra Casa comercial negocia desde antaño con los puertos americanos ahora en rebeldía. Ése es vuestro oficio. Nadie puede achacaros que negociéis con ellos por causas políticas, sino por el ánimo de ganancia. Las mantas, los lienzos, las jarcias o el hierro no son mercancías de guerra ni están prohibidas en las convenciones internacionales. Ningún inglés puede tildaros de pro-americano por seguir haciendo lo que antes de la contienda hacíais.
—Sí, pero los cañones de bronce, balas, armas, bayonetas y demás pertrechos militares son justamente las mercaderías que ha solicitado Lee.
—De acuerdo, pero nosotros de momento les enviaremos mantas, tiendas, ropa y productos que, siendo inofensivos, les serán muy útiles al general Washington, si es cierto lo que dicen nuestras fuentes en América.
—También a nosotros nos han llegado las mismas noticias.

Gardoqui tardó escasos segundos en darse cuenta de que había metido la pata hasta el fondo del pozo. Grimaldi no pareció darse cuenta y siguió con su razonamiento.
—Como conoceréis, los ingleses han detenido uno de los barcos que Beaumarchais había cargado para América. Todas las armas han sido confiscadas y el barco retenido. No me cabe duda que detendrán nuestros primeros envíos. Quiero que vean telas castellanas, cuentas para los indios y algún aparejo de pesca. Nada más. Al tercer o al cuarto envío podremos añadir algún que otro cañón, alguna que otra caja de granadas o algún barril de pólvora.
—Marqués, ¿a quién cargara su comisión la Casa Gardoqui?
—A ellos, evidentemente. Lo habitual, aunque tenéis que ser consciente de que esta aventura tiene más riesgo.
—¿Y cómo se arbitrará el pago?
—La Real Hacienda irá ingresando ciertas cantidades en vuestra cuenta. Vos firmaréis los correspondientes recibos. Sáquele vuestra merced el mejor provecho al dinero conforme vaya llegando. Las finanzas españolas no están muy boyantes desde la última guerra, y además el tráfico marítimo resulta más escaso y más caro.
—Sin embargo, los americanos no son pobres. ¿Por qué ofrecerles caridad si podemos otorgarles comercio?
—No os entiendo, Gardoqui, explíquese vuestra merced.
—Decía hace un momento que los yanquis deseaban un acuerdo comercial con España, cuestión imposible salvo que se realice a través de los comerciantes españoles. Cuando mi Casa negocia con ellos, lleva carga de ida y de vuelta. Antes había que tocar Londres; ahora ya no. ¿Por qué no cambiar a los americanos las mantas por arroz, las velas por tabaco, las tiendas por índigo? Así todos salen ganando. La Real Hacienda, que no ve disminuir drásticamente su saldo, los americanos que compran su propia libertad y el mercado español que verá disminuir el precio del tabaco y llenar sus mercados de arroz a precio razonable.
—¿Y están los americanos preparados para ese comercio? ¿Podrán cosechar, plantar y cuidar sus campos estando en guerra?
—Según mis noticias, las contiendas están muy localizadas, geográficamente hablando. El tabaco de hoja de Virginia sigue produciéndose a buen ritmo con la calidad habitual, evidentemente muy inferior al nuestro, aunque es muy adecuado para el relleno. Lo mismo ocurre con otros productos. El problema quizá estribe en el volumen. Los americanos necesitarán más pertrechos de los que puedan pagar si es que en verdad de sean salir vencedores. Deberíamos entonces desarrollar una línea de crédito.
—¿A fondo perdido?
—No, señoría. Si hablamos de un acuerdo comercial, se deberán

respetar las reglas. En vez de socorrer ferrones, financiamos revolucionarios. Pero el seis por ciento ha de ser el mismo. ¿No lo creéis así, Marqués?
—¿Lo creerá la Inquisición? ¿No lo llamarán usura?
—Usura es lo que los banqueros cobran a Su Majestad por los déficits de la Real Hacienda. Nosotros lo único que hacemos es compensar esas pérdidas.
—¿Y qué dirá Lee de todo esto? Porque hasta ahora han recibido dinero en abundancia, sin contrapartida, condiciones ni intereses.
—Vuestra merced lo ha dicho, Marqués: hasta ahora. Sin embargo, está claro que no podemos hipotecar España para salvar las colonias británicas. Ellos han de entenderlo. Y luego está el otro asunto.
—¿Qué otro asunto?
—Bueno, me refiero al asunto del orgullo. Según he oído, los americanos se han rebelado contra las leyes inglesas, pero no contra sus ancestros, que eran tan hijos de la Gran Bretaña como cualquier otro. ¿Cree vuestra gracia que un inglés debería un favor a un español si pudiera evitarlo? En los años en que he vivido en Londres he aprendido que un inglés prefiere vender a su mujer que su apariencia, y en ella tiene un papel destacado no verse endeudado en honores con un español o un francés. En mi humilde opinión, es posible explotar esta faceta de su carácter.
—Sí, tal vez estéis en lo cierto. Lo intentaremos. Y hablando de otra cosa, ¿qué aspecto tiene el tal Lee?
—Es un hombre bien plantado, muy alto, no sólo comparado conmigo —dijo sonriendo—. De maneras elegantes, aunque viene vestido como un peregrino, y cierta cultura. Al parecer, ha cursado estudios de Medicina y Leyes. Mas pronto verá que todo eso se ensombrece a la vista de su apéndice nasal. Sí, ya sé que estaréis pensando: «¡Mira quién habla!» —replicó Gardoqui, a quien los muchos caldos habían soltado la lengua—, pero os aseguro que sus fosas nasales doblan las mías. Por lo demás, sus costumbres y su educación son inglesas de pura cepa. Según me ha contado, ha debido de tener algún percance en el camino.
—¿Salteadores, ladrones?
—No, se trata de una moza que se ha enamorado de él y le ha perseguido parte del camino. Por si esto fuera poco, le retuvieron con mi misiva en un pueblo que andaba de matanza, ya sabéis cómo impresiona este ritual a los no iniciados. Sin embargo, me ha hablado delicias de las morcillas, la sangrecilla con patatas y la torta de chicharrones. Según señala, nada más entrar en España, el pan se volvió blanco y el vino bueno.
—Bien, Gardoqui. Me está entrando un sopor que casi no me puedo tener en pie. ¿Os parece que reposemos estas ideas y nos veamos

mañana a la hora de la cena con el americano? Vos os limitaréis a traducir mis palabras y tomaréis nota de todo para que luego podamos reflexionar sobre lo dicho.

—Me parece estupendo, señor.

Diego María se retiraba satisfecho, cuando Grimaldi le detuvo.

—¡Vaya, lo había olvidado! Antes de que vuestra merced se retire, he de comunicaros una noticia. Vuestro hermano Juan Ignacio no ha querido enviárosla directamente por miedo a que pudierais hacer una tontería. Aunque, al parecer, ya todo está controlado. Se trata de...

—¿Se trata de mi hija Águeda? ¿Se le han repetido los ahogos?

—No, la misiva no hablaba de ninguna Águeda, sino de vuestra esposa, doña Brígida.

—¡Santo Dios! ¿Qué le ha pasado? ¿Ha muerto?

—Pues creo que no, aunque ha estado a punto. Al parecer, trató de avisar a una de las goletas de vuestra propiedad que iba a embarrancar y cayó al agua. La rescataron ya medio ahogada, aunque el cirujano de a bordo consiguió reanimarla. Se encuentra débil, pero tengo entendido que no existe peligro de muerte. Debéis agradecer a Dios que os haya esposado con mujer tan brava.

Gardoqui no supo qué responder. Su corazón latía con la fuerza de quien se sabe un canalla con piel de cordero.

—¿Os han dado noticias sobre la carga y el buque? —preguntó sin color en sus mejillas. Fue lo único que se le ocurrió.

—No, lo siento. De eso nada sé.

Diego María se retiró apesadumbrado. Gruesas cortinas comenzaron a embotar sus ojos nada más cerrar la estancia del Marqués. Divisó, entre la niebla que cubría su mirada, las agujas de la catedral y se encaminó hacia ella sin conseguir detener el llanto. Pese a que todo el mundo demoraba el paso con el ánimo de observarle, nadie le detuvo hasta llegar al templo.

Entró por la puerta principal, pero se quedó al fondo, en un lugar oscuro. Esperaba que el fuliginoso ambiente le permitiera confesar a solas la pena a su Creador. Entre aquellas bóvedas de crucería se arrodilló pidiendo el perdón de Dios. El de Brígida habría de ganárselo.

Un anciano sacerdote, con paso cansino, entró tras él. Y viendo el lamentable estado del bilbaíno se le acercó.

—Hermano, si en algo puedo seros útil, me tendréis en el último confesonario. Soy viejo, y por ello mi paciencia es casi infinita; mi oído, atento; y mi lengua, queda. Recordad que el Señor no desprecia corazón abatido, y menos humillado. En Él hallaréis consuelo.

Diego María levantó la vista y la detuvo ante el hombre que le hablaba: una persona consumida por el tiempo, estrujada por los años o quizás por las penas. Su piel asemejaba un hollejo de habichuela; su

faz, cascabillo de trigo de antigua cosecha. Sin embargo, sus ojos demostraban que nada en él era poltrón, sino vivo, casi amenazante en su agilidad de gato. Esa vivacidad le animó a hablarle.
—Decís bien. Vengo a pedir indulgencia a Dios, pero no a hallar consuelo. Porque nunca alcanzaré el perdón de ella. Demasiado tiempo he tenido su corazón en suspenso; su amor, en barbecho; su cariño empeñado y maltrecho. Y ese tiempo no volverá. Jamás retornará.
—Decidme, ¿quién es ella?
—Brígida. Mi esposa desde hace quince años. La madre de mis hijos.
—¿Le habéis sido infiel? ¿Habéis entregado vuestro cuerpo a otra mujer?
—¿Mi cuerpo? ¡No, Padre! Si hubiera sido eso mejor arreglo tendría. Mas lo que entregué fueron mis sueños.
—Comprendo.
—¿De veras comprendéis de qué os hablo?
—Hijo, cura soy, y anciano. Maltrecho tengo el cuerpo, y mermadas las fuerzas, pero he sido y sigo siendo un hombre. Entregué mi vida a Dios a los 14 años y rondo los 70 o quizás los 80, he perdido la cuenta. ¿Cree vuestra merced que no me he enfrentado a ese sentimiento? ¡Oh, cómo traiciona el corazón! ¡Toda maldad tiene allí su asiento; todo miedo, su nido! Y, al mismo tiempo, junto a la esclavitud, toda alegría y todo contento de él brotan. Mas hay que aprender a sujetarlo. ¡Como manso pollino lo tratamos, siendo nervioso corcel!
—Sí, Padre. ¡Cuánta razón lleváis! ¡Cómo me ha engañado!
—No, hijo, él es el corcel, pero vos el doncel que lo conduce. Si no habéis sabido domarle, si espuelas no habéis empleado ¿podréis a él culpar? O, ¿más bien a vos?
—Sí, nuevamente sí. Fui yo. ¡Oh, memoria tan traicionera que convierte en bella fontana un lodazal! ¡Oh, cuánto tramas cuando estás ociosa, trastornando el pasado a tu antojo! Pues de un tallo haces un bosque y de una gota de rocío un manantial. ¡Oh, cómo templas el mal y avivas un solo gesto! A buena sombra cobijas las sonrisas, mientras a la intemperie dejas las sombras hasta que se pierden en el ciego olvido.
»Desdeñando penas, ausentando males, das palio a la luz serena hasta convertirla en estaño, luego en plata, y oro con los años. Aguas salobres trasformas en madeiras añosos que todo paladar satisfacen, y lo haces sin más, besando el orgullo a cada gesto.
—Orgullo. Habéis dado por fin con la palabra justa. Decidme, ¿qué tenía esa mujer que vuestra esposa careciera?
—¡Nada! ¡Eso es lo más horrendo! Poseía, sí, una gallardía natural, un airoso y presumido andar, quizás un encanto en la mirada; nada más.

Pero mi mente la cubrió de beldades con el curso del tiempo. Tanto que en mi memoria, aun monda, tenía más donaire que otra bellamente vestida con paño orillado en oro y plata, cabeza tocada de perlas y blasones por doquier. Veía a mi mujer menguada de estilo a su lado, falta de elegancia, exigua de belleza. Penuria de lindezas, difícil elogio salía de mis labios.

»Cuando la poseía no pensaba en ella. Cuando la besaba, otros labios rozaba. Mis hijos no eran los de ella, sino los de otra madre, la de mis sueños malditos.

—¿Y cuándo os disteis cuenta de vuestro error?

—Hace unos minutos. ¡Y fue tan evidente! ¡Oh, copete de perlas que no era más que un tocado de burda lana! ¡Oh, mi Dios, cavé, ahondé, labré y cuidé un sueño arrogante, agraviando a mi regalada amante, a mi esposa hundida en los pies de mi caballo que corría ensoñadas aventuras!

»Tuve en mis manos la fortuna, mas era tan sencilla y serena que la tomé por ordinaria, y, viviendo lo discreto, tuve la vida por rústico acontecimiento. ¡Oh, estúpido sin par! ¡Soberbio de victorias sin contrincante, orlado por una memoria a la medida de mi mezquino corazón! ¡Oh, cómo se lo diré a ella! ¡Brígida, que ahora veo todo de otro color!

»¿Cómo pedir perdón a quien has amortajado el corazón, ultrajado el sentimiento con cuitas de alcahuete barato, engallado con adarga en forma de corazón?

—Un momento, hermano. Decidme, ¿ella está en el asunto?

—No, que yo sepa, aunque no hay nada que el corazón de una mujer engañe.

—Entonces, si me permitís un consejo, no se lo digáis, ni descendáis a detalle. Sólo penad con cariño, haced penitencia de amor, ahogando en besos lo que secasteis en orgullos. Y amadla, amadla mucho, sin dejar nada en suspenso, hasta que la muerte os separe. ¿Lo haréis?

—¡No sabéis con cuánta ansia espero ese encuentro, ni con cuánto terror, con el miedo de que mis ojos transparenten mis infieles acciones!

—Confiad, hermano, que si Dios perdona, como enseguida hará, si así lo deseáis, Él mismo os dará la fuerza para vuestra dulce penitencia.

—Lo deseo, Padre, con todo mi ardor.

—Entonces poneos de rodillas, conmigo. Y llorad de alegría en vez de dolor.

Gardoqui salió de allí a toda prisa. Tenía el alma reconfortada, pero el corazón permanecía en carne viva. La angustia había pasado, y también la vergüenza, ya que nadie le había visto. Pero las palabras de Grimaldi, informándole sobre el accidente de su mujer, repicaron en

sus oídos el resto del día y toda la noche siguiente.

Ambos hombres partieron por la mañana, destino Burgos. Lee les esperaba en la casa del deán de la catedral. Allí mismo cenaron. El enviado español hubo de llamar su atención un par de veces en la conversación con el enviado Lee, pues se le iba el santo al cielo, o más bien a Bilbao.

—Decidme, mister Lee, ¿qué puede hacer España, y Su Majestad, el rey Carlos, por los americanos? Nuestra patria no se encuentra en guerra con Inglaterra.

—Sin embargo, Marqués, sería un buen momento para hacer tal declaración bélica. Ya sabéis lo que se dice: casa con dos puertas, mala de guardar. Su Majestad George III tiene ahora un frente abierto y Europa a la espera. Llevaría España una ventaja añadida si aprovechara la coyuntura y se pusiera del lado de América.

—Y en contra de Inglaterra.
—Ciertamente.
—Mister Lee, se oye en las Cortes española y francesa, ni que decir tiene que también en la británica, que algunos compatriotas vuestros no están de acuerdo con la revuelta que se ha emprendido. Se habla de negociaciones secretas entre el Congreso Continental americano y Su Majestad británica.

—¡Por mi honor asevero que ningún miembro del Congreso ha negociado con Inglaterra ningún tipo de rendición! —afirmó rotundo y con una chispa de ira en la mirada—. ¡No negociaremos! ¡No nos detendremos hasta obtener la independencia!

—De acuerdo, mister Lee. No os sulfuréis. Puede que rendición no sea la palabra más adecuada. Pero ¿y si habláramos de un acuerdo? ¿Están vuestras mercedes negociando con Inglaterra algún tipo de concierto, convenio o acomodo?
—No, Marqués. No volveremos al redil. Hemos firmado una Declaración solemne de independencia. La sangre ha sido ya derramada. Somos una nueva nación; no hay vuelta de hoja.

—No os exasperéis más. Os creo. Acepto que estáis dispuestos a llegar hasta el final. Sin embargo, siento ser portador de malas noticias. No podemos acompañaros todavía. Quizás dentro de un año.

—¡Dentro de un año! ¡El mundo puede haber desaparecido dentro de un año! Marqués, ¡España no volverá a tener una oportunidad como ésta! ¡España, Francia y América juntas! Inglaterra tendrá que

claudicar sin disparar un tiro, y América será definitivamente independiente.

Lee cesó su charla de repente. Se dio cuenta de que estaba cayendo en lo que Franklin advirtió que no hiciera. Pero ya era demasiado tarde y no pudo abstenerse de continuar.

—Sí, mister Lee. Es muy posible. Pero ¿qué ganaría España? Nuestras posesiones en América estarán en peligro con toda la armada británica en el Atlántico.

—¿Y la armada francesa? ¿Y vuestros navíos, Mar qués? ¡Y debemos sumar ambas fuerzas a la marina americana!

—Mister Lee, sabéis mucho mejor que yo que vuestra joven nación no dispone de marina. A lo sumo dos o tres barcos. Y nuestra armada no estará preparada hasta dentro de un año.

—¡Pero en un año nos habrán aplastado! ¡Cuando lleguéis, ya nos habrán subyugado!
—Entrar en guerra con Inglaterra no es la única forma de ayuda, mister Lee. Debemos mantener nuestra neutralidad, sin embargo…
—Por supuesto, Marqués. Podemos firmar un tratado de alianza y comercio. En América hay escasez de muchas cosas que en Europa abundan.
—Sabéis perfectamente, señor —contestó Grimaldi con áspero tono—, que firmar un tratado con las colonias sublevadas ofendería a Inglaterra. Le estaríamos ofreciendo un motivo perfecto para declararnos la guerra. Y a vuestra merced una coartada perfecta.
—Lo mantendremos en secreto, Marqués.
—¿Secreto? ¿Conoce vuestra merced la naturaleza de ese término? Un secreto es un mensaje que se repite en murmullos y susurros que vuelan por el aire más rápido que un viento huracanado. ¿Secreto? No, gracias, mister Lee.
—Pero entonces, señor Secretario, ¡mi patria está perdida! ¡No queréis firmar un tratado, no deseáis poneros de nuestra parte! ¡Se diría que desea vuestra gracia la victoria de su enemigo!
—No, monsieur. Mas la primera preocupación de un Soberano ha de ser su pueblo. Y el pueblo español necesita algo más de tiempo.
—Bien, de acuerdo. Juguemos fuerte. ¿Qué ambicionáis? ¿Florida? Nuestras tropas tomarán Pensacola para España. Y, si lo deseáis, declararemos la guerra a Portugal. Eso como regalo de bienvenida. Y sólo es el principio. Tenemos hombres, y valor…
—Y ¿me equivoco, o necesitáis pólvora, cañones y mantas? Según me ha comunicado el Ministro de Indias, sus compatriotas han llegado a

Nueva Orleans pidiendo esas cosas y algunas más.
—¿Puedo saber que respuesta han obtenido, señor?
—Por supuesto. Les hemos ofrecido la pólvora que se almacenaba en el fuerte y se han hecho las gestiones para que se les envíe más provisión desde La Habana.
—Os lo agradezco en nombre de nuestra patria.
—Han firmado un recibo —intervino Gardoqui sorpresivamente. Luego volvió a su mutismo y a su traducción.
—Mister Lee, España ha otorgado hace escasos meses un millón de libras tornesas al Congreso Conti nental. Estamos dispuestos a ayudaros a adquirir lo que vuestra nación necesite y a ofreceros crédito.
—Serán necesarios unos fondos considerables para mantener la contienda.
—En la medida de las posibilidades de la Hacienda española, se os atenderá.
—Pero, Marqués, ¡eso es casi una declaración de intenciones!
—Lo es, pero quedará entre vuestra merced y yo, pues, si por algún infortunado accidente esta declaración se hiciese pública, la fuente dejaría de manar.
—Excelente. Cualquier cantidad que fuere de su agrado conceder a América se podrá transferir secreta y sencillamente. Si os parece conveniente, Su Majestad puede emitir una orden a su Embajador en La Haya, quien la pondrá en conocimiento de nuestro banquero, mister Pierre Le Grand, en Amsterdam o París. Él pondrá a disposición de mi persona o de cualquiera de los otros dos plenipotenciarios americanos, mister Silas Deane y mister Benjamín Franklin, los fondos.
—Me temo que no será posible.
—Éste es el sistema que emplea la Corte francesa. No comprendo vuestros reparos. ¿Tiene España algún inconveniente con el banquero? Mister Grand es sujeto de toda confianza.
—No, por supuesto. Mister Grand es un gran banquero. Sin embargo, mister Gardoqui ha sido comisionado como intermediario entre Su Majestad y vuestro Congreso. No habrá ningún trato directo, ni siquiera a través del Embajador. La Casa comercial Gardoqui e hijos, de Bilbao, comerciará con las Casas comerciales de América que entre vuestra merced y mister Gardoqui acuerden. ¿Os parece correcto?
—¡Por supuesto! —respondió con una sonrisa encantadora—. ¿Cómo podrá América agradecer tanta gentileza? —continuó en la creencia de que las donaciones, por definición, son gratuitas.
Gardoqui miró al marqués de Grimaldi, quien le dio su placet con una inclinación de cabeza. Giróse el bilbaíno hacia Lee y le dijo en un correcto y voluntariamente pausado inglés:
—Mister Lee, lo que España ha concedido hasta el momento puede ser

considerado como una asistencia amistosa y graciosa. No obstante, los nuevos fondos podrán y deberán ser abonados en especie. La extracción e importación a España de productos de su patria: tabaco, arroz, índigo, y tantos otros, serán suficientes.
—¡Pero en la actualidad las posibilidades de extracción son tardas y difíciles, y el poder que hay que ventilar enorme! —respondió el americano airado.
—No os inquietéis, monsieur. No hay prisa alguna. Vuestra patria podrá reembolsarlo cuando buenamente pueda. Y respetaremos la tasa legal de interés.
Grimaldi, perro viejo, leyó la mente de Lee antes de que éste terminara de pensar y, por ello, volvió a intervenir.
—Mister Lee, no es necesario que continuéis hasta Madrid. Ya os hemos expuesto las razones por las que no debéis viajar a la Corte. Además os informo que hablo por boca de Su Majestad. Nada nuevo obtendréis allí. Idos tranquilo con Gardoqui, cuya experiencia es sobrada, y no os preocupéis. España ayudará desde Nueva Orleans y La Habana, y Bilbao será ciudad abierta a América. Un año pasa muy pronto. Luego lucharemos codo con codo.
—Ante vuestra sabiduría me postro, Marqués. Quedad con Dios.

Londres, 3 de marzo

Pierre Rombaud era un jesuita listo, aunque en esta ocasión actuaba más con el corazón que con la cabeza, y eso hacía que su olfato no fuera tan fino como de costumbre. De origen francés, había estudiado en Sevilla y Alcalá, y había sido expulsado de España, como todos los de su Compañía, en 1767.

Sabía que Dios no permitía odiar a los enemigos, pero éste era un caso distinto. ¡Al fin y al cabo, Jesucristo expulsó del templo a los comerciantes nada menos que a latigazos! Impedir que el rey de España se *adueñara* soberbiamente de la religión católica era para él una cruzada santa, no un odio pasajero. Por eso se había ido a vivir a Londres y por eso era un doble espía al servicio de la Corte francesa y de la inglesa.

Transmitía las informaciones matizándolas siempre en atención a su plan original: unir a Francia e Inglaterra contra España. De momento había conquistado para sus filas al Embajador francés, monsieur Guines. Había sido muy hábil, aunque también lo había sido el Embajador español, Príncipe de Masserano, que había infiltrado a un espía en su casa, aunque de momento desconocía quién era.

Bueno, no importaba. Tenía su propia red de información en el mismo

corazón del palacio de moda: Aranjuez. Su fuente, de bellas y larguísimas piernas, pululaba alrededor de Su Majestad intentando fomentar sus pasiones más naturales. De momento, no había tenido éxito, aunque sí había cosechado fruto con un secretario del Rey. En todo caso, información de primera mano.

El correo que envió a París señalaba que España no entraría en guerra de momento, aunque enviaría ayudas a través de un comerciante del norte. Si hubiera dejado que gobernara su cabeza, habría contrastado la información, pero no lo hizo.

—No consigo recordar su nombre —se excusó el Secretario del rey Carlos III ante su furiosa amante.
Ella se levantó de la cama con desdén, y comenzó a vestirse.
—No te vayas, por favor, que ya hago memoria. ¡No, no te vistas, palomita, que aún no he acabado!… Era algo así como Gorriko, o Garacho. Bueno, no sé, sonaba a vasco, y algo tenía que ver con el marqués del Puerto.
Ella volvió a acercarse, y se quitó la poca ropa que se había puesto. Tras un largo beso, el buen hombre dijo:
—¡Ah, ya me acuerdo! Garaicoechea. Ciertamente, Casa Garaicoechea de Bilbao. Y ahora ven, torcaz mía, que anidaré eternamente en tus pechos. O al menos hasta las nueve, que tengo que visitar a mi esposa.

Libro Cuarto: Intrigas con encanto francés

Dom ic ilio d el Ca pitá n Joseph Norbert. Lon dres, dic iem bre de 1776

Londres siempre se había enorgullecido de sí misma. En 1776 era la ciudad más grande del mundo. Superaba a París, Amsterdam, Roma o Madrid en población, número de casas, palacios y, desgraciadamente, hasta en pobres. Pero si algo llenaba de engreimiento a la ya de por sí orgullosa ciudad del Támesis era su comercio. Todas las compañías de mundo, la mayoría de los comerciantes al por mayor y la totalidad de los banqueros deseaban poseer un trozo de ese suelo, respirar un poco de ese ambiente y hasta ser embadurnados por su habitual niebla.

El sector financiero era el más altivo de todos. Petulantes e inmodestos, terminaban siempre haciendo piña para discutir entre iguales. Los de ese gremio ha bían tomado casi al asalto la zona noreste de la «City», colocándose apelotonados alrededor de la «vieja señora de Threadneedle Street», popular nombre con el que se conocía al Banco de Inglaterra.

Pequeños y no tan pequeños banqueros privados, «brokers» que seguían al dedillo los mercados de bienes y acciones, agentes especializados en seguros marítimos, todos se reunían en las calles construidas de nueva planta tras el terrible incendio que asoló Londres el siglo anterior.
El correo, un negrito pequeño de estatura pero fornido de pecho, con pelo crespo, gruesos labios y librea completa, fue enviado a ese sector londinense con instrucciones concretas. Debía dejar Threadneedle Street a la derecha y tomar Cornhill, hasta alcanzar el 11 de Lombard Street, entregando el mensaje en la segunda vivienda de la derecha personalmente a un caballero de apellido Northam. Pero, como el hábito no hace al monje, la librea no cambió el hecho de que el criado fuera totalmente analfabeto y, tras pequeñas dudas al respecto, el esclavo tomó la «otra» derecha.

Una insignificante equivocación, fácilmente enmendable si no fuera porque las malas pasadas del destino hicieron que en ese lugar habitaran dos hombres que sólo compartían una cosa: el apellido Northam. Por lo demás, el primero, Adam Northam, era un comerciante americano amante de la causa, con Casa en el puerto de Salem; el segundo, John Northam, era un capitán de fragata, inglés

hasta la médula, y antiamericano para más señas, que residía provisionalmente en casa de su hermana Elisabeth casada con un banquero de apellido Perris.

La carta fue entregada al segundo, que se hallaba en casa en aquel momento. Éste se extrañó del remitente —el músico Caron de Beaumarchais—, puesto que no frecuentaba esos círculos, aunque había oído hablar de la comedia de enredo intitulada «El Barbero de Sevilla». No obstante, cuando leyó lo que pensó era un invitación del excéntrico músico para alguna nueva función, quedó estupefacto: era la prueba de una traición.

No abrió la boca, ni siquiera para contar a su querida hermana lo sucedido. Sin embargo, alegando una cita inexistente, tomó presto su levita y se fue en busca de su General en Jefe.

Pasadas tres horas, la misiva interceptada tan fortuitamente se hallaba en la mesita de pata única terminada en garras del antedespacho del Monarca inglés George III. No hicieron falta monedas de aliento ni buenas vibraciones. El General no necesitó siquiera reposar en la silla a juego que flanqueaba la mesa dorada. Fue recibido de inmediato y conminado a leer a viva voz el contenido de la carta tan extrañamente interceptada.

El mensaje era claro y conciso. Nadie había intentado disimular su intención. Beaumarchais informaba al comerciante americano Northam que Francia había decidido ayudar, secreta pero activamente, a los americanos rebeldes, y que un cargamento compuesto por pólvora, fusiles, bayonetas y dos cañones de bronce partiría del puerto de Burdeos en una fragata de nombre «Amphitrite». Se solicitaba al comerciante organizar un nuevo envío desde Londres en una embarcación que debería ser rentada al efecto.

El «Amphitrite» fue detenido por barcos ingleses en cuanto abandonó aguas francesas y se le obligó amablemente a regresar. Nada más pudo hacerse, puesto que Francia y Gran Bretaña no se hallaban en guerra.

Lord North informó personalmente a su amigo y profesor de arpa monsieur de Beaumarchais, intentando que su agrio tono de voz evidenciara su estado de ánimo, que debía abandonar Gran Bretaña en el plazo máximo de treinta días. Como solía hacer ante las malas jugadas del destino, Caron de Beaumarchais sacó el opio que tenía guardado en su cajita de rapé y tomó una buena dosis.

George III llamó al jefe de su espionaje inconfesable, lord Osborn, y le

encargó que vigilara todo lo que ro dease a Beaumarchais hasta su partida. Insistió en que a ese pájaro le pesaba mucho la entrepierna y que tomara medidas en esa línea.

Lon dres, dic iem bre de 1776

La tarde del jueves 7 de diciembre de 1776, a la hora del té, el puerto de Portsmouth, uno de los mejores fondeaderos del sur de Inglaterra, permanecía en reposo. Las labores de carga y descarga habían finalizado hacía ya una hora y el intenso frío no invitaba al paseo. Dársena y surgidero guardaban silencio. En dique seco se hallaban una goleta con un boquete en el casco y una fragata con desperfectos en la amura de babor.

Sin previo aviso, un fuego estalló en el almacén norte del astillero. El edificio, cuya planta databa de 1496, estaba construido en madera en su mayor parte. Las sucesivas ampliaciones parecían más sólidas. Sin embargo, ardieron tan rápidamente como la casa madre, quedando reducidas a cenizas en pocos minutos.

El potente viento sur-sudoeste, las veinte toneladas de cáñamo, seis de cordaje y otras tantas de jarcias y velamen hicieron que el incendio continuara toda la noche y no pudiera detenerse hasta bien entrada la mañana, momento en que empezó a llover con intensidad.

Aunque no hubo desgracias personales, escaso fue lo que pudo hacerse para evitar que la devastación se extendiera a los edificios colindantes. Nada para apagar la goleta. Poco para evitar que la fragata fuera totalmente inutilizada.

Cuando los cielos empezaron a desaguar, los cansados y desesperados habitantes del Condado de Ham p shire que habían venido a ayudar a los bomberos respiraron. El avance de las llamas cejó una hora más tarde. Pudieron almorzar sabiendo que el incendio no volvería a prenderse.

Por la mañana del día 8, las autoridades del Condado examinaron las cenizas que, pese a todo, aún humeaban, y achacaron el infortunado y desgraciado accidente a una pipa mal apagada abandonada inconscientemente cerca de unos libros de cuentas. Sin embargo, los propietarios afectados no estaban convencidos y decidieron contratar a un policía para que investigara.

La ciudad había crecido mucho en los últimos tiempos y los delitos empezaban a estar a la altura del tamaño de la población. No obstante, el Gobierno británico no pagaba un sistema reglado de

policía. La oficina de «Justice of the Peace» era la encargada de investigar los crímenes. Ella realizaba las detenciones e imponía las penas a los culpables, pero los que allí trabajaban no tenían sueldo oficial, de modo que cada ciudadano atacado debía costearse de su propio bolsillo la investigación. Ni que decir tiene que no compensaba sondear los delitos pequeños en aquella oficina. Cada gremio, cada mercado, arreglaba sus propios asuntos con más eficiencia.

El puerto de Portsmouth tenía una seguridad contratada, pero era mínima y se limitaba a vigilar el robo de materiales y los juegos peligrosos de los críos del barrio. Para este caso necesitaban un experto, y fueron a buscar al mejor.

Richard Wharton, discípulo del mítico Henry Fiel ding, primer inspirador de Scotland Yard, organización que habría de esperar a 1829 para ver la luz, estaba considerado el mejor sabueso de Londres. Tenía una oficina abierta en Bow Street y se ocupaba de investigar los grandes casos de seguridad. Se decía que, además de ser el «number one», también cobraba razonablemente, garantizando resultados.

Tras escuchar atentamente a la delegación del sector afectado, Wharton aceptó el caso y salió inmediatamente junto a sus ayudantes hacia el humeante Portsmouth. La celeridad era importante, pues con el tiempo las pistas se desvirtúan. Personándose a su llegada en el puerto, escuchó el informe de la policía contratada, percibiendo inmediatamente que eran hombres sin entrenamiento ni habilidad alguna. Posteriormente se entrevistó con las autoridades del Condado, quienes volvieron a repetir que no merecía la pena investigar nada: se trataba de un infortunado accidente.

Wharton, fumador empedernido, aseveró que no creía que estuvieran ante un desdichado percance y exigió ir al lugar de los hechos, pese a que en ese momento diluviaba.

—En primer lugar —aseguró Wharton mientras iban de camino—, una pipa no produce chispas, aunque esté encendida. En segundo, un almacén tan grande no se prende con tanta rapidez si no existe un activador, y aquí, según se desprende de los informes que me han proporcionado, no lo había. La madera estaba mojada, no había pajas y el incendio no se inició en la zona que guardaba el cáñamo, sino en la zona de jarcias. Finalmente, y éste es el punto más importante, es el tercer incendio en un puerto de esta zona en el último mes. Es demasiada coincidencia. Por eso estoy aquí.

—¿Qué sospecháis? —preguntó mister Sample, el dirigente del

Condado, serio y cariacontecido, mientras trataba de quitarse el agua de los ojos para ver la cara del inspector venido de Londres.

—Nada, de momento. Pero para eso estamos aquí vuestra merced, yo y los policías del puerto. Y mis ayudantes, por supuesto. Este caballero es mister Rossen bool, un gran investigador. Este joven, mister Smith, lo será pronto.

»Señores —ordenó con autoridad Wharton—, deseo que busquen hasta debajo de las piedras. Traigan ante mí cualquier indicio de delito o sospecha que encuentren, por mínimo que sea. Quiero verlo todo, aunque no les parezca importante, que aquí el que piensa soy yo. ¡A trabajar!

Cuando ya la luz del sol fue sustituida por la neblina y la noche, los rostros tiznados, los uniformes ennegrecidos y el mal humor acumulado denotaban que los policías de Portsmouth habían trabajado de lo lindo. Sin embargo, traían las manos vacías.

—Nada que resaltar, inspector. Lo normal en un puerto.
—Tampoco yo.
Wharton no se inmutó; esperaba a sus ayudantes. El primero en llegar fue el más joven, quien, sin embargo, ralentizó su paso para que Rossenbool le alcanzara.
—¿Y bien, mister Smith?
—Señor —dijo el espigado muchacho tras unas tosecillas, descargando un saco que llevaba a la espalda—, como es mi primer día en un puerto, y no sabía lo que era normal y lo que no, he recogido todo lo que he encontrado. Me parece —continuó mientras sacaba el contenido del paquete— que casi todo lo que traigo son cosas que usan los barcos y emplean los marineros, todo menos esta caja de lata. Se asemeja a las fabricadas para contener galletas, sin embargo, a mi entender, presenta un extraño olor, que mi memoria no logra unir a nada dulce.
El inspector Wharton se acercó para observar el hallazgo de cerca. Sin miedo a ensuciarse tomó la caja y la miró por todos los ángulos. Luego la olfateó. Sus ojos se llenaron de alegría.
—Hijo, seréis un buen policía. Escuchen todos: esto que ven son restos de cáñamo quemado. Y, en efecto, el olor es extraño. ¿Y bien, mister Rossenbool?
—Yo he localizado el mismo olor en estas fibras de cáñamo. Las he hallado en lo que ha quedado de las batayolas de la fragata.
—Jefe Sampler, ¿reconocéis este olor?
Sampler tomó la supuesta lata de galletas y se la acercó a la nariz. Continuó luego con el cáñamo.

—No. No lo reconozco, y, sin embargo, me resulta familiar. Buscaré a algunos capataces del puerto.
—De acuerdo. Mister Rossenbool, tomad esta prueba e id con el Jefe Sampler a los distintos gremios de artesanos; a ver si alguno lo identifica. Smith, idos con él. Estamos ante un pirómano.
—O algo peor —susurró este último.
—¿Decíais algo, señor Smith?
—Nada importante, señor.
—En esta profesión todo es importante, hijo. Compartid con nosotros vuestros pensamientos.
Azorado, colorado y, sin embargo, seguro, el joven Smith transmitió a viva voz sus reflexiones.
—Me preguntaba si podríamos estar ante un traidor.
Sampler rió entre dientes:
—¿Un traidor? ¿A quién? ¿Al mar, a los peces?
La mirada cortante de Wharton hizo que el político cerrara la boca y agachara la cabeza.
—¿Un traidor, mister Smith?
—Sí. Vos mismo habéis mencionado que son tres los puertos incendiados. ¿Qué tienen los tres en común? Que desde todos ellos se envían provisiones y pertrechos militares a nuestras colonias; y que en ellos se construyen y reparan buques de guerra ¿Qué haría yo para ayudar a la causa, si fuera un rebelde americano y estuviera en Inglaterra? Impedir que las tropas británicas pudieran actuar. No puedo enfrentarme a ellas directamente, pero sí de manera indirecta. Yo quemaría los puertos, y los barcos, y los almacenes…, señor.
Wharton sacó su cachimba y la llenó de tabaco virginiano con parsimonia, cuidando de taparla con esmero con su capa para que la lluvia no alcanzase las hebras. Aplastó los hilos sobrantes con el dedo índice mientras buscaba una rama que acercar a la hoguera para encender la pipa. Dio varias bocanadas casi sin respirar. Sólo cuando la nicotina entró en dosis suficiente en su torrente circulatorio se decidió a hablar.
—Creo que tenéis razón, señor Smith. Hemos de buscar a un traidor. Pero, ¿cómo? ¿Dónde? Creo que empezaremos por ese olor. Traten vuestras mercedes de identificarlo y, si averiguan algo, díganmelo enseguida. En hora o a deshora.
A las nueve de la noche habían identificado la sustancia.
—Trementina, inspector. Un líquido pegajoso y odorífero que se emplea como disolvente de pinturas.
—¿Es inflamable?
—Mucho, según nos han dicho. Ya han tenido algún accidente. Hemos preguntado a los pintores de por aquí si habían echado en falta alguna cantidad del producto. Negativo. Tampoco sospechan de nadie, al

parecer todos los que trabajan en el astillero son de la zona y juzgados como leales a Inglaterra.
—Bien, recapitulemos. Hemos encontrado en una lata de galletas algo de cáñamo impregnado en trementina. Esta sustancia, de olor tan característico, es utilizada por los pintores, pero los de aquí no son traidores. De acuerdo, habremos de buscarlos fuera. Vayan a los pintores de los puertos que han ardido en los últimos meses y pregunten si alguno de sus empleados se ha ausentado en las últimas semanas, si ha desaparecido alguna cantidad de ese líquido o si han visto algo que les resulte extraño. Esperaremos a tener resultados.
En el oficio religioso del domingo celebrado por el reverendo Rose, Wharton rezó pidiendo a Dios resultados prontos. En este caso no estaban únicamente en juego su honra y su bolsillo, sino la protección de su país. Ese incendiario no se detendría y terminaría matando a alguien. ¡Quién sabe si quizás tuviera en mente incendiar el propio Londres!
Tras despedirse del Pastor, y del brazo de Betty, su esposa, Richard Wharton volvía a su casa cuando fue detenido por un agotado Smith.
—¡Inspector! ¡Inspector Wharton!
—¡Mister Smith, parece que os prepararais para las carreras de primavera! ¡Respirad, por favor!
—Señor… —contestó Smith con el torso doblado y la mano en el costado. Era un sabueso, pero no un atleta—, ya hemos localizado al traidor. Ha trabajado esporádicamente en todos los puertos incendiados. En todos y cada uno de ellos se le conoce con el alias de «John el pintor». Un chico normal, simpático, callado y observador.
—¡Gracias a Dios! ¡Lo tenemos!
—Me temo que no, señor. En la actualidad no sabemos dónde está. Su descripción no sirve tampoco de mucho. Ni su nombre, James Hill, que es falso. Mister Golden, maestro pintor en Tichfield, confirmó que Hill había trabajado unos meses para él, pero que cuando se terminó el trabajo encomendado se fue. No lo había visto desde entonces. Lo describió como un chico corriente, de complexión normal, ni gordo ni delgado, ni alto ni bajo. Moreno, aunque claro. Sin ningún detalle particular.
—Hemos de dar con él enseguida. Seguid por ese camino, Smith, lo estáis haciendo muy bien.
—Gracias, inspector.
—Querida, te acompañaré a casa e iré luego a informar al Parlamento; ésta es una cuestión de importancia nacional. ¿Te parece bien?
—Por supuesto, cariño, pero antes tomarás una taza de té. Hoy no has probado bocado.
En el camino de retorno a casa, el inspector no abrió la boca. Cuando atravesó el umbral, se rindió en el sillón. Betty volvió en pocos

minutos con una taza de té teñida con una gota de leche y aderezada con una pizca de azúcar, y un diminuto platito que contenía dos galletas.
—Querido, tienes mala cara, has de comer algo. No por tener el estómago vacío vas a cazar antes a ese traidor.
—Tienes razón —dijo aceptando la taza—. Pero es que se me están acabando los recursos y él sigue libre. No he hallado nada. Sé cómo lo hace, sé por qué lo hace, pero no puedo encontrarlo. Tendré que esperar a que queme otro puerto.
—¿Cuál?
—¿Cómo cuál? ¡Pues otro!
—Querido, pregunto cuál quemarías tú si fueras él.
—Déjame pensar. Probablemente Plymouth. Mi segunda opción sería Bristol.
—Bristol. Sin duda. Yo quemaría Bristol.
—¿Por qué, querida?
—Bueno, quizás sea más pequeño y menos importante, pero está mucho menos vigilado que Plymouth.
—Con tu permiso, yo me inclino por Plymouth.
—Bueno, pues ve allí y olfatea.
—De acuerdo, querida. Voy a Plymouth, me coloco en el puerto y ¿olfateo a todo el que pase?
—No, hombre, mucho más fácil. Pon un anuncio.
—Querida, eres una gran mujer, pero la investigación no es lo tuyo. ¿Cómo voy a poner un anuncio? «Se busca a un traidor incendiario, razón inspector Whar ton. Bow Street, Londres».
—Exactamente. Sólo queda un detalle, pequeño pero muy importante: cincuenta libras, o mejor cien, como recompensa.
—Querida, sabes tan bien como yo que no dispongo de esa cantidad.
—Ciertamente Richard, pero Su Majestad tiene eso y mucho más. Supongo que él será el primer interesado en dar caza a ese asesino pirómano. Hazme caso, tómate el té, cámbiate de casaca y luego ve al Parlamento y diles que ofrezcan una recompensa. Cuenta lo que sabes y espera. ¿Qué vas a perder, si falla el plan, salvo tu orgullo? Te prepararé el equipaje.
—De acuerdo, querida. Saldré por la mañana hacia Plymouth.
El inspector Wharton permaneció, sin embargo, en Londres. Los políticos no marchan al mismo ritmo que los sabuesos. Tardaron en reunirse, discutieron hasta la saciedad, y sólo el sábado 16 de enero, en sesión de emergencia, la Corte británica tomó medidas para localizar al misterioso «John el pintor». Se ordenó aumentar la protección de todos los arsenales militares y, haciendo caso a la señora Wharton, se fijó una recompensa, aunque modesta.
Wharton, buen investigador, sabía esperar y hacerlo pacientemente,

pues los resultados de las pesquisas raramente se producen con celeridad. Sin embargo, no sabía estar sin hacer nada y por ello daba vueltas y vueltas al salón de su casa, lo que ponía a Mistress Betty especialmente nerviosa.
—Cariño, pareces un gato en celo. Siéntate, lee, ve a pasear… Pero, por favor, deja de tocar el nuevo tapete de la mesa del té. Ya sabes que las telas orientales son muy delicadas, y ésta me la trajo mi hermana de las colonias.
La cara del inspector se iluminó de repente.
—Querida —dijo mientras besaba efusivamente la arrugada frente de la señora Wharton—, eres un genio. ¡No me esperes para el almuerzo!
—Pero, Richard, que está lloviendo a mares… El inspector Wharton no oyó a su mujer, ni a su vecina, ni al perro que casi le muerde. Sólo oía la palabra mágica: colonias. Fue directamente al domicilio del joven Smith.
—¡Cómo no se me habrá ocurrido antes! ¡Seré zopenco! Si es un traidor americano, estará en conexión con otros traidores americanos. Tenemos algunos fichados, mister Smith. Tenga 12 libras. Salga en busca de información. Yo vendré en dos horas.
—Inspector…
—¿Deseáis algo, mister Smith?
—¿Y vos, dónde vais? Si me permitís preguntar.
—Por supuesto, hijo. Es la mejor forma de aprender: preguntar lo que uno no sabe. Si la completáis con consultar aquello que no hayáis comprendido, llegaréis a adquirir una sabiduría muy notable. Os explicaré mi plan. Voy a ver a un lord amigo mío. Él me puede ofrecer información que no puede comprarse con 12 libras, ni con cien.
—Un espía.
—Caliente, caliente, Smith. Aunque sé que podéis hacerlo mejor.
—Veamos. Si tuviéramos un espía infiltrado nos habría avisado del sabotaje en Portsmouth, porque las pérdidas han sido demasiado cuantiosas como para no haber revelado su posición.
—Ciertamente, Smith. Muy sagaz. ¿Entonces?
—¡Un agente doble! Ésos sólo ofrecen información cuando se les requiere. Un americano que esté viviendo en Londres y que tenga buenos contactos con las colonias. ¡Contactos con el Congreso Continental!
—¡Excelente, Smith! ¡Excelente! Bien. Ahora ya sabéis dónde voy. Id a lo vuestro. Nos veremos aquí dentro de dos horas.
—De acuerdo, inspector.
Wharton pasó por su casa para asearse y ponerse la casaca nueva de camelote. Era azul pálida, de primavera, pero era su única vestimenta decente. Luego se encaminó al Parlamento. Lord Osborn le recibió, como siempre, con una sonrisa, una copa de madeira y unas galletitas.

—La Cámara está muy preocupada con el revuelo que habéis organizado, Wharton. No dudo que tendréis motivos sobrados y que habréis asegurado la información antes de ofrecerla. Por cierto, bonita casaca.
—Sin duda, lord Osborn. Sin duda. Tengo certeza absoluta. Mas…
—Necesitáis mi ayuda.
—Afirmativo, señor. Necesito información confi dencial.
—¿Espía? ¿Dama? ¿Lord?
—Necesito contactar con algún agente doble. He de adelantarme al «pintor», so pena de quedarnos sin astilleros. Sé que más pronto o más tarde cometerá un error y le cogeré. Pero me preocupa que lo cometa tarde y que nuestros puertos ardan.
—Se han tomado medidas de emergencia.
—Sí. Pero Inglaterra no tiene hombres preparados. Los que lo están se hallan en América. Necesito ir un paso por delante.
—¿Querréis también supervisar las medidas de emergencia?
—Si sois tan solícito.
—De acuerdo, querido inspector. ¿Algo más?
—Sólo una cosa más, milord. ¿Seréis tan amable de insistir en que, pase lo que pase, se mantenga el importe de la recompensa? Modesto, por otra parte. Si el premio es muy alto, los pobres me volverán loco y tardaré mucho más de lo normal en separar las pistas falsas de los indicios verdaderos. Ya habrá tiempo de hacerlo cuando acabe con mis gestiones.
—Concedido también. Bien, veamos… ¿Conocéis Hanbury Street?
—Desgraciadamente, señor. He tenido que acudir allí en alguna ocasión. Asuntos turbios, me temo. Es una calle de mala reputación, como sabréis.
—Por supuesto, por supuesto. Allí hay una taberna vieja y sucia, «White Horse». Id allí a eso de las seis. Os enviaré a mi agente. Su nombre es Bancroft. Doctor Edward Bancroft. Os debo rogar que, tras este asunto, olvidéis para siempre ese nombre.
—Por descontado, lord Osborn.
—Bien, deseo que paséis un buen día. Aunque lo dudo. Saludos a la señora Wharton.
Cuando lord Osborn se personó en el domicilio de Edward Bancroft, el científico estaba con su sastre. Le estaba tomado medidas para una chupa de seda azul con galones de plata de cara al verano, que pasaría en París. Bancroft despidió al sastre y se reunió de inmediato con su invitado.
—¡Querido lord Osborn! ¿A qué debo tal honor? ¿Deseáis tomar algún refrigerio? ¿Té quizás, o es algo temprano?
—Té estaría bien.
—¿Leche, azúcar?

—No gracias, me gusta puro, como las damas, lo que resulta difícil en esta complicada sociedad.
—Ni que lo digáis, señor.
Osborn sonrió. Conocía todas y cada una de las excentricidades de mister Bancroft, incluidas las orgías que contenían pimienta cayena, la debilidad de su anfitrión.
—Doctor, no me andaré por las ramas. No tenemos mucho tiempo. Sé que tenéis renta suficiente para vivir desahogadamente, y que la medicina que ejercéis es buena. Sin embargo, he oído que ciertas costumbres están hoy muy caras en Londres.
—¿A qué costumbres os referís? —replicó Bancroft, sin inmutarse lo más mínimo—. ¿Mujeres? ¿Bebida? ¡Todo es caro hoy en Londres!
—Carísimo. Las guerras producen ese efecto en las mujeres y en el alcohol. Pero yo me refiero a otras costumbres más relacionadas con tabernas de East London.
—¡Ah! ¡Eso! Tenéis razón; también las apuestas se han puesto por las nubes.
—Tengo entendido que vuestra merced debe unas doscientas libras.
—Desgraciadamente estáis bien informado.
—Quizás entonces os interese mi plan.
—Lo esperaba hace tiempo, milord. ¿Qué deseáis exactamente?
—¡Oh! ¡Nada especial! En todo caso, permitidme que os resuma mis informaciones para ver si son correctas.
—Como deseéis, lord Osbord. Estáis en vuestra casa. Poneos cómodo.
—Bien, veamos. Sois natural de Westfield, Massa chusetts. Hijo del propietario de la taberna «Buch of Grapes», un respetable local, ciertamente. Trabajasteis como aprendiz de físico y como cirujano en una plantación en Barbados, propiedad de mister Paul Went worth, un leal súbdito inglés, que os forma y os permite usar su magna biblioteca. Animado por él viajáis a Londres donde ofrecéis al público un tratado de historia natural.
—Plantas tropicales y animales exóticos, sí.
—Os inclináis por el estudio de la electricidad, haciendo muchos progresos. Tantos que el doctor Benjamín Franklin contacta con vos y os introduce en los círculos científicos de Londres, llegando a ser nombrado miembro de la «Royal Society of Medicine». ¿Correcto?
—Correcto hasta aquí. Mis felicitaciones por vuestras fuentes
—Bien. Entonces estalla la sublevación de las plantaciones americanas y Franklin vuelve a América. Supongo que antes de marcharse se despidió de vos. ¿Puedo inferir que os pidió que ayudarais a la causa americana, y que vos, claramente, no pudisteis negaros?
—Naturalmente. Era una cuestión de honor.
—¡Por supuesto, por supuesto! Según me han dicho, vuestra gracia viajó hace unos meses a Calais. Creo que su visita coincidió con la

llegada de otro caballero americano, mister Silas Deane.
—Sí, un viejo amigo
—Tengo entendido que es vuestro contacto con el Congreso, y que además poseéis negocios juntos.
—Nuevamente felicidades. Ya podéis hacerme vuestra propuesta. ¿Qué deseáis que haga?
—¡Nada nuevo! ¡Seguid con vuestra vida normal! Continuad vuestra relación con Deane, en asuntos de las colonias y en los particulares, naturalmente. Sólo deseamos algo de información, la precisa, la importante. Yo me ocuparé de su pequeña deuda de juego. ¿Os parece bien 150 libras de pensión vitalicia?
—¡Perfecto, perfecto! Pero el riesgo es alto.
—¿Ciento ochenta tal vez?
—¿Deseáis un poco más de té?
—Doscientas. De acuerdo. Pero habéis de hacerme un favor ahora. Necesito encontrar a «John el pintor». Estaréis conmigo que ésas no son maneras de arreglar desavenencias.
—Así lo estimo yo también. Es muy poco elegante.
—Bien. Quiero que esta noche os entrevistéis con un inspector, Richard Wharton, y que contestéis a sus preguntas. Supongo que podréis hacer alguna gestión esta tarde.
—¡Wharton! ¡Buen sabueso! ¿Dónde deseáis que me reúna con él?
—En vuestra taberna habitual. A las seis. Podéis aprovechar para pagar vuestras deudas. El contenido de este sobre, sin duda, ayudará. Y ahora os dejo con vuestro sastre. He de ir al Parlamento. Tenemos que diseñar un plan para coger a ese incendiario. Que paséis un buen día.

París, en ero de 1777

Silas Deane había llegado a París como comerciante de las Bermudas, especializado en productos de las Indias Orientales. En París había sido recibido en secreto por el ministro de Asuntos Exteriores francés, conde de Vergennes, quien le había informado de que ni Francia ni España deseaban entrar a corto plazo en guerra con Inglaterra.

Sin embargo, el dulzón y suave Conde también había aseverado que, pese a todo, además de esconder la mano, Francia deseaba lanzar la piedra. Por ello, Su Majestad Cristianísima Luis XVI había encomendado a un fiel cortesano llamado Caron de Beaumarchais, quien por desafortunadas razones se hallaba desterrado en Londres, que buscara un sistema propicio.

Caron había concluido razonablemente que, si se trataba de pasar desapercibido enviando pertrechos militares a América, lo mejor era

hacerlo desde una firma comercial. A Luis XVI le había parecido una excelente idea, así que Beaumarchais había constituido una empresa fantasma denominada «Roderigue et Hortalez», con un capital de dos millones de libras tornesas —un millón procedente de cada Corte— y había empezado su nueva andadura como *entrepreneur*.

Con esas agradables noticias, y aferrado a su tapadera de comerciante leal a Inglaterra, Deane había viajado en varias ocasiones a Londres para reunirse con el desterrado Beaumarchais, quien entre fiesta y asueto, envío y remesa, espiaba para Su Majestad el Rey de Francia.

Deane y Beaumarchais se habían entendido nada más verse. Tenían mucho en común. Contemplar al otro era como mirarse en un espejo. Ambos eran tremendamente ambiciosos, amasando sus pretensiones en un cierto tinte revolucionario. Sin embargo, Deane despreciaba a quienes habían obtenido dinero y prestigio sin sudor, mientras que el francés hubiera querido nacer noble y evitarse tanto trabajo.

Deane se había incorporado a la política con el fin de llegar a ser un próspero hombre de negocios, y Europa le estaba proporcionando espléndidas oportunidades. Beau - marchais había llegado a ser noble y ahora necesitaba dinero para mantener su posición. Ambos jugaban con el dinero de otros: Deane con el del Congreso, Beau marchais con el del Rey. Y ambos se llevaban tajada.

El Congreso americano había permitido a Deane cargar una comisión por cada envío de pertrechos militares que consiguiera, lo que hacía puntual y escrupulosamente, pero no era suficiente para sus fines y ambiciones. Esa cantidad eran fuegos fatuos para lo que él de seaba. A Beaumarchais le pasaba otro tanto. Cuando se unió el camaleón doctor Eduard Bancroft al dúo, la eficiencia del negocio subió varios enteros. El doctor no sólo añadió información extremadamente útil, sino una buena dosis de imaginación, y la posibilidad de lograr mucho dinero con las apuestas, jugando sobre seguro.

Uno de los problemas más serios a los que se enfrentaba el negocio era que las eficientes y numerosísimas naves británicas detenían y confiscaban todos los envíos de armas o pólvora. Más desde que el estúpido esclavo negro de Beaumarchais había equivocado la dirección. Por ello, cuando apareció aquel espontáneo proponiendo incendiar los principales puertos británicos, Deane había aceptado sin rechistar.

El diario de esa mañana traía noticia del incendio de Portsmouth. Deane se alegró sobremanera. Menos competencia en el mar

significaba más posibilidades de que las mercancías llegaran a puerto, las suyas y las del Congreso, se entiende. Además había dado al «pintor» cien libras, pero con su acción había ganado mil, que era la cantidad en la que había asegurado la mercancía que, decía, había depositado en el almacén incendiado alquilado en el puerto de Portsmouth.

Sabía que el bien pensante Arthur Lee no estaría de acuerdo con el sistema. Él querría ganar la guerra con sudor y filosofía, con elegancia inglesa, cuando sólo la sangre es moneda de cambio. Se trataba de que la que se derramase no fuera la tuya.

Deane había intentado razonar con el patriota incendiario. Le había insistido en que fuera despacio, pues en otro caso le apresarían. Pero finalmente comprendió que no era por patriotismo por lo que prendía fuego a las cosas, sino que estaba loco. Hablaba del fuego como si describiera a una mujer. Las llamas se le antojaban labios ardientes, las cenizas placer contenido.

«En fin, ¡el próximo, Plymouth!», se dijo.

Lon dres, 17 de en ero de 1777

Dos hombres se reunieron en la taberna londinense «White Horse», cuya mala reputación había sido ganada a pulso. Mariposeaban por la puerta mujeres de mala vida y peor aspecto. En el interior, el olor a cerveza agria, el sudor macerado y el humo se mezclaban con los gritos de los apostantes. Cualquier cosa era un buen motivo para hacer una apuesta.

Los forasteros eran allí bien recibidos, sobre todo porque resultaban más fáciles de desplumar que los lugareños, así que el inspector Wharton no fue más mirado que cualquier otro. Brancroft ya era conocido allí.

Ambos hombres mantuvieron una corta conversación. Bancroft desconocía casi todos los detalles del «pintor», pero sí había oído mencionar el puerto de Plymouth. También el de Bristol. Desconocía el orden en que ambos debían colocarse, pero, como Wharton, se inclinaba por el primero. Prometió enviarle algún mensaje si localizaba algún otro detalle.

El inspector preguntó al doctor si conocía que Beaumarchais y el incendiario tuvieran alguna relación. Bancroft fue *gallegamente* explícito: un cortesano francés no se mezcla con ese tipo de gente, ni

se ensucia la mano con esas cuestiones, lo que no significaba que no financiara ese tipo de actividades si era menester.

Con los pocos datos recogidos, Wharton volvió a su casa. Bancroft no. Se creía buen jugador, pero en realidad sólo lo era cuando el juego no estaba trucado, y eso no ocurría casi nunca. Él pensaba que conocía el percal. Los demás conocían su confianza en sí mismo. Ése era el motivo de que sus deudas se elevaran a 200 libras. Sin embargo, esa noche hizo una apuesta a futuro que tenía visos de ganadora. Apostó que Francia no firmaría un tratado con las colonias antes del verano. La cuantía fue alta: 100 libras, 10 a 1.

Salió de allí satisfecho. Sabía con certeza el resultado, porque Deane se llevaría el 30% y Beaumarchais otro tanto: el tratado no se firmaría, por lo menos, hasta el otoño.

Soltó una carcajada potente, que hizo que la chica que ocupaba la esquina izquierda de la taberna, una enjuta mujer metida en años, se asustara. Por la noche, en los barrios del este de Londres había mucho loco suelto.

Lon dres, 24 de en ero de 1777

Pierre Agustin Caron de Beaumarchais tenía un «je ne sais quoi» que le hacía irresistible. No obstante, quien le viera por primera vez aquella mañana no lo diría. Descalzo y a medio vestir, camisa desabrochada y no muy limpia, pelo alborotado y rostro sin afeitar mostraban que, pese a ser su cumpleaños, no era su mejor día: el estúpido criado negro y la maldita carta le obligaban a abandonar furtivamente su lucrativa ocupación. ¿Qué opinaría el Rey de este fracaso?

Acababan de traer una jarra con chocolate espeso y dos jícaras. Detestaba el té. Se sirvió una taza hasta el borde y tomó asiento en una carísima silla, regalo de una admiradora, dejando reposar sus pies sobre el colchón de fina lana inglesa. Quizás por el balanceo de la cama, quizás por el olor del chocolate caliente, la mujer despertó y se revolvió suavemente entre las sábanas arrugadas por el uso, estirando sin especial delicadeza sus músculos dormidos.

Había un cierto enrarecimiento en el ambiente de la habitación, pero Caron no permitió que ella abriera una ventana y dejara entrar el aire matutino. Los jirones de humo que navegaban por la habitación provenían de su pipa, y no fumaba precisamente tabaco.

El hombre abandonó la silla de un salto y se colocó delante del espejo de cuerpo entero que colgaba de la pared. Se atusó un mechón rebelde

que se le metía en el ojo y contempló lo que reflejaba el cristal. Los 47 años que estrenaba no habían mermado sus facultades seductoras.

—¡Muy al contrario! —afirmó colocándose de lado—. Tengo un cuerpo atlético, la misma voz profunda que tanto cautiva a las mujeres, e idéntico brillo en mis enormes ojos color miel.

—¡ *Happy birthday,* Caron! —terció ella levantando los brazos al mismo tiempo que enderezaba su espalda. La abundante cabellera rizada tapaba sus hombros.

—¿Por qué hablas en inglés? Sabes que me molesta. —Lo siento, *chéri*. Felicidades.
—Gracias. Ha sido una bonita fiesta de cumpleaños;

aunque coincida con la despedida.

Beaumarchais se giró instintivamente hacia el equipaje ya embalado, que aguardaba el momento de la partida en la esquina izquierda de la habitación. Sólo un baúl permanecía abierto en espera de los últimos detalles. Volvía a París.

—Déjame probar el opio, *chéri,* nunca lo he hecho antes. Dicen que es muy relajante.
—Lo es, aunque lo prefiero mezclado con hachís.
La mujer se puso una bata sobre los brazos desnudos y se abrochó las cintas. Se aproximó a Caron y le quitó la pipa de entre los dedos. Se la acercó a los labios y, tras unos segundos, volcó totalmente la cabeza hacia atrás fingiendo dar mayor entrada al humo, pero en ningún momento aspiró.
—Tiene un sabor ocre. ¿Siempre es así?
—¿Un sabor? Pensaba que el ocre era un color.
—Lo es, Caron, lo es. Se trataba sólo de una metáfora. Cuéntame, ¿cómo vas a pasar tus últimas horas en la capital de la niebla?
—No pensaba salir, me despedí ayer de los amigos, incluyendo a lord North. De mis amigas, ¿qué te voy a decir? Acabas de ser testigo del adiós. Ya no hay nadie más. Esperaré aquí hasta que se haga la hora de zarpar. Tengo ganas de volver a ver París. Llevo en Londres demasiado tiempo.
—¿Cuánto, Caron? ¿Dos años, tal vez? Yo te conozco hace seis meses nada más, pero tu fama me llegó mucho antes.
—Buena memoria, querida.
—Gracias, amor. Y dime, ¿qué te espera en París? ¿Una colección de mujeres hermosas deseando tus atenciones? ¿Solitarios nobles en busca de tus consejos? ¿O quizás la mismísima María Antonieta?

—No digas barbaridades de la Reina.
—De acuerdo. Me callaré si me cuentas qué amores te esperan cerca del Sena.
—Pues mira —se detuvo para inhalar profundamente aquel humo *ocre* —. Estoy seguro que nadie ha previsto fuegos de artificio para festejar mi retorno. En la Corte no celebrarán veladas en mi honor, ni el sexo débil adornará con rosas las balconadas de sus alcobas parisinas... al menos en unas semanas. En todo caso, lo importante es lo que piense el Rey.
—Bueno, ¿y qué piensa?
—Mujer, qué preguntona estás hoy. ¡Pareces una esposa! Sírvete una taza de chocolate.
—Sabes que odio ese alimento. Estoy segura que ese líquido negro envenena a la gente con el tiempo. Deberías haber pedido té. Al menos, despídete de Inglaterra como Dios manda.
—¿Como Dios manda? ¿Qué significa eso? Todo Londres ha podido degustar mis «Bodas de Fígaro». Hasta George III ha elogiado la comedia. Es Londres quien tendría que despedirse de mí con agradecimiento.
La mujer calló. Ciertamente la comedia de Beau marchais había tenido un notable éxito. Había atraído a una nobleza mortalmente aburrida, capaz de pagar cantidades ingentes por cualquier cosa que rompiera la monotonía. Y *Fíg a r o* ofrecía el morbo de ver y oír a un autor tan francés representar una obra prohibida en París, porque en ella se ridiculizaba a Su Majestad el rey de Francia y, de paso, a su odiada y envidiada esposa, María Antonieta.
Beaumarchais, según la versión oficial, se había exilado en Londres después de que la Corte de París le hubiera privado de sus derechos civiles. Esto último era cierto. Pero el viaje a Londres había tenido otro sentido: era un espía comisionado por el mismísimo Soberano francés.
Sin embargo, cuando todo parecía miel sobre hojuelas, precisamente en el momento en que el francés había llegado a intimar nada menos que con el propio jefe del Gabinete, lord North, el estúpido y analfabeto esclavo negro, confundiendo la dirección, había entregado la misiva al capitán Northam por cuyas venas corría sangre inglesa pura, sin mácula ni mezcla alguna, y no al comerciante americano al que iba dirigida.
—¡*Mauvais chance!,* Caron —sentenció la mujer, arrebujándose en los amplios pliegues de la bata. Hacía frío—. Al menos posees unas finanzas saneadas.
Beaumarchais se echo a reír. Los reyes de Francia y España le habían otorgado dos millones de libras tornesas, pero, sumando su ambición a su propia ignorancia, se había gastado más del doble con el fin de

hacer un buen negocio con el «Amphitrite», que, por la jugarreta del criado, había sido confiscado.
Por ello, debía a mister Grand, el banquero suizo, al menos 2 millones de libras tornesas y no tenía ni idea de cómo pagarlas. Sólo quedaba el Rey, mas no estaba seguro de la cara que pondría después de la historia con la maldita carta. La mujer insistió.
—¿No tienes unas buenas rentas, Caron? Tú eres un noble francés; pase lo que pase, seguirás siéndolo.
El humo del opio iba quitando, poco a poco, las barreras que Caron se imponía a sí mismo al tratar sobre su vida. Su apéndice bucal pedía guerra, y no tardó en liberarse. La mujer se recostó sobre la cama boca abajo. Sus codos sobre una almohada. Las manos sujetando su rojiza cabellera escocesa, los pies en alto cruzados. No hubo de decir nada: Caron cogió el galope saltándose el paso y el trote.
—¿Noble? ¿Rico? ¿Sabes, Margaret, quién era mi padre? ¿Sabes cuál fue mi primera profesión?
—Banquero.
—¿Banquero? ¡Dios mío, cómo engañan las apariencias! ¡Bendita imaginación juvenil! ¡Banquero!
Beaumarchais se levantó de un salto y se dirigió al baúl de ébano que aún permanecía abierto. Tomó la casaca que descansaba desenfadada sobre él y tanteó el tejido buscando la faltriquera. Volvió con un reloj de bolsillo cuya tapa estaba labrada en oro. A modo de guinda, lucía un enorme rubí.
—¡*Eh, voila!*
—¡Oh! ¡Qué preciosidad! ¡Una máquina de bolsillo! Apostaría a que es un regalo femenino. ¿Acierto?
—Negativo. No es un regalo. Yo mismo lo he fabricado, no para mí, claro, entonces no podía permitírmelo. Lo recompré después por el doble de su valor económico. Pero ¿qué quieres? Soy un sentimental.
Caron se acercó a la mujer y le mostró el reloj de cerca.
—Comencé a trabajar en el taller de relojería de mi padre a los diez años, cuando salía de la escuela. Cuando llegó el ascenso de la demanda, dejé el colegio. Siempre era el primero; en toda hora, el mejor; la caja de piezas defectuosas, que estaba a mi lado, invariablemente estaba vacía. Tengo, querida —dijo frotando con maestría la espalda de la mujer con sus largos dedos extendidos—, mucha destreza en las manos.
—¿Por qué tanta demanda de relojes, Caron?
—¡Palomita! Se ve que conoces poco el mundo de la Corte. «Ab aeterno», los nobles de todas las épocas han sentido especial debilidad por los avances técnicos. La novedad, el esnobismo, la magia… Quizás la posibilidad de poner cara de entendido bajo la certeza de que los demás marqueses, condes o varones, incluido el mismo Soberano,

tampoco comprenden las leyes de la física, causa en ellos una atracción fatal.
»Cada época cuenta con su invento. Yo fui puesto por la providencia en el horno donde se cocía la innovación del momento.
»En Francia la culpa la tuvo el difunto Luis XV, que cogió la manía de colgar una máquina de pared en la habitación de cada una de sus amantes cuando éstas le daban un nuevo bastardo. Quizás fuera una manera de señalar su territorio, pero el caso es que la demanda de relojes se quintuplicó.
»Yo pasé de aprendiz a maestro en sólo seis meses. Antes de un año, presenté a mi padre un nuevo escape de clavijo que ofrecía una precisión mucho mayor con menor coste en mano de obra. A los dos años me había aburrido de un trabajo sin futuro.
»—¡Mi hijo promete! —decía mi padre a todo el que quería oírle—. ¡Será el mejor relojero de Francia!
»Pero a mí no me iba esa vida. Por el contrario, me encantaban las tabernas, el teatro, las mujeres —de eso tú ya has probado un poco, querida— y especialmente la música. Ya había compuesto algunas piezas satíricas que habían tenido un mediano éxito en ese ambiente, y que me habían abierto mucho los ojos.
»Pero lo que verdaderamente me los abrió fue la presentación de mi invento del escape ante la Familia Real en el hall del Palacio de Versalles. La suntuosidad, la elegancia, la grandiosidad, el lujo, llamaron mi atención, pero lo que me causó más honda impresión fue notar las miradas de las damas tras sus repolludos abanicos.
»Jóvenes y viejas, todas ellas tenían una cara de aburrimiento que conjuntaba perfectamente con la de sus esposos, hijos o amantes. Un pensamiento fugaz cruzó mi mente en un instante: '¡Qué éxito tendrían mis comedias en este foro! ¡Qué luises de oro conseguiría meterme en el bolsillo aquí!'.
—¿Y cómo te las arreglaste para entrar en ese círculo tan cerrado? —insistió Margaret.
—¡Suerte, querida! Para obtener fondos para mis juergas nocturnas, yo había perfeccionado el diseño del arpa. Siempre he conseguido sacar a este instrumento un sonido verdaderamente magnífico. Una de las terceras doncellas de las princesas de Francia pudo comprobarlo una noche clara de primavera. Antes de junio, me había convertido en profesor de música —arpa y guitarra— de Adéläide, Victoire, Sophie y Louise, las hijas de Luis XV.
—¿Así de fácil? ¿Un arpa te introdujo en la Corte del Rey Cristianísimo?
—No, por supuesto, ése fue sólo el primer paso. No basta estar en el lugar adecuado y poseer el talento correcto. Se necesitaban los medios. Yo carecía de ellos. Los regalos llegaban en cantidades

crecientes, ciertamente. Recibía un palpable y patente trato de favor, sí, pero no podía traspasar el mágico y estricto círculo.

»Para ello hacía falta una desahogada situación financiera. Yo, además, puesto que había sido nada menos que un artesano, un paria que había tenido que trabajar con sus manos para ganarse el sustento, necesitaba un acta de nobleza.

—¿Y cómo lo conseguiste?

—La vida misma me condujo por el camino correcto. Un camino marcado inexcusablemente con una divisa: el nombre de una mujer. En primer lugar, Madeleine Aubertin, viuda de monsieur Francquet, empleado de palacio. Cuando me casé con ella, me regaló el título de su marido.

—Madeleine, sí, he oído hablar de ella. ¿No fue la que murió prematuramente?

Caron guardó silencio, recordando la escena, una historia que no pensaba mencionar en voz alta.

A la viuda Francquet había seguido otra mujer igualmente poco agraciada, con buenos contactos: Gene viève Wattebled, viuda del guardia general Lévêque. Tristemente, la pobre mujer también había muerto apenas dos años después de contraer nupcias y convertirse en la segunda señora de Beaumarchais, dejándole una cuantiosa fortuna. Muchas voces se levantaron entonces murmurando historias sobre ciertos venenos que el músico había adquirido para acabar con las malas hierbas de su jardín. Pero nadie pudo probar nada. Él poseía ya bastante dinero. Y el dinero tapa las bocas hambrientas.

—Caron, ¿qué te ocurre? Estás muy callado ¿Por qué has interrumpido el relato? Fumas demasiado. Toma algo de chocolate.

Beaumarchais oía lejana una voz de la mujer que le espetaba. La sentía ralentizada, lenta, algo fantasmal. Entonces unas manos le rodearon el cuello y unos labios le cubrieron de besos.

—Sigue, Caron, sigue. Cuéntame lo que pensó el Rey.

Su mente le prevenía, su instinto le alertaba, pero los efluvios del opio habían cerrado todas sus defensas.

«Es raro», pensó. «Nunca me ha ocurrido esto con el opio. Ha debido de ser Margaret. Eso me pasa por fiarme de una pelirroja, y escocesa, por más señas».

—Caron, Caron, escucha, *mon chéri.* ¿Estás bien? Me estabas hablando de tu fortuna. Te casaste y compraste un cargo. Pero ¿cómo accediste a la esfera real?

Y Beaumarchais habló, y lo hizo con tal detalle, que nada quedó oculto. Todo emergió de su corazón como un eructo involuntario, como el agua de un caño roto. La pelirroja escocesa le fue conduciendo suavemente hasta donde quería llegar.

—Entonces, Caron, te asociaste con ese tal Duver ney, que, como

todos los que se unen a ti, terminó muriendo prematuramente y te dejó toda su fortuna.
—Sí. Entonces fue cuando llegaron los problemas.
—¿Por qué? ¿Es que también le envenenaste?
Caron no contestó. Margaret no insistió.
—¿Ocupaste su puesto? ¿Qué dijo el Rey?
—Nada. Me expulsaron de Francia.
—¿Por qué?
—Bueno, Duverney no tenía familia conocida o reconocida, sólo un sobrino lejano, el conde de Blache, que dio por supuesto que su querido tío le había dejado su cuantiosa fortuna. Según sus cálculos, un millón y medio de libras. Pero ciertos documentos, que aparecieron en el despacho del finado, reconocían como mío el 75% del negocio. El Conde se ofendió y me llevó a los tribunales. Me acusaron de falsificación documental, intento de asesinato y no sé cuántas cosas más. Me quitaron todos mis derechos civiles y me vine a vivir a Londres.
—¿Y qué dijo el Rey?
Beaumarchais trató de callarse, pero los dedos que rozaban su espalda con dulzura se volvieron duros, como garras que se elevaban hasta casi oprimir su cuello.
—¡Habla, Caron! ¡Cuéntamelo! —tras el arrebato, los dedos se serenaron nuevamente, volviendo a las ca ricias.
—El Rey no hizo nada de cara al público. Dejaron de invitarme, se olvidaron de mí; perdí el trato con las Infantas... Pero una noche fui conducido de extranjis a Versalles. Allí me llevaron a presencia de Su Majestad. Me encomendó hacerme un hueco en la vida londinense y enviar informes sobre la situación política cada cierto tiempo.
—¿Lo hiciste?
—¡*Su r e !* ¡Fue fácil! El amor por el sonido del arpa que tiene lord North y el hecho de haber tenido problemas en mi patria me abrieron todas las puertas.
—Ya. ¿Y también informabas sobre la revuelta de las colonias?
—¡Por descontado! Ése era el tema fundamental.
—Y, además de informar, les envías armas. ¿No es así? ¿Estás de acuerdo con mister Silas Deane?
Caron afirmó con la cabeza.
—*Ch é ri* —preguntó la mujer muy despacio—, ¿sabes dónde está «John el pintor»? ¿Tienes relación con ese incendiario? ¿Verdad que me lo vas a decir? ¿Verdad que sí?
Caron se mordió la lengua intentando no contestar. A duras penas, consiguió ponerse en pie. La mujer no se lo impidió, pero tampoco colaboró. Tomó la jícara colmada de chocolate, ya tibio, y sorbió el contenido de un solo trago.

«Probablemente esto me despeje la cabeza», pensó.
Pero entonces una risa estridente invadió la estancia. Era el chocolate el que contenía el suero que desataba inevitablemente el apéndice bucal.
—¡Pobre Caron! ¡El cazador cazado! ¡El gigoló cantando ante una daifa todos sus secretos!
—¿Tú, una concubina? ¿De quién?
—¡Oh, *mon chéri!* No soy yo quien debe hablar, nada te importa a quién sirvo. Sin embargo, tu conversación me está resultando muy interesante, y, por lo que veo, será para mí extremadamente lucrativa.
En efecto, Caron siguió hablando. Ni siquiera trató de evitarlo. El nombre de cada navío con destino a América emergió de sus labios. «El Sena» fue el primero. Nunca llegó a su destino: una goleta inglesa lo hundió junto con su carga en las costas de Massachusetts.
Empero el dulce interrogatorio no aportó mucho al dossier más urgente en ese momento: Beaumarchais confesó desconocer los detalles referentes al incendiario conocido como «John el pintor». Sólo recordaba, y además levemente, haberle entregado meses atrás un salvoconducto.
Tras su disertación, la coima se vistió. Ya se marchaba dejando a Caron en el suelo, viendo visiones, cuando la pizca de humanidad que poblaba sus venas, le hizo volver. Ayudó al hombre a levantarse y le abandonó ya postrado sobre el lecho, con un sonoro beso en la frente.
Caron no se movió, la conversación volvía reincidente a su memoria adormecida. Los acontecimientos pasados, más que su delación, le seguían escociendo. Sintió cómo una oleada de tupidos vapores de sueño le envolvía. Tupidos, pero no neutros. Aun cuando se resistía, su conciencia no dejaba un momento de importunarle llevándole una y otra vez a aquella habitación, escena tras escena, en aquella pesadilla.
Los efectos del suero de la verdad no duraron mucho, pues, de facto, Caron de Beaumarchais embarcó rumbo a Francia esa misma noche, como estaba previsto.

Londres, 19 de enero

Al amanecer, Wharton partió para Plymouth. Perma neció allí sólo seis horas. Nuevamente Betty tenía razón. Era una plaza bien guarnecida, mucho más difícil, en tanto que era un puerto con un constante ir y venir de navíos de línea. Finalmente decidió seguir las indicaciones de la señora Wharton e ir a Bristol.

Cuando alcanzó el puerto de esa ciudad, ya trabajaban más de cincuenta personas en las tareas de extinción del incendio. Se habían quemado dos almacenes y varias viviendas. Aunque la nave principal no había sido dañada, habían muerto varias personas adultas y dos

niños. Allí se dirigió Wharton, obligando al cochero a acelerar. No quería que las pistas se perdiesen.

Como esperaba, encontró tres latas de galletas llenas de un líquido oloroso, trementina sin duda. Dentro de cada una de ellas, «John el pintor» había colocado una vela que sobresalía unos centímetros. Las velas estaban unidas por una especie de cordel ennegrecido, que discurría aún unos diez metros. Envolvía cada lata una buena dosis de cáñamo rociado, a su vez, de trementina.

Por el motivo que fuera, el dispositivo no había funcionado, aunque, claramente, había sido voluntad del traidor quemar todo aquel arsenal.

Tras las noticias, el día 20 de enero, la Cámara, nuevamente en sesión extraordinaria, colocó el país bajo ley marcial. Pese a la recomendación de lord Osborn, la «Cámara de los Lores» aumentó la recompensa a mil libras. Todos los periódicos se hicieron eco de las noticias y el pánico se extendió por todas las costas británicas.

Pánico, eso era lo que veía Wharton en los ojos de aquella nerviosa mujer que tenía delante de él. Hablaba con voz entrecortada y mezclando tanto los acontecimientos que el inspector no conseguía entenderla. Smith trataba infructuosamente de calmarla. Habían pasado cuatro días desde el anuncio de la sustanciosa recompensa, y la gente acudía como abejas ante un panal de miel. En la calle había una cola de, al menos, treinta personas esperando ser acreedoras de una suma tan sustanciosa, pero algo decía a Wharton que aquella humilde dama tenía algo importante que decir.

—Mistress Short, tened calma. Recapitulemos. Afir máis haber alojado y haber vendido a «John el pintor» unas mechas de cáñamo… Sostenéis que se las vendisteis a mitad de precio porque estaban húmedas, pero que a él le dijisteis que el motivo de la venta era su necesidad de dinero. ¿Correcto hasta aquí?

—Sí, pero…

—Tranquila. Sigamos. A él no le funcionaron las mechas, y vos tenéis miedo de que quiera vengarse.
—Sí, pero…
—Tranquila
—¿Cómo tranquila? —chilló desesperada—. ¡Le he visto en mi manzana! ¡Se propone quemar mi casa!
—¡Smith, Rossenbool! ¡Corriendo, vamos para allá, avisen también a

los policías del lugar!
La señora Short cobró cien libras; Wharton, ochenta del encargo y quinientas del Parlamento. Nadie supo a dónde fueron a parar las 320 restantes.
«John, el pintor» fue cogido en la casa de la señora Short con las manos en la masa. Preparaba una mecha casera, con papel pintado impregnado con una mezcla de carbón de leña pulverizado y pólvora, ambos amasados con agua.
Aunque lo negó todo al principio, finalmente, en el amanecer del día 25, al informarle de que habían encontrado los enseres que había escondido en su habitación —una pistola, un pasaporte francés con su verdadero nombre, John Aitzken, un tratado sobre fuegos de artificio y un saco de pólvora—, confesó.
Confesó haber vivido desde niño en América y haber retornado a Inglaterra con el ánimo de ayudar a la revolución. Confesó haber contactado en Londres y París con un agente americano, Silas Deane, y con otro francés, Caron de Beaumarchais.
Confesó que el primero le había dado trescientas libras y le había fijado los blancos preferentes en la costa sur de Inglaterra, y que el segundo le había facilitado un salvoconducto y un pasaporte.
Finalmente confesó a Dios sus pecados antes de ser colgado por el cuello hasta morir delante de las ruinas del astillero de Portsmouth que él había quemado.
La policía acudió presto al domicilio londinense de Caron de Beaumarchais, pero el francés había abandonado territorio británico la noche anterior. Silas Deane también se hallaba fuera de Inglaterra.
Cuando George III fue informado, rompió dos jarrones de elevado valor estrellándolos contra la balconada norte de su salón de reuniones. Luego sufrió un raro ataque de risa histérica. Después lloró abrazado a un real cojín. Finalmente recobró la normalidad y llamó a su amigo, lord Osborn.
—Caron de Beaumarchais y Silas Deane. ¡Vaya par de pájaros! —confesó lord Osborn.
—¿Intentamos ya los sobornos a los colonos?
—Entiendo que no, Majestad. Creo que deberíamos esperar a ver el desarrollo de la contienda. El general Howe estará a punto de conquistar América.
—Eso espero, querido amigo. Y respecto a esos espías, lord Osborn, dejo el asunto en vuestras manos.
«Como siempre que aparece alguna cuestión escabrosa», pensó el interpelado.

París, febrero de 1777

Silas Deane se enteró enseguida de la muerte de «John el pintor».

Todos los diarios traían la noticia. Investigó y averiguó que le habían encontrado un pasaporte francés y que había sido interrogado durante horas. Entonces le entró el pánico. Estaba casi seguro de que habría mencionado su nombre.

—¡Dios mío! ¿Por qué fui tan estúpido de presentarle mi verdadera identidad? ¿Por qué? ¡Lo estropeo todo! Empiezo con buen pie, soy un buen diseñador, casi brillante, y luego, al final, lo fastidio. Espero que las noticias de que Beaumarchais ha abandonado Londres sean ciertas. Ese pasaporte le puede comprometer. ¡En ese caso, el negocio estará definitivamente perdido!

En aquel momento, sonaron unos golpes en la puerta. —¿Sí? ¿Quién es?
Deane había tomado una habitación en una pensión

parisina. Franklin se alojaba desde su llegada en un palacete de nombre «Hôtel de Valentinois», en Passy, junto a Arthur Lee. El hotelito, a medio camino entre Versalles y París y, por tanto, muy cómodo para los abundantes viajes que exigían las gestiones diplomáticas, era propiedad de un tal Chaumont, quien lo había cedido momentáneamente a los americanos para servir como base de operaciones.

Era bonito y amplio, pero Deane prefería pisar el terreno directamente. Su domicilio no era conocido por casi nadie. ¿Quién le visitaría?

—¿No vas a abrir a tu amigo y socio, Deane? ¡Pongo los pies en París después de tantos meses y mis amigos me cierran las puertas!

Deane corrió hacia la entrada con alegría. —¡Caron! ¡Qué sorpresa! —dijo abrazándole con alegría espontánea—. ¡Temí que te hubieran cogido? ¿Te has enterado de la historia del «pintor»?
—Sí, *mon ami*, pero ése era el riesgo, y él decidió correrlo.
—¿Y nosotros?
—Bueno, ahora están ya las cartas sobre la mesa. Saben quién soy yo y a qué me dedico. También conocen que tú no te andas con remilgos. No obstante, espero que podamos seguir con el negocio desde aquí. En París, pero con la inestimable ayuda de nuestro común amigo Bancroft desde Londres.
—Así lo espero, Caron.
—Por cierto, mi querido Silas, me tienes muy en fadado.
—¿Yo? ¿Te tengo enfadado? ¿Cuál es el motivo?
—Me he enterado que haces negocios a mis es paldas.

—¿A tus espaldas, Caron? ¿Cómo voy a hacer negocios a tus espaldas si tú eres quien tiene los barcos y envías las mercancías a América? Todo pasa por tus manos. Yo me llevo mi comisión, pagada por el Congreso, y tú la tuya. Sustanciosa, por cierto. Y respecto a las apuestas, te llevas el 30% como yo.
—Sí, lo sé. Pero queda el tema de los barcos fan tasmas.
Deane se levantó de un salto. La dulce voz de Beaumarchais no enmascaraba su enfado. Mas, ¿cómo había de enfrentarlo? Paseó por la habitación unos minutos y luego habló.
—Caron, amigo, tú sabes que somos como dos almas gemelas. Estoy seguro que podrás comprenderme. Tú eres hijo de un relojero; yo, de un humilde herrero de Connecticut. Mi padre guardó cada centavo ganado con su sudor para enviarme a Yale. Estudié leyes muriéndome de hambre…
—Silas, Silas… Conozco tu historia. Te casaste, como yo, dos veces con dos viudas que te aportaron dinero y prestigio. Pero eres ambicioso, y nunca hay suficiente. ¿No es así?
—*To u c h é .*
—Bien. Somos iguales: ambos ambiciosos, ambos patriotas de nuestro bolsillo.
—No hacemos nada malo —replicó Deane—. Mi comisión, supongo que idénticamente la tuya, han sido aprobadas por nuestros respectivos Gobiernos. Son un pequeño agradecimiento por los servicios prestados.
—Ciertamente, querido amigo, ciertamente. Pero dudo que el Congreso Continental americano apruebe que envíes cargas a tu propio nombre y cuenta y que, cuando tienes la mala fortuna de que te hundan los barcos los británicos, hagas aparecer unos documentos donde dices que aquellos barcos habían sido enviados por cuenta del Congreso y que, por tanto, él debe pagar el importe completo. Tampoco creo que les gustará saber que especulas con los seguros.
—Caron, si finalmente ganamos la guerra, nada im portará que debamos a los gobiernos europeos dos o doscientos. Sin embargo, si perdemos la contienda, mi cabeza estará en juego. No podré vivir en América, tampoco en Inglaterra. Me tendré que instalar aquí, en París, o en Amsterdam. ¿Sabes cuánto cuesta la vida en esas ciudades? ¡Tendré que vivir como un pordiosero, ya que no soy hombre de fortuna! ¡No, gracias! Más vale que tenga los bolsillos llenos por si tengo que huir a África o más lejos.
—Entiendo tus razones, querido amigo, las comprendo y hasta las comparto. Lo que no me parece justo es que me hayas dejado aparte. Sin mí nada de ese comercio podría realizarse. Nada alegaré, pero habremos de ir a medias, como siempre. *¿D'accord?*
—Como siempre, me pliego ante tu sabiduría, amigo. Y, ahora,

vayamos a celebrar tu vuelta.
—Lo siento, querido Silas. Me esperan en Versalles esta noche. Lo dejaremos para mejor ocasión.
—¿Se trata quizás del tema de «John, el pintor», o tal vez es por la famosa «carta»?
—No me lo recuerdes. He vendido al esclavo. Pero en todo caso no hay mal que por bien no venga. He retornado a París. Espero que esta noche el Rey me perdone. Sobre todo porque traigo noticias de Londres. Dicen que Su Majestad George III está enfermo. Dicen que le dan ataques extraños, con ramalazos de locura, y sale desnudo por palacio, espada en mano, buscando rebeldes americanos.
—¿Es vox populi?
—No. Aún es confidencial. Me lo ha confesado lord North, muy preocupado. Espero que esta información compense mi pequeño desliz.
—Estoy seguro, amigo. Y, por cierto, esta tarde Arthur Lee y yo tenemos una cita con el banquero, tu buen amigo mister Pierre Grand.
—No me lo mientes siquiera. ¡Menudo usurero!
—¿Usurero, Caron? ¿Por qué?
—Bueno… Ya sabes que me pasé sensiblemente adquiriendo mercancías. Supuse que inmediatamente los Gobiernos Borbónicos compensarían el exceso de disposición. El conde de Vergennes no puso ningún impedimento, pero los españoles se negaron a pagar.
—¿Por qué?
—¡Ah! ¡Son gente de débil carácter! Volubles. Su Embajador aseveró que España se comportaría a la par de Francia. Pero cuando les pasé la factura por importe de la mitad del exceso de compra, alegaron que ellos no habían autorizado pagar sin ser consultados. Habían autorizado un millón y nada más que un millón.
—¿Y por qué cantidad os habíais endeudado?
—Una cantidad no despreciable
—¿Cuánto, Caron?
—Tres millones y pico. Uno y medio ha sido pagado por Vergennes, el otro millón y medio…
—Se lo debes a Grand.
—Así es. Estoy a la espera de que tu querido Congreso me pague las mercancías que le he enviado privadamente. Cuando llegue «El Sena» todo se arreglará.
—Me temo que soy portador de malas noticias. Lo sé desde hace apenas una hora.
—¿Sabes, Silas? ¡Me tienes en ascuas!
—Tu barco, nuestro barco, «El Sena», ha sido hundido. La noticia ha llegado hace una hora.
—¡Me persigue la mala suerte! ¡Ha sido la condenada pelirroja!

¡Maldita ramera!
—¿Qué crees que dirá Grand?
—¿Decir? ¡No, decir no dice nada, pero cuenta! ¡Calcula la cantidad de intereses que voy a pagarle a razón del 18% anual!
—¿Dieciocho por ciento, Caron? ¡Pero si el dinero más caro está al 6%!
—Sí, lo sé, querido Silas. Está al seis si debes una pequeña cantidad y puedes pagarla, pero no cuando debes mucho y eres cliente de riesgo. Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo en atracar los débiles bolsillos de los pobres. ¡Usureros de cuello blanco!
—Hemos de reconocer que la situación es arriesgada… ¡Pero un 18% es excesivo!
—Sí, en efecto, pero, ¿cómo se dice en España? ¡Ah, sí! ¡Con estos bueyes hay que arar! Si no hay otra cosa, pagaremos el 18%. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Ganaremos sólo el 382%!
Ambos hombres rieron de buena gana con la ocurrencia.
—Silas, en todo caso, tú que recibes el dinero del Congreso asegúrate de que va a mi bolsillo. Creo que hay un bilbaíno haciendo negocios para España que está suponiendo una dura competencia. Si necesito más dinero, Grand no me lo dará. Asegúrate de que sea yo el primero en tocar las libras que recibáis.
—Sí, sé de quién me hablas. Se trata de los Gardoqui con Casa en Bilbao. Han sido los escogidos para el envío de pertrechos españoles y son, según tengo entendido, amigos personales del banquero Grand. Se trata de unos duros competidores, querido Beau marchais, no sé qué podríamos hacer.
—Bueno, pero algo haremos, ¿no?
—Tampoco hemos de abusar, querido Caron. Tu empresa posee el monopolio del negocio francés…
—Afirmativo, *mon chéri*, pero no es suficiente para superar el bache financiero en el que ahora estamos inmersos. Todas mis esperanzas estaban puestas en «El Sena». Has de convencer a Grand. Todo el dinero en efectivo que llegue a vuestra cuenta, aunque sea español, ha de ir a parar a mis manos.
—No es tan sencillo…
—¡Querer es poder! ¡Hay que intentarlo! Si no hay puerta, entraremos por la ventana. Ya tenemos experiencia en esos menesteres.
—Quizás…
La palabra de Silas Deane quedó momentáneamente colgada en el vacío, preñando de silencio la habitación. Le interrumpió Beaumarchais.
—¡Silas! ¿Qué te ocurre? ¡Pareces un palomino! ¿En qué piensas?
—Pensaba en el espionaje británico…
—¡Deja eso ahora! Lo pasado, pasado está. Volvamos al asunto del

comerciante español.
—Nunca me he alejado de él. Sólo estaba buscando soluciones creativas. Los espías británicos podrían ayudarnos en esto…
—¿Cómo? ¿Los británicos? ¿No estarás sugiriendo…?
—No sugiero, afirmo.
—¡No, eso no estaría bien! Aunque no es mala idea.
—Si esos bilbaínos son espiados de cerca, entonces cesarán sus envíos…
—Pero, ¿cómo lo hacemos? ¡No vamos a presentarnos ante el enemigo ofreciéndoles información directa sobre nuestras fuentes! No podemos hacerlo. Además, doy por cierto que no nos creerían.
—¡Ah, Caron! ¿Y tú te llamas maestro del teatro, dibujante del alma humana?
—Pero, querido Silas, eso es ficción y esto realidad. Aquí se ventilan vidas humanas, esperanzas nobles. En juego está también el futuro de tu patria…
—No, amigo, no. Sólo de nuestra bolsa. Se trata de que tú y tu Casa suplantéis en ese negocio a los bil baínos. Sé que tú y yo serviremos a los Estados de América con la misma eficacia que la Casa Gardoqui.
—De acuerdo, te concedo la razón. Pero seguimos teniendo el mismo problema: necesitamos que los ingleses estén en el ajo. ¿Cuál es el sistema? ¡Ah! ¿Pero qué veo? ¡La sonrisa maliciosa que en este momento cruza tu rostro me indica que ya has solucionado ese extremo! ¿Me equivoco?
—Odio, amigo mío. Odio. Una pasión tan fuerte como el amor, pero mucho más peligrosa, puesto que no conoce barreras. El odio contenido es una energía inagotable y hace falta muy poco esfuerzo para que se desborde. Sólo es menester aprender a encauzarla.
—Disculpa mi torpeza, pero no sigo tu razonamiento. ¿De qué odio hablas?
—El jesuita.
—Ahora sí que me he perdido completamente.
—Pierre Rombaud. Un jesuita que odia a los españoles.
—¿Por haberle expulsado? ¡Si tiene apellido francés, debería odiar a los Borbones franceses que expulsaron a su Compañía de Francia!
—Cree que el causante de la afrenta fue el rey de España. Francia sólo secundó, casi por obligación, los designios del rey Carlos.
—¿Y está en lo cierto?
—En parte. El jesuita cree que la puntilla de la expulsión la otorgó Carlos III y su hombre Florida blanca, hoy su Secretario de Estado. Dicen que el Papa temía tanto a este último que con tal de no ver sus gélidos y masones ojos firmó el Decreto de Expulsión.
—Bien. De acuerdo. Es un jesuita y odia a los españoles. Empero lo importante es en qué puede contribuir a nuestra causa.

—Con sólo mencionarte dos frases, lo comprenderás: vive en Londres y ofrece toda la información que encuentra a los británicos.
—¡Magnífico! Es decir, que si le pasamos el nombre de la Casa bilbaína…
—En un santiamén lo sabrán los ingleses. ¿De acuerdo entonces?
—De acuerdo
—Y mientras cosechamos los frutos, haremos una cosa: el banquero Grand te habrá cerrado la puerta, pero no a mí. Le sacaré dinero a una tasa aceptable, pongamos entre el 6 y el 8%, y compensaremos el desastre de «El Sena» con otro envío. ¿Te parece bien?
—Por supuesto, querido amigo. Y ahora me voy, que aún debo prepararme para ir a Versalles. *¡Àbien tôt!*

Vitoria, jun io de 1777

Nada más terminar las conversaciones entre Grimaldi y el representante rebelde, Gardoqui había salido a cumplir su cometido de adquirir mantas y armas como alma que lleva el diablo. Lee había insistido en que el tiempo era vital para el triunfo: debían ir siempre por delante de los ingleses. Pero, aun cuando el americano no hubiese demandado celeridad, igualmente Diego María se habría dado prisa.

El tiempo, bien lo sabía un comerciante experimentado como él, es oro, pero en este caso había valores más importantes que el vil metal. El deseo de volver cuanto antes a su casa de Bilbao se unía, claro está, a la necesidad de conocer el estado de salud de la pequeña Águeda y poder abrazarla nuevamente. Mas lo que tenía aprisionado el corazón de Gardoqui, encogido su estómago y revueltos los intestinos era Brígida. ¿Debía confesarle su desliz, o quizás tendría razón el cura de la catedral de Santo Domingo? ¿Le traicionaría su mirada? ¿Ella se daría cuenta? ¿Habría tenido algo que ver Brígida con el salvamento del «San Joseph», como había dicho Grimaldi? ¿Cómo hallaría su salud?

Menos la diarrea, que podría deberse a un queso de cabra que cenó en casa del Deán, los demás síntomas eran inquilinos habituales del cuerpo de Diego María en situaciones de ansiedad. Los aguantó estoicamente mientras conseguía completar el cargamento que iría en la fragata «Scorpion»: mantas compradas en Burgos y Palencia, lonas para velamen, hilo y agujas, hierro en planchas, hoja de lata, lienzos ordinarios para camisas, bayonetas y una amplia colección de jarcias y aparejos de todo tipo.

El «Scorpion» era propiedad de su buen amigo John Derby. Tenía previsto, no tardando, la llegada a Bilbao con un buen cargamento de

bacalao. Diego María esperaba que aquellas mercancías se pudieran cargar en el tornaviaje y salir de inmediato rumbo a América. Como él aún debía quedarse en Vitoria para arreglar y apalabrar algunas otras mercancías, envió un correo a su hermano Juan Ignacio indicándole obrar en ese sentido.

Finalmente, cuando dejó ajustada la siguiente remesa, se despidió de Lee y salió a toda prisa hacia su casa de Bilbao, con el cuadro de la Virgen de Guadalupe bajo el brazo. Antes hizo que Lee firmase un recibo y le recordó que ni las mercancías que descargara el «Scor pion», ni el nuevo cargamento en curso, mucho más suculento, pues contendría las anclas, artillería, obuses y fusiles que Lee había pedido, eran gratuitos. Esperaba que en el tornaviaje su Casa fuera resarcida con tabaco de Virginia de primera calidad, arroz e índigo.

Berlín , 20 de m ayo

Mientras Diego María de Gardoqui dirigía sus pasos hacia la ría de Bilbao, Lee encaminóse a Berlín, siguiendo su ronda por Europa en busca de aliados. Allí tuvo escaso éxito político y mucho menor resultado financiero: los alemanes nada querían saber del conflicto entre Inglaterra y sus antiguas colonias. Es más, la palabra libertad no tenía allí significado político alguno.

La sensación de inutilidad y fracaso fue más honda cuando alcanzó a oír otras noticias aún más alarmantes: una gran cantidad de soldados rusos podrían sumarse a cambio de buenas libras a la lucha inglesa. «¡Carro ñeros!», pensó. «¡Van a comer todo lo que puedan mientras la presa está tendida en el suelo recuperando fuerzas! ¡Esperad a que se levante, entonces veréis que tiene ánimo atrabiliario!».

Ya se hallaba de mal humor cuando recibió correo de Beaumarchais. Una misiva larga y edulcorada, como siempre, en la que la Casa Roderigue et Hortalez le notificaba el envío a través de Barbados de 200.000 libras tornesas en especie: armas, municiones y pólvora. Con meloso y empalagoso tono, Beaumarchais se despedía hablando de libertad y de amistad, para concluir señalando que, habiendo ascendido el nivel de riesgo en los transportes por el Atlántico, la comisión que su empresa cargaría se había elevado en dos puntos.

Tras lanzar al aire algunos exabruptos, decidió calmarse y transmitir las nuevas al Congreso.
«¡Qué diferencia entre este francés y el bilbaíno!», pensó mientras cogía la pluma. «Un hombre de corte y bolsillo abierto, metido a especulador, frente a un comerciante durísimo en la negociación pero

para el que un apretón de manos resulta una rúbrica más fuerte que un sello notarial. ¡Que Dios nos dé comerciantes profesionales! ¡Los aficionados pueden chuparte la sangre!».
Decidió culminar el informe para el Congreso Continental y descansar hasta el día siguiente; quizás se levantara algo menos lluvioso.

«Mister Gardoqui de Bilbao confirma el envío hacia La Habana de una fragata cargada con mantas y otros enseres muy necesarios, desde jarcias hasta clavazones, como se indica en la relación adjunta. Se notificará cifrado el nombre del navío en la siguiente comunicación. Sin embargo, me informa que, si bien lo enviado hasta el momento puede considerarse una cortesía de España, a partir de esta fecha habremos de atenernos a las relaciones mercantiles.

Recuerda que el Congreso americano vino solicitando un acuerdo comercial, no una limosna. Y tiene razón. Si queremos ser una federación de estados y ser considerados como una nación, debemos ser capaces de comerciar entre iguales. Sugiere el bil baí no que, en pequeñas dosis y sin agobio, los géneros enviados sean pagados en especie: en productos de nuestra amada América, por ejemplo, tabaco o arroz. A mí me parece una buena opción. Cuanto más claras estén las condiciones, más fácil es que todos salgamos ganando.

Por otro lado, Roderigue et Hortalez, y su dueño monsieur de Beaumarchais, que declara también el envío de una fragata desde Amsterdam, informan de que han elevado su comisión en dos puntos porcentuales, tras acuerdo con mister Silas Deane…».

Dejó la pluma en el tintero y se quedó pensativo. Una chispa había saltado en el alumbrado de su cerebro. En su ronda por Europa, pocas semanas antes, había calado en el puerto de Amsterdam y había visto no una, sino dos fragatas que se cargaban a cuenta de Roderigue et Hortalez —Casa comercial de Caron de Beaumarchais— para mister Silas Deane. ¿Por qué Beaumarchais sólo le hablaba en su carta de un envío? Si habían sido cargadas en el mismo momento, lo lógico es que hubieran salido juntas y que los documentos del embarque se hallaran en la misma notificación.

La idea de una conspiración llamó inmediatamente y con poderío al portón de su mente. Reconocía que nunca le había gustado Deane. Era un hombre sin educación ni moral, sin escrúpulos, pese a que Franklin le tuviera en tan alta estima. Desde el principio pensó que algo turbio se tejía alrededor de su misión, y cada detalle le parecía sospechoso. Sin embargo, desechó la idea.
—¡Me estoy volviendo paranoico! ¡Hay mil explicaciones para esto! En

todo caso, seré prudente. Cuando vaya a París lo preguntaré con toda educación y cortesía y obtendré, seguro, una respuesta razonable. ¡Me voy a dormir!

No consiguió conciliar el sueño; ni siquiera reposar. En su duermevela el rostro de Deane emergía sin cesar. Al despuntar el alba no se encaminó a París como tenía previsto, sino de nuevo a Amsterdam, donde no le costó trabajo confirmar que, en efecto, habían sido dos los envíos facturados por mister Silas Deane.

Sin embargo, en el puerto le aclararon todas sus dudas: él no poseía los documentos de carga del navío de nombre «El Sena» porque se trataba de un envío privado de mister Deane y de monsieur Beaumarchais; un negocio particular.

«Bien, todo aclarado», se dijo, aun cuando una voz en su interior le decía que aquello no había hecho más que empezar. Esa misma inquietud le animó a pedir una copia de esos documentos.

En todo caso, tras obtenerla, arrinconó la idea de la conspiración y se concentró en su nueva tarea: negociar en París con el banquero Grand nuevos préstamos.

París, 14 de m arzo

Arthur Lee y Silas Deane esperaban pacientemente a ser recibidos por el banquero suizo, monsieur Pierre Grand, en la sede comercial parisina ubicada en la rue de Montmartre. El susodicho financiero había ofrecido hacía unos meses a mister Franklin sus servicios motu proprio.

—Puedo negociar para vuestras mercedes sus créditos con Europa —había prometido monsieur Grand— con el sigilo que se impone en estos momentos. Quizás a través de la firma Horneca, Fizeaux and Co., quizás a través de Leipzig, si lo estiman oportuno.
—Esas palabras suenan a música celestial —respondió Franklin—, pero quisiera oír la parte de la obertura en la que los ángeles desafinan. Decidme: ¿cuáles son vuestras condiciones?

—Bueno, las normales para estos casos. Descuento de letras aceptadas; 2, 3 o 5 años vista, 7% de interés… Lo normal. Pero eso sí, letras y créditos deben ser aceptados y avalados por mercaderes principales. De solera, de solvencia. Los estados son un gran invento, pero los banqueros preferimos atenernos a lo clásico, a lo antiguo. Optamos por mimar el solaz de los mercaderes y evitar correr albures con los políticos.

Finalmente, la puerta del despacho del banquero se abrió. Lee y Deane vieron acercarse a un elegante caballero, algo anticuado en el vestido y en los marcados modales, de voz queda y frente despejada.

—Adelante, por favor —dijo tras una sucinta inclinación—, siento la tardanza. Un pequeño problema en Londres. Pero díganme vuestras mercedes: ¿en qué puedo servir a los representantes americanos?

Lee tomó la palabra, aunque era más joven. Deane le miró disgustado.
—La Corte española prometió abrir una cuenta en su Casa para disposición del Congreso Continental por importe de medio millón de libras tornesas. La guerra…
—¡Por supuesto, por supuesto! —cortó Grand—. Ese depósito ha sido efectuado, aunque por algo menos, creo. Un cuarto de millón solamente. Seguro que el resto vendrá próximamente. No os inquietéis. Ya supondréis lo ocupados que están todos los gobernantes europeos.
—Nos gustaría disponer de parte de esos fondos —esta vez habló Deane con voz profesional— para adquirir algunos géneros muy necesarios para los Estados de América.
—¡Por supuesto, por supuesto! —insistió Grand—. Pero, díganme, ¿qué firma comercial va a realizar la operación?
—¡Y eso qué más da, si el dinero está ahí! —contestó Deane de malas maneras, recibiendo un fuerte pisotón de Lee.
—Disculpe, monsieur Grand. Tiene un hermano en el ejército del general Washington —mintió Lee— y está notablemente nervioso. La firma escogida es Roderigue et Hortalez, encabezada por Caron de Beaumarchais.
—¡Ah! Beaumarchais.
—¿Algún problema con él? —replicó Deane malhumorado y ceñudo ante las reticencias del banquero—. El mismo rey de Francia habla por su boca.
—Precisamente —susurró Grand con cara de preocupación.
—¿Decíais…, sir?
—No, no, nada. Pensaba en alta voz.
—Bien, entonces, ¿podemos ver el dinero? —dijo Deane tendiendo su mano diestra, mientras se levantaba con el acento orgulloso de un antiguo hijo de La Gran Bretaña.
Pierre Grand no contestó al gesto ni tampoco a la pregunta. Empero, se dirigió al gran ventanal que ocupaba la pared lateral de su oficina. Descorrió ligeramente los cortinajes interiores pausando la conversación mientras reflexionaba sobre la situación. Los minutos se sucedían. A Deane le salía el humo por las orejas y la furia por los ojos. Lee, callado, empleaba a su vez sus siete sentidos intentando comprender a qué se debía el cambio de actitud. Finalmente, Grand

quebró el silencio.
—¿Tienen vuestras mercedes inconveniente en volver mañana? Estoy recordando que algunas diligencias aún permanecen inconclusas. Mañana podremos terminar las gestiones y así no os entretendré por partida doble.
»Pidan una hora al oficial que esté libre y les sea oportuna. Y ahora, ¿querréis perdonarme? Me esperan asuntos de máxima incumbencia, nacional, sin duda.
—¿Pero qué diantres os pasa ahora? —chilló Deane iracundo—. ¡Franceses y españoles os han dado el dinero ya, y vos nos lo negáis y nos hacéis esperar! ¡La libertad de nuestra patria está en juego, señor! ¡No podemos detenernos por su capricho! ¡Sois un ladrón, como todo el que pretende retener algo que no le es propio!
Lee trató de terciar en aquella escena tan desagradable poniendo paños calientes, pero sólo consiguió simular cara de cordero degollado, pues su boca americana se negó a mentar palabra. Exactamente no sabía qué decir.
Pierre Grand, por su parte, no se inmutó. Se acercó a su preciosa mesa de caoba, curiosamente un paño sin ninguna incrustación ni marquetería. Y, tomando la diminuta campanilla de plata que en ella reposaba, la hizo sonar. Un bellísimo sonsonete inundó la estancia. Presto acudió su ayudante, un nervioso hombrecillo tan gris en su fachada como eficiente en su comportamiento.
—Monsieur Jacques, servíos cumplimentar una letra a la vista para monsieur Silas Deane por importe de un cuarto de millón de libras tornesas. Hacedlo fuera, y acompañad a estos... caballeros a la salida. ¡Ah, monsieur Jacques! En adelante estos señores no serán bien recibidos en esta cristiana oficina. Muy buenos días os dé Dios.
—¡Me parece estupendo, monsieur! —contestó Deane arrastrando las últimas letras del calificativo. Y mirando a Lee, afirmó orgulloso en su idioma materno—: ¡Este majadero francés se cree que es el único banquero de Europa, cuando crecen como setas después de una tormenta!
Pierre Grand a quien le iba mucho más la flema inglesa que la arrogancia pendenciera americana, perdió momentáneamente sus papeles y le contestó en inglés:
—Ciertamente, señor. Existen otros buenos banqueros en Europa. Sabed que mi Casa reasegura los créditos de todos ellos.
Lee se mantuvo sentado. Seguía sin comprender la mayor: ¿qué tenía el banquero contra Beaumarchais? Y la menor: ¿por qué Deane había estallado de esa manera ante un nombre que ni le iba ni le venía? A América le era indiferente quién fuera el comerciante que hiciera de intermediario. Lo único importante era que los cañones de bronce, las bayonetas de acero y las mantas de lana llegasen a Washington y a los

demás generales. Pero con un cuarto de millón no tenían ni para alpiste. Necesitaban dinero prestado, y en ese terreno una relación cordial con Grand era inexcusable. Así que decidió probar suerte.
—Perdonad, mister Grand. Permitidme una sugerencia. ¿Os parecería bien que los géneros, que nos son tan precisos, fueran negociados por una Casa española? ¿Conoce vuestra merced a los Gardoqui de Bilbao?
—¡Por supuesto que conozco a la familia Gardoqui! ¡Simona, José Joaquín, Diego María! Vengo haciendo negocios con ellos desde hace, veamos, desde hace… ¡Toda una vida! Justo desde que comenzaron a importar bacalao. ¡Soy el padrino de bautismo del hijo mayor de Diego María! Mas la Casa Gardoqui no me ha comunicado su aceptación por escrito. Comprenderéis...
—Recibiréis el placet enseguida. Iré personalmente a Bilbao a hablar con ellos.
—¡Arthur! ¿Qué hacéis? —chilló Deane desaforado—. ¡Estáis vendiendo a América!
—No, amigo, estoy nutriéndola. Disculpad, monsieur Grand. ¿Podemos volver la semana próxima el día y hora que vos estiméis oportunos? Mientras, me ocuparé de obtener el visto bueno de los bilbaínos.
—Sí, por supuesto. Monsieur Jacques os dará una cita. Buenos días.
Arthur Lee agarró con fuerza del brazo a su compañero de fatigas y le arrastró sin mediar palabra alguna hasta la calle.
—¡Soltadme, patán!
—Pero, Silas, ¿por qué os habéis puesto de esa manera? ¿No veis que necesitamos créditos? ¡No se puede morder la mano que te da de comer!
—¡Sí! ¡Que nos da de comer al 18%!
—Me temo que estáis equivocado. Ése no es el porcentaje que este banquero cobra a nuestros Estados. Ya habéis oído, el 5%, que sumadas las pertinentes comisiones rondará el 6%.
—A nosotros no nos cobra ese interés usurario, pero sí a Beaumarchais, que, en definitiva, somos también nosotros.
—¿De dónde habéis sacado esa conclusión? Beau marchais no es más que un vehículo, un instrumento prescindible. Y si Su Majestad Luis XVI lo hiciese decapitar y pusiera a otro en su lugar, nada tendría América que temer. ¿No es así?
—¡No, no, y mil veces no! Él ha comprometido sus fondos por nuestra causa, él ha sido el que ha abierto la faltriquera del Rey francés.
—De acuerdo, entiendo vuestra postura. Pero sigo insistiendo en que no es para ponerse así: lo importante es América. Decidme, ¿habéis tenido algún contratiempo serio? ¿Algún percance que os haga mostrar esa zozobra? Estáis verdaderamente perturbado. Contadme, Silas, vuestro rostro os delata ¿Qué ocurre?

—¿Contratiempo? ¿Percance? ¿Perturbación? ¡América está en un brete! ¡Los británicos acaban de hundirnos «El Sena»! ¡Mantas, bayonetas, pólvora, balas y un cañón de bronce, todo bajo el mar, todo inútil!
—¿«El Sena»?
—Sí. El mismo.
—¿A quién?
—¿Cómo que a quién?
—Digo que cuando decís «nos han hundido 'El Sena'», ¿a quién os referís?
—¡Pues a nosotros!
—Pero, ¿quiénes son esos nosotros?
—¡Por Dios Bendito, qué pregunta tan estúpida! Pues los Estados americanos. ¿Por qué?
—Yo pensé que ese nosotros incluiría a Beau mar chais y a vos mismo.
Deane, por un momento, perdió el color y tornóse primero lívido; luego, cárdeno. Sin embargo, fueron sólo unos segundos, y el fallo fue compuesto rápidamente por su magnífica labia.
—¡Querido Arthur! ¡Claro está que necesitáis descanso! ¿Cómo de Beaumarchais y mío? ¡Vos mismo habéis enviado al Congreso la notificación de esa carga! ¡Las armas, el cañón, las mantas, botones dorados y tela azul para uniformes…! ¿No lo recordáis?
—No.
—Pues tenéis mala memoria.
—Tengo memoria de elefante, querido Silas. Lo que digo es un *mentís*. Ese barco no ha sido enviado para el Congreso.
—Será un error. Beaumarchais habrá olvidado enviar los papeles de la carga. Él ama nuestra causa.
—¿Tanto como vos, querido Silas?
—¿Qué insinuáis?
—No insinúo nada. Sólo digo lo que sé. Doy y daré fe de que el navío de nombre «El Sena» fue fletado para los bolsillos e intereses particulares de monsieur de Beaumarchais y de mister Silas Deane. Doy y daré fe de que con esas mercancías ambos pretendíais especular en América.
—¡Mentís! ¡Sois un envidioso! ¡Todo lo que acontece es que mister Franklin me tiene a mí en mayor estima que a vos! ¡Eso es lo que os ocurre: yo obtengo lo que quiero en París, y vos nada de nada en España!
—No se trata de eso, bien lo sabéis. Y además poseo las pruebas. Acabo de llegar del puerto de Amsterdam desde donde partió «El Sena». Tengo copia de su embarque y de su consignatario. ¿Deseáis verlo? Os puedo proporcionar una copia, la otra es para el Congreso. Ellos serán los que juzguen vuestras traiciones. Una tercera

reproducción está preparada para ser entregada a mister Franklin.
Deane no contestó. Nada había que decir. Nunca imaginó que Lee se metiera en sus envíos, ni que espiase sus cargas. «Debo buscar una salida —dijo para sí—. Y rápido. Si se confirma lo de ‘El Sena’ investigarán otros naufragios y me arruinaré».
Ya iban a doblar en silencio la esquina de la rue de Montmatre cuando percibieron la débil llamada de Franklin, que llegaba corriendo.
—¡Silas! ¡Arthur! ¡Amigos!
—¡Mister Franklin! Precisamente hablábamos de vos —comentó Lee —. ¿Qué acontece? Venís largamente fatigado.
—Sí. Casi sin respiración, pero la ocasión lo merece. Quería comunicaros inmediatamente las novedades.
—Y bien, decid. ¡Nos tenéis en ascuas!
—¡Sí, sí, hablaré con placer, en cuanto recupere el resuello! Queridos compatriotas, os participo que nuestro ejército acaba de derrotar a los británicos en Saratoga.
—¡Pero eso es magnífico! —coreó Lee.
—Lo es, desde luego —se sumó Deane—. Y decidnos, ¿han sido las tropas del general Washington?
—No. Creo que han sido los regimientos bajo el mando de los generales Gates y Arnold.
—¿Y cómo ha acontecido eso?
—Exactamente no lo sé. Sólo me han informado que el plan de los británicos era que su general John Burgoyne descendiera desde Canadá a lo largo del valle del río Hudson y se uniera a los soldados del general Howe en las cercanías de Nueva York, cortando de este modo nuestras comunicaciones y dando la batalla final. Pero Burgoyne avanzaba lentamente.
—Acosado por nuestros amigos indios y por escaramuzas de nuestras milicias —completó Lee.
—Mis noticias indican que su lentitud se debía más a la cantidad de carros que portaba. Según se señala, sólo su equipaje personal ocupaba trece vehículos. Por muchos ingenieros con los que contaran, es difícil hacer travesías largas con muchos hombres, 200 carros y artillería pesada, aunque estoy seguro de que nuestras milicias le molestaron todo lo que pudieron.
—¿Se rindió? —preguntó Deane.
—Sí. Capituló con 7.000 hombres.
—¡Dios mío, es una gran noticia! ¿Qué digo grande? ¡Es extraordinaria!
—Sí, queridos amigos —respondió Franklin a las albricias de Deane—, quizás decisiva.
—Tanto como decisiva… —terció Lee—. Aún quedan las tropas del general Howe y las réplicas de Burgoyne.

—Por supuesto, amigos. Me refería a decisiva para nuestra misión.
—Explicaos, mister Franklin, no os comprendemos —contestó Deane.
—El impacto de nuestra victoria en Saratoga es grande porque animará a nuestros soldados, pero lo es fundamentalmente por sus repercusiones diplomáticas. Nosotros nos encargaremos de que esta victoria americana resuene en los oídos de franceses y españoles con tal fuerza que no les quepa duda de que ha llegado el momento. Si Francia y España piensan que tenemos algo que hacer en esta contienda; si creen que tenemos posibilidades de dañar e incluso vencer a los británicos, se avendrán a ayudarnos.
—¡Entrando en guerra contra Inglaterra!
—Exactamente. Entrando en guerra junto a nuestras tropas.
—No inmediatamente. Al menos no en el caso español. Ése fue el mensaje que me transmitió el marqués de Grimaldi: «Dentro de un año estaremos en condiciones». Si la memoria no me falla, ésas fueron sus palabras, y, desde entonces, no han transcurrido sino unos meses —puntualizó Lee.
—Pero no es el caso de Francia —ahora fue Deane el que intervino—: ya tenemos suscrito con sus autoridades un tratado de amistad y cooperación.
—En secreto —replicó Lee— y ciñendo los términos a una alianza comercial.
—De acuerdo, pero es un paso. Algunos de sus oficiales están en América combatiendo junto a nuestros soldados.
—Sí, es cierto —argumentó Franklin—, pero recordad que van como voluntarios que se suman a nuestras tropas, no como soldados franceses.
—Nuevamente lleváis razón, pero concédanme vuestras mercedes que es mucho más de lo que hemos conseguido con España. Estoy seguro que darán el siguiente paso pronto. Y entrarán en guerra.
—Yo también lo creo así —sentenció Franklin.
—Pues yo no lo comparto —protestó Lee—. Estamos haciendo de un charco un océano. Hemos ganado una batalla, pero todos saben que Gran Bretaña supera con creces a América. La siguiente la ganarán ellos.
—Sí, de acuerdo, pero no se trata de eso, querido Arthur. El mundo es una suerte de teatro. Lo importante no es lo que en realidad ocurre, sino lo que la gente quiere pensar y creer que ocurrirá. Si George III entiende que los Borbones van a entrar en guerra, cambiará su estrategia. El miércoles próximo tenemos velada en Versalles. Supongo que habréis recibido vuestros billetes —ambos compatriotas confirmaron con un gesto—. Hemos de aprovechar este intervalo de tiempo para magnificar el hecho. En la fiesta de Su Majestad fran cesa emplearemos nuestras mejores armas para convencer a Vergennes y al

Embajador español Aranda de que tras este gran fracaso de los británicos, América es la mejor opción. También hemos de persuadir a lord Stormont de…
—¿Lord Stormont? ¿El Embajador inglés? —replicó Arthur Lee.
—En efecto.
—Pero, ¿para qué?
—¿Pero no lo entendéis, mister Lee? ¡Se avendrán a negociar!
—¿A negociar qué? ¿Volver a someternos con menos impuestos? ¿Espigar un 10% menos nuestros campos o esquilmar sólo los meses pares nuestros recursos? ¡Inglaterra es el enemigo, y al enemigo hay que aplastarlo! ¡Nuestro objetivo es la independencia total!
—No, Arthur —insistió Deane—, son el enemigo coyunturalmente, pero son también nuestras raíces, y nuestros futuros clientes. Si podemos evitar derramar sangre, debemos hacerlo.
—¡Pero eso es traición! —replicó indignado Lee—. ¡Seremos ciudadanos de segundo orden, dependientes de los ingleses, quienes, en cuanto se recuperen, volverán a invadirnos!
—No, no es traición. Es sensatez —contestó Deane.
—No estoy de acuerdo —recalcó tozudo—. Hemos de consultar al Congreso.
—Estáis en vuestro derecho de sugerirlo, mister Lee —aceptó Franklin.
Lee no se conformó e, interpretando que aquella opinión pertenecía sólo a mister Deane, que había ejercido nefasta influencia sobre Franklin, tomó al hombre en un aparte.
—¿Por qué, mister Franklin? De él —dijo señalando con desprecio a Deane— lo hubiera esperado, pero no de vos. ¿Por qué? ¡Os creí un patriota!
—Y lo soy.
—¿Y lo sois? ¿Me equivoco o acabáis de insinuar que se puede poner precio a nuestra causa? Corregidme si yerro: ¿no estabais proponiendo hace apenas un segundo negociar con lord Stormont las condiciones de nuestra rendición?
—Me habéis interpretado mal, veo. No hablaba de nuestra rendición, sino de nuestra relación.
—Inglaterra es el opresor. Nos han despreciado como a hijos bastardos. Nos han estrujado hasta sacarnos la última gota de vida con impuestos y tasas. Nos han sometido prohibiéndonos producir y manufacturar, negándonos el acceso al progreso, la ciencia y las innovaciones. ¿Qué me decís? ¿Que estáis negociando una relación con Inglaterra? ¿Un contrato? ¡Señor mío, para que un acuerdo sea válido ambos contratantes han de situarse en relación de igualdad! Otra cosa es esclavitud. Ésa es la situación a la que Inglaterra nos ha sometido.
—Ésa fue, querido Arthur. Mas ahora las cosas han cambiado. Su

Majestad británica ha visto palpablemente que América no es un cordero dispuesto a dejarse esquilar, sino un dragón que duerme mientras vela. Es suficiente. No podemos comportarnos como lobos con la madre que nos amamantó.

—¿Lobos? ¿Nosotros lobos? ¿Qué hacemos entonces aquí? ¿Para qué os cansáis y fatigáis sino para ver a nuestra tierra libre? ¿Para qué hartarse de vacías palabras necias?

—¿Una tierra es más libre por haber sido teñida de rojo? ¿Lo es más que un pueblo que ha luchado y ganado sin derramar sangre? Decidme, Arthur, ¿es que la libertad de que habláis exige mártires? ¡No, no, y mil veces no! Para evitar que un hijo de América muera, me arrodillaría ante el mismísimo George III y le besaría los pies.

—¿Y le reconoceríais rey de América, Soberano de los que están luchando y muriendo por sacudirse su yugo? Mister Franklin, comprendo que a vuestra edad os acongoje la sangre y que no deseéis causar daño físico a vuestros compatriotas, pero la libertad está por encima de eso. ¡América está por encima de todos nosotros!

—No, Arthur: América somos todos nosotros. Nada, salvo Dios, queda por encima. No puedo matar a un hijo para alimentar con su carne a su madre. Y si ella lo admitiera, habría dejado de ser madre. El amor entre nosotros, eso es lo que nos hace un pueblo; el amor del grupo por su tierra, por el lugar donde han nacido los hijos y donde han sido enterrados los huesos de los padres, y lo serán sus despojos.

»El amor, Arthur, es universal. Lucharé por defenderlo y me pondré del lado de Washington y del Congreso hasta que Inglaterra claudique y permita que los americanos vivamos con dignidad. Pero bajaré la cabeza en el mismo instante que eso acontezca. A partir de ahí, cualquier gota de sangre derramada será una afrenta a Dios.

—Estamos de acuerdo en todo, salvo en una cosa. No tenemos el mismo concepto de lo que es vivir con dignidad. Pero decidme, mister Franklin, ¿hemos embarcado a franceses y españoles en nuestra contienda; les hemos abocado a una guerra; hemos vaciado sus arcas para hacer chantaje a Inglaterra y que abra su mano?

—Pero decidme, hijo, ¿acaso creéis que Francia o España luchan por América? ¡Santo Dios, sois tan ingenuo como una mariposa! Ellos luchan por sus propios intereses. Es una cuestión comercial: los beneficios superan los riesgos. América no es más que una excusa para dañar a Inglaterra.

—No sé qué habrá en la cabeza de Luis XVI. También desconozco lo que contenga la de Carlos III de España, mas os aseguro que muchos españoles y muchos franceses tienen el corazón con América. Es más, podría decir que son tan americanos como nosotros. Ni podemos ni debemos dejarles en la estacada. Han apostado su fama, su honor, su fortuna…

—A cambio de una comisión…
—Sí. A cambio de una comisión que nunca cubrirá su desembolso. ¿O es que el Congreso va a pagar por los riesgos que corren; es que va a compensar el coste de dejar de comerciar con Inglaterra, el ponerse de parte de un contendiente sabiendo lo voluble que es la política? Además, mirad, Silas Deane, americano de nacimiento, miembro del Congreso Continental, firmante de la Declaración de Independencia, ¿no cobra una comisión? ¿No se está haciendo rico a costa de América?
—Sí. Cobra una comisión, pero hace un gran servicio a su patria. Quizás haya cometido algunos errores, os lo concedo, pero él no ha tenido la suerte de nacer, como vos, en una familia acomodada…
—No me vengáis con ésas, mister Franklin. El patriotismo es un sentimiento, no tiene que ver con el bolsillo. No defiendo mi hacienda, sino un modo de vida para mí y para todo el que desee residir en América. Defiendo la libertad.
—¿Y yo no, querido Arthur? ¿Qué edad tenéis? ¿Treinta, treinta y cinco quizás? Tenéis media vida por delante. A mí no me restan más que un puñado de años. Probablemente me sobren dedos de la mano para contarlos. ¡Y mi cabeza da vueltas a las cosas tantas veces! Tantos caminos transitados, tantas cimas coronadas, tantos estudios inacabados, tantos libros impresos, y, sin embargo, siento que nada he hecho. Nada que valga la pena. No soy practicante, casi tampoco creyente, pero, si esperase en Dios, le pediría que alargara mis años para culminar lo único importante que he hecho.
—¿América?
—Sí, América. Firmar un tratado entre iguales y con paz entre los Estados americanos e Inglaterra. Contri buir a plantar el árbol de la libertad.
—¿Y vos me calificáis a mí de ingenuo? ¿Es que pensáis que Inglaterra va a conceder la independencia a sus colonias *con paz?* Cuando una mujer deje escapar voluntariamente al pollo que va a servirle de cena, me lo creeré.
—Lord Stormont va a ofrecernos un acuerdo: comercio libre, manufacturas…
—¿Cómo lo sabéis?
—Es parte de mi trabajo aquí, estimado amigo. Lo sé.
—¿Y nos ofrecerá la independencia?
—Supongo que eso vendrá con el tiempo, pero a mayor plazo.
—¿Y qué habréis de contestarle?
—Sólo hay una respuesta: consultaremos al Congreso y ellos decidirán. Mas tengo por seguro que, si es posible, escogerán la paz.
—Mister Franklin, ¿sabe lord Stormont que hemos firmado un tratado con Su Majestad el Rey de Francia?

—No, y no debe saberlo. Ésa es una de las condiciones que ha impuesto: que no se hubieran firmado tratados con Francia.
—¿Y Luis XVI? ¿Conoce la propuesta de lord Stormont?
—Tampoco, y tampoco debe saberlo.
—Bien —respondió Lee, aunque para sus adentros pensó otra cosa: rota la baraja, se acabó el juego.
—En todo caso, señores —señaló Franklin dando por terminada la conversación con Lee—, vayámonos de aquí. Tengo una calesa en la puerta. Han de contarme qué les ha dicho el banquero Grand. Ahora el dinero será vital.
—Sí. En efecto —señaló Lee pidiendo guerra.
«Una de cal y otra de arena», pensó Deane. «Más vale que ceda en esto, y Lee se olvide de todo lo demás».
—El financiero quiere a Gardoqui —sentenció Deane—. Arthur y yo hemos pensado que, si quiere a los bilbaínos, a los bilbaínos tendrá.
—¡Totalmente de acuerdo! —recalcó Lee algo extrañado por el cambio de actitud de Deane—. ¿Que quiere a los Gardoqui? ¡Los tendrá!
—¿Os encargaréis vos? —preguntó Franklin a Lee.
—Sí. Yo haré la gestión —contestó. «Ésa y otras muchas que no te esperas», pensó—. Pero ahora debo marcharme; partiré enseguida hacia Bilbao.
—De acuerdo. En ese caso nos veremos el miércoles en Versalles. Y brindaremos por Saratoga. Bonito nombre para pasar a la historia —concluyó Franklin sonriendo abiertamente.

Libro Quinto: Piratas, comerciantes y herejes

Puerto de Bilbao, almacén de los Gardoqui

—¡José Joaquín! ¡Diego María! ¿Estáis por ahí? ¿Dónde andan mis bacalaos preferidos?
—¡John! ¡John Derby! —contestó José Joaquín de Gardoqui saliendo del despacho con presteza y dejando lo que tenía entre manos—. ¡Cómo me alegro de verte, querido amigo! Diego María me avisó que llegarías con tu «Scorpion», pero estamos tan atareados con los líos creados en tu tierra, que ya no sabemos si vamos o venimos.
—Está todo muy revuelto por allí. Y por cierto, traigo dos presas. Me ha dicho un pajarito que Bilbao está abierto para este negocio.
—¿Presas? ¿Presas británicas?
—Sí, querido amigo. Dos pequeños peces, con excelente carga inglesa. Podremos sacar buen dinero de ella. Los barcos me los llevaré, si encuentro tripulación, porque en América son vitales los navíos. Ya sabes que carecemos de marina.
—Pero, ¿cómo has hecho tú presas?
—Mírame. Mírame bien. ¿Me notas algo distinto?
—¿Además de ese estómago prominente y esa incipiente calvicie?
—Venga, no seas tonto.
—Cuéntame.
—José Joaquín, lo confieso: ahora soy un pirata.
La carcajada del mayor de los Gardoqui recorrió todo el arenal.
—¡Pirata! ¡Me voy a orinar de risa! —dijo el bilbaíno, secándose las lágrimas y conteniendo el hipo—. Mi mujer está leyendo ahora uno de esos folletines de bucaneros. Te aseguro que no te pareces ni en el blanco de los ojos a su protagonista: un hermoso caballero inglés de rizosa melena rubia, quien, sosteniendo en su diestra una brillante espada (toledana, por supuesto), y agarrado al obenque, espera el inicio de la batalla.
—¿Vence?
—¡Naturalmente! ¡El libro es inglés! El valor del protagonista británico deslumbra tanto que hasta al mismo Sol le cede su centralidad. Pero te aseguro que aquel gentilhombre de camisa abierta al viento, que deja ver un pecho varonil y un corazón valiente, no se te parece.
—Sin ofender, amigo, que aún no llego a la treintena. Y el pelo que me falta en la azotea abunda en el pecho.
—¡Bueno, pirata de pelo en pecho! Dime, ¿qué robas, el bacalao

salado de Terranova, la madera para la construcción, y las melazas? Dime, querido pirata, ¿dónde está tu pata de palo? ¿Vienes a escamotear nuestro vino, esquilmar nuestra sal y la fruta que tanto os gusta? ¿Vienes a sisar el aceite de oliva y nuestros queridos hierros vascos?… ¡Ah! Y si quieres robarnos a las mujeres, no te molestes, ¡te las damos gratis!

—No te lo tomes a risa, Gardoqui, que estoy hablando en serio. Bien sabes que en el tema de transportes internacionales, los Derby cambiamos de emplazamiento cualquier cosa legal que sea susceptible de transporte.

—En honor a la verdad —dijo José Joaquín acercándose a su interlocutor con cierta hilaridad—, he de añadir que nunca habéis hecho ascos a algún que otro fardo de contrabando. Lo cual, si te soy sincero, no me parece mal.

—Bueno, pues ahora hacemos lo mismo pero para el Congreso Continental americano. Ya sabes que cuando la larvada contienda dio paso a los tambores de guerra, las casacas rojas empujaron a comerciantes y mercantes fuera de Boston, el puerto más *chic* de la América británica. Y entonces nuestro puertecillo de Salem se convirtió en el amarre por excelencia. Es tan chico que los británicos ni se preocuparon por invadirlo y nosotros aprovechamos la ocasión. Todos los mercaderes que consiguieron sacar de Boston sus navíos se acercan hasta nuestras puertas o a las del vecino puerto de Beverly.

»Los Derby estábamos frotándonos las manos pensando en el futuro negocio que una guerra trae consigo para los comerciantes con agallas, cuando recibimos una carta confidencial firmada nada menos que por el general George Washington, entregada en mano por un soldado leal que esperaba llevar la respuesta en persona.

»Y aquí me tienes, mi querido amigo. Desde aquel día, vuestro proveedor de bacalao, John Derby, ha dejado de ser un honrado comerciante americano para convertirse en un pirata. Sí, así como suena, un pirata. El general Washington, y me consta que yo no he sido el único, me ha pedido que emplee mi flota en ayuda de la Unión.

»El Congreso Continental, obviamente, carece de barcos. Según me dicen, únicamente han conseguido arrebatar a los británicos dos fragatas armadas con cuarenta cañones y un navío con baterías a cubierto. Pero con eso no van a ningún sitio, como bien sabéis los españoles, que habéis probado hasta saciaros el buen hacer de la gran marina británica —dijo Derby, hincando el codo maliciosamente en el estómago de su amigo bilbaíno.

»Con ojo certero, creo yo, el General ha pensado que a falta de pan, buenas son tortas. ¿Por qué no emplear los muchos buques de carga que existen en América en beneficio de la causa y de los bolsillos de los comerciantes? A los Derby, concretamente, nos ha ofrecido 7.200

dólares por cada viaje de las corbetas, que ha prometido armar con 18 cañones; 5.000 dólares por cada uno de los schooner[5], y 10.000 por el navío.
—Próspero negocio. Os vais a convertir en millo narios[6].
—Sí, así lo espero. Ya se sabe que toda moneda tiene anverso y reverso. También la guerra, cuyo coste en vidas humanas es compensado por los beneficios que logran quienes tienen la agudeza y el arrojo suficientes. Y todos los miembros del clan de los Derby, desde el primero hasta el último, varones y hembras, tenemos bien plantado el valor.
—Me consta, John.
—También a mí me consta vuestra amistad, querido José Joaquín. Sin ella no estaríamos aquí.
—No digas tonterías. Para los Gardoqui, los Derby sois de la familia.
Los dos amigos permanecieron unos minutos en silencio, rememorando su larga y generosa amistad. En la anterior guerra contra los católicos Borbones, Richard Derby había visto cómo el «Ranger», su navío más moderno y de más tonelaje, era enterrado en lo profundo del Atlántico por una bala de cañón francesa. Con ella se hundió la mayor parte de su fortuna: siete mil dólares. Sin embargo, como la vida es, por definición, paradójica, serían los propios dictados del Papa católico los que le devolvieran su fortuna.
Tras la Paz de París, Richard afianzó los lazos con un antiguo cliente, la Casa Gardoqui de Bilbao. Los bilbaínos, conocedores de la reputación y la situación financiera de los Derby, les habían otorgado crédito, con ciertos respiros en los pagos, mucho más que lo que podía considerarse mera cortesía.
En pocos años las cosas retornaron a la normalidad y los barcos mercantes de los Derby volvieron a surcar el océano. Sin embargo, desde entonces y *sin e die*, los bilbaínos gozaron de preferencia en cualquier negocio. En 1777 los Gardoqui eran, con diferencia, los primeros clientes de los Derby de Salem, llevándose el 40% de las exportaciones de bacalao. Y el porcentaje seguía subiendo.
Según le habían explicado los hermanos Gardoqui, el ascenso de la demanda de bacalao tenía mucho que ver con asuntos «celestiales». Y no sólo porque el precio de la carne estaba por las nubes. Al parecer, la Iglesia católica imponía a sus fieles una media de ciento setenta días de vigilia al año. En esos días —había explicado Diego María a su amigo John, que en su condición de protestante descreído desconocía los detalles referentes a la religión católica— la carne no podía probarse. El tradicional movimiento de meter la cuchara en la olla de aceite buscando algún chorizo, hueso o trozo de costillar para el cocido se suprimía. A cambio, se preparaba alguna sopa con legumbres u hortalizas y, como plato, pescado.

En las zonas costeras, acceder al pescado fresco era relativamente sencillo. Las pequeñas chalupas de bajura abastecían sin problemas a la población autóctona. No así en el interior, donde el cumplimiento del precepto religioso pasaba por adquirir pescado seco y salado. Entre ellos, el actor principal era el bacalao.
Así fue como Derby, fiel protestante, se encariñó con la antaño Iglesia rival. Y con el cariño llegó el beneficio. Desde el puerto de Salem empezó a enviar grandes cantidades de bacalao a Bilbao, culminando la carga con arroz, índigo y algo —poco, hablando en términos porcentuales— de tabaco, ya que éste, por imperativo legal, debía desembarcarse en San Sebastián y no en Bilbao.
Cuando los conflictos entre Inglaterra y sus colonias fueron in crescendo, Derby, previsor, pidió a sus clientes bilbaínos que pagaran el bacalao en otras «especies». Los Gardoqui, que no eran muy rigurosos en cuestión de legalidades, accedieron, aunque el negocio llevó su tiempo. Las armas ligeras y la pólvora, que Derby deseaba, escaseaban en España, pues este país casi no producía pertrechos militares. Por una extraña tradición, unida a otras muchas carencias humanas y políticas del Estado gobernado por Carlos III, los suministros militares españoles se adquirían en Francia, a precios elevados y llevándose pingües beneficios los comerciantes franceses. Ni que decir tiene que Luis XVI conocía el arsenal español como la palma de su mano, siendo siempre pertrechado después de llenar los almacenes franceses.
Pero en 1775 no había ninguna guerra declarada, así que los Gardoqui consiguieron una buena dosis de armas ligeras y pólvora así como cinco cañones de bronce, que fueron enviados a Salem en el tornaviaje de la goleta «Nuestra Señora del Carmen», que partió de Bilbao tras descargar abiertamente bacalao y, a escondidas, algo de tabaco de Virginia.
—¡Los Derby, piratas! —dijo finalmente José Joaquín de Gardoqui rompiendo el silencio.
—Sí. El Congreso nos ha suministrado patente de corso para toda embarcación de bandera británica. Y por eso traigo dos presas de bandera inglesa. ¡Ah, por cierto, hablando de símbolos! ¿Sabes, José Joaquín, que ya tenemos hasta bandera?
—¿Sí? ¿La llevas?
—Aún no. Según explicaba Washington en su carta, el 14 de junio el Congreso Continental adoptó una bandera oficial: trece rayas, alternas de colores rojo y blanco, que representan los 13 Estados recién creados; y trece estrellas, blancas en un campo azul, representando la fusión de las antiguas colonias en una sola unión.
»He oído que la diseñó el propio general Washington en una noche de insomnio antes de atacar Princeton. Pero también se dice que la traza

es de una mujer (¡cómo no, las mujeres siempre metiéndose en asuntos de Estado!), nuera del general Ross. Según se cuenta, este último invitó a comer a Washington y a Morris a su casa, donde también viven su hijo y su nuera, Betty Ross. Allí Washington mostró su diseño orgulloso. Lo había llevado en la faltriquera en las últimas batallas. Pero ya sabes, amigo, que allí en América, como aquí en Bilbao, las mujeres intervienen en todo. No pueden tener la boca cerrada.

»Mistress Ross contempló el diseño, y puso cara de disgusto. Así que comenzó por ofrecer a estos representantes un buen pedazo de tarta de chocolate y terminó por convencerles de que las estrellas de cinco puntas eran mucho más atractivas que las de seis que ellos habían dibujado. Washington confesó que había intentado dibujar una de cinco puntas, pero que no lo había logrado. Claro, lo suyo no es el dibujo. Mas Mistress Ross, tijera en mano, mostró sus habilidades y, recortando una preciosa estrella de cinco puntas, convenció a la comisión para que cambiaran el diseño.

»Bueno, el caso es que ya sabemos por qué vamos a morir y, lo más importante, a quién no tenemos que atacar. Según se cuenta, el «Ranger», comandado por John Paul Jones, izó las «barras y estrellas» al arribar a la bahía de Quiberon y los franceses lanzaron cañonazos de saludo, reconociendo así la bandera americana. Relatan que el buen Jones, tan duro y aguerrido, lloró como un infante.

—¿Y tus barcos?

—Mis barcos aún no irán con ese símbolo porque el Congreso todavía no ha producido banderas suficientes. Falta tela de todos los colores, especialmente azul.

—¡Ah, la escasez! Eso me recuerda que debemos retornar a los negocios. Sin duda necesitaré instrucciones de comportamiento a la vista del cariz que toman los acontecimientos y de la persistente neutralidad española. Dime, ¿cómo has hecho las presas? ¿Llevabas cañones? ¿Les has abordado?

—¡Claro que llevaba cañones! Pero soy un hombre práctico. Ni siquiera hice ademán de abordar las naves. Me limité a hacer un alarde de artillería con la intención de mostrar a los capitanes británicos que el número de mis cañones era muy superior al suyo y que mi navío era más firme. Sus cañones eran de corto alcance, y los que dispararon quedaron fuera de mi campo de tiro. No llevaban protección ni vigilancia, así que entregaron sus naves sin que sus hombres tuvieran la más mínima herida en su honra o en su pacotilla.

—Supongo que los capitanes se tirarían de los pelos. La preponderancia naval británica en el Atlántico ha sido siempre inexcusable; su control del mar, completo; su armamento, de mejor calidad y en mayor número.

—Sí, es cierto. Pero ahora su flota está en América y estas costas han quedado desasistidas. ¡Tenías que haber visto al capitán Hume al entregarme su espada y su nave! Estaba pálido y sudoroso, tanto que nos dio un susto de muerte… ¡Y tan de muerte!

—¿Qué pasó?

—Pues que cuando aflojó su espada, al Capitán se le desató un intenso dolor en el pecho y comenzó a faltarle el aire. Luego cerró los ojos, el color abandonó su rostro y se desplomó.

—¿Murió?

—Así es.

—¿No se trataría del capitán Daniel Hume?

—El mismo.

—Pobre hombre, acababa de salir de aquí, de Bilbao, con su «Sally» hace apenas unos días.

—Ésa es una de mis presas.

—¡Dios mío, has cazado al «Sally»! ¡Hume era muy joven!

—Sí

—¿Católico?

—No lo sé, aunque en caso de tener tal afiliación, fue bien atendido. Allí estaba nada menos que un navarro para ofrecerle un pasaje para la resurrección eterna.

—¿Un navarro en el «Sally»? Pero entonces. ¡No, por favor! ¡Mosén Teodoro, no!

—Mosén Teodoro, sí. Me temo.

Derby recordó para sus adentros la escena, pero hubo de relatarla en voz alta ante la insistencia de José Joaquín.

—Pues, como te decía, el capitán Hume se desplomó. Todos guardamos silencio. Todos, menos mosén Teodoro:

»—¡Deteneos, grandes herejes, quienes quiera que seáis! ¡No mancilléis a este hombre que presto va a expirar! ¡Ni su alma puede sufrir, ni nosotros consentir que coseche aquí el diablo, andante caballero en su salado rocín.

»Nadie contestó a sus palabras, entre otras cosas porque la tripulación hablaba inglés, pero sí a sus empujones, de modo que llegó enseguida hasta el hombre que yacía jadeante en la cubierta del ‘Sally’. Acercó su oreja al pecho del Capitán, donde pudo escuchar sólo un leve susurro seguido de un amplio silencio.

»—¿Dirán vuestras mercedes a este servidor de Dios, si acaso el buen Capitán recibió honroso bautismo, aguas límpidas que lavaran su original falta, su pecado de nacimiento?

»El silencio fue la contestación que mosén Teodoro recibió, pues nadie, salvo yo, entendía sus palabras, y mi cabeza, a duras penas, seguía la evolución de su lengua.

»—¡Ah! ¡Quien calla, otorga! ¿Son, por tanto, vuestras mercedes de mi

parecer? ¿Habremos, pues, de tomar a este infeliz como hijo de la legítima Iglesia de Nuestro Señor? ¿Acatáis?

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Pues lo normal en estos casos. Le bendijo y le dio la absolución.

—John, para ser un hereje, estás muy puesto en estas materias religiosas.

—Guarda silencio, José Joaquín, que tu querido pariente me ha estado catequizando todo el tornaviaje enseñando religión católica de *buena factura.* —Bueno, sigue, ¿qué aconteció después?

—Pues que llamamos al físico. El individuo estaba algo beodo, pero era lo mismo. Estaba claro que aquel buen capitán Hume había muerto. El borrachillo se limitó a certificar la defunción. Y nos preparamos para lanzar el cuerpo al mar, envuelto en una sábana. Pero entonces volvió tu pariente a intervenir.

»—¿Será posible que este bello cuerpo de tan digno porte, hijo de la Santa Madre Iglesia, no halle en esta nave lugar que le sirva de sepultura? ¿O es que habrá de ser el salado elemento el que, pese a su voluntad, sostenga este cuerpo?

»Los marineros se detuvieron sin saber qué hacer. Casi le salían llamas por los ojos. Así que no me quedó más remedio que intervenir.

»—Estimado fraile, para un capitán es un gran honor reposar en el mar, su lugar de trabajo, su esperanza y su vida. Creo que al buen capitán Hume le agradaría este entierro. Ahora que si vuestra merced quiere rezar un responso, está en su derecho.

»—Decidme, buen hombre, ¿quién sois vos?

—Capitán Derby, corsario americano, a vuestro servicio. Sabed que acabo de tomar posesión de esta nave.

—¿Corsario americano decís, y habláis en la lengua del gran Cervantes? Siquiera por emplear la lengua de mis antepasados deberíais tenerme un respeto. Aunque sé cómo acaban estas contiendas. ¡Proceded si eso os place! ¡Yo pararé mi lengua y esperaré a que vos detengáis mi corazón!

»El caso es que terminamos con el entierro del pobre capitán Hume, y que, mientras duró, tu pariente mantuvo silencio, sólo profanado por algún que otro gruñido. Pero cuando acabó el improvisado sepelio y me encaminé a su posición para ofrecerle mi hospitalidad, tu pariente estalló.

»—¡Ah, venturoso tiempo cuando partí con la idea de resucitar almas muertas para Dios, espíritus perdidos en el infierno del mundo! ¡Con los ciertos prometimientos de mi Señor fortalecí yo mi entereza y todo recato mío fue anulado! ¡Ah, soy un andante caballero del cielo! ¡Mi fe, mi escudo; mi amor, mi yelmo; gozo de joven edad para morir, mas sabiendo que armas no porto, sabed, hereje, que si habéis de torcer mi cuello, si rebanar queréis mi nuez, si rasgareis mis polainas y a los

peces me lanzareis, cometéis no sólo asesinato, sino sacrilegio! ¡Mas sabed, hereje americano que empleáis el idioma castellano, que os perdono, y que lo hago de corazón! ¡Sabed que bien mi ánimo emplearía la pierna en aplicaros de golpe un castigo en la sobrepierna, pero mi ánimo está sometido por las bridas del amor de Dios! Así que, ¡ea!, proceded, que ya estoy en paz con mi Dios.
»—¿Os encontráis bien, fraile?' —le pregunté yo—. 'No comprendo vuestro lenguaje. ¡Habláis como el don Quijote de Cervantes!
»—¡El mismo, a vuestro servicio! Y si ignorante sois, no temáis. Fácil haré el discurso para vos. Si habéis de matarme, hacedlo pronto, y sabed que de antemano os he perdonado.
»—Mataros…
»'¡In the name of the Lord! ¡In the name of the Lord!', dijo en inglés. Luego confesó que eran las únicas palabras que sabía en ese idioma.
»—¿Pero qué os pasa? —le dije divertido.
»—Mi persona —dijo el mosén, hablando muy, muy despacio, para que yo, rebelde yanqui, pudiera entenderle—, ser-vi-dor Di-os. Yo no ar-mas. Proceded.
»—Ya me había dado cuenta, fraile, que no lleváis armas. Pero ¿a qué viene tanto empeño en que os mate?
»—¡Oh no, Capitán hereje! ¡No confundiréis mi ánimo con vuestras artimañas rastreras, abortos del mismísimo demonio! ¡Vos sois la causa de mi quebranto! Yo deseo vivir, los herejes americanos me aguardan. Pero dígame, que siento curiosidad, ¿cómo ha de ser mi martirio?
»—Querido fraile, me temo que su martirio tendrá que esperar. No pensamos matar a nadie. Los que de seen alistarse en mi causa, lo harán; a los que no, se les tratará como prisioneros de guerra, y se les dejará cerca de puerto inglés. Por supuesto el barco y la carga quedarán confiscados.
»—Entonces, ¿no me segaréis la vida?, ¿no quebraréis mis huesos como…?
»—¡Pero mirad que sois pesado! No, por Dios, no vamos a mataros. ¡Si nosotros somos comerciantes disfrazados! Sólo nos quedamos con el continente. Los hombres no son de nuestra incumbencia si podemos evitarlo. Somos gente civilizada. Además, conocía al pobre capitán Hume desde hacía años, porque también tenía a Bilbao como puerto de referencia. Hemos bebido muchas veces cerveza juntos. Espero que Dios le tenga en su gloria
»—Yo también lo espero y por ello rezaré. Parecióme un buen doncel. Y, dígame, vuestra merced, ¿qué van a hacer conmigo?
»—¿Queréis alistaros en mi nave?
»—¿Ofrecerá a este siervo vuestra gracia la gran merced de cautivar las almas de sus hombres?

»—¿Sus almas? No. Aquí no se cautiva nada: ni almas ni cuerpos. Esto es un barco.
»—¡Oh, dichosa ignorancia! ¡En tal caso frecuentaré a los esclavos americanos! Desembarcaré a la menor ocasión. Aunque, pensándolo bien… El capitán finado, antes de morir tuvo la gallardía de ofrecerme transporte en su nave sin... coste. ¿Me ofrecerá vuestra señoría la misma gracia?
»—¿Hume? ¿Daniel Hume os dejó viajar sin pagar pasaje? ¡No me lo puedo creer!
»—Pues así fue, doy fe. A una sola palabra de mi pariente, José Joaquín de Gardoqui, el capitán Hume, que en paz descanse, plegó sus velas ante Dios.
»—¡Acabáramos! ¡No fue a vuestra merced, sino a los Gardoqui! Y, por cierto, ¿de qué conoce a estos bilbaínos?
»—¡Ah! Pues no había tenido la gracia hasta hace unas jornadas. No obstante, al parecer, emparentados nos hallamos por parte de los Orueta, apellido de la esposa de José Joaquín y también de la de Diego María de Gardoqui. Un tío suyo realizaba tratos... comerciales, bueno y... carnales..., con mi... En fin, trátase de una larga historia.
»—¿Tratos comerciales? ¿Hierro? ¿Con Casa en Bilbao?
»—No, provengo de la noble villa de Valcarlos.
»—Raro sitio para una casa comercial.
»—¿Conoce vuestra merced la plaza?
»—Sí, por supuesto, en la frontera franco-española. Zona de contrabando, ¿no es así?
»Los colores de mosén Teodoro le delataron. Asintió con la cabeza.
»—¡Ah! ¡Esto sí que no me lo pierdo! ¡Escuchen, marineros! ¡Un nuevo espécimen de la curia romana! ¡Tenemos aquí a un fraile católico contrabandista, que habla igualito que don Quijote! ¡Tres vivas para el valiente! ¿Cómo es su nombre?
»—Teodoro. Mosén Teodoro, a vuestro servicio.
»—¡Tres vivas para mosén Teodoro! —coreó la tripulación divertida y de buena gana—. De acuerdo. Os llevaré lo más cerca de Boston que pueda, pero antes hemos de volver a Bilbao. Le diré a los Gardoqui que me deben un favor.
»—Mil gracias os doy. Y decidme, vuestra merced, ¿tendríais a bien satisfacer la curiosidad de un fraile torpe e ignorante como yo?
»—Si no falto a mi patria, lo haré. Preguntad.
»—¿Quién enseñó a vuestra merced el castellano? ¡Lo habláis muy bien!
»—Sí, es cierto, me expreso con bastante soltura, casi con fluidez. Tuve buenos maestros. Nada menos que Diego María y José Joaquín de Gardoqui. Sí. No me miréis con esos ojos. El mundo es un pañuelo. Os espero para cenar, pero con la condición de que me contéis cómo

pasó de contrabandista a cura quijote. Ahora os dejo, tengo que inspeccionar el pez que he pescado.
—¡No me lo puedo creer! —se quejó José Joaquín al oír el relato—. ¡Con lo que me había costado zafarme de él! ¿Te ha catequizado mucho?
—Lo ha intentado, pero poco. Amenacé con lanzarle por la borda.
—Pues tendrás que volverlo a embarcar en tu vuelta a La Habana. Si no me volverá, nos volverá, locos a los dos.
—De acuerdo. Además es un gran tipo. Un cura contrabandista del Pirineo navarro. ¡Buena combinación!
—A mí no me había dicho nada de que fuera contrabandista. Y tal como habla no lo parece.
—Pues lo es —rió con ganas el americano—. Mira por dónde de buenas a primeras te encuentras con un amigo pirata y un medio pariente contrabandista. Según me contó, decía tacos, y hasta blasfemias sin cuento, tantas que en el convento le castigaban a leer un capítulo de «El Quijote de la Mancha» cada vez que se le escapaba alguno. Se lo sabe de memoria. Estoy seguro que si pudieras anotar sus palabras las encontrarías casi intactas en la obra de don Miguel de Cervantes.
—Tienes que contarme despacio esa historia.
—¿Cenando? ¡Me muero por unas angulas de las que hace tu mujer, y un poco de cerdo asado! Además es casi la hora.
—Sabes que mi casa es la tuya, John. Cuando quieras. Pero vayamos con cuidado. Estamos plagados de espías. ¿Dónde está el pariente contrabandista? A mi mujer le gustará conocerle. Lleva dos semanas diciendo que he faltado al precepto de la caridad.
—¿Tanto te dio la lata mosén Teodoro?
—No lo sabes tú bien. La jornada en que se presentó había sido caótica. Un quechemarín, propiedad de los Gómez de la Torre, había embarrancado en la ría; habían llegado dos goletas inglesas y una americana, y el puerto estaba atestado de gentes, fardos y líos. Además, como Diego María estaba en Vitoria preparando tu carga, me tocó toda la algazara. Y, por si fuera poco, a los problemas para que el bacalao fuera descargado antes del anochecer, se sumó el pesado del cura.
—¿Y de dónde os viene el parentesco? Me dijo que de la familia de tu mujer.
—Sí, al parecer le había enviado un pariente de los Orueta porque, según se decía en Valcarlos, los Gardo qui le iban a ayudar a conseguir su sueño. O más bien su pesadilla. Al buen cura se le había metido en la cabeza que Dios le había escogido nada menos que para traer al redil de la Iglesia a los esclavos negros que servían a los ingleses en América.

—¿Para hacer qué?
—Lo que oyes. Dice haber recibido de lo Alto la misión de bautizar negros bozales que estén en tierras paganas. Ya le dije yo:
»—Pero, Padre, ¿habláis inglés?
»—No, ciertamente. Pero os aseguro muy de veras que hablo pronto y con agasajo el idioma de Dios. Él proveerá.
»—¿Y cómo os vais a entender con esos salvajes?
»—Con el lenguaje del amor, hijo. De esa manera, con el mismo que empleó Nuestro Señor.
»—Que yo sepa, Padre, Nuestro Señor Jesucristo hablaba idiomas humanos, amén del amor.
»—En efecto, José Joaquín de Gardoqui. En efecto. Y tened por cierto que acomodarme he a la música que se escuche en aquellas tierras que pise.
»—Ya. ¿Y cómo pretendéis alcanzar tierras de misión? ¿A nado?
»—No. Yo sé que un barco es menester. Mi fe es grande, pero no estúpida. Pretendo coger un navío que vaya a Boston.
»—¿Sabéis que estamos en medio de una guerra? ¿Conocéis que muchos barcos no llegan; que son hundidos en medio del océano, y que sus ocupantes fe necen?
»—Lo afirmo, y no lo niego. Que si tal es el caso, moriré de martirio, alimentando a los peces, criaturas de Dios.
»—Padre, ¿posee fondos para costear el viaje? »—Poseo un bien más valioso que el oro, más hermoso que los rubíes, más…
»—Sí, pero ¿es fungible?
»—¿Fungible? Desconozco el significado de ese término. Fungible… ¿Lo emplea don Miguel, el de Cervantes?
»—Quiero decir que si esa mercancía que poseéis puede ser cambiada por dinero.
»—¡No, por Dios! ¡Yo no pondría en venta mi fe, ni en posta mi alegría, ni en manos ajenas mi paz interior!
»—Bueno, bueno, no os enojéis. Que no habrá que venderlas. Además, dudo que encontrarais comprador. O sea que los parientes de mi mujer y de la de Diego María os envían para que os embarquemos en uno de nuestros barcos hacia América. ¿Es así?
»—*Tú lo h a s d ic h o*, lo que en el lenguaje bíblico significa...
»—Ya sé lo que significa, Padre. Mas he de aseveraros que en ese caso habrá de esperar al menos unas semanas, quizás meses.
»—¡Pero vuestro pariente de Valcarlos afirmó que los Gardoqui enviaban a todas horas mercaderías a América! ¿He de decirle un mentís?
»—No, decía verdad. La Casa Gardoqui envía muchos productos al Nuevo Mundo, pero normalmente en el tornaviaje de barcos propiedad de otros. Los nuestros están en la mar, y no vendrán hasta

esa fecha que le he indicado. Ahora, que si tenéis prisa...
»Yo pensé inmediatamente en lo que supondría hospedar durante dos o tres meses al pesado cura navarro empeñado en convertir almas. Aquel fugaz pensamiento hizo que se me agudizara el entendimiento y que las alternativas factibles emergieran con celeridad.
»—Ahora, que quizás podamos buscar otra solución. ¿Decís que queréis viajar a Boston?
»—Sí. Es el único puerto de América del que tengo noticia cierta. Bueno, en realidad no conozco ningún otro. Británico, ¿no es así? Lo digo, porque en ese caso todos los que allí vivan serán herejes consagrados y tendré mucho trabajo. Quizás me dure hasta que Dios, en su infinita sabiduría, ponga fin a mis días.
»—¡Mosén! ¡Si vais con esos aires, os expulsan en tres días!
»—¿Es que los habitantes del tal pueblo de Boston ya se han convertido a la verdadera fe?
»—No. Es que ellos creen que los herejes somos nosotros.
»—¿Ve vuestra merced qué gran necesidad padecen? ¡Hemos de acudir prestos a sacarles del error! En todo caso, yo deseo ir a convertir a los esclavos, porque son almas que a nadie importan. Bueno, Sancho, perdón, José Joaquín, decidme, ¿se os ocurre sistema certero para alcanzar ese puerto?
»—Quizás pueda hablar con el capitán de una de las goletas británicas que acaba de arribar a puerto. Le hice algunos favores hace años, y no creo que le importe que vos viajéis con ellos. Ahora bien, deberéis prometerme que os abstendréis de hablarles de Dios durante el tiempo que dure el viaje. Pase lo que pase, vientos, tempestades, abordajes, o lo que allí acontezca. ¿Me entendéis, mosén?
»—Nítidamente. Mas creo que siendo vuestra merced cristiano romano, deberíais comprender que yo no desperdiciase ocasión de...
»—Bien. Entonces no hablaré con el capitán Hume.
»—De acuerdo, de acuerdo, mi palabra de hijo de la Iglesia verdadera empeño. En cuidado me lo tengo que no hablaré al capitán de...
»—No. Ése no es el trato. Ni al capitán, ni al segundo, ni a nadie. ¿Está claro?
»—¿Ni a los grumetes?
»—Ni siquiera a ellos.
»—De acuerdo, pues. Lo siento. Quiero decir que no habéis de temer.
»Así que hablé aquella tarde con el pobre capitán Hume al mando del 'Sally', que Dios le tenga en su gloria. Aceptó, no sin reticencias, a transportar al misionero hasta el puerto, aunque repitió que no se podía hacer cargo de ningún riesgo con el pasajero.
»Cuando se enteró de la noticia, mosén Teodoro se puso a dar saltos de alegría. Era un hombre efusivo, así que me besó a mí, al capitán Hume, y a todo marinero que se dejó. Y despidió a sus amigos

bilbaínos desde popa con grandes aspavientos y un amplio pañuelo blanco, con más de una mancha, desplegado.
—Y el «Scorpion» de John Derby captura al «Sally» del capitán Hume y aquí tenemos nuevamente a mosén Teodoro.
—Espero que por poco tiempo.
—Yo también. Está ahí fuera.
José Joaquín miró de reojo por encima del hombro de John Derby. En efecto, allí estaba el navarro. Observaba unas jarcias con curiosidad y las tocaba con sus grandes manos. Estaba de espaldas, vestido con su habitual sayal, pero se le reconocía a la legua: módica estatura, grandes hombros, prominente abdomen, no tanto de gula como de músculo, fuertes piernas, cabeza mediana parcialmente desprovista de pelo.
Mientras el bilbaíno miraba la estampa, mosén Teodoro se giró parcialmente, pudiendo José Joaquín contemplar la límpida sonrisa y los graciosos hoyuelos de su pariente contrabandista. Percibió también el morado del ojo.
—¿Qué le ha pasado, John?
—¡Ah, nada! Un culetazo en una refriega. Ya sabes, se metió en medio de una pelea entre dos hombres enarbolando la cruz. Y le zurraron. El ojo a la virulé y dos dientes menos. Lo normal.
—Ya
—Bueno, ¿qué?, ¿a por las angulas? Mosén Teodoro estará hambriento.
—Perfecto. Me acabas de estropear una noche maravillosa. Mandaré a un mozo para que avise a mi mujer, pero verás cuando le vea el morado del ojo.
—No te la he estropeado del todo, amigo. He traído a tu mujercita una seda preciosa, para que se haga un vestido.
—Te lo agradezco mucho.
—Aguarda a vérselo puesto. Y recuerda que he de ser padrino de tu hijo.
—¡Pero si ahora no estamos preñados!
—¡Espera a que la veas con esa seda! —rió Derby—. Voy a avisar a tu *tío* Teodoro y vamos a cenar, que se me hace la boca agua.
El almacén de los Gardoqui se hallaba a quince minutos a pie de la casa de José Joaquín, también en la Calle Correo, junto a la de su hermano. Como Diego María seguía en Burgos, no acudió a la cena. Pero sí Brígida, su mujer, que tenía curiosidad por conocer al nuevo miembro de la familia.
—Buenas noches, queridas parientas, soberanas y altas señoras de la alcurnia Orueta. Agradezco vuestra hospitalidad. Por cierto, huele muy bien. ¿Qué habéis cocinado, hija? —dijo el mosén mirando a Brígida.

—Yo soy la cocinera, Padre —contestó Higinia—. Ella es mi hermana Brígida, mujer de Diego María, que se encuentra de viaje. He cocinado angulas al ajillo con una pizca de guindilla. Y asado. ¿Es de vuestro agrado?
—¡Oh! Bien lo expresó don Miguel de Cervantes: nunca fuera caballero de damas tan bien servido, como lo es mosén Teodoro. La verdad es que con el hambre que me ha infringido ese capitán inglés, que en paz descanse, cualquier cosa es de mi agrado. Sin embargo, angulas… ¿De qué tipo de yantar se trata?
—Lo cierto es que es un alimento de pobres, aunque muy sabroso. Al capitán Derby le encanta, y siempre que viene por Bilbao se lo guiso.
—Un pescado delicioso —terció José Joaquín—. Mucho más sabroso caliente, así que vamos a la carga.
—Capitán Derby, bien que sea vuestra merced un he - reje empedernido, mas, ¿habrá de impedimentos poner si bendigo estos yantares, rezando al *verdadero* Dios?
—No, Padre —dijo Derby con claro retintín—. Podéis sacar la bendición de los domingos. Yo no tengo más que dar gracias a su *verdadero* representante en la tierra. Con tanta vigilia yo me lleno la bolsa de libras tornesas.
—Tomad asiento, Padre —intervino la mujer algo azorada.
—Mosén Teodoro —continuó Derby—, tenéis que contar a vuestros parientes cómo se hizo sacerdote. Es una historia muy entrañable. Una perfecta manera católica de vivir la libertad —rió a carcajadas.
La mujer de José Joaquín estaba violentísima ante las continuas embestidas de John Derby. Era un gran amigo, y sabía que lo hacía en broma. Pero su pariente no. Mosén Teodoro lo notó y quitó importancia al hecho.
—¡Encantado estaré de relataros mis hazañas de fraile andante! Aunque no tienen nada de particular. Soy un cura loco, navarro por más señas, que sólo ha leído las obras de don Miguel de Cervantes.
—No sea modesto, mosén Teodoro —dijo divertido Derby—. Haber nacido en el Pirineo y ser contrabandista no es lo mismo.
A Brígida se le atragantó el vino poniéndose a toser desaforadamente. John Derby se echó a reír con su acostumbrada fuerza.
—¡Pobre Brígida! ¿No sabías con quién te jugabas los cuartos? ¡Nada menos que un contrabandista! ¿Erais de los buenos, Padre?
—Con gran dolor de mi corazón, he de confesar que mi laboriosidad fue liviana, y limitada mi experiencia. Pero mi padre debió de ser un gran hombre ejercitando honrosamente el oficio. Todos le respetaban. Nunca fue detenido; nadie le colocó la mano encima. Sólo sintió el ánimo debilitado y las fuerzas mermadas el día en que… Bueno, el día en que ofrecióme a la Santa Madre Iglesia.
—¿Cómo? —preguntó Brígida—. ¿No os hicisteis cura por voluntad

propia?
—Bueno, técnicamente no. Pero me siento muy honrado de que mi padre hiciera votos por mí.
—¡Pero eso no puede ser! —protestó el americano, echando más leña al fuego.
—¿Nunca has oído hablar del capotillo del penitente, John? —cuestionó José Joaquín.
—No. ¿Qué es eso?
—Cuando alguien recibía un gran favor del cielo, o cometía una gran falta y era perdonado, se ponía un escapulario o un pequeño capote para que todo el mundo le identificase con un penitente. En ocasiones el capotillo no era tan pequeño, pues era la única vestimenta del hombre, pero en todo caso era de tela muy basta, normalmente de sayal.
—¿Y eso qué tiene que ver con lo que hablamos?
—Paciencia, John. Que los americanos enseguida os aceleráis. Tiene que ver porque en ocasiones los afectados por el pecado o la gracia cumplían la penitencia en otros.
—¡No es posible!
—Lo es. Un padre bien podía agradecer a Dios un favor prometiendo que su hija se vestiría de sayal seis meses, o que su hijo profesaría por un año.
—¡Vaya un rostro! ¿Y eso fue lo que os pasó, mosén Teodoro?
El navarro escuchaba atentamente la conversación, pero no perdía tampoco ripio del plato, así que hubieron de esperar a que terminara de masticar y tragar.
—Algo así. Mas, por mi vida que una gracia de Dios fue.
—Contad, contad —animó Higinia con la boca; y Brígida, con el gesto.
Y contó.
—Vínose mi padre, que ya en paz descansa en las montañas del cielo, vínose digo, *al punto de* una mañana a mi catre. Desaguaban mares, eso sí lo recuerdo nítidamente. Yo dormía, que siempre he sido de manta pegar.
»—Aúpa, chico —me dijo, como era costumbre en la zona—, hoy has de ayudarme con los fardos, que mucha mercadería hay.
»Y fui. Coloquéme el fardo más chico sobre mi esqueleto y me apresté a seguirle entre peñas y collados. Conocía él bien el bosque tanto por senderos como por vírgenes, y sabía a dónde iba.
—Perdonad, mosén Teodoro —interrumpió José Joaquín—, ¿de qué bosques habláis?
—¡Ah! Perdón. De los de la frontera con la Francia hablo. Allí por Roncesvalles, donde el San Juan del Pie del Puerto baja. Por aquestas peñas se hace el contrabando. Pero mucho peligro llevan esas rutas.
—¿Se cayó vuestro padre? —dijo Brígida tratando de volver a la

historia, para que José Joaquín, como buen Gardoqui, no llevara la conversación al terreno comercial.
—¿Mi padre, caerse? ¡No, por mi vida! ¡Era como un muflón! ¡Fue un hideputa!... Perdonen vuesas mercedes: un bellaco, un malvado, un réprobo pecador, quería decir.
»Cuando alcanzamos la cima ya no llovía, aunque el día estaba algo brumoso. Mi padre caminaba con determinación, seguro del sitio y del camino. Yo iba tropezando en cada risco, cayéndome en cada peñasco, pero el fardo nunca dio con sus huesos en el suelo. Yo tenía arreglo, pero el fardo no, y si se estropeaba no habría yantar.
»Al llegar al lugar señalado, encontramos a un hombre que aguardaba con el rostro zafado por un pañuelo. Padre se sorprendió:
»—¿Dónde para el Aitor? —preguntó extrañado.
»—Enfermo —contestó el enmascarado.
»—¿Y su mozo?
»—Enfermo también
»—¿Venís de la Francia?
»—De Bayona soy.
»—¿No habláis vascuence?
»—No. Francés.
»— ¿Trajiste la mercancía?
»—Trájela. ¿Y tú?
»—Ya lo ves.
»—Pues, ¡hala!, que nos atardecerá.
»—¿Por qué llevas cubierto el rostro?
»—Para que no se me vea.
»En ese momento, mi padre se dirigió a mí con voz imperiosa, y en vascuence, como teníamos en casa costumbre:
»—Teodoro, suelta el fardo y huye a mi orden.
»—Sí, padre.
»Y volviendo a la conversación con el del rostro embozado, siguió:
»—¿Tan feo rostro tienes que no quieres que te lo vea?
»Entonces el enmascarado quitóse el pañuelo con una mano, mientras con la otra enseñaba el trabuco.
»—Hermosa es mi faz, para que la veas antes de morir.
»Y disparó. Y lo quiso hacer en el pecho, pero erró, acertándole en la ingle. Yo salí corriendo, oyendo tras de mí los trabucazos. Tardé casi un rosario en parar de correr y de llorar. Luego desanduve mis pasos. Tenía que ver qué le había ocurrido.
»Les hallé malheridos, pero con vida.
—¿A quiénes? ¿Vuestro padre hirió al bandido?
—¡No! El bandido cogió los fardos y puso pies en polvorosa. Hallé a padre y al Aitor, que era el cliente que mi padre esperaba, ambos con trabucazos.

»—Teodoro, hijo…
»—¡Padre, padre, qué os ha hecho ese mal nacido! —lloré desconsoladamente.
»—No te inquietes, que no es nada. Tienes que correr hasta el pueblo y llamar a los hombres. Y has de hacerlo rápido antes que nos huelan los lobos.
»—¡Me perderé, padre! —gemía yo entre miedoso y triste.
»—No lo harás. Hay sendero marcado por las pisadas del desgraciado del trabuco. Síguelas. Y vuela, hijo, o cuando vengas nos habrán comido.
—¿Y volasteis, mosén Teodoro? —preguntó con ansia Brígida.
—Como las águilas. Bajé Roncesvalles y volví con los hombres. Algo tarde, sin embargo.
—¿Los lobos?
—Sí. El Aitor no pudo contarla. Padre sí. Le atendieron en el hospital de peregrinos. Permaneció durante semanas encamado, pero logró sobrevivir.
—Y os ofreció a Dios.
—Así es, con gran sacrificio. Pues eso implicaba entrar en la ley. Si yo no estaba en casa, el contrabando se acababa. Él estaba malherido. Pero no quería que a mí me pudiese pasar lo mismo. Y me envió a Elizondo, con el cura, que hablaba vascuence.
—¿Y leía «El Quijote»?
—No, él no. Lo leía yo, para poder aprender castellano, que yo lo hablaba poco y mal, y casi todo en tacos y blasfemias. Quería el cura que yo fuese misionero. Pero todos los vascuences estaban ya en religión y no hacía falta catequizarles, así que decidió que había que ir a América, allí hablan en castellano.
—Y vos lo aprendisteis con don Quijote.
—Vuestra merced acierta, con don Miguel de Cervantes. Que en paz descanse.
—Pero ¿sabía vuestra merced leer? —intervino Brígida dominada por la curiosidad.
—¿Leer? Pues no. ¿Para qué? Contar sí, que eso es de utilidad, pero las letras no.
—¿Y lo aprendisteis en el convento?
—Al principio no. Sólo lavaba ropa y ayudaba en las cocinas, pero en cuanto el abad se percató de mi presencia, de mi mal lenguaje y de mi escaso castellano no paró hasta que me aprendí de corrido las letras y…
—Las aventuras del Ingenioso Hidalgo.
—Vuesa merced lo ha dicho.
—Olé —rió Derby—. Sólo os queda haber nacido en Bilbao. Seríais un espécimen completo.

—¿De qué? —preguntó ingenua Brígida.
—¡De «quijote»! —corearon los hombres, todos menos mosén Teodoro, que se aprestó a dar cuenta del asado. Quien mucho habla, poco yanta.

[5] El bergantín-goleta conocido como «Schooner», nave mercante de tamaño menor, poseía velas cuadradas sólo en el trinquete, y de cruz o cangrejas sobre el palo mayor. Como todos los bergantines, iba provisto de bauprés. Sobre el palo mayor llevaba una gavia y un juanete y en la popa una vela cangreja también llamada bergantina.

[6] Elías, hermano de John Derby, llegaría a convertirse en el primer millonario de los Estados Unidos de América.

Lon dres, m ayo de 1777

—¿Cómo Gardoqui? ¡No era ése el nombre que me proporcionó la «gacela» de Aranjuez! ¡Aseguró que se trataba de Garaicoechea! Pero entonces, esta misiva… Claramente lo expresa: «El comerciante que envía pertrechos a los rebeldes americanos es una Casa bilbaína conocida como Gardoqui e hijos».

Como la mayoría de las informaciones que llegaban por aquel conducto, la nota carecía de firma; sin embargo, la fuente era fiable: de ella procedían normalmente noticias frescas, sanas y caras.

—¡Gardoqui! ¡Garaicoechea! —repitió en voz alta el fraile jesuita, cuyos nervios hervían de inquietud—. Claramente no pueden ser los dos; lo que quiere decir que una de las fuentes está equivocada: los dos empiezan por G y suenan a vascongado. Empero es difícil aceptar una equivocación tan burda en tema tan delicado.

»¿Será posible —se dijo como despertando de un largo letargo mental — que alguien esté intentando engañarme? ¡Claro! —contestóse satisfecho de su magna inteligencia—. ¡Se trata de información emponzoñada, enviada por esos malditos españoles! Unos mal nacidos capaces de vender a la Compañía alegando motivos religiosos serían capaces de hacer eso y mucho más.

»Han sido los españoles —concluyó—. Me han filtrado información falsa. Pero no se engaña a un jesuita con tan burda treta. Sin embargo, ¿cómo saber cuál de las misivas es verdadera y cuál falsa y aparente? ¿Cómo calibrar una información que no podrá ser comprobada más que a tiro fecho? Sólo uno de esos nombres es cierto. En el otro está un áspid dispuesto a morderme. Pero, ¿cómo elegir?

»La *Ga c e la* de Aranjuez es de fiar, por supuesto —se dijo pensativo —. La moza se encama con el mismísimo Secretario del Rey español;

bueno, con uno de ellos. No obstante, el nombre de la Casa Gardoqui viene por conducto fiable, y el informador sabe que si le pillo en un renuncio no le compraré nunca más información y, por tanto, no cobrará fáciles libras. Los suculentos beneficios del espionaje le incitan a mandarme información de calidad. ¿Cómo discernir dónde está el engaño? ¿Cómo elegir la fruta podrida? ¿Cómo escoger entre el talento de un hombre y el de una mujer?

El jesuita Pierre Rombaud se detuvo en ese momento. Siempre había dado por cierto, aunque en realidad lo ignoraba completamente, que su contacto londinense llevaba pantalones. Claro estaba que las mujeres eran en su mayoría analfabetas, incapaces de escribir, pensar o realizar alguna otra acción más interesante que sentir. Complacer a los hombres sí sabían, eso había que otorgárselo, y que lo hacían casi con maestría también, pues caballeros de toda condición, edad y raza eran capaces de realizar cualquier locura por conseguir sus favores. Desde sacar oro de debajo de las piedras hasta… ¡Sí, claro, hasta revelar secretos de estado!.

»Ese Secretario Real español no ha mentido —se dijo con seria convicción—. Cualquier hombre hubiera hecho cualquier cosa por obtener los favores de la *Ga c e la*… Sí, creo que voy a optar por Garaicoechea. Aceptaré la información que viene de Aranjuez. Un hombre no miente a una ramera medio desnuda. Otro gallo cantaría si la hembra fuera su mujer.

Garaicoechea. Ése fue el nombre que hizo llegar a los ingleses. Un nombre equivocado. Otra fatal equivocación.

Bilbao, m ayo de 1777

Cuando Diego María llegó a Bilbao, la nave «Scorpion» acababa de zarpar con el cargamento que los Gardoqui habían preparado, y con mosén Teodoro, quien nuevamente sacó su pañuelo, cada vez menos blanco, para la despedida. John Derby prometió dejar al convertidor de esclavos cerca de Boston. Según las noticias que se recibieron en la ciudad del Nervión siete semanas después, cumplió su promesa.

Tener un pariente contrabandista y cura no fue la única sorpresa con que se topó Diego al llegar a Bilbao. Sin embargo, las demás fueron extremadamente agradables. Bueno, todas menos una.

Halló a Brígida relajada y contenta. Había perdido mucho peso pero, lejos de aparentar debilidad, de su mirada asomaba una extraña fuerza. Su madre le informó que llevaba más de un mes sin llorar, y

otro tanto sin romper ninguna pieza de loza.

—¡Le ha venido bien tu ausencia! ¡Se ve que la agobias con tus cosas! —había comentado Simona, quien desde aquel fatídico día en que el «San Joseph» fue salvado no dejaba escapar ocasión de agasajar a Brígida, con gran enfado de sus otras nueras—. No me seas… tú ya me entiendes.

Brígida agradeció el esmalte de la Virgen, pero no como él esperaba, es decir, efusivamente; ni al momento de recibirlo, ni cuando estuvieron a solas. De hecho, aún seguía en el arca donde lo había guardado.

«Quizás no le haya gustado», se dijo Diego María para sus adentros. «Es cierto que ha estado algo distante, e incluso me ha rechazado todas las noches que he requerido sus atenciones. Pero claro, tras el accidente no se encuentra bien. No hay nada sospechoso. El asunto queda zanjado», se convenció a sí mismo.

Y Diego María decidió olvidar el episodio sin mencionar a su mujer ni una sola palabra de Rosa, de aquella escena, de aquella *irregu laridad*.

Con Águeda, el «pater familias» se había llevado una sorpresa aún mayor que con su mujer. La niña había superado todo atisbo de crisis y se encontraba muy mejorada. Aunque continuaba con algo de tos, había recuperado gran parte del color de sus mejillas. Y todo gracias al nuevo médico.

Según le habían contado, Emilia, la criada del comerciante inglés que vivía enfrente de los Gardoqui, había hablado a Adelaida, la criada de los Gardoqui, de un huésped de su señor —un caballero muy blanquito de pelo rojizo y frías y huesudas manos— que había estudiado medicina en Cambridge. Según decía Emilia, el hombre era una eminencia en las enfermedades de los pulmones.

Tras la historia de Brígida con el «San Joseph», Simona había enviado una nota rogando a su vecino que permitiese al eminente doctor visitar a su *nueva hija* y a su nieta enferma.

El doctor, que respondía al nombre de mister Eduard Parker, consiguió en pocos días que Águeda comenzase a respirar.

—¡Y sin aplicarle ventosas! —le dijo admirada su mujer—. Sólo fue al bosque, trajo unas hierbas, las hirvió y se las dio de beber. Como por arte de magia, comenzó a respirar con normalidad y durmió diez horas consecutivas. Dijo que era una sustancia llamada «estramonio» o

algo parecido.

Tras conocer el hecho, Diego María tomó enseguida y largamente las riendas de la cortesía, convidando y agasajando al doctor Parker como éste se merecía. Se sentaron a comer a las doce y se levantaron pasadas las seis. No faltó nada, y, por supuesto, no hubo chacolí, sino vino tinto de reposo y blanco de crianza. Desde entonces, mister Parker recorría cada día los escasos cien metros que separaban su residencia de la de los Gardoqui y les hacía una visita. Normalmente era corta, salvo que se hallara en casa el señor, en cuyo caso se quedaba un ratito charlando con don Diego María sobre lo divino y lo humano. El doctor tenía especial debilidad por las colonias, pero era normal, dada la situación en la que vivían esos territorios y siendo él inglés.

Aunque el cielo estaba algo alborotado, con una recua de nubes tapando el sol y un viento de mal presagio, aquella tarde Diego María de Gardoqui estaba relajado, dicharachero, casi pletórico, esperando la visita del doctor. La niña estaba muy bien, pero no se trataba de eso, sino de la llegada, vía Alicante, del caballo comprado en Argel. Iba a regalárselo a mister Parker como pago por sus servicios y atenciones.

Se sentía satisfecho porque le encantaba regalar y también porque los negocios iban viento en popa. Ese mismo día había recibido correo: el contrato con el Estado estaba perfilando sus últimas cláusulas, y el banquero Grand de Amsterdam, un viejo amigo de su casa, la línea de crédito.

Sin embargo, aquella tarde el doctor Parker no se personó en el domicilio de los Gardoqui. Tampoco al día siguiente. Al tercer día Brígida envió una nota, pero el caballero se excusó diciendo que otro *cliente*, Garai coechea, precisaba de todos sus cuidados.

Y es que en la casa de enfrente, en la esquina opuesta de la calle Santa María, también habían recibido una epístola. Venía de Londres, firmada por el Padre Rom baud, jesuita. Su contenido informaba que el contacto *fiabilísim o* del espía en Aranjuez afirmaba que el comer ciante bilbaíno que financiaría a las colonias, y al que había que seguir a sol y a sombra, no era otro que Garaicoechea. Tenía también un subrayado: la Casa Gardoqui nada tenía que ver con el asunto.

Sir Harrison sabía quién era Garaicoechea, por supuesto, aunque comentó con su amigo y colega espía, el doctor Parker, su extrañeza. Era poco lógico que empleasen a este comerciante, de poco calado

interior y escaso conocimiento internacional, y no a la Casa Gardoqui, que eran los primeros en los que había pensado.

—Quizás por eso le hayan escogido —razonó mister Parker—. Técnicas de distracción: hacer justo lo que menos se espera.

La jaca árabe, parda con una mancha blanca en la frente, terminó siendo propiedad de Águeda, un regalo de su padre para cuando fuera algo mayor. Diego María y José Joaquín de Gardoqui nunca llegaron a explicarse por qué los ingleses no habían dado con ellos, siendo la colonia británica tan numerosa en Bilbao.

Aquella noche, a oscuras, en su cama de matrimonio, Diego María sujetó la mano de su mujer. Estaba helada.

—Brígida, ¿duermes?
—No, estoy despierta.
—Tienes frías las manos. Pero ya sabes lo que reza

el dicho: manos frías, corazón caliente.
—Mi corazón está aún más frío que mis manos. Diego María, que había avanzado con un único pero

diestro movimiento los escasos centímetros que le separaban del cuerpo de su mujer, que estaba de espaldas, detuvo el proceso ante aquella perpleja contestación.

—Sí. Ya lo he notado. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué desprecias mi compañía? ¿En qué te he ofendido?
Brígida guardó silencio.
—¡Brígida, contesta! Esto no puede seguir así.
Brígida mostró un leve intento de girarse, pero lo pensó mejor y se mantuvo de espaldas. Sin embargo, contestó.
—Diego María, no preguntes, pues conoces la respuesta.
—No, querida. La desconozco. Dime, ¿qué afrenta te he infringido? Desde que fuiste en busca del «San Joseph» no has vuelto a ser la misma. Responde, ¿qué ocurrió en El Arenal que tanto ha cambiado tu carácter? Fuiste muy valiente. Por heroína te tiene mi madre desde entonces, y toda la familia. Yo el primero.
—¿Y de qué me sirve a mí ser tachada de tal?
—Mujer, ¡qué despreciativa estás! Todos lo hacen para mostrar cómo ha subido tu estima en el seno de la Casa Gardoqui.
—¿También tu baremo se ha modificado?
—¡Por supuesto!
—Si lo llego a saber antes, me lanzo al mar de recién casada.

—Pero qué cosas dices, hija. Ven, acércate más. Desde que volví de Burgos has retrucado cada uno de mis intentos y sincopado todos mis besos. Date la vuelta mujer, que quiero verte la cara.
Brígida permaneció en su sitio, el lado izquierdo del tálamo, justo en la esquina. Nada en ella se movió, pero todos y cada uno de sus sentimientos se tensaron. El momento, irremediablemente, había llegado.
Al ver el escaso éxito de sus insinuaciones, Diego María decidió abordar a su mujer por otras vías. Inició el cortejo acariciando el rizoso pelo que caía sin orden sobre la almohada, mientras le susurraba palabras reiteradamente oídas. Pero la mujer siguió en sus trece. Entonces la mano descendió por la espalda y las palabras se transformaron en leves besos en la nuca. Nada provechoso. Esta vez, sin embargo, Diego María no estaba dispuesto a cejar.
Cuando su mano descendió a posiciones estratégicas, Brígida dio un respingo y se giró. Diego María, que interpretó mal el gesto, se lanzó acelerado hacia su meta.
—¿Qué haces? —le espetó cortante su mujer.
—¿Cómo que qué hago? Cariño, soy tu marido.
—¿Y eso te da derecho a llamarme cariño y a abordarme así?
—¿Me quieres decir de una puñetera vez qué te pasa? —respondió Diego María agarrando por los hombros a su mujer—. ¡Estás rarísima! ¡Te he llamado cientos de veces cariño y, ¿ahora se te ocurre preguntar por qué te llamo así?! ¡Déjate de bobadas!
—No me tocarás más. Métetelo en tu dura mollera bilbaína. Nunca más volverás a aliviarte conmigo. ¿Me oyes? ¡Jamás! No me importunes más, por favor, nada sacarás de mí.
—Pero es tu obligación. Así lo dice la Santa Madre Iglesia. Tengo derecho a que me recibas en tu seno.
—¿Y qué dice la Santa Madre Iglesia sobre el adul terio?
El cuerpo de Diego María quedó petrificado mientras su mente trabajaba a un ritmo enfebrecido. Si hubiera habido más luz, Brígida habría podido observar cómo el color abandonaba el rostro de su marido. Pero no entraba por la ventana más que un leve reflejo. Sin embargo, como buen negociante, Diego María no quiso pagar un precio elevado pudiendo conseguir la mercancía con descuento.
—¿De qué hablas, mujer? ¿Adulterio? Pero, ¿qué dices?
—Rosa.
—¿Rosa? ¿Quién es Rosa?
—No lo sé, lo que sé es que no soy yo.
—Ya, eso está claro.
—Mira, Diego María, déjate de cosas. Sé lo que ha pasado en Burgos, sé que la amas, y yo te he amado tanto que quise dejarte el terreno libre. No fui en busca del «San Joseph» porque peligrara su integridad.

Fui cacheando la muerte, batiéndome en retirada.
—¿Qué quieres decir? ¿No te comprendo?
—Encontré la carta.
—¿Qué carta? —dijo Diego María sincero, ya que no se acordaba en absoluto de aquella carta de juventud.
—«*Se e stá po n ie n d o e l so l, Ro sa m ía , c o m o m i vid a — Ensangrentándose está el cielo, amada mía, es por mi corazón —Gotas de negra noche penetran el aire, todo parece muerto en mi alrededor…*». ¿Quieres que siga?
—Pero Brígida, esa carta…
—«*Llueve torrencialmente, es que mis lágrimas deben ahogar m i razón — Te adoro, m i am ada, te adoro, y, sin embargo, no puedo amarte. —Ya no pienso, he dejado de sentir. ¿Cóm o continuaré esta farsa? ¿Qué escasez he de aplacar, si tengo el deseo muerto y el amor está en barbecho, si tú no estás?*». ¿Deseas más? ¡Conozco cada letra de memoria, están grabadas a fuego en mi corazón!
—¡Pero si esa carta es de hace mil años! —contestó Gardoqui aliviado —. La escribí cuando no te conocía. Ahora eres la madre de mis hijos, mi esposa.
—Sí, soy la madre de tus hijos y tu esposa ante la ley. Pero tu corazón nunca ha sido mío, sino de ella.
—¡Te juro por mis muertos —apostó Gardoqui— que nunca me he entregado a otra mujer! No conozco más hembra que tú. A ver, ¿cuántos conoces que te puedan decir lo mismo?
—¿Qué pasó en Burgos?
—¿Cómo que qué pasó en Burgos? ¡Compré mantas y jarcias! ¡Traduje! ¡Paseé al enviado americano! ¿Qué quieres que pase?
—Tú bien lo sabes. Estuviste con ella.
Diego María se dio finalmente por vencido, aunque por más que pensaba no conseguía intuir cómo su mujer había podido advertir algo que prácticamente no había ocurrido.
—¿Cómo lo has sabido?
—Llevas escrito en tu rostro la vergüenza. La Virgen de Guadalupe sólo corrobora lo evidente.
—No te gustó, lo sé. Pero, ¿qué tiene Ella que ver con esto?
—¿Cuántas veces has tenido un detalle conmigo? ¿Cuántas me has traído algún presente de tus viajes? ¡El propio regalo era la prueba! ¡Y además con dos esmeraldas! Recuerdo que nada más verlo pensé: «¡*Bien lo ha debido pasar Diego María si su c u lpabilidad le in c ita a c om prar piedras prec iosas y plata*!».
—Sé que no me vas a creer, pero no pasó nada. Fui a verla, lo admito. Su marido quebró y se quitó la vida. Ella está en la miseria y hace labores de fregona. La vida la ha tratado con crueldad. Ni siquiera me reconoció: no se acordaba de mí. En cuanto la vi supe que todo había

sido una mala pasada de mi imaginación. ¡Ya sabes cómo las juega la memoria!
—¿Una mala pasada? Y los quince años que llevo yo sufriendo tu desprecio, ¿qué son? ¿Otra mala pasada? ¿Llamas a esa mujer desgraciada cuando ha tenido tu amor todos estos años mientras yo, a la cola, esperaba que cayera alguna migaja?
—¿Mi desprecio? ¡Nunca te he despreciado! Jamás te ha faltado de nada, ni a ti ni a tus hijos.
—¿Te parecen poco despreciativas tu frialdad, tu altanería y la de tu familia, tu arrogancia ante mi impotencia? ¿Te parece poca humillación no haberme nunca apreciado? De acuerdo, no me has ultrajado, no me has pegado, pero has desatendido cada uno de mis sentimientos. Sólo deseaba cariño, sólo eso, y he obtenido acíbar.
—Mujer, no es para tanto. Es que eres muy sensible.
—¿Sensible? Dime, ¿qué es un mar sin sal? ¿Qué, un cielo sin estrellas? ¿Qué, la primavera sin flor? ¿Qué, un matrimonio sin amor?
—Perdóname, Brígida. He sido un estúpido. ¡Volva mos a empezar!
—¿Pasar por esto otra vez? ¡No! Si volviera a nacer me llamarían Soledad. ¡No me has dejado participar en tu vida, ni tú lo has hecho en la mía! Has usado mi cuerpo, sin darte cuenta que además de lo que tú ves hay sentimientos que compartir, ilusiones que apoyar, debilidades que fortalecer.
»Sí, tu cuerpo ha estado aquí, pero tu mente ha estado en Burgos, donde te esperaba la tal Rosa. He leído mil veces esa carta. ¿Y sabes lo más grave? ¡Que nunca, ni una sola vez, ni por una décima de segundo, dudé que la destinataria no era yo! ¡Sabía a ciencia cierta que ese otro yo nunca se habría desnudado para mí! Cuerpo y alma. Eso dijo el cura. Cuerpo, sí, pero también alma, y la tuya estaba allí donde nació el Cid.
—Ten paciencia conmigo.
—Sí, el amor es paciente. Pero, ¿podrás pesar un amor que se remonta quince años atrás, podrás tasarlo y hallarlo falto de peso? Mi amor no ha pedido más que la caricia que se da a un gatillo que ronronea en el regazo. Pero ni eso he cosechado; ni esa pizca he merecido. Y, mientras, tú con tu Rosa, sin siquiera quererte desprender del pasado. Sé que un verdadero amor nunca dice tengo suficiente, pero mi vaso está ya colmado de lágrimas y sueños rotos. Ya no me pidas más, que estoy vacía. Todo lo he dejado en el camino, nada puedo ya darte. Ahora sólo te pido que me dejes vivir en paz. Permite que críe a mis hijos, y a los hijos de mis hijos y luego duerma eternamente, soñando con que alguien, allí en el otro lado del puerto, donde todo será sal, me ame con tanta locura que no pare jamás.
Gruesas lágrimas surcaban las mejillas de Gardoqui. De su alma, abierta en canal, nació el primer sentimiento puro que Brígida pudo

oír.
—Amor mío, amor a quien siempre debí amar. Amor con el que soñé siempre y teniéndolo tan cerca no supe apreciar. No me digas esas cosas. ¿Podrás perdonarme? ¿Podrás perdonar cada uno de los minutos de estos quince años? ¡Sólo pido a Dios que me permita vivir muchos más para poder compensarte, para volver a empezar!
—¿Cómo? ¿Con regalos caros y antojos varios? No, gracias. La Virgen de Guadalupe está más guapa sin joyas ni platas. No. Todo ha terminado. Se acabó. Comiste en mesa ajena, y ahora quieres comprarme por unos ochavos.
—Te aseguro, Brígida —dijo, como si se soltara un resorte de su espíritu de comerciante—, que no fueron ochavos lo que pagué por la Virgen. Esmalte y plata, y una preciosa pareja de esmeraldas.
—Todo es relativo, Diego María. Quizás fueran buenos reales y no ochavos lo que por ese regalo se pagaría en el comercio de esta plaza, pero para mí ha sido fruslería de bien poco valor. De acuerdo, han construido un gran catafalco, un túmulo magnífico… para un cadáver.
Diego María miró a su mujer. Y aun en la oscuridad adivinó su rostro y divisó su ánimo. Y vio desmocharse todos sus argumentos. Vio cercenarse su esperanza, truncarse su anhelo. Y con una pizca de desesperación en la voz, echó el resto:
—Brígida, ¿no perdonó Jesucristo a quienes le quitaron la vida?
—Calla ya. No me vas a engaitar. Llevas años engañándome con palabras artificiosas. Todo acabó. Guarda el ruido de tus doblones y el sonido estridente de tu voz de negociante. No rechinen tus dientes que estoy sorda. Varada para siempre.
Diego María volvió a la carga.
—Brígida, Jesucristo nos perdonó. Dame otra oportunidad.
—Sí, Él lo hizo. Pero yo no soy Dios.

Madrid, agosto de 1777

José Moñino, conde de Floridablanca y a la sazón primer Secretario de Estado del cansado Carlos III, se hallaba preso de un perruno humor.

De un manotazo había barrido la mesa estilo Luis XV de sus aposentos privados, tirando todo cuanto en ella reposaba: una bandeja con los restos del desayuno y un pequeño florero que contenía un par de clavelinas amarillas. No contento con esto, la emprendió con las cortinas, y luego con uno de los almohadones de su lecho, cuyas plumas, por un instante, nevaron sus aposentos.

Hiperventilando hasta límites tóxicos, se agarró la mano izquierda con la derecha y se propinó un pellizco. Lejos de soltar la piel, siguió apretando hasta que el dolor fue agudo y el moretón evidente.

Entonces se detuvo.

El dolor, lo sabía por experiencia, conseguía detener, en parte, sus ataques de ira. En esta ocasión, el pellizco permitió que su rostro volviera a la normalidad, aunque su interior distaba mucho de esa situación.

Llamó para que se recogiesen los restos del destrozo y para que le ayudasen a arreglarse. Luego convocó a su secretario, decidido a dictar una misiva para el marqués de Grimaldi, su antecesor en el cargo, que estaba retirado en su casa de Vizcaya. Le iba a pedir que transmitiese sus sentimientos directamente a la Casa Gardoqui, especialmente al tal Diego María.

Sin embargo, cuando comenzó a dictar la carta, la ira contenida retornó desbordándose de forma incontrolable. No deseando llamar la atención, recién nombrado, despidió a su secretario con un gesto despectivo. Pero necesitaba hablar con alguien.

Floridablanca estaba soltero, no teniendo tampoco amante conocida. Y no sólo por virtud, también por precaución. Algunas cosas no pueden hacerse con la boca cerrada y, si la llevas abierta, se te puede escapar cualquier información. No obstante, Moñino había en contrado un sucedáneo en la logia masónica de Madrid, de la cual era uno de sus fundadores.

Pidió un coche y partió. El aire fresco le hizo retornar a la calma. Y le permitió someterse a autocrítica. Había sido un enfado idiota. Al fin y al cabo, la cosa no era para tanto. Pero siempre le ocurría lo mismo: enfrentaba con enorme paciencia los grandes problemas; era capaz de visualizarlos con tal racionalidad y cordura que el mismo Rey se admiraba. Sin embargo, cuando se trataba de problemas pequeños, casi nimios, como tormentas en un vaso de agua, se agobiaba y perdía la razón, la lógica y hasta la educación.

«No, no es eso, se dijo. No es el tamaño del problema lo que ha levantado mi ira, sino la fuente». Era cierto. José Moñino se sabía buen juez de los españoles. Siempre había sido un observador avezado, y con los años había conseguido leer los corazones y las mentes españolas desde la visión de sus comportamientos, gestos, tics, debilidades o pasiones. Sin embargo, cuando se enfrentaba a cualquier extranjero, sus dotes se desdibujaban y dejaba de controlar la situación. Eso le ponía muy nervioso.

En sus viajes había podido comprobar lo distintos que eran los

franceses de los españoles, y éstos y aquéllos de los ingleses. A los americanos no los conocía más que de oídas. Por eso era incapaz de predecir cuál iba a ser la respuesta ante tamaña afrenta. ¡El desgraciado de Gardoqui! ¡No había tardado ni un mes en barrer para su casa! ¡Pero si la ayuda era del Estado! Cerró los ojos y respiró hondo para evitar tener nuevamente que pellizcarse. Recordó —su memoria era prodigiosa— las palabras de la carta que le había enviado desde Berlín el americano Lee, pidiéndole paciencia con los pagos: «*Las c olon ias se hallan en su in fan c ia y ventilan contra un poder tan grande, que se hacen necesarios fondos considerables para mantener la contienda. Los medios para establecer estos fondos por la extra c c ión d e prod u c tos son , a l presen te, d ifíc iles y ta rdos, por cuya razón se ven precisados a suplicar la asisten c ia de las poten c ias am igas… Cu alqu ier c an tidad que fuere de su agrado conceder a las colonias será sec reta . Ma s, en la m ed id a d e lo posible, y c om o su g iere m ister Gardoqui, la c om pen sarem os c on el en vío de productos de nuestra patria*».

Desempolvó las palabras transmitidas por Grimaldi, en su nombre, a Gardoqui: «*Qu e los soc orros se hagan a través de su Casa comercial en Bilbao*». Estaba claro, ¿no? Un socorro es un socorro, una dádiva, un auxilio generoso que exime de la obligación de devolver. Pues nada. ¡El bueno de Gardoqui, según lo indicado por Lee en su carta, había exigido al americano que las colonias devolvieran en géneros nativos los dineros que España les enviase! Amén de su comisión, que además pretendía cobrar tanto a los americanos como a España. «Pero, vamos a ver», se dijo. «¿Es que no sabe lo que significa la palabra limosna?».

»¡Si esos americanos rebeldes se percatan de que están en deuda con España, dejarán en paz nuestras posesiones de ultramar! Dejar en paz a nuestras colonias: ésa es la idea. Una idea que, claramente, no parece estar al alcance de un simple comerciante bilbaíno como Gardoqui».

La calesa se detuvo en la calle del Sol. Exactamente en el número 13, sede de la logia madrileña por excelencia. Floridablanca se apeó y entró en la casa. Deco rada con gusto, pero sin ostentación, gozaba de una magnífica biblioteca, una pieza amplia tanto en metros cuadrados como en volúmenes. Manuscritos, obras impresas, actas, dictámenes varios, cuidadosamente ensartados en neutras carpetillas… Sabiduría antigua y moderna, y no pocos secretos escritos en obras señaladas con el dedo de la Inquisición llenaban los estantes. Paredes y suelos labrados en oscura caobilla, luz mortecina y silencio sepulcral guardaban celosamente esos secretos, creando un ambiente de recogimiento que producía en el Secretario de Estado una experiencia

similar a la que gozan los amantes del mar al contemplar el alivio tras la tormenta.

Respiró el aroma, y la paz se adueñó de su alma. Tanto que su vista no recaló en el hombre que se aposentaba en el sillón entelado que, esquinado, enfrentaba la entrada. Se trataba de un caballero enfrascado en la lectura de una obra muy voluminosa. Un candil alto iluminaba la página donde sus ojos se detenían. El hombre desvió su atención guiando instintivamente sus lentes de aumento hacia la entrada cuando Florida blanca flanqueó la puerta de doble hoja. Volvió a su libro, pero casi instantáneamente repitió la operación de oteo, fijándose detenidamente en el nuevo lector. Se levantó al reconocerlo.

—Señor conde de Floridablanca…

—El mismo —respondió éste dándose la vuelta con gesto de disgusto.
—Soy Melchor Gaspar de Jovellanos, a su entero servicio. Gusto en conoceros personalmente.
—¡Ah, Jovellanos! ¡Cuánto he oído hablar de vos! ¡No sabéis cómo he agradecido todas vuestras cartas! Sin embargo, me habéis sorprendido. Os tenía por hombre de más canas.
—Soy yo quien os agradezco vuestras prontas contestaciones. Es loable que un hombre tan ocupado como vuestra gracia pueda dedicar parte de su día a la cultura.
Floridablanca se alegró mucho, y de veras, cuando oyó el nombre de Jovellanos, porque aunque habían mantenido contacto epistolar fluido en los últimos meses —Jovellanos estaba en la Chancillería en Sevilla como Alcalde del Crimen— nunca se habían visto, cara a cara.
Aun cuando les separaban casi 20 años, ambos hombres sintonizaron, de igual a igual, enseguida. Florida blanca era un apasionado de la economía y Jovellanos sabía, de primera mano, todo lo referente a esta nueva ciencia.
A los diez minutos, Floridablanca había hecho partícipe a Jovellanos de su disgusto y le había relatado, paso a paso, el comportamiento de los Gardoqui. Sin embargo, para sorpresa de José Moñino, Jovellanos quitó hierro al asunto y hasta justificó a Gardoqui:
—Según se cuenta allí abajo —dijo refiriéndose a Sevilla, o quizás a Cádiz—, los americanos están teniendo una gran doblez en sus políticas. Por un lado, están comprando privadamente grandes cantidades de suministros en Burdeos y Nantes. Por supuesto, los comerciantes de allí desean pago en efectivo o giro a Compa ñías de reconocido prestigio. Creo que firmas como los Bondfield de Burdeos se están forrando de seda el chaleco trayendo tabaco, arroz, bacalao y no sé cuántas cosas más. Luego esos mismos americanos van a las

Cortes española y francesa y piden acuerdos comerciales sin pagar, porque no tienen fondos. ¡Claro, ya se los han gastado pagando a los más listos! Si España tiene las arcas algo tiesas, según tengo entendido, ¿por qué no dejar a los comerciantes españoles buscarse la vida, y de paso la de España? ¿No lo creéis así, señoría?
—Querido amigo, ¿cómo es posible que vos en Sevilla, dedicado a perseguir criminales de poca monta, sepáis más de un asunto tan secreto como la ayuda a los americanos que yo mismo, que ejerzo de Secretario de Estado de Su Majestad?
—Vuestra merced peca de ingenuo, si me lo permitís. Sevilla y Cádiz transmiten las noticias en menos que canta un gallo, y en Cádiz todos los comerciantes tienen Casa. A mí, sin ir más lejos, me informa un representante de la firma Duff & Welsh, con toda naturalidad. Supongo que serán más cautos con los ingleses…
—¡Pero el hecho es que si hacemos lo que vuestra gracia indica los americanos pueden pensar que España no les ayuda! Y si ganan la guerra, estaremos en inferioridad de condiciones, con nuestras colonias rozando las suyas.
—¿Y por qué van a pensar que no les ayudamos? ¿No es ayuda comerciar con ellos cuando están en minoría en el mercado, cuando las operaciones implican un elevadísimo riesgo comercial y una alta probabilidad para España de tener definitivamente que entrar en guerra? Vuestra merced podrá tener otro criterio, pero yo creo que eso sí es ayuda. ¡Menudo socorro! ¡Como agua en el desierto!
»Al fin y al cabo, podríamos destinar esos fondos a otras ocupaciones distintas, por ejemplo, ayudar a Inglaterra, o mejorar los caminos, que termina uno con la espalda destrozada transitando por ellos.
»Si mis noticias no fallan, su hombre, el tal Gardoqui, acaba de cargar un barco de nombre ‘Scorpion’, propiedad de Derby, un importador de bacalao, viejo conocido suyo. Lo ha llenado de fusiles y mantas. ¿Cuánto vale aquí un fusil, cuánto una manta? ¡La décima parte de lo que valen puestos en manos del general Washington! Nosotros le cobramos como si estuvieran en España, amén del seguro y el transporte, pero su valor real es muy superior. ¿No lo creéis, señor?
—Sí, entiendo que tenéis razón. Me alegro mucho de haber hablado con vuestra merced de ese asunto. Como en todo hay que oír todas las campanas y al campanero.
—Y cambiando de asunto, aunque no del todo, ¿me permitiréis que os haga una pregunta, Conde?
—Naturalmente podéis formularla. Lo que no os aseguro es que halléis respuesta.
—Por supuesto. Lo comprendo. Sólo pretendía recabar vuestra docta opinión respecto a la victoria de los rebeldes americanos en Saratoga.
—¡Ah, Saratoga! Nombre que, sin duda, pasará a la historia.

—Ha sido una gran victoria para un ejército casi inexistente, que lucha contra el mejor ejército del mundo… Bueno, después del español.
—No, mi querido amigo. Seamos sinceros, el inglés es el primer ejército del mundo. Pero ya sabéis que el factor distancia es crucial. Defender territorios a tan larga distancia…
Floridablanca enmudeció, mientras su mirada parecía concentrase en un punto del infinito y un escalofrío sordo asaltaba su columna vertebral. No cabía duda que el Secretario pensaba en las posesiones españolas de ultramar. Pronto volvió en sí.
—Sí, querido Jovellanos. Saratoga pasará a la historia como el punto de inflexión de esta contienda.
—¿De inflexión, señoría?
—Sí. De inflexión. Saratoga les hará ganar la guerra.
—Bueno, es sólo una batalla… Ya sabéis lo que decía el buen Aristóteles: «Una golondrina sola no hace verano, ni una virtud bienaventurado». Una única batalla…
—No, una golondrina sola, no, pero empujará a las demás a emigrar prematuramente.
—Entonces… Los franceses…
—Temo que se me ha hecho tarde y aún he de despachar algunos asuntos. Tendréis que disculparme... Continuaremos hablando otro día. ¿Seguiréis por aquí al menos unas semanas?
—Sí, por supuesto. Tengo obligaciones privadas que atender. Espero volver a veros entonces.
Cuando Floridablanca se encontró nuevamente en su despacho, envió una nota manuscrita a Grimaldi diciendo que tirara de las orejas a Gardoqui, con suavidad, y que dejara entrever a los americanos que Gardoqui había sido reñido por avaricioso. Sin embargo, aseveraba que le parecía bien que los colonos de América pagaran en tabaco o arroz, aunque sin muchos agobios.

Bilba o, d om ic ilio d e la fa m ilia Ga rd oqu i

—Brígida, han traído un correo dirigido a tu persona —informó fríamente Diego María a su mujer, cuya posición seguía más firme que un muro de carga, para tristeza de su marido, quien, de veras, estaba arrepentido.

—¿Un correo para mí?

—Sí. Eso pone. Madame Brígida de Orueta. ¿Eres tú, no? Porque si pusiera señora de Gardoqui habría dudado.
—Déjate de pullas, Diego María, ya no me afectan.
—Bien. Pues aquí tienes tu misiva. Me voy al puerto.

Brígida miró y remiró la carta. La operación le ocupó algunos minutos. La letra se le antojaba tan desconocida como infernal. ¿Quién la enviaría? Finalmente la curiosidad ganó la partida, y la lacra fue rota. Pronto se percató de que el firmante no era otro que mosén Teodoro. Recordó la cena: cómo le había enternecido su historia y cómo, animada por aquel cúmulo de sentimientos, había abierto su corazón a aquel pariente tan estrafalario e irregular:

—¿Otra hembra? —había dicho el fraile muy enfadado—. ¡Menudo sinvergüenza ha resultado el bilbaíno! ¡Desfachatado e imbécil, porque mira que es de tordos cambiar mantel de seda por porqueriza! ¡Una buena patada en el bajo vientre, hija mía, y sin pudor!

—¿Cómo decís, mosén?

—Nada, hija, nada. Hablaba para mis adentros. Os decía que cuando un caballero deja de serlo (pues eso es lo que ha acontecido a vuestro esposo); cuando un caballero se ha lanzado en brazos de otra dama (ramera sería más correcta expresión), hay que tratarlo como se merece: como a un mulo, duro y sin contemplaciones.

Mientras hablaba, mosén Teodoro movía insistentemente la pierna, como si tratara de dar un puntapié a un balón.

—En todo caso, y previamente, tenéis que estar segura. ¿Lo estáis, querida? ¿Poseéis certeza absoluta de que esa injusticia a la que decís os ha sometido vueso marido ha acontecido de veras?

—Estimado mosén, una mujer no necesita de un escribano para que le certifique lo que es obvio. Una mujer sabe esas cosas.

—Si el hecho es claro y palpable, hija mía, entonces sólo existe un camino: aguantar, pero, eso sí, fría como el hielo; dura como el diamante; cortante como el acero vasco, y nada de… ya me entendéis. ¡Que reciba el pago de lo fecho en la misma moneda!

—Pero mosén —protestó extrañada Brígida—, es la obligación de una esposa…

—Os eximo, hija. Sí, os excuso. Ya sabéis que Nuestro Señor no era nada partidario de los adulterios. Pero decidme, hija, ¿vos le habéis ofrecido el trato debido? ¿Habéis sido cariñosa y entregada, amable, comprensiva, o, por el contrario, os habéis mostrado hosca y aguerrida de carácter?

—No es eso, mosén. Es que ha dejado de amarme, si es que alguna vez me amó. No le culpo, yo no cuento nada, mientras que él vale su precio en oro. Yo soy torpe de lenguaje, tímida de formas, y escasa de do naires…

—¡Pero qué tonterías decís! ¡Si se tratara de eso, el matrimonio debería celebrarse en la lonja y no en la iglesia! No, hija, el envoltorio sólo esconde las lindezas del corazón, que son las que sirven para unir dos almas hasta la muerte, y aun después.

—Desgraciadamente, mosén, eso no parece ser suficiente.

—No os culpéis, Brígida. No es problema vuestro, sino suyo. Él ha de aprender a apreciaros, a separar la paja del trigo, el diamante de las cuentas brillantes. ¡Sed dura, hija, eso le hará reaccionar! ¡Y recordad: nada de… ya sabéis!
Había seguido los consejos del mosén al pie de la letra. Sin embargo, lejos de estar contenta o haber alcanzado algo de paz, su estado de ánimo era cada vez más alicaído, estando sus nervios a flor de piel. Quizás la misiva contuviera alguna explicación para aquella melancolía que la invadía.
Tomó la carta y las lentes de aumento. Sentóse en su mecedora preferida, la traída de casa de su madre, y comenzó a leer.

«Admirada y respetada prima Brígida:

Dios os tenga en paz y salud, lo mismo que a vuesa familia. Llevo pensando en vos y en vueso asunto desde que me embarqué en ese cascarón llamado ‘Scorpion’, con su capitán y dueño, mister John Derby, quien, por cierto, continúa siendo un hereje. Ya sé que vuestra merced es suficientemente lista, para siendo mujer, y seguro que habrá sabido discernir las pocas luces de esta pobre alma pirenaica, que más parece de cabra montesa que de caballero cristiano.

Pues vos me abristeis el portón de vuestros sentimientos buscando el consejo de mi santo estado religioso, y yo, caballero estúpido, simplemente la pifié (perdonadme por la expresión, indigna de un secuaz del de Lepanto). Púsose mi antigua alma en pie y os soltó esa sarta de improperios contra vueso marido. Consejos que espero no siguierais. Mirad que no debéis escuchar mis admoniciones. Que fueron rústicas y precipitadas, y expresadas como jamás hubiera dicho don Miguel (el de Cervantes, se entiende).

Conjuráronse el mar, que me tuvo vomitando toda la primera semana, y el capitán Derby, que me hizo trabajar de lo lindo, para tenerme ocupado. Mas entre ostas y drizas, he podido yo pensar en vuestro asunto y en mis propios deslices. Espero no haber llegado tarde, porque os aseguro que el dolor es intenso cuando se recibe como y donde yo aconsejé que dierais.

He necesitado poco tiempo. El que he requerido para rememorar mis errores, muchos y gordos. Si tanto necesito yo de remiendo y consejo; si cometo más errores que don Quijote y tan de bulto como él, y adentro más la pata que el buen Sancho, ¿no habrá de hacerlo vuestro marido, pese a que, según se dice, los de Bilbao tienen más temple que los navarros?

Amén de que vuestro marido sea un cabrito, con perdón, que lo es; amén de que sea un hombre, y en ellos el pecado de la carne es más liviano; amén de que ser pecador es muy normal, al menos en el Pirineo, tenéis que daros cuenta de que no por ello no os quiere.

Los hombres, querida prima, se asemejan algo (bastante) a los marranos: cuando tienen hambre comen cualquier cosa, y les da igual dónde o cómo. Las mujeres, creo, o al menos eso es lo que decía mi santa madre, que Dios tenga en su gloria, son más sedentarias. Les gusta comer en su plato y cocinar en su fuego, que dicen es mejor que el de la vecina. Pero los hombres sólo piensan en el estómago, no en el plato. ¿Me comprendéis? Sospecho que no, porque yo tampoco lo hago.

En fin, que no debéis pensar: '¡menudo pájaro el bilbaíno!'. No. Por el contrario, '¿qué ganaría yo perdiéndole?'. Sólo amargaros aún más, vos y vuestros hijos, que no son tontos y se enteran de todo.

Bueno, lo que quiero decir es que creo que debéis perdonarle. No porque se lo merezca, sino porque vos sois buena y saldréis ganando. Primero porque él os estará eternamente agradecido, segundo porque lo estarán vuestros hijos, y tercero porque a Dios, que es misericordioso, le gustará el gesto.

Rezaré por vos, y por vuestro marido, a quien no he querido ofender, aunque mis cortos dominios de esta lengua me hacen decir las cosas como si me hallara en mi querido Varcarlos. Yo ahora voy a ir caminando en busca de un tal Washington, un hereje que al parecer manda una compañía de esclavos, todos ellos herejes. Vuestra merced no sabe qué ganas tengo de hincarles el diente. Bueno, es un decir, lo del diente. Mi sueño es tener una larga fila de negros que esperan para bautizarse. Me estoy dando cuenta de que no sé nadar. ¡Espero no ahogarme mientras les bautizo!

Lo dicho, que rezaré por vos. Y saludad a José Joaquín y a su mujer. ¡Cuánto echo en falta las angulas aquéllas! Aquí paso más hambre que el buen don Quijote. Es decir, mucho.

Dios os tenga en su corazón, como yo os tengo en el mío. Agur.
Mosén Teodoro. Puerto de Salem».

Brígida no supo si reír o llorar. La carta del pobre mosén le enterneció. También le hizo pensar. Ni que decir tiene que de su femenino pie no había salido patada alguna. Tampoco su boca había expatriado palabra malsonante. Pero, desde luego, sus hijos se daban cuenta del

cambio y sufrían por ello. Diego María cada vez andaba más triste y cabizbajo.

Brígida tomó la chaqueta de lana gris y se fue a la iglesia de San Nicolás de Bari, el patrono de los navegantes y también el suyo.

El edificio, muy próximo a su domicilio, contaba con una elegante, aunque sobria, planta barroca, justo el carácter de Brígida. En el fondo de la planta octogonal, a la izquierda, había una capilla muy oscura, con un Cristo crucificado representado aún vivo. Le encantaba sentarse allí, con la única empresa de sufrir juntos.

Sin embargo, aquel día no penetró en la capilla. Alguien se le había adelantado. Un hombre joven, de baja estatura, quien, de rodillas y escondiendo la cabeza entre las manos, gemía sin vergüenza, como un infante.

Ver llorar a Diego María delante de aquel su Cristo sufriente le partió el corazón. Su orgullo herido le retuvo apenas unos instantes. Sin embargo, pudo más el amor y acercándose a su reclinatorio se arrodilló junto a su marido, a su derecha, y dejó que nuevamente su espíritu se situara adlátere, como antaño, como siempre.

El hombre tardó tiempo en percatarse de que no estaba solo, y algo más en percibir que era Brígida quien estaba a su lado. Pero cuando fue consciente de ello, se echó en sus brazos en un sentido apretón, que sólo enturbiaron los mocos que se empeñaban en emerger de sus amplísimas fosas nasales. Sin embargo, a Brígida no le importó que su marido manchara su chal. Al fin y al cabo, los hombres son, ¿cómo decía mosén Teodoro? ¡Ah, sí! Unos cochinos.

Libro Sexto: Dulce diplomacia

Lon dres, julio de 1778

—¡Anclas a la serviola! ¡Larguen los foques! ¡Gavieros, cordeleros, arriba! ¡Capitán, asegúrese de que la tropa dispone de suficiente pólvora! ¡Juanetes y sobrejuanetes! Todos en orden de batalla. ¡Navíos en línea de fila!

Su Majestad británica soltó el puño de su precioso sable posándolo con primoroso cuidado en la repisa construida al efecto, y tomó el fuelle, insuflando aire al navío real con el que jugaba: una fragata, que navegaba majestuosamente en la piscina que el Rey había hecho colocar en su sala preferida.

George III disponía de una magnífica colección de barcos en miniatura construidos a escala con materiales originales, formada tanto por embarcaciones rápidas y ligeras —balandras, goletas, bergantines y hasta pinazas— como por grandes navíos. Los primeros hacían las veces de veleros con patente de corso, los segundos eran regulares: los sencillos, con dos baterías cubiertas por banda, portaban bandera española; los de tres puentes, no podía ser de otra manera, mostraban al viento la insignia británica.

—Caballeros —continuó Su Majestad—, no quiero jaranas. Sé que son inferiores en número y valor, pero las batallas no pueden darse por ganadas hasta que los Borbones claudiquen y muestren bandera blanca. Atención, parece que llega un navío de aviso.

En efecto, de entre la bruma artificial procedente del artilugio construido por mister Jacob Watt expresamente para el dignatario británico, emergió una embarcación ligera.

—Sí. Al parecer trae importantes noticias. Señor Howe, coged el timón; señor Smith, continuad la maniobra.
Aprovechando el momento, el pomposo Secretario británico de Asuntos Americanos informó al Rey de su presencia. Llevándose el puño a la boca, no sin antes estirarse las puntillas que adornaban la camisa, tosió levemente:
—¡Ejem, ejem! Majestad, solicito vuestro permiso y atención…
George III no hizo el menor caso. Fingió recibir un correo y leerlo. Luego tomó el silbato de plata que llevaba colgado del cuello, sujeto a una elegante cadena forjada en el mismo material, se la acercó a los

labios y emitió dos pronunciados silbidos.
—Señores, los veleros americanos solicitan la rendición.
—¡Ejem, ejem! Majestad, solicito vuestro permiso…
—Fijemos las condiciones.
Germain tosió nuevamente con mayor intensidad y tono. George III emitió un quejido.
—Milord, debéis consultar al médico sin tardanza. Id enseguida. Ahora. Que os extraigan eso que tanto oprime vuestra garganta y os hace padecer tales carraspeos.
—Lo haré, Majestad —respondió Germain tiñendo de rojo sus mejillas.
—Estupendo, así me gusta, obediencia absoluta y pronta. Y bien, decidme, ¿a qué debo vuestra visita?
—Siento interrumpir vuestro descanso, Majestad.
—No estoy descansando, milord. Estoy construyendo barcos para nuestra armada.
—¿Majestad?
—Os decía que la Navidad me resulta insoportable.
—Sir, no estamos en Navidad.
—Tampoco ella lo está. ¿No es así?
—Ciertamente —respondió Germain, temiéndose lo peor. Los ataques del Monarca eran cada vez más frecuentes, y sus ausencias mentales más notorias. ¡Justo cuando más se necesita una mente lúcida!
—¿Y para qué deseabais mi compañía, lord Ger main? ¿Algún asunto de Estado?
—Se trata de las plantaciones de América, Majestad. Sin embargo, puedo volver en cualquier otro momento. —Germain trató de aparentar satisfacción ante Geor ge III imprimiendo decisión a su tono. Sin embargo, su seguridad no tardó en ser quebrada por un tic en su ojo derecho, leve pero apreciable a simple vista.
—¿Las colonias? ¿Hay nuevas?
Germain dudó un momento, pues parecía claro que el Rey no estaba en situación de tomar decisiones. Sin embargo, masculló una respuesta.
—La lista de bajas y daños soportados por nuestras tropas, Sir. Sin embargo, he venido a tratar con vos sobre el plan de ataque para reconquistar las colonias y sofocar aquella estruendosa algarabía.
George III pareció despertar de un largo sueño. Sus ojos enrojecidos se espabilaron y su mente abandonó las angulosas tierras que anteriormente habitara. Todos sus sentidos se pusieron en tensión, y con socarrona voz espetó:
—En Saratoga
—En efecto, Majestad. En Saratoga, al norte de Nueva York.
—Perdimos.
—En efecto, Majestad

—Y Burgoyne se rindió.
—Capituló, Majestad. Con siete mil soldados.
—Ya. Bien, lord Germain, decidme, ¿esta estrategia que deseáis compartir con Vuestro Soberano es tan infalible como la que nos condujo a arrodillarnos en Sara toga o, quizás es *más* infalible?
—Majestad, os ruego que me disculpéis. Bien sabéis que mi plan original era, sin duda, infalible. Es más, resultaba tan sencillo y lógico que rondaba la genialidad. Dividir las colonias en dos: Nueva Inglaterra, ya blo queada por mar, por un lado; las colonias del sur, más manejables y sobornables, por otro. Burgoyne bajaría por Canadá hasta Albany. Indios y tropas con el capitán Leger desde el este y el general Howe desde Boston. ¡La red estaría tejida y sería tan tupida como inexpugnable!
—Pero…
—Majestad, todo salió a la perfección, sin embargo…
—¿Sí, lord Germain? Sin embargo, ¿qué?
—Pues, el general Burgoyne hubo de detenerse en el río Hudson a la espera de provisiones. Y no llegaron. Entonces cometió el error de dividir sus tropas. Envió exploradores y les destrozaron. Mercenarios y acabaron con ellos. Y cuantas más bajas para nuestro ejército, más alistamientos para el suyo. Cuando recibió las provisiones y trató de atacar en Saratoga, era demasiado tarde.
—Y Burgoyne vio cómo sus tropas eran derrotadas y puestas en fuga en la condenada Saratoga. ¿No es así?
—Así fue.
—¿Y dónde estaba Howe?
—Se olvidó del plan y se fue directamente por Washington. Ése fue el mayor error.
—Bien, lord Germain. Decidme, ¿es que el brillante, ingente y costosísimo ejército británico no puede acabar con esa chusma?
—Majestad, en el interior de las colonias no es posible obtener provisiones. Para ello hemos de ir a la costa en busca de los cargamentos que traen nuestras fragatas. Una tropa consume muchísimos alimentos, medicinas, armas, pólvora.
—Comprendido. Ahora decidme cómo solucionarlo. ¿Podemos mandar más fragatas con alimentos?
—No, Majestad. Amén de los piratas y corsarios americanos y los problemas con los españoles por la navegación del Mississippi, padecemos el inconveniente del tiempo y la traba del plazo de entrega. El ochenta por ciento de lo que enviamos se pudre en el camino y no puede ser consumido.
—Repito, lord Germain, ¿cómo vamos a ganar esta guerra?
—Majestad, es sencillo. Si la logística nos impide largas campañas, hagámoslas cortas. Rápidas y mortales en tierra, y continuas por mar,

puesto que ellos no tienen barcos en número suficiente.
—Una batalla rápida y contundente.
—Exacto, Majestad. Démosles donde más les duele.
—Sé dónde más duele a vuestra gracia, pero desconozco dónde le duele a América. Decidme, ¿dónde está su punto débil, milord?
—Aquí, Majestad —afirmó rotundo indicando con el dedo índice una posición en el mapa—. En Filadelfia. Ahí está su puesto de mando y la sede de su asqueroso Congreso Continental. Heriremos al pastor y las ovejas irán voluntariamente al matadero.
—De acuerdo. Hágase. Quiero que el ejemplo que hemos dado con «John el pintor» cunda en las colonias. Lord Germain: esta vez no toleraré errores ni excusas. No quiero que los Borbones piensen ni por un segundo en los americanos como posibles vencedores en esta contienda. Quiero que les vean como lo que son: chusma. Me niego a que piensen en Inglaterra como una nación débil o desvalida. Me niego, pero Saratoga les ha dado una excusa y, tras esa fatídica batalla, los yanquis aparecerán como un ejército organizado. Me desasosiega enormemente esa cuestión. Antes de perder ante los Borbones, llegaremos a un acuerdo con los colonos.
—Por supuesto, Majestad. Vuestra Gracia puede dormir tranquilo.
—¿Dormir? Hace semanas que no lo hago —confesó el Monarca dejándose caer en un sillón—. Padezco de grandes dolores de estómago, náuseas y malestar. Nada me alivia. Mas estad cierto que, cuando Filadelfia sea tomada, brindaré por ello.
»Quiero, lord Germain, que investiguéis inmediatamente qué efecto ha causado el tropiezo de nuestras tropas en Saratoga aquí en Europa. Deseo saber qué se comenta en Francia y España, si las cosas siguen tranquilas o no. Ya sabéis que el tal Beaumarchais tenía relación con Silas Deane y con el pintor incendiario. Ha sido expulsado, pero ahora está en París. El tema me preocupa. No quiero que el fuego fatuo de los americanos salpique Europa y salgan llamas de verdad.
—No puedo informaros todavía, Majestad, sobre la opinión de las Cortes borbónicas, pero lo haré enseguida. Me había anticipado a vuestros deseos y, en cuanto supe las funestas noticias de Saratoga, pedí opinión a nuestros Embajadores en Madrid y París. Ambos están echando el cebo en estos mismos momentos. No obstante, no sabemos si la trucha habrá picado o no.
—¿Truchas? ¡No os equivoquéis, lord Germain! Los Borbones son escualos y de los más peligrosos. Es vital que conozcamos si desean intervenir ya en el conflicto. Si podemos evitarlo sería prudente, porque ahora el estado de su marina ha mejorado sensiblemente y tenemos dos frentes abiertos. Si hace falta —sólo si es imprescindible, aunque detesto reconocer que es muy posible que lo sea—, devolveremos Gibraltar, Menorca, Terranova o lo que sea.

—Así se hará, Majestad.
—Hacedlo rápido.
—Los Embajadores en París y Madrid ya están en esa labor.
—Bien. Ahora retiraos, el navío correo trae nuevas muy interesantes.
George III volvió a su mundo; lord Germain, al suyo, mucho más truculento. Llevaba tres días sin dormir, y se mantendría en vela hasta conocer el desenlace de las gestiones de los Embajadores británicos en París y Madrid.

París, febrero de 1778

Lord Stormont, a la sazón Embajador de Gran Bre taña en la Corte de París, poseía una angulosa cara habitada por unos pérfidos ojos verdes. Si hubiera sido un felino, habría sido capaz de saltar sobre su presa sin siquiera alterar el tamaño de sus pupilas. Su recta nariz, así como el contorno de sus finos labios, parecían trazados con tiralíneas con el fin de agudizar la profundidad de su dura mirada. Sólo un lunar pardo de cierto tamaño, colocado a medio camino entre nariz y boca, desmerecía el pulcro conjunto.

Tan falta de color se hallaba su piel que el espectador llegaba a dudar que la sangre corriese por sus venas. Y cuando con él alguien cruzaba las manos, sembradas de dedos tan largos como finos, el helado contacto producía un inquietante escalofrío. Todos estos rasgos le ha bían labrado el apodo de «vampiro». Éstos y, claro está, su fascinación por la vida nocturna. Pese a lo que la gente rumoreaba, lord Stormont no gustaba de la compañía de damas de pintarrajeados labios. Si se enfrentaba al aire nocturno de París era a causa de su afición por la astrología. Sin embargo, el diplomático inglés nunca desmintió los dimes y diretes de sus correrías nocturnas, porque un halo de misterio podía ser positivo para su trabajo.

Tras recibir una expresa y tajante orden de lord Germain, el «vampiro» había puesto manos a la obra, pidiendo una cita con el ministro francés de Asuntos Exteriores, el conde de Vergennes. En ese preciso momento, el Embajador inglés esperaba en una antesala ser recibido. Llevaba haciéndolo treinta minutos y, aunque su paciencia se había agotado veinticinco minutos antes, seguía allí sentado, esperando a cumplir la orden expresa de Londres de atraer al Gobierno francés a la cruzada británica contra sus díscolos colonos. Tras la derrota de los ejércitos británicos en Saratoga, el máximo dignatario inglés temía que los franceses se pusiesen definitivamente de parte de los americanos y violasen su neutralidad. Para cumplir su papel había sido facultado para realizar ciertas concesiones.

Un secretario pulcramente vestido informó al caballero inglés que su señoría le recibiría en ese momento. Stormont siguió al secretario hasta una bellísima puerta de doble hoja decorada en oros y pinturas azules.

Cuando el Embajador fue anunciado, el conde de Vergennes se levantó de su poltrona para recibir a su invitado. Frente al «vampiro», el Ministro francés poseía un aspecto bonachón, con un carácter que parecía hacerle juego. Algo rechoncho, de pequeñas y encarnecidas manos, sus bellos y conciliadores ojos garzos transmitían confianza.

En este caso, como en tantos otros, la apariencia engañaba. La escasa fiereza de su aspecto ocultaba a un capaz y astuto hombre de Estado que llevaba la política en la sangre tanto o más que lord Stormont. Segundo hijo de un presidente del Parlamento de Dijon, educado en el colegio de los jesuitas, Vergennes se había incorporado al servicio diplomático con sólo veintitrés años. Ahora, con sesenta, dominaba ampliamente el oficio.

Lord Stormont había estado en aquel magnífico despacho otras veces. Cada una de ellas había tenido el mismo fugaz pensamiento: si algún día —del todo improbable— Inglaterra conquistara definitivamente Francia, pediría a Su Majestad que le asignara ese despacho.

La estancia, de unos doscientos metros, decorada íntegramente en dorados y tonos color pastel, poseía una curiosa forma elíptica. Sus tres enormes balcones al jardín exageraban la rotonda con tres esviajes y un saledizo redondeado. La cornisa del techo formaba guirnaldas de frutas y hojas, a juego con las magníficas alfombras de tan excelente calidad que al pisar se notaba una sensación de gravedad disminuida.

El conde de Vergennes era consciente del impacto que su despacho causaba en sus invitados. Era una buena manera de recordar a los políticos foráneos la grandeza de Francia. Con ese fin solía entretenerse al recorrer los metros que separaban su buró de la puerta de la antesala. Aquel día se demoró quizás algo más de la cuenta. Lord Stormont aprovechó para echar una fugaz mirada de admiración a los tapices enmarcados.

—¿Os agradan, milord? Proceden de la «Manufactura des Gobelins». Son, como habréis notado, los «Guardianes de los dioses»: Venus, Ceres, Bacus y finalmente Saturno. Allí podéis ver también a los fundadores del mundo, Neptuno, gobernador del agua, y Júpiter, rey del fuego.

»Mas supongo que no habréis venido a gozar de los tapices de Su Majestad. Tomad asiento, por favor, lord Stormont. ¿Os apetece un poco de borgoña? Es excelente.

—Muy agradecido, Conde. Aceptaré vuestro vino, dicen que poseéis una excelente bodega.
Ambos dignatarios tomaron asiento en dos cómodos sillones tapizados en seda, alrededor de una mesa donde había sido depositada una bandeja de plata que contenía dos copas de plata y una botella de vino de fino cristal.
En esta ocasión, del todo excepcional, los gestos del anguloso político inglés rezumaban amabilidad, llegando su pétreo rostro a despuntar un amago de sonrisa.
—Bella zona Terranova —comenzó Stormont, yendo directamente al grano—. ¿Conocéis acaso, mi querido Conde, aquella colonia? Extraordinariamente rica en pesca y en otros recursos naturales. De paisajes tan bellos y vírgenes como un cielo estrellado tras una fuerte tormenta.
—No he tenido esa fortuna, milord, mas puedo dar fe de sus enormes riquezas, especialmente la abundancia de pesca; bacalao en concreto. No olvidéis, sir, que Francia ha pescado en esos caladeros durante siglos.
—Ciertamente, monsieur. ¿Acertaría si dijera que a Su Majestad Cristianísima Luis XVI le sería grato poseer nuevamente la posibilidad de capturar esa y otras especies en esas aguas?
—Acertaría, por supuesto, lord Stormont.
—¡Nada más sencillo, monsieur! Sólo una pequeña condición. Haceos cargo de que, pescando en Terra nova, sería incorrecto que los puertos franceses estuviesen abiertos a navíos, digamos, irregulares.
—¿Os referís a mercantes americanos?
—No, monsieur, me refiero a piratas y a corsarios americanos.
—Comprendo. Sin embargo, no sé si puedo haceros esa promesa, ni siquiera pescando bacalao sin límite y en exclusiva.
—¡Claro, claro! Mas el bacalao no es sino el primer plato. La comida tiene un postre excelente. Ciertas zonas de los dominios de Su Majestad británica en América hablan aún en la lengua de *La Fontaine*. Sienten en francés, diría yo. Lógico sería que volviesen bajo el manto y la protección de Su Majestad Luis XVI.
—¡Ah! ¡Excelente, lord Stormont!
—Mas vos comprenderéis que ningún acuerdo ha de firmarse con los rebeldes.
—¿Deseáis un poco más de vino, milord?
—No, muy agradecido. He de volver a mis ocupaciones. ¿Hemos alcanzado un acuerdo, conde de Vergennes? Hablo en nombre de Su

Majestad el rey George.
—Siento no poder daros una respuesta, lord Stormont. Previamente he de realizar algunas consultas.
—¡Lo entiendo sobradamente! Ambos somos servidores de una más alta autoridad, ¿no lo creéis así, Conde? En fin, ya os he robado demasiado tiempo.
—¿Tendremos la dicha de veros esta noche en el Palacio de Versalles? Como sabéis, hoy es la fiesta de Su Majestad.
—Será un honor, monsieur. Nos encontraremos allí.
Tras la despedida y los parabienes de rigor, los azules ojos del conde de Vergennes siguieron a su invitado hasta que éste abandonó la sala. Luego tomó nuevamente asiento y se sirvió un poco más de vino. Sus gestos no habían dejado entrever ni en una sola ocasión que era él, precisamente, el principal inductor de que el rey francés Luis XVI hubiera estampado su firma en un tratado de amistad y comercio con los Estados Unidos.
El documento había sido rubricado una semana antes, en secreto, en su precioso despacho oval. Había conseguido vencer las reticencias de la Reina, del ministro Maurepas, que pronosticaba un estruendoso fracaso si Francia entraba en guerra contra Inglaterra, y sobre todo los gritos del ministro Turgot, que vaticinaba una total bancarrota de la Hacienda. Con terribles consecuencias, además, habida cuenta que los estómagos franceses criaban telarañas. La conquista de Saratoga había servido de lubricante. Por primera vez, la victoria americana parecía posible.
Sin embargo, antes o después, Stormont se enteraría. Sólo restaban dos dudas: la fecha y la reacción. Firmar un tratado de comercio no era un motivo directo de guerra, aunque en aquella ocasión Gran Bretaña estaría en su derecho de hacerlo. Habría que esperar.

Nathaniel Parker Forth esperaba algo nervioso la salida de lord Stormont. Forth era el agente especial enviado por Su Majestad con la sola misión de obtener la fecha del acuerdo entre franceses y americanos antes de que éste se produjera.

—¿Y bien, lord Stormont? ¿Aceptarán?
—Me temo que no, querido amigo. El Conde ni siquiera ha pedido detalle acerca de los territorios americanos que le estaba ofreciendo. Ha sido un craso error por su parte. Sin embargo, es un desliz de novato y Vergennes es un experimentado político. Pensándolo bien, quizás me estuviese indicando lo que sospechamos: que ya han firmado algún acuerdo con los americanos. O bien que su precio está muy por encima del ofrecido.
—Mucho me apena escuchar esas noticias —replicó Forth, que no había oído la última frase, dicha entre dientes—. En ese caso creo que

mi cometido en París ha terminado. Al menos hemos ahorrado buenas libras a Su Majestad.
—Decidme, Nathaniel, ¿qué montante os ha facultado Londres a gastar para obtener esos datos?
—Medio millón de libras, milord. Siempre y cuando descubra cuándo se ha de firmar ese acuerdo entre Francia y los representantes americanos y éste no se haya rubricado aún.
—De acuerdo. Vayamos a ver a esos díscolos súbditos ingleses.
—¿A quién os referís, lord Stormont? ¿Quizás a Franklin?
—Ciertamente, ciertamente. Franklin y compañía
—Sin embargo, el tal Lee puede tirarnos una silla a la cabeza. Ya conoce su carácter y su errático patriotismo.
—En efecto, Lee es un individuo cegado por la causa. Un hombre que no comprende el juego de la política. Ese espécimen es peligroso en exceso. Mas no tema, querido amigo, mister Arthur Lee estará ocupado esta mañana. De hecho creo que no llegará a casa hasta cerca de la una.
—Y decidme, lord Stormont, ¿Deane comprende ese juego de la política?
—No, por supuesto. Es demasiado vulgar. No obstante, entiende a la perfección el juego del dinero y el prestigio. Eso es positivo, al menos para nosotros.
—¡Soberbio, lord Stormont! ¿Qué vais a ofrecer a esos rebeldes?
—Libertad de comercio, posibilidad de producir manufacturas, incluso la casi total independencia. Mas primero hemos de calibrar su precio. No debemos pagar por encima del mercado ¿No lo creéis así, Forth?
—Desde luego. Pero, ¿estima vuestra gracia que Franklin aceptará?
—¡Ah, entiendo que sí! Pero él no está facultado para tomar esa medida. Deberá consultar con su Congreso. Mis noticias indican que Washington recibió de lo lindo en la última contienda. Sus bajas se multiplican y sus generales se vuelven gallitos. ¡Con nuestra ayuda, claro! —rió Stormont abiertamente—. Es una buena motivación.
—Sin embargo, milord, ganaron en Saratoga.
—En efecto. Vencieron en una batalla parcial em pleando casi todos sus efectivos. Si Francia y España no les apoyan, no poseen armas suficientes para seguir.
—En todo caso, aunque aceptaran, la misiva de mister Franklin tardará semanas en llegar al Congreso. ¡Habríamos de buscar un navío!…
—La Fragata «Andromeda» espera en Nantes. Tiene órdenes de zarpar en el mismo instante que Franklin firme ese escrito y la marea lo permita. En Boston está dispuesta a largar amarras una goleta. Llegarán las noticias en un tiempo récord. Mientras, nosotros hemos de impedir que el pacto entre franceses y americanos se firme.

—Esta misma noche espero noticias sobre el particular —terció Forth —. Os ruego que en la fiesta del rey Luis os acerquéis a saludar a la Condesa de Monton. Ha aceptado cien mil libras a cambio de cierta información que su marido sacará a Vergennes.
—¿Monton sacar información a Vergennes? ¡Impo sible! Un cordero frente a una pantera en celo.
—¿Decíais?
—Nada, nada, mister Forth. Hablaré con ella esta noche en la fiesta. Ya hemos llegado. Es aquí. Creo que nos esperan. ¡Mirad cómo se mueve la cortina!

Arthur Lee esperó en la taberna, en la que había sido citado anónimamente, cerca de una hora. En la nota que había recibido le ofrecían cierta información sobre mister Deane, comprometedora por supuesto, a cambio de algo de dinero. No habían transcurrido cinco minutos de espera, cuando Lee llegó al convencimiento de que aquel «rendez-vous» era una patraña. Deane quería librarse de él para seguir conspirando contra América a favor de su bolsillo: París era un hervidero de rumores. No obstante, prefirió no arriesgarse y, armado de paciencia y de un buen vaso de vino con especias, esperó.

Después de aguardar impacientemente durante media hora más, pagó a la guapa posadera agregando una generosa propina, al menos para su bolsillo. Por la expresión de su cara, Lee comprendió que la citada cantidad no colmaba las expectativas de la moza. Se encogió de hombros y salió. Sin tardanza, con paso firme, casi marcial, se dirigió al domicilio de Silas Deane.

Doblaba la esquina de la rue des Argenteurs cuando observó partir un carruaje de buena factura que había estado aparcado en la puerta del hotelito. Era conocido en todo París como perteneciente al Embajador inglés. También vio salir a mister Franklin, a pie.

Dentro del carruaje, la conversación resultaba tan sustanciosa como un solsido con hueso nuevo de jarrete.
Lord Stormont era perro viejo, sabio por perro y por viejo, y conocía bien con quién trataba. La condición humana era para él un libro abierto. Mas, aunque no hubiera tenido la habilidad de juzgar las pasiones humanas, en este caso habría sido sencilla la manipu lación. La información confidencial remitida desde Londres era suficientemente ilustrativa como para no dejar lugar a dudas sobre la estrategia adecuada.
Habiendo quitado de en medio al impetuoso Lee, sólo hubo de mostrarse conciliador con Franklin y solícito con Deane. Excitó el sentimiento patriótico y el sentido de responsabilidad del primero

recordándole las raíces comunes y todos los lazos que unían a América con Inglaterra. Por descontado, se abstuvo de hablar de la Corona y de los Hannover. No le hizo falta mucho esfuerzo: se trataba de un hombre añoso y prudente. No siempre quien peina canas cosecha prudencia, pero en este caso se daba la coincidencia. Franklin estaba dispuesto a parar la guerra cuanto antes.
Con Deane fue, si cabe, más sencillo, casi simple. Al salir de la vivienda, lord Stormont dejó en el aire, al oído del americano, en susurros, una sola frase: In glaterra sabrá recompensar a quien logre tan ansiada paz y a quien convenza a otros para que no se derrame más sangre. La mirada de Deane brilló por un instante. Lord Stormont percibió el deslumbramiento.
Ya en su carruaje, en el trayecto de vuelta a su domicilio parisino, compartió su triunfo con su acompañante.
—He visto brillar su mirada, mister Forth —dijo con expresión satisfecha.
—¿El brillo del oro, milord?
—No exactamente.
—¿Entonces?
—He percibido cómo el orgullo atordecía su entendimiento. Le he visto soñar con ser un inglés de primera. ¡Ah, vana ilusión! En todo caso, ¿no es eso lo que desean todos esos bastardos palurdos?
—¿Así lo creéis, milord?
—¡Por supuesto! Un americano se compra con libras inglesas; es enflusado con sedas británicas y tierras escocesas, y engaitado con toda palabra que prodigue bendiciones de Su Majestad.
—¿Lo hará, lord Stormont? ¿Colaborará con nosotros?
—Apostaría diez libras a que en este momento tiene la pluma en la mano. Sí. Creo que escribirá misivas a sus contactos londinenses abogando por una salida negociada. Cree, además, que es la salida acertada. No se da cuenta, sin embargo, que los que salimos ganando somos nosotros. Ya sabe, divide y vencerás. Si están divididos, nada sacarán de España ni de Francia, y entonces les contestaremos como se merecen.
—¿Y qué obtendrá a cambio?
—Bueno, algo más de comercio. Alguna manufactura…
—Disculpad, milord, me refería a mister Deane.
—¡Ah, ése! Bueno, le dejaremos vivir.
—No os comprendo.
—¿No pensaréis, querido Forth, que habiendo alentado al incendiario «John el pintor», habiéndose compinchado con indeseables contra Inglaterra, Su Majestad le va a otorgar tierras y títulos?
—Pero entonces… Vos le habéis prometido…
—¿Prometido? Sí, una recompensa. ¿Os parece poca compensación

que te perdonen la vida cuando merecerías la horca? ¡Yo estimo alta esa gratificación! Si por mí fuera…
Arthur Lee, que vio salir de la casa de Deane a lord Stormont, aceleró el paso hasta casi correr. De hecho, siguió el carruaje de lejos unos metros. El rescoldo dormido en su corazón dio paso a un incendio de odio capaz de arrasar a su paso mil hectáreas. Jadeaba cuando, de vuelta, alcanzó la puerta del domicilio de su compatriota. Sus manos ya tenían tomadas las medidas del cuello de Deane al que pensaba arrancar el pescuezo. Aquella clase de prostitución le ponía enfermo. Paró para llenar sus pulmones y así poder ascender el doble tramo de escaleras. Deane habitaba en la segunda planta del edificio. En aquel momento, el enfadado, casi iracundo Lee, se obligó a serenarse y a acallar los latidos de su corazón.
—El Congreso no me creerá si no acumulo pruebas, y Franklin no va a apoyar mi versión. Esperaré. Seguiré a Deane, a sol y a sombra, porque estoy seguro de que cometerá un error. Entonces le desrabotaré. Para siempre.
En el portal del domicilio de mister Deane vivía un zapatero. Uno de sus hijos salía en ese momento. Era un chico sano, sucio como todos y extremadamente flaco, como ha de esperarse en el hijo de un pobre. Lee sonrió al verle. Lo meditó unos segundos y luego se echó a reír.
—¡Muchacho!
—Señor…
—¿Quieres ganarte unas monedas?
—Por supuesto. ¿Qué deseáis que haga por vos?
—Te daré un cuarto de libra por cada carta que interceptes a mister Deane y me traigas…
—¿El americano del segundo piso?
—El mismo.
—Hecho, pero habrá de ser media libra. Todo lo que tiene que ver con América ha subido de precio.
—De acuerdo, ladrón. Ésta es mi dirección…
—No me hace falta vuestra dirección. La conozco. Os he espiado para mister Deane, pero ahora él está bajo de fondos. No me miréis así, monsieur. Los pobres tenemos que comer. Pero no se inquiete vuestra merced: soy honrado. Si me pagáis media libra por carta, os aseguro que estoy a vuestro servicio en exclusiva.
—De acuerdo entonces. Pero primero has de hacerme un pequeño favor.
—¿Media libra?
—Ok.
—Decidme entonces, monsieur.
—¿Conoces el carruaje de lord Stormont?
—¿Y quién no? Tomad una noticia gratuita: el inglés acaba de salir de

la casa de vuestro «amigo».
—Lo sé. Quiero que vayas y digas a su acompañante esta frase: «Mi amo me envía con este recado: decid a lord Stormont que el tratado ya se ha firmado». Repítelo, por favor.
El mozo lo regurgitó con tono cansino, como indicando al americano que no sabía con quién se jugaba los cuartos. Omitió la palabra «amo». Eso le molestaba: con un padre era suficiente. Luego extendió la mano.

Palac io d e Versalles, m iérc oles

El tiempo estaba desabrido. Había chispeado desde el alba, sin que la suave, aunque persistente, cortina de lluvia aliviara en lo más mínimo el luto del día. A la hora del almuerzo el cielo se hallaba tan tupido que parecía día de eclipse. Mas al caer la tarde todavía no había descargado, lo que estaba desluciendo el evento.

Los setenta y tres metros de largo con los que contaba la Galería de los Espejos del Palacio de Versalles se hallaban sembrados de damas y caballeros ricamente ataviados. La mayoría de los hombres de la Corte formaban corro alrededor de una de las diecisiete inmensas balconadas que daban al jardín y que aquel día habían sido adornadas con motivos marinos. La conversación de superficie giraba en torno al tiempo, aunque un oído atento hubiera captado algún bajo: se hablaba insistentemente de Saratoga y también, repetidamente, del coste de una potencial contienda contra Inglaterra.

Por su parte, madames y mademoiselles rondaban no sin cierta envidia a Catherine Monton y a su nuevo y, dicho sea de paso, magnífico collar de esmeraldas y diamantes valorado en casi 100.000 libras.

De improviso, la orquesta hizo sonar una viva pieza de Salieri. Se informaba así a los invitados de que la archiduquesa y Soberana de Francia, María Antonieta de Hansburgo y Lorena, encargada oficial de divertir a la Corte, iba a hacer acto de presencia del brazo de su esposo, Su Majestad Luis XVI.

Los rumores, que se habían mitigado con la música, volvieron a elevarse ante la visión de la Soberana, o, más bien, de su vestido: una bellísima pieza de seda, algo corta de escote, en azul turquesa. Su tocado, una peluca de, al menos, medio metro en vertical culminada en una peineta en forma de caracol marino, tampoco se quedó atrás.

La Corte se distribuyó en ambos costados de la magna sala

conformando un pasillo para dar la bienvenida a los Soberanos. Sus Majestades, tras dejarse ver y desear unos instantes, iban a hacer su entrada triunfal en la Galería de los Espejos por el Salón de la Paz, la entrada sur, cuando los cielos se abrieron por fin y dejaron escapar una enorme tromba de agua precedida de un sonoro relámpago.

Junto a la lluvia y su música, venía un avieso viento norte que se apresuró a barrer jardines y patios y a enervar a los canes que aquella noche acompañaban a la Reina. Los ladridos cesaron de inmediato cuando el ventoso elemento se enardeció y entró con furia en el salón de baile desencajando una de las ventanas.

Pese a los doce metros y medio de altura con que contaba la galería, el aire y la lluvia consiguieron alcanzar tanto las lámparas laterales como las magníficas piezas centrales, apagando prácticamente todas las nobles y estiradas velas. La galería quedó parcialmente a oscuras y en silencio, sólo impugnado por el siseo del viento norte y los histéricos chillidos de la Soberana de Francia.

Los educados criados se apresuraron a cerrar la ventana. Prestos desataron las fijaciones de las lámparas, las hicieron descender y volvieron a encender las velas, para culminar la tarea elevando las lámparas de nuevo y fijándolas en su posición. La operación consumió lo menos veinte minutos.

Cuando la situación volvió a la normalidad y los músicos retornaron a sus acordes, los invitados pudieron observar con detalle al Soberano de Francia tocado con su última peluca, embutido en su novísima casaca de seda plateada, calzando los recién estrenados zapatos en plata y azul y luciendo una mueca en el rostro que más de uno calificó de miedo.

Se hallaba solo. Su Majestad Cristianísima Luis XVI había tomado el accidente como un mal presagio, pero trató de comportarse con la displicencia que debe caracterizar a un monarca que se precie. La Soberana, no obstante, no mostró indiferencia, ni recordó que estaba en el trono por alguna extraña decisión divina. Todos habían podido apreciar el gran enfado de la Reina ante aquella tierra francesa que trataba así a su servicial Soberana. María Antonieta chilló, bramó, maldijo a los inútiles siervos de palacio y llamó a gritos al capellán real. Sin esperarle, sin embargo, se alejó rápidamente a sus aposentos. Debía cambiarse de traje. La primera ráfaga había humedecido alguna de las trece sobrefaldas que portaba.

Luis XVI avanzó por el improvisado pasillo tratando de aparecer jovial

y dicharachero y, tomando por la cintura a Madame Monton y su nuevo collar de 100.000 libras, inició el baile. Ninguna otra dama gozó de su compañía, pues el Rey no bailó más. Eso sí, departió largamente con sus nobles, quienes le siguieron cortésmente la corriente. Sólo el Embajador inglés, con rostro huraño y labios apretados, no sonrió a Su Majestad. Mister Forth acababa de comunicarle una noticia funesta, de fuente no muy fiable: una zapaterillo de tres al cuarto, al servicio de un comunicante anónimo. Según la citada fuente, el tratado entre Francia y las colonias ya habría sido firmado.

Transcurrida una hora y media, la galería simuló volver a la normalidad. La música barroca era bailada por parejas que desprendían alegría y contento; los cortesanos daban cuentas de las opulentas viandas y del excelente vino mientras reían forzadamente. El mismo Soberano comía y bebía. Sin embargo, un halo de misterio y una sombra de duda impedían que aquel hielo inicial se derritiese.

Soberano y cortesanos no gozaban aquella fría velada. Las graciosas damas, totalmente ajenas a las complicadas políticas de estado, trataban infructuosamente de llamar la atención de los distraídos varones. Enormes escotes, complicadas pelucas; llamativas, y sobre todo costosas, sedas y adornos, frases picantes, susurros mordaces. Todo inútil.

Y es que ni la misma Madame Du Barry en sus mejores tiempos hubiera conseguido siquiera una mirada. Ninguna estrategia tendría éxito aquella ventosa noche. El Soberano debía tomar una complicada decisión. Sus súbditos —personas y carteras— sufrirían necesariamente las consecuencias, y ellos lo sabían por propia experiencia.

Las arcadas que enmarcaban las balconadas y los simétricos espejos estaban separados mediante pilastras de mármol rematadas por capiteles de bronce dorado, sobre los que reposaba una bella colección de estatuas. Desde su entrada, el Embajador inglés, con su aparente flema británica, no había abandonado el pie de la pilastra que sostenía el busto del emperador romano Julio César. Desde esa posición observaba y esperaba.

Había hablado levemente con Madame Monton. El exquisito collar había sido un precio demasiado alto. La dama aseguró que no había nada firmado. Stormont concluyó que ahora había muchas más posibilidades de entrar en guerra. Y además había que tener en cuenta el chisme del zapatero.

Estaba convencido de que, concluida aquella velada, retornaría a su domicilio sabiendo a ciencia cierta si Francia había firmado un pacto con los bastardos americanos. Eso significaría que su país nuevamente estaba en guerra con Francia. No amaba la sangre, pero de seaba la declaración bélica con todas sus fuerzas. Odiaba a aquella chusma gobernada por aquel estirado Borbón. Quería ocupar aquel despacho con forma de elipse.

Durante dos largas horas, lord Stormont observó detenidamente los bailes de las parejas francesas, sin hallar rastro alguno de los embajadores del Congreso americano. Al filo de la media noche, concluyó que el inicio de la guerra no acontecería tan pronto y se aprestó a despedirse de Luis XVI y volver a su domicilio.

El Soberano se dedicaba a dar cuenta de un muslo de pato, cuando oyó las consabidas tosecillas a su espalda. Se dio la vuelta aún con la boca llena y se halló ante el Embajador inglés.

—¡Lord Stormont! ¿Deseáis un muslito de este pato? Está delicioso. Ha sido condimentado con naranjas españolas y azúcar de vuestras colonias. Un guiso internacional y conciliador. Estupendo para los tiempos que corren. ¿No lo creéis así?

—Os lo agradezco, Majestad, pero si me lo permitís deseo retirarme. Es algo tarde para mis cansados huesos. Este tiempo empeora mi reuma.

—Sentiremos vuestra ausencia. La fiesta no ha hecho más que empezar. Aún quedan algunas sorpresas y algunos invitados inesperados.

—¿Invitados a estas horas, Majestad?
—Sí, Embajador. Algo ha debido de retener a algunos de nuestros amigos. Probablemente la tormenta. Me han informado que ese maldito viento que ha aguado nuestra entrada asustando a la Reina ha derribado varios árboles de los jardines y ha cerrado algunos de los caminos de palacio. Mas creo que están trabajando a marchas forzadas para desfacer el agravio. ¡Ah, mirad! ¡Aquí llegan!
Lord Stormont se dio la vuelta curioso. No tardó su curiosidad en transformarse en ira. Esta vez por la entrada norte de la «Galería de los Espejos», es decir, procedentes del Salón de la Guerra, entraban en la fiesta mister Benjamín Franklin y mister Silas Deane, precedidos de un sonriente Caron de Beaumarchais. Este último portaba un enorme bulto envuelto en una tela blanca coronada por un inmenso lazo en tonos rojos y azules.

Un murmullo de asombro corrió por la sala. La música seguía sonando pero los bailarines, sin excepción, pararon sus vaivenes. Cuando los asistentes se dieron cuenta de quiénes eran los recién llegados, una nube de voces, aletargadas con las manos, llenaron el ambiente. Beaumarchais no había aparecido en público desde su llegada de Londres, pero no se arredró ni un milímetro. Desenvuelto, casi dicharachero, como si el tiempo se hubiera diluido y nada hubiera acontecido, se dirigió hacia el Soberano con paso decidido y con idéntica decisión hincó su rodilla en tierra y saludó a su magna Majestad.

—Sir, ruego disculpéis nuestra involuntaria tardanza y la violación flagrante del protocolo. Un árbol deseaba impedirnos ver vuestro soberano rostro y acudir a la magnífica fiesta preparada por Su Majestad la Reina. Pero no hay árbol en Francia que pudiera retenernos mucho tiempo.

—Estáis perdonado, monsieur de Beaumarchais —replicó divertido el Soberano francés—. Ahora mismo decía a lord Stormont que debíamos culpar a la tormenta de vuestro retraso. Y tras las excusas, Caron, enseñadme el presente. Llevo todo el día en ascuas. ¿Decís que viene de América?

Stormont dio un respingo. Y olvidó su despedida.

—¿De América, Majestad? ¿De las colonias inglesas o tal vez de las españolas?

Luis XVI le fulminó con la mirada y dio un nuevo mordisco al muslo del pato. Beaumarchais ni se inmutó.

—No os impacientéis, Majestad. Ahora mismo os lo entregamos ¿Me permitiréis preparar el entorno? ¿Me concederá Su Majestad un margen de confianza?

—De acuerdo, Caron. ¿Qué deseáis?

—¿Dais vuestra anuencia para apagar las velas?

El Rey se estremeció recordando el presagio. Su cara adquirió primero un tono blanquecino, que luego giró a violáceo. Se acababa de atragantar con un huesillo del pato. Trataba de toser, pero no lo conseguía. Finalmente fue Silas Deane el que decidió intervenir y, sin más preámbulo, dio una fuerte palmada en la espalda del Rey. Fue suficiente, el bocado salió despedido y el ahogo cedió.

El pequeño incidente también puso fin a una fiesta malograda desde el origen.

El enorme paquete que portaba Beaumarchais había caído a tierra y el lazo se había desprendido. Todos los invitados pudieron ver su contenido: un penacho de plumas que, por el tamaño y la abundancia, pertenecía a un gran jefe.

—Cortesía de nuestros aliados los indios creeks —afirmó Beaumarchais—. La nota dice: «Un pequeño obsequio para nuestro

amigo el Rey de Francia».
Stormont abandonó precipitadamente la sala, no sin antes mirar furibundo a Su Majestad. Los enviados americanos no fueron dignos ni siquiera de un reproche. Luis XVI recibió la gélida mirada como si de un puñal se tratara. Y su inseguridad crónica le hizo perseguir al dignatario inglés, olvidando su alta alcurnia
—¡Lord Stormont! ¡Lord Stormont! —gritó entre leves tartamudeos—. ¡Esperad!
El Embajador inglés no se dignó detenerse. Ni siquiera volvió la vista atrás. Envuelto en las sombras que preceden a la aurora y en su capa de lana, tomó su carruaje con rumbo desconocido.
Luis XVI no consiguió serenarse rápidamente. Primero le sobrevino un fuerte tembleque en las piernas que le obligó a sentarse. Era consciente de que acababa de iniciar otra guerra, la cuarta con Inglaterra en ese siglo. Mas, cuando se hallaba cabizbajo en su butaca real, cayó en la cuenta de que lord Stormont acababa de infringirle una imperdonable afrenta delante de sus súbditos. Entonces la indignación inundó su ser de manera violenta. Se levantó como si el asiento dispusiese de un resorte y comenzó a chillar y a dar órdenes. Sus dislates en voz esperpéntica sólo consiguieron reafirmar la idea de Vergennes: estaban gobernados por un Monarca que padecía una incapacidad total de decisión, hecho fatal para la monarquía, que había de ser salvado por buenos ministros.

Madrid, abril de 1779

Mientras lord Stormont mascullaba en su carruaje su indignación y preparaba mentalmente la nueva situación bélica, lord Gratham, embajador de Gran Bretaña en la Corte de Madrid, se despedía del Primer Secretario español, el conde de Floridablanca. Habían mantenido una cena privada que se había alargado a los postres por espacio de cuatro horas.

Floridablanca, como Gratham, era un gran ilustrado, pero habían empleado poco tiempo en hablar de economía general o de filosofía. Unas breves frases sobre la obra de Adam Smith. Algún comentario sobre las manufacturas reales y algunas cuestiones sobre la logia masónica madrileña, nada profundo. Luego habían en tra do en materia, pues había mucho paño que cortar.

Carlos III y Luis XVI, pese a todo, estaban unidos no sólo por lazos de sangre, sino por un pacto político de mutua ayuda. Si Francia era atacada, España estaba obligada a ayudar a su vecina. Lo mismo ocurría a la inversa. Mas ningún país podía voluntariamente declarar la guerra a un tercero sin acuerdo expreso de su aliado.

Claro que éste no era el caso. Francia no había declarado la guerra a Inglaterra, sino que se había puesto del lado de algunos de sus enemigos. En términos reales eso significaba una declaración bélica, pero no en las maneras diplomáticas. El Gobierno de Su Majestad Luis XVI no había atentado contra ningún interés británico.

Carlos III había sido informado a toro pasado de que se había firmado un acuerdo de cooperación, amistad y comercio entre Francia y los colonos americanos. Había hecho saber a su primo que, puesto que no había sido avisado, no estaba obligado a respetar el pacto de familia, aunque trataría de apoyar en la medida de sus posibilidades. Su Majestad sabía, no obstante, que ésa no era una respuesta factible. Luis XVI le había contestado de puño y letra que no disponían aún de una estrategia. La pelota estaba en el tejado inglés. Sería George III quien declarara la guerra. O quizás no.

Entonces Floridablanca tuvo una idea. Brillante. Al menos eso pensó Carlos III, que le dio todos sus parabienes. Acababa de ponerla en práctica. Quedaba esperar la respuesta.

—Querido Conde, circulan ciertos rumores por Madrid. Quizás seríais tan amable de confirmármelos o desmentirlos.

—Mi querido milord, ¿cómo hacer parar un rumor? Ya sabéis cómo le gusta al apéndice bucal el movimiento, pese a que de él se obtienen en términos netos más males que bienes.

—Tenéis razón, mas haceos cargo. Son rumores inquietantes.
—Decidme. Intentaré contestar.
—Se dice que España no vería con buenos ojos un acuerdo entre Su Majestad francesa y los colonos rebeldes. ¿Habéis oído alguna noticia similar?
—Sí, algo he oído —contestó el causante de que aquel rumor circulara.
—¿Y le dais crédito, señoría?
—Bueno, entiendo que algo de cierto esconde. Ya sabéis que cuando el río suena…
—Verdaderamente sería penoso que el rey Carlos, siempre tan prudente, se ensuciara las manos en tan pringosa materia. ¿No lo creéis así?
—Por supuesto, milord.
—Deleite me producen vuestras palabras, Conde, que, dicho sea en confianza, esperaba. Aquí, señor —continuó con soltura, ofreciendo un documento al secretario español—, traigo una propuesta que os envía Su Majestad George III con sus más cordiales saludos. Espero cuente

con vuestra aprobación, así como con la del muy estimado monarca de España, Su Majestad Carlos III.
»Como veréis en ella, Su Majestad británica dispone que España recupere nuevamente su antiguo territorio de Gibraltar. Os haréis cargo de que artillería y munición que se hallaran en la roca en ese momento correrían de vuestro bolsillo.
—Naturalmente, milord.
—A cambio, señor Secretario, sólo pedimos que os mantengáis ajenos al conflicto que mantenemos con nuestros revoltosos hijos americanos. El mejor sistema de neutralidad es, por supuesto, mantener cerrados vuestros puertos a las embarcaciones piratas y corsarias. Ahora, que si España juzga que la causa de Inglaterra merece su apoyo y su ayuda, el territorio de Florida y el bacalao de Terranova pasarán al dominio español.
—Haced saber a Vuestra Serenísima Majestad el rey George de qué amable modo recibimos su propuesta y estimamos su sabiduría. Estoy seguro de que hablo por boca de mi Rey y señor Carlos III si os digo que España no quiere recluirse en sus fronteras y en sus asuntos mientras el desasosiego invade las almas de sus vecinos y amigos en el Señor. Es más, por el bien de la humanidad y de La Gran Bretaña en particular, os ofrecemos nuestro más sincero apoyo.
—Os lo agradezco en nombre de Su Majestad.
—Estoy seguro que en su sabiduría el Monarca británico no quiere vilipendiar a América en estos momentos en que parece haber casi tocado su mayoría de edad. La otrora niña se ha convertido en toda una mujer. Tiene Su Majestad española para sí que los derechos de esta Dama americana han de ser respetados, pero que al mismo tiempo, ella no debe disgustar a sus padres. Los despilfarros en vidas y fortunas de una nueva guerra deben ser evitados.
—Asombro me ocasiona su comentario. ¿Qué pretende Su Majestad?
—Su Majestad el Rey de España os ofrece su mediación en el conflicto. Para alivio de los países implicados y de todos nosotros, os conmina a no hacer oficios contrarios que obligarán a un desastre en ambos países hermanos. Su Majestad alienta un acuerdo, mientras él se ocupa de contener a nuestros comunes amigos los franceses.
—Exquisita exposición, conde de Floridablanca, aunque he de decir que hubiera preferido que os inclinarais por Gibraltar. Enviaré a Londres vuestra propuesta de mediación. ¿He entendido bien si digo que España desea apoyar la independencia de las colonias inglesas?
—Habéis comprendido perfectamente, señor. Vues tra inteligencia es y ha sido siempre notabilísima.
—¿He de tomarlo como una condición *sine qua non*, o tal vez como una sugerencia?
—Como una condición, milord. Como un punto de partida. Inglaterra

debe cesar toda hostilidad y enviar a Madrid plenipotenciarios, igual que solicitaremos que hagan lo propio Francia y las colonias de América de habla inglesa.
—Mas en ese caso se coloca a nuestras plantaciones en situación de igualdad con Inglaterra, amén de con Francia y España.
—En efecto, actuarán como nación. Y luego todos llegaremos a un acuerdo satisfactorio.
—Sinceramente y en confidencia os digo, querido Conde, que lo veo difícil. Mas tanto vos como yo servimos a autoridades más altas. Consultaremos a nuestros señores.
«La suerte está echada», pensó Floridablanca.
—Así es —contestó de viva voz el Embajador británico, que había leído sus pensamientos.

Norte de Saratoga, julio —Sí. Ya parece despuntar el alba. Sigamos.

Los tenaces esclavos se pusieron en pie. Eran fuertes y estaban sanos. Pero no era su cuerpo sino su espíritu —alentado por la esperanza azul de la libertad— el que les confería la fuerza necesaria para continuar pese al cansancio, al hambre y al tedio.

Siguieron trepando por el flanco de la montaña agarrándose torpemente a los descoloridos riscos. Sorpre sivamente la subida se suavizó, declinando la pendiente. Aparecieron pequeños arbustos y alguna somera vegetación. Sin previo aviso, Apple pronunció una maldición. Había pisado una espesa mata de espino. Aunque era hombre recio no pudo evitar el grito: cientos de afiladas espinas, largas como dedos, habían hecho mella en su pie derecho, traspasando el débil calzado.

El día iba despertando y Orange pudo atisbar el estado de la extremidad de su amigo. No sangraba en demasía, pero se inflamaba rápidamente. Le quitó al niño de la espalda, ayudándole a sentarse sobre un peñasco no demasiado rugoso.

—¿Te duele?
—Sí, mucho. La planta debe de contener alguna sustancia venenosa. Seguiréis sin mí. Toma las provisiones, encuentra al hombre de nombre Washington y conquista la libertad para ti y para Tobacco.
—No te abandonaremos. Buscaré algo para extraer las espinas. Quizás con el cuchillo.
—No. Recuerda que carece de extremo.
—Aguarda, buscaré por los alrededores, quizás haya cerca alguna vivienda.
—¿Estás loco? ¡Si nos cogen nos ahorcarán!

—No tienen por qué saber que somos esclavos.
—Con sólo mirar nuestra cara se darán cuenta. Recuerda que nuestro rostro porta el sello del general Howe.
—¿Y quién va a conocer ese sello a esta distancia? Hemos de aparentar ser negros con carta de ahorría. Vamos vestidos como libertos.
—Sucios y hambrientos, Orange
—No seas pesimista, Apple. En una guerra todo el mundo tiene hambre y lleva las ropas sin remendar. Bueno, todos menos las casacas rojas. Eso es lo que debemos evitar. Buscaré alguna granja cercana.
—De acuerdo. Yo me quedaré con Tobbaco mientras llegas.
—Bien.
Orange no permaneció mucho tiempo alejado de sus amigos. Al final del descenso se apreciaba humo casi blanco. Humo de leña, muy distinto al de la desolación de una batalla. Contento desanduvo el camino.
—¡Apple! ¡Hay una granja cercana, levanta!
—¿Estás seguro? ¿Se halla habitada? ¿Has visto a los amos? ¿Tienen esclavos?
—¡Por todas las divinidades, Apple! ¡Deja ya de preguntar! Sólo he visto el humo. Pero estoy seguro que allí está nuestra salvación. Te ayudaré a levantarte.
—Pero…
—Apple, es nuestra única salida. Confiemos en los antepasados. Ellos velarán por nosotros. Encontraremos al hombre del «dulce nombre».
Ambos fugitivos y el pequeño llorón se encaminaron hacia la dirección del humo. El trecho se hacía largo, pues, aunque cada vez la senda era menos encrespada y de más fácil paso, las dificultades de Apple y el peso del pequeño dificultaban la marcha. Alcanzaron a vislumbrar de cerca el humo blanco cuando ya anochecía. Pese a la tenue luz de la atardecida, pudieron contemplar una pequeña vivienda, algo más elaborada que una cabaña, pero en todo caso construida con troncos, en una sola planta. Por el ruido dieron por sentado que existía algún arroyo cercano.
—Es curioso, Orange —confesó con miedo Apple—, de día salía más humo de la chimenea que ahora. Empieza a apretar el frío y, sin embargo, sólo emerge una pequeña fumarada de vez en cuando.
—Quizás no estén. Habrán ido de caza.
—No seas tonto. He visto una vaca. Son granjeros. Seguro que habrá una mujer. Tendría que estar dentro de la casa… Y con el fuego puesto. ¿Cómo tendrá si no la comida lista para cuando llegue su marido?
—Eso es cierto. Resulta extraño. Esperadme aquí. Yo me acercaré.
Orange apenas necesitó veinte minutos para la exploración. Volvió

corriendo, como alma que lleva el diablo.
—¡Apple, es horrible!
—¿Qué es horrible? ¿Qué ocurre?
—¡Es monstruoso! ¡Horripilante, incluso para una guerra! ¿Cómo es posible tanta inhumanidad?
Apple calló mientras Orange terminó de vomitar y llorar. Se arrastró hasta su lado, siempre con Tobacco en brazos, y luego volvió a insistir.
—¿Qué ocurre amigo? ¿Qué has visto en la cabaña? —preguntó empleando una suave voz y acariciando la espalda de su amigo.
—¡Es espantoso, Apple! ¡Les han arrancado el cuero cabelludo! ¡Les han matado a todos! ¡Una mujer, dos niños y un hombre! ¡Todos muertos! ¡He tenido que espantar a dos alimañas que comían los ojos de una niña poco mayor que Tobacco!
—¿Eran… blancos?
—Como la nieve. ¿Quién será capaz de tanta crueldad?
—Son indios, Orange. Venden las cabelleras a los ingleses a cambio de alcohol y fusiles. Debemos entrar.
—¡Ah, no! ¡Ni hablar! ¡No volveré a poner mis negros pies en esa casa!
—Orange, aquí hay lobos. Nos comerán. ¿Prefieres ese final?
—Pero, Apple, si por casualidad alguien nos encuentra allí, creerán que hemos sido nosotros. Entonces sí que nos matarán, y con saña. Prefiero a los lobos. El hombre de la cabaña llevaba un mosquete. Míralo —explicó enseñando el arma que había encontrado en la cabaña—. Con esto nos defenderemos.
—¿Tienes munición?
—No, pero…
—Hemos de ir. Les enterraremos. Esa gente se merece descansar bajo tierra.
—¡No puedo! —gimió—. ¡Quiero volver al fuerte inglés! Al menos como esclavos vivíamos una vida decente y estábamos seguros de alcanzar una muerte digna, no como la que acabo de ver.
—¿Decente, Orange? ¿Llamas decente a esto? —contestó el herido señalando la marca de su cara—. ¿Llamas digno a ser un animal y llevar el nombre de una fruta? Vamos a seguir, ¿me oyes?
Tobacco, despierto, contemplaba la escena. Pero cuando oyó chillar a Apple se asustó y comenzó con su particular y habitual concierto. Aquel llanto rompió la tensión del momento, pero no consiguió que Orange dejara de plañir.
—¡Vamos, adelante! —ordenó Apple, incorporándose, no sin dificultad. El pie había llegado a alcanzar el doble de su tamaño, y se hallaba enrojecido—. ¡Recoge al pequeño! ¡Rápido!
La cabaña no tenía más que una estancia. La cortina, que separaba los catres del resto, había sido arrancada. Sobre la colcha beige reposaba

el cuerpo de una mujer joven. Sus ropas, desgarradas, permi tían apreciar un cuerpo blanco, casi infantil. No tendría más de 16 años. A sus pies los rostros de pavor de dos niños. El hombre colgaba por los pies de la viga central de la cabaña. Había sangre por todas partes.
—Ciérrales los ojos, Orange —ordenó con voz de mando Apple.
—¡No puedo, no puedo! —siguió gimiendo el primero.
—¡Puedes y lo harás! De otro modo no podrán ver el paraíso ¡Ahora! Deja a Tobacco en el catre libre.
Orange trató de moverse sin dejar de plañir. No lo hizo, porque Apple le ordenó detenerse.
—Silencio. ¿Oyes ese ruido?
Ambos permanecieron quietos. En la lejanía se percibía un rumor creciente. En pocos segundos oyeron nítidamente:
—¡Mambrú se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor, qué pena. No sé cuándo vendrá, do re mi, do re fa, no sé cuándo vendráááááááá!
—Sí —contestó Orange mientras un escalofrío recorría su negro cuerpo—. Suena como si alguien cantara.
—Pero en una lengua extranjera, y mal por cierto.
—Creo que es español. Y viene en esta dirección. ¿Qué hacemos?
Tobacco despertó con el brusco movimiento de Orange, causado, sin duda, por el miedo y la precipitación. Asustado, el infante, comenzó a berrear. Los cantos cesaron. Por el contrario, percibieron claramente cómo los pasos del cantante se aceleraban. ¡Tras tantos esfuerzos, les habían encontrado!
—¡Ah, de la casa! ¿Puedo acercarme a vuestras posesiones? ¿Hay, por ventura, algún hereje americano por ahí? ¿Qué pena le aflige que con tanto ímpetu gime? ¿Dais vuestro permiso para que traspase el umbral?
—Rápido, Orange. Huye. Y por favor, llévate a Tobacco. Hazme caso, es la única oportunidad, quizás también la última, pues nos han de matar cuando vean esta escena y crean que tenemos algo que ver con ella. Piensa en tu familia. Tu esposa ha de concebir un varón. ¿Recuerdas?
Orange se incorporó, pero dejó al niño en el suelo, junto a Apple.
—¡Te lo suplico, no le abandones aquí! ¡Él lleva mi espíritu!
El esclavo no contestó. Elevó por un segundo su mente a la divinidad y luego echó mano al mosquete.
—¿Qué haces? ¡No tiene pólvora! ¡Huye con Tobacco!
Quien fuera el que se acercaba, aceleraba sus pasos. Pero Orange tuvo tiempo de decir a Apple algunas frases tranquilizadoras antes de partir:
—Tú lo sabes; yo también. Mas nadie fuera de nosotros conoce que carecemos de munición y que el mosquete está vacío.
—Eres muy astuto, amigo. ¡Pon cara de inglés! Orange sonrió. Los

pasos se acercaban ya peligrosamente. Orange abrió la puerta de la cabaña y fue a su encuentro decidido. Quien fuera había corrido mucho porque el esclavo oyó su resuello. Instantes después, los dos esclavos, y también Tobacco, que nuevamente rompió a llorar, pudieron oír los gritos. Si hubieran conocido la lengua de Cervantes es posible que se hubieran tapado los oídos para no escuchar aquellos improperios.
—¡Me cago en…! ¡Puñetera mata americana! ¡Eh! —se dijo a sí mismo el fraile en voz alta—. Templa tu cólera, rufián. Detén tu querencia a la letra aviesa. Que don Miguel se levantará en su tumba si así le hablas. ¡Perdonadme, Señor, mis malas palabras! Pero, ¿sabéis cómo duele? ¡Ah, cómo Os divertís haciéndome jugadas! Mas deteneos, ¿cómo si no podré sacar de la honda y oscura herejía a los infieles?.
«Se ha debido de tropezar con un espino», pensó Orange, mosquete en mano.
En efecto, mosén Teodoro estaba tendido en el suelo intentando quitarse las espinas más sobresalientes cuando vio acercarse a un individuo negro como el betún, grande como un oso, cuya enorme mano sostenía un arma grande con ánimo amenazador. Intentó abrir su bolsa de cuero y extraer de ella su cuchillo de caza, pero sólo alcanzó el crucifijo de madera que siempre le acompañaba, y con él en la mano amenazó al esclavo:
—¡Deteneos, hereje e hijo de hereje! ¡Deteneos de inmediato o Mi Señor os castigará! ¡Vaya cara de diablo malo tiene vuesa merced! ¡A buena fe que así es: de diablo negro y malvado!
Orange no entendió su dislate, pero al ver la conturbada cara de aquel pálido ser tan pobremente vestido, defendiéndose de su mosquete con dos palos de madera cruzados de tan escaso tamaño que cabrían fácilmente en su mano, le entró una risa floja que presto se convirtió en carcajadas sonoras. Lloraba a lágrima viva mientras el hombre blanco le observaba entre sorprendido y asustado.
—¡Por mi fe de siervo andante que así como os vi supe que me las haríais pasar mal! ¿De qué os reís? ¿Es que además de infringirme martirio con ese mosquete os queréis burlar de mí? ¡Esperad que extraiga estas espinas de mi anatomía y veréis si reís tanto como yo!
Orange redobló su jarana ante la voz del hombre, sin poder dejar de llorar.
—¡Regodeo y recochineo incluidos! ¡Ah, Señor! ¡Habéis hecho a vuestro siervo tan útil como el estiércol! ¡Aun muerto voy a alegrar la vida de mis congéneres!
Orange había soltado el mosquete y se hallaba tirado en el suelo. Sus largos brazos negros rodeaban su cintura intentando evitar que el jolgorio le hiciera orinar. Finalmente, el mosén se contagió y acabó también llorando de risa sin saber por qué.

—¡Sea en buena hora! ¡Ya de morir, hacerlo con alegría!
Apple con Tobacco bajo el brazo se unió al poco, arrastrándose hasta el lugar para observar los acontecimientos de cerca. Mosén Teodoro cesó de reír para elevar llorando una oración a Dios:
—¡Gracias, Señor! ¡No sólo sois gallardo y cariñoso Doncel que me ponéis los herejes a tiro, sino que lo hacéis a tríos! Pero, Señor, ¿sabéis a cambio cuánto me duele el pie? ¡Ah, trabajosa vida la del caballero andante! Veo, querido negro hereje, que a vuesa merced le ha pasado lo mismo —afirmó señalando el pie de Apple—. Esperad.
Echó mano al saco, pero en ese mismo instante Orange recogió el arma y le apuntó. Había dejado de reír y le miraba con una brizna de odio en los ojos.
—¡So! ¡Tranquilizaos! No dudéis que soy de fiar. Es que todo en este saco está barajado. Sólo deseo tomar las pinzas. Veis —dijo atrapando del fondo del saco un instrumento metálico—, aquí están unas pinzas. *Pin* —dijo atrapando una espina del pie del negro—. *Za s* —dijo arrancándola.
—*Pin -zas* —repitió Orange.
—Pues en verdad que es listo vuestra merced. Las cogéis al vuelo. *Pin - zas*. Seguid vos, que voy a localizar el ungüento en este saco de pellejo.
—¿Washington? —preguntó Apple esperanzado, señalando con su dedo índice al fraile.
—¡Oh, estamos aviados! ¡No, no lo soy! Pero también ando en su busca. Yo, mosén Teodoro. Mo-sén-Te-odo-ro. ¿Y vos?
Ante la señal, Orange contestó:
—Un-ta-Ken.
—¿Cómo decís?
—Un-ta-ken.
—¡Vaya un nombre! —protestó el mosén, levantando con grandes aspavientos las manos.
—Orange Un-ta-ken—se rindió el esclavo.
—¡Santa Virgen de Roncesvalles! ¿Quién habrá sido el osado que a un hombre, aunque esclavo, denote con nombre de fruta? ¡A fe mía que había de ser un hereje! ¡Pobres caballeros, nada temáis de mí! Mas incapaz seré de recordar vuestros apellidos. Me quedaré con vuestro nombre de pila. Orange, ¿ok?
—Yes, mosén Teodoro.
—Apple —dijo el otro esclavo, señalándose.
—¡Ah, muy originales vuestros amos! Naranja, manzana, y el mozuelo ¿cómo? ¿Tomate quizás? —dijo con cierto retintín.
—Tobacco.
—¡Ahhhhh! ¡Mejor! ¡Sí, señor, más señorial! Ya de llamarse como una cosa, que la mercadería sea de lujo. Bien.

—¿Esclavo? —cuestionó Apple. Orange seguía em pleando las *pin-zas* en el pie de su amigo.
—¿Esclavo?
Apple señaló las muñecas y las juntó mientras bajaba la cabeza.
—¿Esclavo? ¿Yo? Libre, pero esclavo. Esclavo del Señor. Mas, ¿habéis dicho esclavo?
—Sí.
—¿Es que acaso habláis como don Miguel de Cer vantes?
—No conocer. ¿Amigo Washington?
—¡Pobres herejes incultos! No. No amigo Washing ton. Mas, ¿me comprendéis?
—Sí. Pasar tiempo en La Habana y aprender deprisa.
—¡Bendito seáis, Señor, Dios del Cielo, que me los ofrecéis a tríos, y con rudimentos de castellano! ¡Ahora sólo queda que también sepan inglés! ¿Vuesas mercedes «espican inglis»?
—Yes. We have an English boss.
—¡Oh, Señor, blanda hacéis mi senda, y permitís que a trancos la recorra! ¡Proveéis mis alforjas de espiritual alimento (aunque no del natural, que ando famélico) y hasta me hartáis! ¡Oh Señor, que por mí Babel habéis destruido y una única lengua habéis dejado!
Orange en pie, Apple en el suelo, ambos miraban a aquel extraño ser con mezcla de admiración y aprensión. Finalmente cortaron sus rezos.
—¿Tú buscar Washington?
—Razón lleváis. Búscole, y ha de estar cerca, pues hay muchos rastros de batalla. Supongo que ese mosquete será también un *recuerdo* de la contienda. Lo encontraremos. Mas antes el ungüento. Sí, primero *pin-zas*, luego unto. Mano de santo, créanme vuestras mercedes.
»En todo caso, queridos herejes, creo que sería cortés por vuestra parte invitar a este pobre servidor de Dios a vuestra cabaña. Empieza a hacer frío, y he oído ciertos aullidos sospechosos. ¿Yes? ¿House?
—No —contestó Orange—. Nosotros bien aquí.
—Siento quitaros la razón, Naranja, quiero decir, Orange. Pero creo que dentro estaríamos todos más seguros. Además el pequeño Tobacco va a pillar una pulmonía con la poca ropa con que cubrís su cuerpecillo.
Orange miró inquisitivamente a Apple y le preguntó en su lengua:
—¿Qué hacemos, amigo?
Apple tomó la palabra.
—Ésa no casa nuestra —sentenció—. Americanos.
—¡Ah, no importa! Son muy hospitalarios por estas tierras. Pediremos cobijo…
—No. Ellos muertos.
—¡Muertos!
Una chispa de miedo se encendió en los ojos del mosén. Tragó saliva,

pero no aguantó mucho callado.
—Vuesas mercedes…
Pensóselo mejor y guardó silencio. Pero enseguida retomó la palabra.
—Vuesas mercedes…
—No —atajó Apple con voz potente—. Nosotros no matado ni afeado mujer. Niños ni hombre tampoco matar. Indios: cortarles la cabellera.
—¡Santo Dios! ¡Es horrible!
—No —respondió Apple—. Horrible dentro. Id.
Y mosén Teodoro fue. Y lloró y rabió al ver lo que el alma humana es capaz de hacer cuando pierde el punto de mira y se comporta como un animal. Y mosén Teodoro, Apple y Orange, con el ánimo cercenado, derramaron lágrimas e hicieron duelo mientras cavaban un agujero en el duro suelo. Y los tres lloraron sin cuidado, sin desmocarse siquiera, transidos sus corazones de dolor y rabia, mientras la tierra extraída retornaba a su posición cubriendo los rostros juveniles de aquella bonita familia, sus cráneos blanquecinos y sus manos muertas.
Tobacco, sin embargo, durmió como un lirón todo el entierro, quizás por llevar la contraria.
El fraile rezó una oración ante las tumbas recién cavadas. Lo hizo en castellano, porque en ese idioma había encontrado un ejemplar de la Biblia sobre la balda que cerraba superiormente la chimenea y dedujo que la familia tendría ese origen. No se equivocaba; la joven mujer era natural de Palencia. Su muerte pronto llegaría a oídos de Bernardo de Gálvez.
En silencio recogieron leña seca, y también calladamente encendieron la lumbre. Orange ordeñó a la vaca, tras hacerla levantar del suelo porque ya dormía. Todos, especialmente el comilón de nombre lujoso, recibieron con agradecimiento el tibio alimento. Tras él descansaron. Aunque sólo Tobacco lo hizo sin preocupación. Mosén Teodoro veló con una enorme sonrisa entre sus hoyuelos: acababa de empezar su campaña para las «generales del cielo».
No hizo falta hablar de ello, los tres sabían que, en cuanto los pies heridos curaran, debían salir corriendo de aquellas tierras. De momento, las pinzas y el ungüento hacían su efecto, y la inflamación remitía.
En el tiempo que permanecieron escondidos en la cabaña, el mosén enseñó a los esclavos el «Padre Nuestro». Los neófitos aprendían deprisa. Más paciencia necesitó para hacerles coger letra y ritmo de *Ma m b rú se fue a la guerra*; la canción que don Teodoro cantaba cuando tenía miedo, ¡quién sabe por qué!

Sa ra to g a , ju lio

—¿Bajas?
—Numerosas, General. El hospital está plagado de heridos para los

que el único futuro es que Dios, en su infinita misericordia, les abra pronto las puertas de sus plantaciones del cielo. Para los que tienen alguna esperanza de curación, carecemos de medicinas, vendas o ron. Los físicos del ejército vencido están ayudando con las costuras y amputaciones, sin embargo, exigen atender primero a sus compatriotas británicos.
—Duro corazón.
—Sí, general Washington. Corazón británico, aunque no todos. Más de una casaca roja está colaborando en el hospital. Empero, señor, todos tienen hambre, precisan quinina y ron y, como os he informado, carecemos de todo lo necesario.
—Y las fiebres, ¿remiten?
—No, General. Aquí no existen milagros. Sin quinina mueren y seguirán muriendo.
—¡Ah, querido doctor! ¡Si supierais el milagro que es conseguir quinina! ¿Cuánto queda del último envío?
—Nada, sir. Se agotó hace dos días.
—¿Y el invento del doctor Franklin para anestesiar los cuerpos? ¿Resulta útil?
—No parece muy eficiente hasta el momento, salvo por el placebo.
—No os comprendo, doctor.
—A los heridos les conforta pensar que hacemos algo para dormirles antes de las operaciones cuando el ron se ha terminado. Pero el invento no parece ser muy efectivo. Eso se desprende de los gritos…
—¿Cuántas horas lleváis en pie, doctor?
—No muchas más que vuestra persona, General. Lo soportaré, no tengáis cuidado.
—Gracias en nombre de América.
—¡Ah, no! ¡Ni las quiero ni las espero! Deseo recompensa de más alto. Ya voy siendo viejo. Quizás aún acabe con una cuerda al cuello cuando vuelvan los británicos.
—¡General, general Washington!
—Decidme, cabo, ¿qué novedades traéis? No, doctor, no os retiréis.
—Señor, hemos interceptado un correo.
—¡Ordené que se cercara a los prisioneros! ¡Ordené que se evitara cualquier comunicación con el exterior! ¿De qué sirve dar órdenes si no se cumplen? ¿Dónde estaban los vigías? ¡Sabía que los británicos intentarían algo así!…
—Señor…, no era británico.
—¿Cómo que no era británico? Entonces, ¿de quién?
—Señor, quizás si leyeseis la misiva interceptada comprenderíais.
—Dadme el correo y retiraos. Mas estad a mi disposición por si os necesito.
—Sí, señor.

—Cabo, ¿habéis tomado vuestra quinina? ¡Os precisamos en plena forma!
—Sí, General. Gracias
George Washington leyó de inmediato y atropelladamente el correo interceptado. Luego repitió la operación más despacio, desmigando las frases. El contenido no tenía vuelta de hoja. Estaba claro que quien lo suscribía no había calibrado la posibilidad de que lo escrito fuera interceptado, pues en otro caso habría maquillado nombres, fechas y planes. Pero el hecho era que así había sido. Y que el objeto de sus insultos, y el blanco de su elaborado proyecto, leía en ese momento sus claras intenciones.
El doctor, buen observador, como corresponde a un buen médico, pudo percibir el dolor en los ojos del General en Jefe de las fuerzas americanas. Sin embargo, no osó preguntar nada. Es bien sabido que el coste del poder se ha de sufrir en soledad.
Nuevamente Washington dirigió su mirada a aquel billete. Luego cerró los ojos. Los dos generales artífices de la victoria de Saratoga se habían confabulado contra él. Deseaban arrebatarle el mando, alegando su incompetencia para la guerra. Ellos, que se sabían militares expertos, que ofrecían triunfos a América como el de Saratoga, no estaban dispuestos a servir bajo el mando de un general fracasado y de medio pelo, un terrateniente civil cultivador de tabaco con una mediocre campaña militar en su haber.
Finalmente el médico decidió preguntar. Quizás necesitara una palabra de aliento.
—¿Malas noticias, General?
—No peores que las que vos me estabais comunicando. Vayamos a ver a los heridos. Les reconforta sentirse apoyados.
—Pero, señor… ¡Se os ve agotado! ¡Debéis descansar!
—Soy su General, doctor. Debo ir. Tras el deber, llegará el descanso.
Pese a lo que suelen relatar los libros de historia, las contiendas no terminan en el campo de batalla, sino en improvisadas tiendas malolientes, alejadas no más de unos metros del sabor a pólvora. En este caso, los alrededores de Saratoga se hallaban sembrados de numerosas tiendas de lona enviadas desde Bilbao. En algún momento fueron blancas. Ahora carecían de color.
Washington detuvo su marcha instintivamente.
—Es el olor característico de la carne humana —precisó el doctor al ver el gesto de su General—. Cuando se quema produce este hedor, aunque en este caso lo percibís mezclado con la fetidez de los vómitos y la sangre.
—Conozco la procedencia del olor, doctor —respondió Washington—. Sin embargo, no consigo acostumbrarme a él. Entremos.
—Soldado —preguntó George Washington al joven que agonizaba en

la entrada de la primera tienda, dejando al buen doctor con la palabra en la boca—, ¿cómo os llamáis?
—Libertad —oyó como respuesta, en un casi imperceptible siseo.
—¿Cómo decís, soldado? No os he oído —contestó Washington acercando su oreja a la boca del enfermo que trataba de hacerse entender.
—¿Qué es esa libertad? —consiguió finalmente preguntar el joven soldado, tras recibir un trago de ron de manos del propio General. Tras el pequeño consuelo, consiguió culminar su frase.
—¿De qué me servirá, General, ser enterrado en un país libre, si, al fin, voy a morir sin remedio? ¿De qué me ha servido, en qué ayudará a mi familia, el honor que vos me conferís al ver que perezco? ¿No hubiera sido mejor vivir oprimido, pero vivir? ¿Saberse humillado y, sin embargo, tener aún vida para sentir la humillación? ¿No es preferible que mañana mis hijos, vuestros hijos, General, tengan un padre que no es más que un inglés de segunda, a que tengan el bello recuerdo de un americano de primera por quien rogarán a Dios? ¿Qué es esa libertad que nos vendéis para que paguemos tan alto precio por ella?
No dijo más aquel muchachote sincero. Murió preguntando por la libertad. George Washington no supo contestarle. Sin embargo, sí lo hizo, ácidamente, su compañero de infortunio, un joven abogado cuyo estómago había sido seccionado por una bayoneta enemiga. No esperaba la muerte con calma, sino pleno de rabia.
—¡Aquí tenemos al general Washington! ¡El gran estratega! ¡Qué honor! ¡Pero, fíjense bien, señores, porque el gran ideólogo del Congreso no sabe siquiera dónde está el camino de la libertad! Esta guerra, General, esta guerra es una farsa, no sabemos por qué luchamos, y moriremos sin saberlo.
—Morimos por nuestra patria, hijo —contestó con fe y sacando fuerzas de flaqueza George Washington. Sin embargo, quizás debió meditar algo más su respuesta.
El moribundo, aún más inflado de rabia, escupió.
—¿Patria? ¿Qué es la patria? La patria es el territorio del «pater». ¿Sabéis, General, quién es nuestro padre? ¿Conocéis quién es nuestra madre? ¡Inglaterra! Justo la misma contra quien ahora luchamos. Somos ingleses bastardos, pero ingleses. Nuestro sueño es reposar en Inglaterra, volver a Escocia, la tierra de mis padres. Hablar con corrección inglesa, aprender hasta los límites de la extravagancia sus costumbres, comer como un inglés y beber té a las cinco. ¿De qué patria me habláis?
—Os hablo de una nueva nación, hijo. De la nuestra, de la que podamos legar a nuestros hijos.
—¡Pero por Dios Santo! ¿Cómo vais a asentar una nación, si siendo de

raza inglesa, padre inglés y territorio inglés, queréis hacerla nacer matando a los ingleses?
—No, hijo, a los ingleses no. A su tiranía. La historia del mundo está escrita con sangre. La sangre de una perpetua batalla contra el tirano.
—¡Vos sois el tirano, un tirano con piel de cordero!
El doctor se había mantenido al margen de la conversación, pero en aquel momento estalló. No era belicista y, si por él hubiera sido, nunca habría empezado aquella guerra. Pero ahora se trataba de un asunto de honor. Washington no era un tirano, e insultarle de esa manera le pareció una completa injusticia.
—Callaos ya, desaprensivo. No sabéis lo que decís. El General…
En aquel momento el doctor se giró sobre sus talones para ponerse frente a Washington. Entonces vio su expresión.
—¡General! ¡General Washington! ¡Señor! ¿Os encontráis bien? ¿Qué os ocurre?
—El precio… alto.
—¿Qué decís, señor?
—El precio… de la… libertad.
—¡Cabo! ¡Cabo! ¡Venid presto! ¡Ayudadme a llevar al General a su tienda! ¡General, ¿habéis tomado vuestra dosis de quinina?
—No, doctor —respondió su ayudante al llegar a la tienda de su General en Jefe—, me dijo que era inmune a la enfermedad. Me ordenaba llevarla al almacén.
—¡Pero qué estúpido sois! ¡Nadie es inmune a las fiebres tercianas! Tumbadle en el catre. Fuera la peluca. Desa - nu dadle la camisa e id inmediatamente al botiquín: quiero una dosis de quinina ahora. ¡Ahora he dicho! Moveos.
—General, soy el doctor Robson. ¿Me oís?
Del rostro de George Washington comenzaron a manar miles de pequeñas lágrimas. Fruto del propio llanto, más que de las fiebres, sus hombros temblaban. El doctor hizo salir a todos los que, curiosos o angustiados, esperaban en la sala el desenlace de aquel revés. No era de recibo que los que después recibirían sus órdenes oyesen sus confidencias.
—Todos fuera, señores, el General necesita reposo. No entrará nadie sin mi permiso. ¿De acuerdo, cabo? Lo dejo en vuestras manos.
Finalmente ambos hombres quedaron solos.
—Decidme, señor, ¿qué os ocurre?, ¿puedo haced algo por vos? Soy el doctor Robson.
Pero el General no pudo contestar. Afectado por las fiebres, se hallaba en la espesura del sueño. El gran General había despreciado su dosis de quinina, alegando que era inmune a la enfermedad, mientras que otros soldados eran potencialmente candidatos a engrosar la lista de bajas si no tomaban el preparado. Cuando llegara un nuevo

cargamento, él sería el primero en la lista, había dicho con voz de mando. Por supuesto, todos habían obedecido. Pero ahora pagaba las consecuencias de su valentía. Y lo hacía con raros sueños a cámara lenta, que indefectiblemente comenzaban con un sonido de agua y el recuerdo de aquel muchacho.

Sueños extraños, en blanco y negro y rojo. Sueños tristes con mohínes de desesperanza. Sueños palúdicos, en donde mariposeaban todos los recuerdos olvidados a la fuerza, todos los suspiros apagados con violencia, todos los pavores acallados, todos los miedos y las angustias, todo el sinfín de sinsabores de una guerra maldita.

¿Qué tiene la libertad para que tan alto precio paguemos por ella? Esa pregunta sin respuesta iba y venía, pero sin jamás retirarse del todo, por los hondones de ese sueño. Pero no se hallaba sola, su potencial incompetencia le perseguía.

«Al fin y al cabo, se dijo para sí en su sueño a cámara lenta, tienen razón: yo no soy un militar de carrera. Soy el primer 'general civil' de la historia, el primer General en Jefe de un ejército que tiene menos experiencia militar que sus subordinados. No pude culminar el asedio a Boston. Mis fuerzas fueron derrotadas en Long Island y me vi obligado a retirarme. Y tengo que esperar al invierno para hacer dos pequeñas fechorías. He perdido Canadá y encima una de mis mejores bazas, el general Montgomery, ha sido muerto. Y para una batalla que se gana, no he sido yo. Así que los ganadores se levantan pidiendo mi cabeza y mi puesto. ¿No es comprensible? Además, ¡cuánto me gustaría volver a casa! ¡Cuánto sentarme en mi sillón de cuero en Westmoreland, junto a mi querida Martha!».

La salud del General en Jefe de las tropas americanas estuvo quebrantada, al menos, durante dos semanas. El doctor Robson no tenía duda de que, bajo su atenta supervisión, la enfermedad sería pasajera. Pero a la vera de su catre había oído todas las frases que Washington había expresado en voz alta. Por ello sabía que carenar la salud del General sería obra mucho más sencilla que reparar su ánimo: y es que el espíritu de George Washington estaba varado. Su alma había sido sacada del mar y su embarcación puesta en dique seco.

Como estaba previsto, la salud del General comenzó a mejorar sencillamente, como barco en empopada. Pero cada día su resolución era menor. El doctor Robson lo intentó todo, sin conseguir nada. Entonces decidió rezar. Él era pacifista, pero estaba a favor de Washington. Para el General la vida de los hombres tenía un valor infinito; para sus oponentes, sólo un valor estratégico. Por eso, deseaba a toda costa que Washington tomara de nuevo las riendas.

Sin embargo, las conversaciones con aquellos dos soldados, ya muertos, dominaban la cabeza de Washington a modo de resaca de ron. La duda flotaba en aquella tienda pequeña, de antiguo color

blanco *made in Bilboa.*
«Quizás tengan razón, razonaba reiterativamente Washington. Es posible que, si dejo mi puesto, algunos hombres menos caminen hacia la tumba. Quizás. Los generales Arnold y Gates son competentes, sin embargo, ¡son tan ambiciosos!, ¡son tan británicos!… ¿Debo hacer valer mi autoridad, o debo cejar?».
George Washington examinaba su conciencia, y ésta le decía que su ambición era sana, que América se beneficiaría tanto como él de sus victorias. No tenía certeza de que los demás generales implicados pudieran decir lo mismo. Además, porfiar a la espalda del mando en la primera de cambio, y justo cuando la unidad frente a los británicos era vital, no resultaba un buen presagio. No obstante, no se veía con fuerza para luchar contra otros americanos, y menos si se trataba de generales de carrera.
Por ello, dejó que el sueño le invadiese nuevamente, y trató de evocar la figura y el rostro de Martha, su esposa. No lo consiguió. Su ayudante, seguido del doctor Robson, penetraron en la estancia y rompieron el hilo que le ataba a la zona gris del subconsciente.
—Señor, ¿dais vuestro permiso? —susurró su ayudante—. General, ¿podemos pasar? Me acompaña el doctor.
—Decidle que me encuentro bien. Que vaya a atender a la tropa.
—Señor, no se trata de vuestra salud. Es que ha ocurrido algo…
—¿Han interceptado otra misiva enviada desde nuestras filas? —dijo con tono irónico.
—No, mi General. Se trata de algo totalmente distinto.
El doctor Robson, contento de que el cielo hubiera escuchado sus súplicas, decidió entrar sin permiso. No le gustaba escuchar las cosas desde la lejanía.
—General Washington, creo que debéis poneros en pie y vestiros.
—¿Por qué?… ¿Para qué?
—Aquí hay unos… caballeros, que han caminado un gran trecho, sorteando toda suerte de peligros y sufriendo todo tipo de penurias para estar en vuestra presencia. Creo que merecen que se les reciba como Dios manda, si me permitís seros sincero.
—¿Unos caballeros?
—Sí, tres caballeros y un caballerito.
George Washington cerró los ojos. Su cuerpo y su ánimo le pedían que desistiese y ordenase al doctor que saliera inmediatamente de su tienda. Su responsabilidad, por el contrario, tiraba de él hacia fuera, lejos del tedio y el apoltronamiento.
—De acuerdo, me levantaré. Dejadme sólo con mi ayudante, por favor, doctor.
—Como gustéis, General. Esperaré fuera con vuestros… invitados.
La curiosidad consiguió hacer mella en el ánimo del General, quien se

despabiló en las tareas del aseo. En poco más de diez minutos estuvo listo: acicalado, vestido y presentable.
—Ayudante, decid al doctor y a esos caballeros que les recibiré ahora. Pero antes, pasadme la peluca, no quiero que me vean descuidado.
Tras colocarse el adorno de doble rulo y larga coleta, estilo inglés, más o menos similar al que reposaba en las aguas del océano Atlántico tras el gesto de mister Franklin, Washington se incorporó e hizo una mueca con la mano indicando su aquiescencia.
Cuál fue su sorpresa al ver entrar tras el físico a dos hombres enormes, negros como noche sin luna, con el rostro marcado por un sello de la esclavitud, y a otro blanco, bajito y vestido de sayal, que llevaba a sus espaldas a un niño, también africano.
La extrañeza le impidió hablar, y hubo de ser el doctor el que rompiese el hielo con sus palabras.
—Señor: estos dos caballeros negros y este niño de teta, también negro, dicen haberse fugado y haber cruzado las líneas enemigas, con gran trabajo y duelo, desde el campamento del general Howe, buscando al hombre del «dulce nombre».
—¿A quién decís que buscan?
—Al hombre del «dulce nombre», el que convierte las esperanzas en realidad, la esclavitud en libertad.
—¿Y quién es ese hombre? —preguntó extrañado el General.
—Uno llamado Washington —contestó Apple.
Un silencio denso plagó la estancia. Finalmente, y de nuevo saltándose el protocolo, intervino el doctor.
—Señores —dijo despacio—, es para mí un gran honor poderles presentar al General en Jefe de las fuerzas americanas: general George Washington.
Al oír aquellas palabras, ambos hombres se inclinaron profundamente ante el hombre de la peluca labrada, mientras afirmaban querer servir bajo su mando. Mosén Teodoro, quitándose de la espalda a Tobacco, lo dejó en manos del doctor. Después también se inclinó ante el General, aunque levemente, mientras estrechaba con gran ímpetu su mano.
—My name is mosén Teodoro. Yo convertir herejes. Es un placer conoceros, estoy a vuestro servicio para lo que sea menester…, incluida la confesión, si lo deseáis.
Evidentemente, y para suerte de las relaciones exteriores de su patria y de los Estados Unidos de América, Washington no le comprendió, ya que desconocía el castellano.
—Por supuesto —intervino nuevamente el doctor extralimitándose en sus funciones—, el ejército americano tiene el placer de alistaros por un año. Idos con el cabo —continuó señalando la salida de la tienda— con el fin de firmar vuestra incorporación.

Cuando se hallaron nuevamente solos, el doctor Robson decidió echar el resto.
—General, debo informaros que vuestra salud ha mejorado tanto como para poder volver al servicio activo y auxiliar a vuestra patria. América necesita al hombre del «dulce nombre». Y… algunos generales una lección de modales.
—Gracias, doctor. Tenéis razón, ¿os ocuparéis de que esos caballeros tomen su ración de quinina y de que el mamoncillo reciba algo de leche?
—Por supuesto, General. Me alegro de estar nuevamente a vuestro servicio. Y siento tener que informaros que, otra vez, tenemos el almacén vacío: preciso ron, vendas, quinina…
George Washington se echó a reír. El doctor Robson le secundó.

Libro Séptimo: Tambores de guerra

Ar a n j u e z

—Majestad —declamó Floridablanca, con todo el Consejo Real expectante a sus espaldas—, los británicos acaban de desdeñar nuestro ultimátum y nuestra mediación. Los consideran inadmisibles. Estiman que hemos incluido en nuestra propuesta una cláusula intolerable: no darán bajo ningún concepto la libertad a sus colonias y, por ende, no retirarán sus tropas de América.

—Entonces Inglaterra está dispuesta a meterse… —Me temo que sí, Majestad. Nuevamente la guerra. —¡Estoy tan cansado, querido Conde —replicó

Carlos III—, tengo ya tanta edad! Mis huesos han soportado demasiadas contiendas. Deseaba, bien lo sabe Dios, acabar mi reinado y mis días con una paz duradera que permitiera a España incrementar su industria, modernizar sus técnicas y fomentar sus cultivos. Sin embargo, tendré que conformarme con rogar al Señor del Cielo que la contienda sea corta.

—En efecto, Majestad. Todos lo deseamos como vos. Si es de vuestro agrado, enviaremos de inmediato mediadores y negociadores a Londres, puesto que será preceptivo retirar a nuestro Embajador. No obstante, Señor, ya que lo que no deseábamos ha acontecido, y todo ha resultado de otra manera a la esperada, podríamos aprovechar la coyuntura para reconquistar Gibraltar, Menorca, Florida… —Sí, sí, querido Conde. Vos y Gálvez poneos a trabajar enseguida con el Secretario de Guerra en el plan de la contienda. Ahora dejadme solo. Preciso descansar y reflexionar.

José de Gálvez, el todopoderoso Ministro de Indias, fue inmediatamente a su despacho. Antes de ser llamado por Su Majestad, había recibido un correo de su sobrino Bernardo fechado en Nueva Orleans. Lo había llevado consigo a la reunión del Consejo de Estado, pero no había sido necesario leerlo para que se declarara la guerra.

En aquel correo, Bernardo le contaba sus primeras impresiones sobre el Gobierno de La Luisiana, le comunicaba que Unzaga abandonaría estas tierras, vía Vene zuela, cuando su mujer se repusiera del aborto sufrido y, también, los últimos preparativos de su boda, incluido el regalo recibido de manos del Rey.

Pero el nuevo Gobernador de La Luisiana hacía especial hincapié en la descripción de la última matanza cherokee. En ella había sido violada y asesinada una mujer española, Carmen de Aguirre, natural de Palencia pero de origen vasco, y sus hijos de corta edad. Su marido, que se había unido al ejército de Washington, no estaba presente, pero sí su hermano, al que también habían arrancado la cabellera.

«Mi corazón no puede tolerar estos ultrajes. No es propio de mi carácter permanecer impasible ante la injusticia. Veo cómo los ingleses detienen, sin derecho alguno, barcos de pabellón español para registrarlos, ¡como si todo el Mississippi fuera inglés! Veo y guardo silencio. Veo cómo se paga a bastardos orlados de plumas para que incendien y saqueen las casas de los campesinos y pequeños terratenientes, sin mirar de qué nacionalidad son. Veo y callo. Veo esto y mucho más, y callo. Pero cuando uno ha tenido en sus manos la cabellera de una compatriota que los indios han cortado para vendérsela a los ingleses, no puede aguantar más. Veo pero no callo. ¡Pitt protesta ante el Parlamento británico, pero envía barcos llenos de baratijas, espejos y ron para pagar a los indios por las cabelleras de nuestros hijos y nuestras mujeres! Tengo en cuenta la petición de neutralidad que se me hizo antes de mi nombramiento. Pero es una carga más dura de la que puedo soportar. ¿Hasta cuándo, querido tío? ¿Hasta cuándo? ¡Sólo dadme la orden! ¡Iré contra Chester y su secuaz, el gobernador de Detroit, y los aplastaré!».

El Ministro de Indias, que era tan Gálvez como su sobrino, tomó pluma y tintero, y escribió un correo urgente a su sobrino, que ni siquiera se molestó en cifrar.

«Querido Bernardo:

Un ultraje a la patria nunca queda impune, aunque más dulce resulta la venganza lentamente programada. Inglaterra acaba de desistir de la mediación española. El momento ha llegado. Espero con ansiedad que me comuniques que un Gálvez gobierna nuevamente en Pensacola. Valor, sobrino. ¡Y recuerdos a Howe! Espero que el llamado indio de ojos azules pague pronto por sus desmanes y pecados, ya sabes que quien la hace la paga, al menos si hace eso con una mujer española y el que empuña la espada es un Gálvez».

Lo nd r e s

—Majestad, ¿cuáles son vuestras órdenes? —¡Ganar, incompetentes, ganar! ¡Ésas son mis órdenes! ¡Lord Germain, os dije que no toleraría más errores! ¡Os ordené que vigilarais a los Borbones! ¿Y qué he

conseguido? ¿Qué me traéis como respuesta? ¡Una nueva guerra!
—¿Deseáis reconsiderar la propuesta española de mediación, Majestad? —preguntó lord North.
—Es absoluto. ¡Mis plantaciones de América son mías, y nadie me las arrebatará!
—Sin embargo —señaló Germain—, no tenemos certeza de ganar esta contienda. Los barcos de guerra franceses, incluyendo a su gran hombre, el general Lafayette, ya están en América luchando, codo con codo, con los colonos rebeldes; si se suman a ellos los españoles… Además las tropas hispanas de La Luisiana pueden hacernos mucho daño, lo mismo que las que se hallan atrincheradas en La Habana.
—¿Es que cree que no lo sé, estúpido? ¡De sobra conozco todos esos detalles! ¡Yo deseaba evitar esta guerra, y si no hubiera sido por vuestra incompetencia! ¡Que venga…! ¡Que llamen…¡
—Majestad, ¿deseáis que hagamos venir a alguien a vuestra presencia?
—¿Qué decís? ¿A alguien a mi presencia? ¡Ah, bueno, que venga mi augusta madre, he de consultarle el plan de batalla! Ella desconoce que ha llegado un correo.
Lord North y lord Germain cruzaron miradas de intensa preocupación. Su Majestad perdía la razón a marchas forzadas. Tendrían que tomar las decisiones a sus espaldas. Lo malo es que sabían que, esta vez, el orgullo inglés sería vencido.

París

Arthur Lee terminó de escribir su despacho para el Congreso Continental. Aún el zapaterillo no había traído ninguna carta de Deane, pero, ya que la guerra estallaba, creía que con los datos del envío del «El Sena» sería suficiente para lograr que la autoridad americana retirase del mercado a ese desleal. Eso era Deane: un traidor. Pero un felón torpe, que había cometido un error. Su ambición le había de costar caro, todo lo que Lee consiguiera.

No muy lejos de allí, dos ambiciosos compañeros de fatigas celebraban su escasa fortuna.

—Maliciosamente embriagador es el dinero, amigo mío —filosofaba Deane con Beaumarchais, ambos algo mareados por el opio, esta vez mezclado con mariguana, que fumaban—. El poder que con él se compra extiende aún más su efecto. Los honores que lo acompañan profundizan el placer hasta alcanzar el éxtasis casi por completo. Empero, ¡qué dolor ocasiona esa ligera limitación del clímax! Pequeña pero hiriente es la espina que anuncia que nunca se alcanza el total de seado, el súmmum, la anhelada cima.

»Cuando crees alcanzar el absoluto y respirar en tu altozano, ves un nuevo Himalaya. Más alto, más erguido, más fiero, más orlado de placeres. Pleno de riquezas, de honores más servido. ¡Y cómo duele ese límite! Tanto que de lo conseguido no disfruta el cuerpo: lo comido es vomitado y orinado lo bebido. O se tiene todo, o no se tiene nada.

»Eso es lo que yo tengo, mi querido amigo Caron, nada. Mi vida ha acabado, y aún es peor que cuando empezó. Antes carecía de todo, pero ahora ya no tengo nada. Por faltarme aún me falta hasta la esperanza.

—Sin embargo, pese a vos y pese a mí, vuestra América vencerá esta guerra. Y con su victoria nos ofrecerá sin coste el bien más preciado: la libertad.

—¡Qué candoroso estás hoy, Beaumarchais! Tú serás recompensado, sin duda. Pero no yo. No podré volver jamás a ver mi tierra. América me despreciará.

—No, amigo. La memoria de los pueblos es corta.

Volverás a ser lo que fuiste, un ciudadano anónimo. —No, querido Caron. La historia me tendrá por
un traidor. De eso se encargará el honrado, puritano
y asqueroso mister Lee. ¡Seguro está escribiendo al
Congreso!
—Siempre os queda Inglaterra.
—¿Admitirá la madre a un cachorro infiel? —Sí. Inglaterra admitirá a todo el que desprecie
América, y sólo en razón de ese desprecio. El orgullo
inglés quedará dolido, pero no aniquilado. Id allí, amigo. Sois más rico que antes. Id, y aprended a vivir
sin mirar siquiera de reojo a los demás.
—No. Quiero ir a América. He decidido contraatacar.
Lucharé contra Lee. Envenenaré sus palabras si hace
falta. Creo que Franklin me apoyará. ¿Y tú, Caron? —¡Ah, pues seguiré en París! Aún queda mucho que
hacer aquí. Y cuando acabe la guerra volveré a lucir en
la Corte. Todos hablarán de mis comedias.
—¡Qué envidia me das! ¡Siempre con un gran horizonte! ¡Qué pena no haberte imitado antes!
—Silas. Eres joven. Vuelve a empezar. Estoy seguro
que América te habrá de perdonar.
—Así lo espero. En todo caso, mi venganza está ya

preparada. Esta carta—afirmó enseñando a Beaumar
chais un documento— hundirá a mi oponente. Es una
declaración jurada de un zapatero que dice haber sido
pagado por mister Arthur Lee para informar a los británicos de que
Francia y los Estados de América habían
firmado un tratado.
—¡Ah! ¡Buena cosa el espionaje!

Bilbao

—¡José Joaquín! ¿Estás por ahí? ¡Necesito hablar contigo!
—Dime, Diego María, ¿qué ocurre que te hace estar tan alterado?
—España declarará la guerra a Inglaterra mañana. La mediación ha fracasado. Acabo de recibir la noticia.
—Era de esperar.
—José Joaquín, el Rey quiere enviarme a Londres, a las órdenes de Bernardo del Campo, para conseguir enseguida una paz.
—¿Ahora que se declara la guerra?
—Sí. Su Majestad quiere que sea corta, y para ello lo más lógico es avanzar en el acuerdo sobre comercio que nos separa.
—¡Qué ironía! ¿No te causa pesar? ¡Siempre se hace la guerra en nombre del comercio, cuando nosotros, los comerciantes, somos capaces de arreglarnos estupendamente sin armas ni cañones!
—Así es, en efecto, pero por algo llamaron al comercio economía política. Si no, ¿por qué habrían de luchar los Estados?
—¿Te irás, Diego María?
—Lo retrasaré todo lo que pueda, pero en todo caso he de obedecer al Rey. Sin embargo, ¡es tan mal momento!
—No te inquietes, yo me encargaré del negocio. Mira, aquí tengo un nuevo envío: 27 morteros, 209 cureñas, 12.678 bombas, 2.000 vestidos completos, 1.200 tiendas, 31.356 balas…
—No me inquieta el negocio, hermano.
—¿Qué entonces? ¿Brígida?
—En efecto. No me ha dicho nada, pero creo que está en estado. Vomita cada mañana, y está engor dando.
—¡Enhorabuena! ¡Me alegro mucho! Teníamos miedo por vosotros.
—¿Te habías dado cuenta?
—Diego María, soy más viejo que tú y he sido cocinero antes que fraile. ¡Además, recuerda que estoy casado con una Orueta! Sabía que algo iba mal y también que todo se arreglaría. ¡Dulces son los momentos que siguen a la tormenta! ¡Aprovecha el tiempo que queda y ocúpate de ella! Cuando no estés, nosotros lo haremos por ti.
—Gracias, hermano. ¡Roguemos a Dios que la contienda sea corta!
—Sí. En otro caso, ¿qué dirá la amachu si no llegamos a los diez millones?

Ambos hombres rieron, pero con un mohín de tristeza en su voz.

Epílogo

El 29 de septiembre de 1779, John Jay y William Carmichael presentaron sus credenciales al Estado español, sustituyendo a Arthur Lee y a Silas Deane. Únicamente Franklin permaneció en su puesto.

Deane fue llamado a capítulo por el Congreso Continental americano y se le pidió que respondiera de las acusaciones formuladas por Arthur Lee y corroboradas por los datos aportados por éste. Pese a ser retirado como plenipotenciario americano, se le permitió volver a Europa durante la contienda con el fin de lograr acuerdos comerciales. Sin embargo, en el período bélico le fueron interceptadas ciertas cartas en las que Deane pedía abiertamente una mediación británica, lo que ayudó a su descrédito total.

Residió en la más completa pobreza en Inglaterra hasta su muerte, acaecida el 23 de septiembre de 1789, cuando se hundió en las costas de Inglaterra, por causas desconocidas, el barco en el que pensaba retornar a su patria. Sólo el doctor Eduard Bancroft, quien siguió residiendo en Londres, con el mismo reconocimiento que antaño, socorrió sus necesidades, en parte gracias a la pensión vitalicia concedida por la Corona como compensación a las informaciones que él ofreció y que sirvieron para capturar a «John el pintor».
Arthur Lee hubo también de responder a las acusaciones que contra él vertió Deane, pero que no llegaron a concretarse. De retorno a su patria, sirvió a la Asamblea de Virginia y al Congreso varios años. Ayudó a negociar un tratado con los nativos americanos entre los años 1784 y 1785. Hasta 1789 sirvió también en el Departamento del Tesoro americano. Murió en 1794, soltero y sin descendencia, a la edad de 52 años.

George Washington fue elegido el 30 de abril de 1789, y por unanimidad, primer Presidente de los Estados Unidos de América. Fue el responsable de fundar las principales instituciones americanas. A su toma de posesión asistió en sitio de honor don Diego María de Gardoqui, que había sido enviado por España a la nueva nación en calidad de Embajador, el primero en la historia en común de ambas naciones.

Como regalo, Carlos III envió al nuevo Presidente un hermoso paño de lana de vicuña en color natural y una pareja de burros, estos animales a petición del propio George Washington, que los deseaba para sus plantaciones de tabaco. Nadie se fijó en el detalle, pero ambos

animales eran machos. Gardoqui organizó el envío de un tercer animal, una hembra, para satisfacción del Presidente, y añadió como regalo un ejemplar de «El Quijote», en cuatro volúmenes lujosamente encuadernados, que hubiera hecho las delicias de mosén Teodoro.

Todos los esclavos que sirvieron a las órdenes del general George Washington al menos durante un año recibieron la libertad como premio. Desconocemos qué fue de Orange y de Apple, ya que son personajes de ficción, pero suponemos que mosén Teodoro bautizó a Tobacco con el nombre de Francisco de Javier, el santo navarro, pocos meses después.

Nada más declararse la guerra, Bernardo de Gálvez tomó por sorpresa los puestos ingleses del Mississippi. Por estos méritos fue ascendido a mariscal de campo, con sólo 33 años. El 13 de marzo logró tomar Mobila. Pensacola no fue conquistada por él hasta el 28 de febrero de 1781. Nombrado Virrey de Nueva España en 1785, murió víctima de enfermedad, el 30 de noviembre de 1786, a los 40 años de edad.

Mientras permaneció como gobernador de La Luisiana, Bernardo de Gálvez encarceló a Oliver Pollock, pillado con las manos en la masa con mercancía de contrabando. Fue acusado de no pagar lo que debía a las arcas españolas. En su correspondencia pueden encontrarse varios apuntes que le relacionan con Silas Deane y Caron de Beaumarchais, e incluso con el tráfico de esclavos.

Caron de Beaumarchais intentó infructuosamente que el Congreso americano le pagara lo que él decía se le debía. Sin embargo, no recibió lo solicitado, sino otra cantidad mucho menor, debido a que el Congreso no aceptó las cuentas presentadas por Deane. El contenido del barco «El Sena», por ejemplo, hundido por la flota británica, no le fue devuelto.

Frente a los varapalos financieros, sus comedias alcanzaron cierta fama. El primero de mayo de 1786, se estrena en el Burgtheater de Viena la ópera de Mozart «Las bodas de Fígaro», basada en su texto. «El barbero de Sevilla», ópera de Rossini, no verá la luz musicalmente hablando hasta 1816, aunque Caron publicó su libro mucho tiempo antes.

Luis de Unzaga y Amenzaga abandonó Nueva Orleans, para tomar posesión del cargo de Capitán General y Gobernador de la Provincia de Venezuela. No se conoce que él y su esposa, Felicitas de Saint Maxent, tuvieran más descendencia.

Juan Ignacio y Diego María de Gardoqui siguieron sirviendo al Rey con su buen hacer mucho después de estos acontecimientos, el último en la Secretaría de Hacienda. Su casa comercial siguió importando bacalao americano, fundamentalmente en los barcos de John Derby, la primera familia americana en conseguir el acta de millonario.

El «indio de ojos azules» y Peter Chester no recibieron condecoración alguna, pero tampoco especial escarmiento, salvo el orgullo herido. Sir William Howe tuvo suficiente con ser derrotado por el débil Washington.

George III sufría una porfiria intermitente desde años antes de la declaración de intenciones de sus colonos de América. Su enfermedad, sin embargo, ocultada durante años por su familia, se agudizó cuando los colonos obtuvieron su independencia. Esta dolencia causa problemas mentales y de comportamiento. Se le trató inicialmente haciéndole consumir grandes cantidades de leche de burra.

Carlos III de España falleció en 1788, a la edad de 72 años. Su reinado fue uno de los más luminosos de nuestra historia reciente. Luis XVI falleció mucho más joven en enero de 1793, guillotinado. La misma suerte corrió su esposa María Antonieta en octubre del mismo año.

Los Borbones siguen reinando en España en la actualidad.
El Estado español no llegó a cobrar ni el 10% de lo prestado a los americanos.

Agradecimientos

«Dios te guarde de un mal libro, de alguaciles y de mujer rubia, pedigüeña y carirredonda» —sentenciaba don Francisco, el de Quevedo, en *El buscón*—. Mas no desprecies uno bueno, ni amor sincero, remozaba la máxima don Quijote, por boca de su Rocinante.

Buscando a tu Dulcinea —morena o bermeja, generosa o sacacuartos, rellena o carilarga; simplemente la tuya— viviste, o quizás todavía aguardes vivir, toda suerte de trabajosas aventuras y desventuras, pues aunque amar no es necedad sino cordura, en el amor todos somos caballeros andantes. Poco puedo ayudarte en esos menesteres, salvo desearte que te corresponda, o te haya correspondido en suerte, tan dulcísimo compromiso como el que —azabachado, rumboso y chulapo, y respondiendo al nombre de Juan— la vida a mí me ha regalado.

Ocupación mucho más sosegada que la de caballero andante te espera si te adentras en el disfrute de las vidas ajenas que pinta la letra impresa. Un libro, recuerda don Quijote, «te permitirá pasearte por el mundo, sin salir de tus aposentos ni de los umbrales de tu particular corte, mirando un mapa sin costarte blanca, ni padecer calor ni frío, ni hambre ni sed». Espero que el que tienes entre manos, amable lector, te permita vivir, a pie enjuto y sedentario pero con la pasión de un caballero andante, las mil historias que en él se narran. Vidas que entremezclan albricias y dolores, guerras y espionajes, quijotes, sanchos y dulcineas, con la independencia norteamericana como telón de fondo.

Con Quevedo te recomiendo que sigas alejándote de cárceles y alguaciles que pueden hacerte costoso el vivir. Aprovecho para pedir disculpas a quienes he encerrado en la celda de mis monsergas, tan propias del escritor cebado y embelesado con su historia. A mis hijos, a los nueve, a cada uno de ellos, para quienes Washington y Gardoqui han llegado a ser miembros destacados de la familia. A mis padres, que leyeron, obviamente sin ningún sentido crítico, las primeras versiones de esta novela. A Juan, que compensó la falta de objetividad de mis padres tachando sin pudor alguno. A Rosa Zugasti, que rectificó mi nefasta puntuación. A Gabriel Lanzas, mi muy estimado editor, cuya paciencia y persistencia igualarían las del propio don Quijote. A todos ellos, gracias.

Índice

En 1776, tres países luchaban por regir los destinos del mundo: Inglaterra, Francia y España, los dos últimos aliados contra el primero por medio de un pacto de familia.

En 1776, los representantes de las trece colonias americanas de habla y dominio ingleses, que se habían declarado independientes, sin armas ni ejército, careciendo de casi todo, solicitaron ayuda a España y a Francia, ofreciendo tierras de América como pago por su apoyo.

Ni España ni Francia entraron en guerra contra Inglaterra hasta el año 1779. Sin embargo, desde el primer momento apoyaron financieramente a los colonos enviándoles todo tipo de ayuda.

En medio de una guerra de espías y de sabotajes, las negociaciones entre Borbones y americanos avanzaban. Esta novela narra esos hechos secretos, ofreciendo al lector una historia verídica que desgraciadamente tanto los españoles como los americanos hemos desconocido... hasta ahora.



ISBN 84-7490-729-2
9 788474 907292